

ne 

Cosas
que
escribiste
sobre el
fuego

Clara Cortés

Cosas
que
escribiste
sobre el
fuego

Clara Cortés

Ilustraciones de Marina Speer

**Plataforma
Editorial**



Primera edición en esta colección:
octubre de 2016

© Clara Cortés Martín, 2016

© de las ilustraciones, Marina Speer,
2016

© de la presente edición: Plataforma
Editorial, 2016

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1^a – 08021

Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34)
93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com
info@plataformaeditorial.com

ISBN: 978-84-16820-19-1

Diseño de cubierta: Lola Rodríguez

Composición: Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de

ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Epílogo

A mi yaya, a mis abuelos y
a todas las cosas buenas
que vaya a encontrar por el
camino.

«You say I write to keep people alive, to immortalize something that should've been put to rest months ago. But that's not true – I write to let people die. I write to allow the demons in my head a chance to rest, surely they're exhausted. They've been shredding through their own heads, trying to find the end to an anger manifestation they created.»¹

TAYLOR CORUM

Prólogo

«Si lo que nos ha hecho humanos es la capacidad de mentir, pocas cosas más bonitas se me ocurren para explotar esa capacidad que la escritura.»

CÉSAR MALLORQUÍ
(FESTIVAL DE FANTASÍA DE
FUENLABRADA, 2014)

María siempre llevaba un cuaderno a todas partes. Escribía cosas en él, pero nunca quería enseñarme qué.

Un día, me dijo: «Solo son historias».

–Utilizamos la ficción para expresar lo que nos quema por dentro –añadió–. Si lo que te duele le pasa a otra persona, parece mucho más fácil hablar de ello.

Escribía con la mano izquierda mientras se mordía el pulgar de la derecha. El pelo le caía por la cara y le tapaba los ojos. Siempre le tapaba los ojos. De vez en cuando arrugaba la nariz, hacía un tachón y suspiraba.

Aunque habíamos quedado para vernos, como casi todos los días, la mayoría del tiempo solo yo prestaba atención.

Me gustaba mirarla porque eso me hacía sentirme tranquilo. Podíamos pasarnos toda la eternidad sin hablar y no importaba, no teníamos que decir nada. Con ella todo era como dejarse caer. No necesitábamos hablar porque, cuando compartíamos el silencio, por fin parecía que todo estaba en su sitio.

Esto es parte de una historia. De la nuestra. No sé cómo llamarnos porque no me parece bien tener que escoger un

nombre para lo que pasamos, así que supongo que simplemente lo dejaré ahí.

Es una historia de complementos y balanzas. De ayudarse; de ayudarnos. Al menos es lo que intentamos, aunque no saliera del todo bien. Aunque nos rebotara. Aunque nos explotara en la cara.

Se supone que me enamoré de ella y que ese fue el problema desde el principio. Hasta María lo decía. Volviendo la vista atrás no sabría decir cómo ocurrió, o por qué, pero sé que fue despacio. Como el paso del tiempo,

como su caída, como mi respiración cuando estaba con ella. Supongo que fue así y que tenían razón, todos, pero en mi opinión fue más complicado. Algo así habría tenido solución. Y si la hubiera tenido, bueno, tal vez entonces no habría acabado.

Sí, María se va de esta historia. Quiero aclarar eso desde el principio, para que nadie (ni siquiera yo) se haga ilusiones a lo largo del relato. Ella no estaba preparada para que alguien sintiera eso por ella, o para sentir ella misma nada en absoluto, así que se

marchó. Pero está bien, no la culpo. Si hubiera podido, yo también me habría ido.

Le agradezco que al menos lo intentara.

Simplemente me habría gustado que me hubiera querido también.

Capítulo uno

«Y así vamos adelante, botes que reman contra la corriente, incesantemente arrastrados hacia el pasado.»

El gran Gatsby, F. SCOTT
FITZGERALD

Todo empezó el 10 de octubre.

Conocí a María Gaudet en otoño, cuando apenas llevábamos un mes de clase y el calor ya nos había abandonado del todo. Tal vez por eso apareció. Sin embargo, la primera vez que la vi no fue entre la gente, sino en su hábitat natural: por el suelo, rodeada de color verde y hojas muertas y ramas frías. La primera vez que la vi, María Gaudet podría haberse fundido con la tierra de una forma que a ella le habría encantado.

Ya empezaba a hacer frío. A veces, muy de mañana o tarde por la noche, todavía podía verse el vaho escaparse de nuestras bocas como el humo extinto de un dragón dormido. Salí a pasear a *Pat*, el perro de Ane, aunque en realidad tenía ganas de quedarme en casa, cerrar la puerta y ver qué ponían en el cine aquel finde. Sinceramente, no me gustaba demasiado salir, y menos a pasear a ese chucho hiperactivo cuando mi hermana se iba a clase de Inglés. Lo hacía a menudo, lo de pedirme que lo sacara justo antes de irse. Yo, por alguna

razón, siempre era un poco idiota y le decía que sí.

Pat se detuvo junto a mí, obediente, y levantó la cabeza con la boca abierta y la lengua fuera. Era uno de esos perros que son adorables de cachorros y que de un día para otro se vuelven descomunales e impresionantemente nerviosos. Lo miré, serio, y me moví despacio para desatarle la correa. Estábamos en la puerta del parque y eran las nueve de la mañana de un sábado. Él tenía los músculos en tensión y me miraba expectante.

Solté la correa, despacio, pero no me aparté. Me gustaba ver cuánto era capaz de aguantar esperando.

–Corre.

El perro salió disparado y sonreí levemente. Luego empecé a caminar. Me gustaba hacerlo hasta que dejaba atrás el camino principal y los columpios y las mesas oxidadas con tableros de ajedrez pintados y desgastados. Me cruzaba con parejas de señoras que caminaban agarradas del brazo y jóvenes haciendo *footing*, además de algunos vecinos con sus perros. Por alguna razón, siempre

que iba con *Pat* me veía en la obligación de saludarlos, aunque no los conociera.

No me gustaba mucho hablar. Bueno, tampoco ahora. Ane siempre le ha dicho a la gente que soy tímido, como disculpándose en mi nombre, pero cuando estamos solos sigue insistiéndome en que tengo que intentar relacionarme con los demás, aunque sea un poco. He de reconocer que a veces, al oírla, no parece que sea ella la pequeña de los dos. Sin embargo, no es tan simple como eso. No es como si bastara con decir «venga, ¡haz un

esfuerzo!» para que de repente socializar fuera tarea fácil. En clase no me llevaba bien con nadie, pero tampoco mal; saludaba si alguien lo hacía primero, contestaba a preguntas, le susurraba la respuesta a quien parecía estar pasándolo demasiado mal e incluso dejaba los deberes del *workbook* si era necesario. Pero eso era todo. No era especialmente querido y tampoco odiado, pero porque no era alguien que hubiera destacado en una multitud. Aunque no puedo quejarme de eso, porque yo no es que hiciera nada al

respecto. No hacía nada. Mi función allí, y de hecho en todas partes, era *estar*. Ser gente.

Antes de María, yo era solo gente.

Tenía amigos, claro. Dos, para ser exactos. Pero eran los únicos que había tenido, así que no creo que eso pudiera considerarse demasiada experiencia en las relaciones sociales. Además, a veces me daba la sensación de que éramos tan diferentes que un día llegaría el momento en que dejaríamos de hablar y cada uno seguiría su propio camino. Sinceramente, me daba bastante pánico

que eso pasara. Me agobiaba pensar que podría llegar el día en que ellos se cansaran de mí y se fueran, pero creo que sobre todo me asustaba que pudieran decidir marcharse juntos y dejarme atrás.

Supongo que con Gaudet, además, también perdí el miedo a que el mundo se fuera marchando.

Empecé a caminar hacia el interior del parque, un capricho del anterior alcalde que había tardado casi tres años en construirse y que estaba lleno de árboles enormes, césped y fuentes de las

que beber. Tenía caminitos de tierra con esculturas de artistas locales o regionales en algunas zonas, e incluso un museo de piedras (cuando lo inauguraron sonaba igual de ridículo, sí). La verdad es que, a pesar del dinero que debía de haber costado, era un sitio bastante agradable para ir a hacer deporte y pasear. Deseaba que me gustaran esas cosas, porque entonces habría estado muy bien tenerlo tan cerca de casa, pero como ya he dicho yo solo salía de casa para pasear al perro e ir al cine.

Claro que cuando lo hacía me gustaba mucho explorar aquel parque al máximo, sobre todo fuera de los caminitos. Entrar en la zona de árboles era como abandonar el pueblo, y aunque si mirabas hacia los lados podías ver las sombras de la calle, o del camino, o de los pequeños grupos de gente que hacía taichí, de repente te sumergías en una cúpula de silencio donde solo se oía la música que escupían tus cascos y la vibración de los silbidos que llamaban a los demás perros.

También se oyó, aquella mañana, el grito que estalló cuando cambié el rumbo y hundí el pie en las hojas secas.

Di un salto hacia atrás y, del susto, me enganché con el cable, pegué un tirón y se me cayeron los auriculares al suelo.

Era una chica. Una chica muy muy pequeña. Se sujetaba la mano contra el pecho y había encogido las rodillas, como para intentar protegerse. En la otra mano sostenía un cigarrillo que no soltó. Tenía el rostro retorcido en una mueca cuando levantó la cabeza hacia mí y me miró,

y sentí que todo el cuerpo se me agarrotaba, como si me hubiera vuelto de piedra, petrificado para siempre.

En ese momento debería haberme disculpado, pero no lo hice.

Su cara blanca parecía estar iluminada por una luz que saliera de alguna parte, y casi podía ver las líneas moradas de las venas que corrían por sus párpados. Pero lo importante eran los ojos. *Esos ojos*. Eran grandes, demasiado grandes, azules y fríos. Sus cejas, fruncidas bajo el flequillo, tenían la misma función que el delineador

negro y emborronado que le rodeaba los ojos: enfatizar, intensificar, subrayar aquella expresión que por un momento casi pareció furiosa. Arrugó la nariz, aún sin pestañear, y empezó a abrir y cerrar la mano despacio. Luego dejó caer el cigarrillo delante de ella, lo pisó y por fin le echó un vistazo a sus dedos enrojecidos.

Realmente era muy pequeña.

Pat ladró y vino a mí. Creo que fue eso lo que rompió el hechizo. La chica se sobresaltó al oírlo tan cerca y pegó la espalda al árbol cuando el perro vino

trotando y se tiró a sus pies. Empezó a rodar, enseñándome la tripa y aplastándole los pies. Ella no podía apartarse mucho más, pero en vez de parecer molesta siguió con esa expresión seria, sin decir nada, hasta que de repente una ligera sonrisa se extendió por su cara, rápida como fuego sobre pólvora.

Y no parecía una sonrisa de verdad.

—Qué pareja más encantadora. —
Cuando habló, su voz también era fría, como sus ojos. No distante ni cortante, solo fría.

No dije nada. Me agaché, recogí mis cascos y le puse la correa. Al perro, no a la chica. *Pat* soltó un ligero ladrido. Ella echó un poco la cabeza hacia atrás.

—No quería molestarte. *Pat*, levanta. Venga, arriba.

—No te preocupes, de todas maneras no me importa.

Se encogió de hombros y realmente pareció no importarle. Fue extraño, pero, de repente, al mirarla de nuevo, me di cuenta de que se la veía absolutamente fuera de lugar, no en el parque, sino en el resto del mundo fuera

de este, y en sus ojos claros había una tormenta que, sin embargo, no llegaba a calar en el resto de su cara. Tenía aspecto de criatura del bosque, de animal salvaje, y los seres como ella nunca deberían haberse mezclado con el resto. Por eso había acabado allí, supongo, sentada entre las hojas caídas, a los pies de aquel árbol. Por eso estaba intentando mimetizarse con el entorno.

Me puse en pie, sujetando a *Pat* con fuerza. Ese era el momento de irse a casa, pero no podía apartar los ojos de ella, aunque no sabía por qué. No era

especialmente guapa; sinceramente, su cara era bastante normal, pero tenía algo. *Pat* empezó a tirar de la correa, no sé si hacia ella o porque quería irse, y seguí preguntándome qué es lo que hacía yo allí.

Ella se revolvió, incómoda y consciente.

—¿Vas al instituto Henrik Ibsen? — preguntó tras unos segundos.

—Sí.

—Entonces por eso me miras así, ¿no? Porque me viste allí el otro día.

La pregunta me sorprendió. No. Indudablemente, la habría recordado si nos hubiéramos visto antes; aquella fue la más absoluta primera vez de todas las primeras veces que jamás hubieron existido.

—No te estoy mirando —contesté—. Y no te conozco de nada, lo siento. Tengo que irme.

Retrocedí un par de pasos.

—¿No vas a disculparte?

—¿Eh?

—Por pisarme.

–Ah, sí. Perdona. Siento haberte pisado.

–Ya. Da lo mismo.

Pasaron unos segundos. Ella se incorporó y yo retrocedí un poco más para dejarle espacio. Debía de medir un metro cincuenta y poco y tenía un cuerpo muy pequeño, como en miniatura. Como el de una niña. La ropa que llevaba era demasiado grande para ella y, además, de chico. Pensé que sería de un hermano, su padre o su novio. Se retiró un poco el pelo de la cara, pero no volvió a levantar la cabeza hacia mí. No

dijo nada más. Aquella chica simplemente rodeó el árbol y se fue.

El perro ladró y volvimos a casa.

Y ese fue el primer paso. El de la historia. Aunque sé cómo termina, debo reconocer que no tengo ni idea de cómo voy a llegar hasta el final.

Empecemos.

Capítulo dos

«Is easier to love something you don't know anything about.»²

PATRICK ROTHFUSS (FESTIVAL
CELSIUS 232, 2014)

Se supone que María Gaudet era conocida porque hacía un par de años

había salido en los periódicos y la televisión. Bueno, no ella; su nombre.

Por nada bueno, de todas formas.

La noticia sobre su madre había sido otra de las tantas que salían al año sobre mujeres hospitalizadas o muertas debido al maltrato. Josephine Benoit seguía con vida, pero llevaba dos años llena de tubos, sobreviviendo gracias a una máquina por culpa de una paliza. Bueno, de varias, pero había sido la última la que había acabado con todo. Según los telediarios que en su día cubrieron la noticia, había sido su hijo mayor,

Christophe. El padre declaró que pasaba muchísimo tiempo fuera de casa por trabajo, y que esa era la razón por la que no había visto nada raro en casa antes de que fuera demasiado tarde. Aun así, según dijo, el chico era creído, prepotente, y tendía a alzar la voz muy a menudo, sobre todo cuando se le negaba algo. No trataba bien a nadie. Lo poco que él había visto no le había gustado, pero siempre lo había achacado a un deje de desdén adolescente. No le había dado mucha importancia.

El hombre de la quemadura en la cara mantenía una expresión estoica al enfrentarse a las cámaras. Había luchado contra el agresor de su esposa hasta conseguir tumbarlo, pero no había podido evitar llevarse aquel regalo consigo. Cuando hablaba, en su voz podía notarse una mezcla de orgullo y refuerzo, no solo por haber sobrevivido, sino por haber podido pararlo. Era extraño, su tono. En parte lo contaba como si aquello no fuera del todo con él, como si para nada fuera su historia, pero a la vez había una insistencia redundante

en todas sus apariciones en televisión, cuando repetía y repetía el relato con aquella pasión desbordante. Como si hubiera convertido aquello en algo enorme. Como si ya no existiera nada más aparte de la desgracia.

En un programa matutino habían comentado que la familia iba a venir a vivir a nuestro pueblo. Una chica lo vio, se lo dijo a sus amigas y la noticia se extendió rapidísimo. En aquel lugar no había secreto que pudiera esconderse; de pronto, todo el mundo se dedicó a investigar, todos leyeron historias y

hasta se pusieron nerviosos por su llegada. María, la otra hija del desdichado matrimonio, iba a asistir a clase con nosotros. Ella también había salido en la tele algunas veces, así que supongo que de ahí que estuvieran tan emocionados.

–Creo que vienen del noreste... Parece una huida muy mal disimulada – comentaba alguien.

–Yo también huiría de los medios si estuvieran acosándome así. Y vosotros también, no lo neguéis –le contestaron.

–Todo el mundo flipa con ella –dijo mi amigo Gonzalo el martes siguiente, mientras íbamos al instituto. Caminaba hacia atrás mientras hablaba con nosotros, y Harry le sujetaba el brazo para tirar de él o empujarlo en función de los obstáculos que se ponían en su camino (no siempre para que los esquivase, todo hay que decirlo)–. Ayer vi al grupo de las pijas detrás de ella, pero solo dos la hablaron.

–*Le* hablaron, Gon –lo corrigió Harry con un suspiro cansado–. *Le*. No *la*. Se supone que es tu idioma, ¿cómo es

posible que no sepas hablarlo correctamente?

—Arg, odio cuando haces eso, en serio.

—¡Pues dilo bien...!

Si alguien me hubiera pedido que describiese a Gon y a Harr(iet), creo que habría utilizado las palabras «perro» y «gato». En mi opinión, es una presentación bastante acertada. Se pasaban gruñéndose todo el tiempo, y no es que ella tuviera muchísima paciencia de forma natural, pero sinceramente llegaba un momento en que entendías

que se pusiera de los nervios después de repetir más de diez veces que no se dice «convenzco» sino «convenzo» y que aun así semejante aberración se siguiese produciendo.

Gonzalo ignoró a Harry y volvió la cabeza hacia mí. Daba unos pasos sorprendentemente seguros y largos teniendo en cuenta que caminaba al revés.

—El caso es que la chica esa, María Gaudet... creo que está en nuestra clase. O eso me acaba de decir Diego, al menos. Dice que la han visto por los

pasillos preguntando por 2º D, así que supongo que no será solo para decir hola y largarse, ¿no?

—¿Quién es María Gaudet?

Harry se rio.

—En serio, Gon, si casi no sabe cómo se llama su perro, ¿cómo le haces esa pregunta?

Le lancé una mirada molesta, lo cual solo hizo que soltara otra carcajada.

—Yo espero que Diego tenga razón —siguió Gonzalo, a lo suyo—. La vi en una entrevista el finde pasado. Era preciosa. Preciosísima. Tenía una cara...

Mi amiga puso los ojos en blanco y se burló repitiendo la palabra «preciosísima» entre dientes.

—Anda, date la vuelta —dije—, que como te atropellen no quiero tener que explicarle a nadie que fuiste tan imbécil como para cruzar de espaldas.

Entramos en el recinto y me despedí de Harry cuando ella se desvió para ir a su clase. Gon la miró fijamente mientras se alejaba y luego siguió caminando sin añadir más. Cuando llegamos todo el mundo estaba de pie hablando entre sí, unos gritando más que otros, en grupos o

en pareja. Parecían haberse multiplicado. Me volví hacia Gon con cara de fastidio.

—¿Y ahora qué pasa?

—Te lo he dicho, es ella.

Miré a mi alrededor, estirando un poco el cuello para ver por encima de todas las cabezas. Yo no distinguía a ninguna *ella* que no conociera ya, así que simplemente me encogí de hombros y le susurré «No veo a nadie», a lo que él contestó, suspirando de forma muy teatrera: «Coño, tío, porque no ha entrado todavía, debe de estar a punto».

Gonzalo sacudió la cabeza y miró hacia arriba, como implorando paciencia. Luego me dio una palmada en la espalda y se alejó. Nos sentábamos separados en clase por nuestro propio bien –o, como él decía a veces, porque yo era demasiado muermo y nunca quería hablarle; lo decía en tono de broma, pero yo sabía que iba de verdad.

Me costó unos minutos que la gente se apartara y me dejara llegar a la primera fila, poder separar la silla, decirle a una chica que quitara su culo de encima y por fin sentarme.

Una persona nueva apareció de repente en la puerta y abrí los ojos al ver que era ella. No pensaba en ella-ella, la persona a la que todos estaban esperando, sino en *ella*, la chica que había encontrado en el parque. Asomó la cabeza un poco, miró a los lados y luego dio el primer paso. Caminaba de forma segura y con la barbilla ligeramente alzada. Pretendía que pareciera que pertenecía a aquel lugar, y la verdad es que lo consiguió. Tan firmes fueron sus pasos que pasó desapercibida, y todos aquellos que hablaban y hablaban no se

dieron cuenta de que se habían perdido la gran entrada que habían estado esperando. No se habían dado cuenta de que habían dejado pasar la oportunidad solo por haber querido mantener aquella verborrea constante.

Pero yo estaba callado, puede que fuera el único que lo estuviera, y fui testigo de la duda en sus ojos azules. Ella no me vio a mí y supongo que eso fue bueno, porque así yo no tuve que contenerme. Caminó hasta el fondo, deslizándose entre los grupos como si fuera de aire, y allí se sentó.

La profesora llegó justo en ese momento y el efecto que tuvo sobre la multitud fue como el de una gota de aceite en un charco: se deslizó entre todos los cuerpos sin problema alguno, dejando que fueran las chicas y los chicos quienes se abrieran a su paso, y esbozó una sonrisa de suficiencia cuando el volumen de todas las conversaciones cayó a gran velocidad. Empezó a oírse el sonido de sillas contra el suelo y de libros sobre los tableros, y solo por aquel estruendo

procuré provocar el mínimo ruido posible cuando por fin saqué mis cosas.

La mujer dio los buenos días y nadie contestó, como todas las mañanas. A ella ya no parecía importarle. Tras mirarnos a todos un segundo, tal vez valorando si nos habíamos levantado receptivos o no, clavó los ojos en un punto al fondo y luego los bajó a la lista con nombres que traía cada mañana y que le gustaba hacernos firmar. La ojeó un momento y luego, volviendo a mirar al mismo lugar de antes, preguntó con voz alta y clara:

–¿Eres Gaudet?

Toda la clase se giró, y juro que habría pagado por ver cómo los ojos de todos se abrían sorprendidos y decepcionados al darse cuenta de que habían sido engañados. Unos fueron más discretos que otros, pero al final eso dio igual; de repente, aquella chica sentada junto a la ventana tenía tantas miradas sobre sí que hubieran podido hundir a cualquiera. Y no eran ojos normales, porque estoy seguro de que la observaban pensando que ya había incumplido sus expectativas, aunque ni

siquiera había pasado un día desde su llegada.

Sin embargo, ella no pareció notar todo ese peso cuando contestó.

–Sí. María. María Gaudet.

–Bienvenida, María. Espero que hayas tenido una buena acogida.

Aquella voz, la de la chica, me sonó fuerte como la de un tornado o un tsunami capaz de arrasar una ciudad. No me volví para verle la cara porque no quería ser como los demás. Si por algún casual llegara a recordarme, no quería que lo hiciera observándola como si

fuera una criatura al otro lado de los barrotes de un zoo. Si tenía que recordarme, debía hacerlo por algo bueno, pensé, así que estuve toda la clase intentando que se me ocurriese el qué.

El caso de los Gaudet había sido especialmente sonado unos dos años atrás. Aunque normalmente los casos tan violentos solo son noticia durante uno o dos días antes de desaparecer en el olvido colectivo, el suyo resultó

especialmente alarmante por la brutalidad del ataque que los padres de María recibieron el día en que su hijo mayor se ensañó con ambos en la cocina de su casa. Su madre, aparte del coma, presentaba algunos dedos y costillas rotos, además de lesiones internas y numerosos moratones en brazos, piernas y cabeza; el padre, aunque había salido mejor parado, tardó una semana en poder decir algo por culpa de la horrible quemadura de aceite que le cubría la barbilla y el lado izquierdo de la cara. Aquel hombre, cuya primera

palabra al recuperarse fue «Christophe», se convirtió en un absoluto ejemplo de superación y en todo un héroe. No solo había arriesgado todo por apartar a, y cito, «aquel animal salvaje, aquel loco enfurecido» de su queridísima y adorada esposa, sino que había hecho lo que había podido por derribarlo y asegurarse de que no hacía nada más por destruir a su familia. Decían los medios que fue María quien los encontró, los dos destrozados, su padre chillando de dolor y su madre inconsciente y rota cual muñeca junto a ellos. Fue María,

también, quien llamó a una ambulancia y a la policía. Tal vez, imaginaban algunos periodistas, podría haber facilitado alguna información si hubiera llegado unos segundos antes. Tal vez, si hubiera visto más, podría haber ahorrado meses de juicios y abogados.

Fue un caso un tanto lento teniendo en cuenta que los abogados del señor Gaudet podrían haber tumbado con un soplo al de oficio que se le asignó a su hijo Christophe. Al final, sin embargo, pareció acabar ganando el padre. O al menos lo tuvo todo mucho más a su

favor. Aunque el abogado del chico se agarraba a los pocos argumentos que podía como un clavo ardiendo, el hombre había hecho muchísimo más ruido, tanto en los juzgados como en la prensa. «¡¿Es que nadie se da cuenta de qué es lo que está pasando?! Sí, por supuesto que me ensañé con él, pero ¡había intentado matar a mi mujer! ¿Qué querían que hiciera, quedarme con los brazos cruzados? ¡Y miren lo que me hizo, lo que le hizo a mi cara! ¡Por Dios!» Había escuchado esas palabras dichas por él en millones de programas,

siempre hablando en su defensa, exaltándose, pero también consiguiendo la compasión de todos aquellos que lo rodeaban en el plató de turno. Era un hombre destrozado que después de tantos meses no había dejado de luchar por la mujer que amaba. Era un hombre destrozado que no podía asegurar un futuro para él ni para su familia, pero que aun así seguía luchando para que se hiciera justicia.

Benjamín Gaudet era el tipo de noticia que mi madre quitaba cuando veíamos la televisión durante la hora de

la comida, siempre a la vez que murmuraba uno de sus típicos «Ay, desgracias no, por favor» y miraba a otro lado.

Después de volver a ver a María, investigué un poco sobre su nombre y qué era lo último que había pasado en internet. Allí encontré muchísimas fotos, vídeos y entrevistas que repetían una y otra vez lo mismo, las mismas palabras en bucle, como una canción pegadiza o una oración desgastada. Desgastada porque nadie las oía, ni ahí arriba ni en ninguna parte, y a medida que recorría

titulares desde el pasado a la actualidad fui notando ese cansancio, la dejadez y la desesperanza. Aunque no en Benjamín Gaudet, no. Él seguía peleando como el primer día, incansable, porque su vida se había convertido en una lucha con el vacío. Sin embargo, en su hija podían palpase las ganas que tenía de rendirse; siempre salía en segundo plano con la cabeza gacha y las manos entrelazadas entre las piernas, cada vez más hundida y más pálida. Porque el tiempo, que permanecía parado para su hermano en la cárcel y su madre en el hospital y su

padre ante las cámaras, caía todo sobre ella, pues era la única capaz de recibirlo.

Nunca levantaba la vista a menos que le preguntaran directamente y, cuando contestaba, lo hacía de forma breve y cortante. Su padre la disculpaba por eso, explicando que era muy duro para ella hablar del tema. Al final, llegó un momento en que dejó de salir en televisión, y entonces todas se centraron en él mientras se exaltaba y pedía ayuda a la gente. Después de tanto tiempo ya no salía tan a menudo, pero cada vez que

había un caso especialmente macabro de violencia se lo recordaba, se volvía al tema y se informaba de que su señora esposa aún no había despertado ni mejorado en ningún aspecto.

Paré uno de los vídeos más antiguos justo cuando la cámara enfocaba de cerca a la chica. Era de mala calidad, así que no se la distinguía demasiado bien, pero de todas formas su cara estaba blanca como la leche y tenía el maquillaje de los ojos algo emborronado, como si hubiera llorado y después no se hubiera molestado en

arreglarlo. Parecía más joven y su expresión se veía sorprendentemente exhausta, lo que supuse que era normal debido a lo que le había tocado vivir. Sin embargo, no pude evitar recordar a la chica del parque o a la que había conseguido entrar en clase y volverse una más y aun así brillar como ella sola. Parecían dos personas diferentes, aquella y la de la televisión, como si se tratase de una hermana gemela o una copia mala. Como si hubieran vivido cosas distintas.

Tal vez, como si después de tanto tiempo ya nada le afectara.

—Yo te conozco, ¿verdad?

Me volví en su dirección cuando habló. Esbozaba una sonrisa extremadamente amable para ser lunes. Había pasado más o menos una semana desde que llegó; me la había encontrado ese día al entrar en clase, a las ocho y diez de la mañana, sentada a dos sillas de mí. Había sido la primera en llegar. Ni siquiera se había molestado en subir las persianas, por lo que permanecía sentada en la oscuridad con la mochila

sobre la mesa y las manos entrelazadas en el regazo. Presioné el interruptor al entrar y levantó la cabeza, sobresaltada, como si la hubiera despertado de un sueño. Sin hacer ningún gesto en su dirección, caminé hacia las ventanas y me encargué de que entrara la luz por todas.

Un par de minutos después, cuando ya me hube acomodado, habló.

—Eres el chico del parque, si no me equivoco —añadió después, su expresión toda dulzura—. El que tenía un perro y me pisó, ¿no?

–Sí. Ya te dije que lo sentía.

–Oh, te acuerdas. –Sonrió, agachando un poco la cabeza, y luego apoyó la mejilla en una mano, mirándome—. Tenía la certeza de que acabaría encontrándome contigo de nuevo.

–Supongo que había pocas posibilidades después de que te dijera a qué instituto voy.

Se rio, aunque el sarcasmo ni siquiera había sido intencionado, y luego me dedicó una pequeña sonrisa que era casi juguetona.

–¿Cómo dijiste que te llamas?

–Ignasi.

–Ah, sí, Ignasi. Es bonito. Me gusta.

Yo soy María Gaudet.

–Ya.

Soltó una leve risa, parecida a un resoplido.

–Claro, cómo no. Tú, como todo el mundo, tenías que saberlo ya.

Estuve a punto de decirle que en realidad no, es decir, que no lo sabía cuando nos vimos por primera vez, pero que al final había acabado cayendo. No parecía que le molestara que su nombre no hubiera sido una sorpresa, más bien

era como si le decepcionara un poco que la sorpresa no se la hubiera llevado ella. Me encogí de hombros, algo incómodo porque me miraba fijamente y aún con las comisuras de los labios levemente hacia arriba.

—Bueno, supongo que es lo que tiene la fama, ¿no?

No me contestó enseguida, ni tampoco se movió. Pasamos unos segundos en silencio y al final me vi obligado a alzar de nuevo los ojos hacia ella. Se había puesto seria, como si hubiera dicho algo terrible.

–¿Crees que esto es fama? –Soltó otro bufido que ya no tenía ni un ápice de diversión—. No lo es.

–Ah, ya, bueno.

–Sí, ah. En fin.

Se volvió de nuevo al frente, esta vez moviéndose despacio, como si estuviera demasiado incómoda o cansada para hacerlo con normalidad. De repente pasó de ser simpática y coqueta a la chica que se quedaba siempre detrás de su padre en todas las fotos y grabaciones, y ese cambio tan brusco me sorprendió, porque no lo había

esperado. Más que nada, porque no tenía sentido. La observé unos segundos, negué con la cabeza y también desvié la vista. Una extraña sensación de vacío, o de fracaso, se me instaló en el pecho.

Había sido culpa mía. Lo había hecho yo.

Despacio, pero como si yo ya no estuviera allí, María Gaudet abrió su pequeña mochila y sacó de ella una agenda y un bolígrafo azul un poco mordido por la punta. Luego, a la velocidad en que caen los árboles en los bosques donde nadie ve nada o a la de

un fuego artificial en su descenso al suelo, se recostó sobre la mesa y empezó a escribir. Su mano se movía y sus hombros también, entre suspiros. Se quedó así durante varios minutos y yo no podía hacer otra cosa aparte de observarla. Si no hubiera sido zurda o se hubiera sentado a mi derecha en vez de a mi izquierda, tal vez hubiera podido leer lo que escribía, porque por alguna razón quería saberlo. No solían interesarme las cosas de otras personas que no fueran mis amigos, pero en aquel momento, si hubiera sido lo

suficientemente atrevido, le habría preguntado.

Pero no lo hice, porque yo nunca preguntaba por nada.

Mientras ella estaba allí encorvada, yo pensaba en el titular que podía haber leído en todas partes al menos cien veces: «La tragedia de los Gaudet», siempre en negrita y letras grandes. La miré y pensé que parecía que María Gaudet lo llevaba escrito en la espalda ahora, o sobre su cabeza, como un letrero de neón. Eso me hizo sentir como si al leer aquellas cosas yo hubiera

violado su privacidad, como si no fuera información de dominio público o no pudiera encontrarse fácilmente en internet. Pero no. Esas cosas se sabían. Las sabía todo el mundo, ¿por qué iba a ser yo menos?

La burbuja en la que nos habíamos metido estalló cuando el resto de la gente empezó a entrar, minutos después. Todos la miraron al pasar, pero tuvieron que llegar hasta cinco personas para que alguien le diera los buenos días. Entonces, se despertó. Levantó la cabeza de la mesa, y como por arte de magia la

agenda y el bolígrafo desaparecieron. Sonrió enormemente a quien la había saludado, mucho más que a mí, y me sorprendió que él le devolviera la sonrisa como si no se hubiera dado cuenta de que era increíblemente forzada.

Empezó a hablar con aquel chico. A la charla, curiosos, se fueron uniendo más seres arrastrados por el sonido de su voz y lo brillante de sus ojos. La observé desde la distancia, que no era mucha pero parecía infinita, y pensé que en realidad no era tan guapa. No la

habría calificado así. No parecía alguien que destacara especialmente y, sin embargo, Gon la había llamado «preciosa». Lo recordaba. Había hablado de ella con la sonrisa boba que se le pone cuando algo le gusta de verdad, igual que la de los chicos que estaban ahora de pie ante su mesa con los brazos colgando inertes porque no sabían muy bien qué hacer con ellos. Casi daba vergüenza mirarlos, pero a ellos no les preocupaba, porque no hacían nada por pararlo. Sinceramente,

era un espectáculo cuanto menos extraño.

Se fueron sumando más chicos, alineados como si esperaran su oportunidad, asomándose de puntillas entre las cabezas de los que habían llegado antes para poder verla también. Parecía imposible que tanta gente cupiera en un espacio tan reducido y que todos estuvieran respetando, por una vez en sus vidas, el turno para preguntar. Resultaba casi insultante desde la perspectiva de cualquier profesor. Alguien le dijo «Oye, siento mucho lo

de tu madre» y enseguida todos empezaron a repetirlo, ante lo que ella respondió con una sonrisa igual de grande y muchos «gracias» que parecían sinceros. Y creo que ese era el problema; que, entre tantas personas, entre los chicos y las chicas que se acercaban a saludar y escucharla, era ella la que parecía más agradecida por pertenecer a aquel grupo en aquel momento concreto. Es decir, su cara era la única que no mostraba cierta incomodidad, o curiosidad o ansiedad por gustar a nadie. Simplemente

permanecía allí, sentada con la espalda estirada y mirándolos a todos, pareciendo mucho más grande de lo que en realidad era y comportándose con asombrosa naturalidad. Su expresión era impoluta. Nadie podría haber dicho que estaba fingiendo.

Pero el caso es que lo hacía. Aquella sonrisa perfecta hacía que resultara absolutamente evidente que era mentira, y ninguno lo vio.

La clase empezó y todos se despidieron con sonrisas tirantes y movimientos vagos. El espacio entre

nuestra fila y la pizarra se quedó vacío. Ella sacó sus cosas, un cuaderno y un estuche, y a partir de ese momento no dejó de mirar al frente y tomar notas hasta que la clase terminó. Mantuvo los ojos en la profesora y en las diapositivas que esta iba pasando y solo levantó el bolígrafo cuando se le acabó la hoja.

Quando el timbre que anunciaba el final de la clase sonó, todo el mundo se puso de pie enseguida y empezaron a pasar

ante nosotros solo para poder saludarla otra vez antes del cambio.

–Hasta luego, María.

–Nos vemos en Historia.

–¡Hasta ahora!

Ella sonreía y asentía mientras guardaba sus cosas. La observé un momento. Parecía tener la cabeza en otra parte. A medida que se sumergía en cualquiera que fuera ese pensamiento, su boca se relajó hasta acabar esbozando una mueca torcida, y eso me distrajo. Estaba recogiendo mis cosas para guardarlo todo en la mochila y, al estirar

una mano para agarrar un estuche, casi lo tiro; el movimiento que hice para evitar que se cayera fue tan brusco que la chica se sobresaltó, echó la cabeza hacia atrás y luego me miró.

Tras un par de pestañeos, suspiró y frunció el ceño levemente.

Alguien se detuvo delante de ella. Plantó una mano encima de su cuaderno y le sonrió enormemente cuando levantó la cabeza hacia él. Me sonaba. Era uno de esos chicos ruidosos que siempre hacían comentarios crueles porque pensaban que eran graciosos y «solo

iban de broma». Cuando lo miró, María tardó un segundo en recuperar la expresión cuidada y amable de antes.

–¿Sí?

–Creo que aún no nos han presentado.

Acabas de llegar, ¿me equivoco?

–Si acabar de llegar es haber llegado hace casi un mes, entonces sí.

–Soy Edu. Es un placer, María Gaudet.

Ella ladeó la cabeza y sonrió con cautela.

–¿Y quieres algo? Porque estaba recogiendo para irme a clase. –Ella tiró

del cuaderno en el que él se había apoyado y lo metió en su mochila.

—Venía a ofrecer mis servicios como escolta. Si no es mucha molestia, claro.

Arqueé una ceja, mirándolo. Yo aún no me había movido. Estaba presenciándolo todo desde muy cerca, aunque ninguno parecía notar que seguía allí.

—¿No tienes clase ahora? —preguntó ella, poniéndose en pie.

—Sí. Física. ¿No irás hacia allí, por casualidad?

—Pues sí.

—Entonces, permíteme que te indique el camino. Este sitio es un laberinto y me parece que aún no estás muy familiarizada con los pasillos y las clases, ¿no?

Ella se encogió de hombros. Él pareció celebrarlo internamente. Unos segundos después, los dos estaban saliendo por la puerta, él hablando y poniendo caras raras, y ella asintiendo y soltando pequeñas risitas. Los observé hasta que un grupo se puso detrás de ellos y me tapó la vista. Entonces, recogí lo que me quedaba y me reuní con

Gonzalo, que me esperaba junto a la puerta y no parecía haberse enterado de lo que acababa de pasar.

—¿Cómo que juntos?

—Eso es lo que me ha dicho Carla en los vestuarios —respondió Harry aquella tarde cuando me llamó por teléfono. Solíamos hacerlo. Como nos veíamos bastante poco, solamente unos minutos durante los recreos o al llegar por la mañana, habíamos acordado llamarnos algunas tardes para ponernos al día de

lo que fuera o simplemente charlar. Ella me llamaba siempre cuando salía del entrenamiento de baloncesto—. ¿No es muy fuerte? Acaba de llegar y por lo visto ya tiene novio. Qué espabilada está la gente, de verdad...

—Ese tal Edu es un gilipollas —dijo Gonzalo, aunque se lo oía algo distorsionado, probablemente porque estaba más alejado del teléfono que ella. Como se había sacado el carnet durante el verano, aprovechando que era un año mayor que nosotros, algunas tardes iba a recogerla—. No entiendo por qué, de

todos los chicos interesantes que hay en el instituto, ha tenido que liarse con él.

–Espero que tú no te incluyas en el grupo de los «interesantes».

–Que te den, Harry.

–La verdad es que los he visto hablando hoy en clase, pero él se estaba presentando –dije. Estaba un poco confundido. De hecho, ni siquiera sabía si Harry me estaba vacilando.

–Pues ya ves, hijo.

–Espero que no quiera aprovecharse de ella...

Oí un resoplido de Harry.

–Estoy segura de que es perfectamente capaz de defenderse solita de un idiota como ese, Gonzalo, no tienes que ir en plan caballero andante.

–El caballero andante podría si quisiera estrellar el coche por tu lado, ¿eso qué te parece?

–No sé yo hasta qué punto es seguro que hablemos por teléfono mientras conducís... Creo que voy a seguir estudiando.

–Ignasi, tío, ¡acabamos de empezar el curso! Relaja la raja.

–Deja que estudie si quiere, ¿a ti qué más te da? Que se te dé bien, Ignasi.

–Os dejo, chicos, hasta luego.
Hablamos mañana.

Capítulo tres

«El problema es que mi cabeza nunca está despejada.

 Mi cerebro es una casa de campo para demonios. Vienen a menudo y cada vez son más numerosos. Se preparan aperitivos con el licor de mis angustias. Se sirven de mi estrés

porque saben que lo necesito para avanzar. Todo depende de la dosis. Demasiado estrés y mi cuerpo explota. Demasiado poco, y me paraliza.

Pero el demonio más violento soy yo mismo.»

El beso más pequeño, MATHIAS

MALZIEU

20/10/15

Suena gracioso porque solo han pasado tres semanas, y si se lo dijera a Benjamín

probablemente resoplaría y me diría que no estamos para lloriqueos, pero esta es la verdad:

odio el instituto.

Me gusta aprender, las cosas que me enseñan me parecen interesantes y la gente que hay allí no está mal. Supongo. Pero aun así,

odio el instituto. Lo odio con todas mis fuerzas.

Odio tener que levantarme tan pronto todas las mañanas, sobre todo los días que duermo tres o cuatro horas como máximo. No soporto esta casa. No soporto la farola que hay junto a mi ventana y que ilumina mi habitación como

si fuera de día. Solo hace que las pesadillas sobre incendios crezcan y sean más largas, más habituales. Cuando me veo en los espejos parezco un fantasma, el último fantasma de la familia, por fin. Solo soy un esqueleto con una capa de músculo y piel y grasa y, por dentro,

nada. Como si estuviera vacía. No tengo hambre ni tengo alma ni tengo vida. Y lo peor es que es verdad, quiero decir, no me lo estoy inventando. Realmente estoy hueca y estarlo me da miedo.

Odio tener que ir todos los días en autobús. Esa es una de las peores cosas. Solo son

las ocho y ya siento cómo me hundo, me hundo, me hundo. La gente del autobús no se preocupa por nadie, solo por sí misma, y sin embargo todos miran. Miran a las otras personas, comparan su pelo, su ropa y sus vidas con los suyos, como si en los minutos que dura el trayecto fueran

**capaces de desenterrar los
más oscuros secretos del
resto de los pasajeros.
Tienen ese brillo en los ojos,
ese de “eh, veo dentro de ti”.
Me dan arcadas. Ojalá
pudiera hundir mis dedos en
las cuencas de toda esa
gente horrible que mira,
sonríe con suficiencia y**

**sacude la cabeza como
lamentándose por los demás.**

**He pillado un par de esas
miradas dirigidas a mí.
Siempre me han hecho
sentir muy mal, peor aún de
lo que me siento yo por mí
misma, pero ahora intento
disimularlo mirando con
ojos fulminantes a quien se**

**ha molestado en
dedicármela.**

**No mejora en clase. Las
aulas están frías, los
pupitres pintarrajeados y la
pizarra blanca de polvo de
tiza. Todos los días me quedo
mirando hacia el escritorio
de la clase donde paso más
tiempo y pienso en Jen y
Félix, esa pareja que se juró**

amor eterno en 2006, el 18 de enero, para ser exactos. Han pasado muchos años ya. Decidieron grabarlo justo donde yo coloco mi estuche. Suelo hacerlo a menudo, lo de pensar en ellos; pienso, sobre todo, en que seguramente no siguen juntos. Porque sé que no lo hacen. Sé que es probable

**que haga años que no se ven
y que raramente piensen en
el otro. El amor no dura.
Nunca lo hace. Ya no
piensan el uno en el otro
porque el concepto “eterno”
no es más que una nube
utópica y endulzada, una
mentira que solo existe si se
refiere a una condena.**

Jen y Félix se han deshecho ya el uno del otro, sus caminos se separaron y habrán conocido a otras personas. A lo mejor son más felices. A lo mejor han repetido sus promesas frente a labios distintos. A lo mejor no, y de vez en cuando evocan el recuerdo del otro con la mirada nerviosa

**bailando entre la indecisión
y el teléfono, frío al tacto y
esperando a que alguien lo
use y llame.**

**A lo mejor lo que tuvieron
nunca podría haberse
llamado amor.**

**Aun así, creo que ellos son
los únicos que consiguen
mantener mínimamente la**

llama que evita que mi cuerpo se apague.

Llama. Ja. Esa ha sido buena.

No es nada que haga la gente de mi alrededor. Esto que siento, quiero decir. No son los profesores, no son los alumnos. Es curioso, no me parece que ninguno sea especialmente malo o

especialmente bueno; todos son agradables a su manera o se esfuerzan por serlo, y hablan conmigo. Yo soy agradable cuando estoy con ellos, al menos también lo intento, pero porque me obligo a serlo aunque me disgusten. Sé que es todo falso, una obra de teatro, pero es un papel que no me

importa interpretar. La pregunta es: si soy capaz de comportarme así con los extraños, ¿por qué no puedo portarme bien con la persona que más conozco? ¿Por qué no puedo tratarme un poquito bien? Hace un par de semanas, una profesora me paró por el pasillo y me preguntó si

estaba bien, porque parecía un poco decaída. Ni siquiera me conocía, pero lo preguntó. Le dediqué mi sonrisa más radiante y le contesté que sí, que estaba bien y que simplemente había dormido poco. Se lo creyó, y me destrozó que se lo creyera, porque creo que quería que insistiera. Quería

que me hiciera hablar de mamá y Chris y papá, pero no lo hizo y se fue.

Así que yo también me he ido.

Capítulo cuatro

«There was truth, there was consequence, against you, a week defense. Then there's me; I'm seventeen and looking for a fight.»³

City of Angels, THIRTY
SECONDS TO MARS

29/10/15

Hoy las noticias hablaban de un edificio que se había caído en tierras americanas. Aún no sé por qué soy el tipo de persona que se molesta en ver las noticias, si luego todas son malas y encima al final nunca me acuerdo de los detalles. Por ejemplo, no sé si el edificio

**cayó porque los cimientos
estaban en mal estado,
porque algo lo había dañado
o porque habían decidido
demolerlo, pero sí que
recuerdo que la periodista
hablaba de que dos personas
estaban aún dentro cuando
cayó y que todo el mundo
suponía que a estas alturas
estarían muertas.**

Las noticias ya no hablan de mamá, ni de mi padre, ni de Christophe, y aunque nunca hablaron de mí, siento como si yo estuviera bajo todos esos escombros y nadie se hubiera acordado aún de venir a buscarme.

*** * ***

María dejó a aquel chico para estar con otro la semana siguiente.

Sinceramente, no sé qué tipo de relación pudieron tener en tan poco tiempo para que él se lo tomara mal hasta el punto de empezar a llamarla «puta».

Estábamos en clase cuando ella oyó por primera vez a unas chicas susurrar que aquel chico estaba diciéndole eso a todo el mundo a sus espaldas. Me giré en su dirección, porque yo lo había oído también, y la observé entornar una sonrisa sarcástica y reírse por lo bajo.

—¿«Puta» por solo haber querido besarte una vez? Que alguien te regale un diccionario.

No lo dijo para nadie, porque no sabía que alguien estaba escuchando. Aunque al principio estuve tentado de sonreír, lo cierto es que aquello ni siquiera había sonado a burla, sino más bien a cansancio.

Las semanas siguientes apareció con otros chicos. Venían a nuestra clase solo por acompañarla y simplemente se quedaban de pie junto a su mesa, inquietos y esperando a que ella acabara

de sacar sus cosas para inclinarse y rozar sus labios. Nunca parecía importarles que todo el mundo los mirara o que pensarán que ella ponía con ellos exactamente la misma expresión que había puesto con otros, porque todos tenían siempre esa emoción de quien ha estado esperando mucho tiempo y la espera ha valido la pena. Cuando se le acercaban, todos sujetaban su cara con cuidado, cerraban los ojos y aguantaban la respiración, como si así pudieran retener también el momento. Ella esperaba mientras tanto,

observándolos paciente cuando sus bocas se juntaban, sin cerrar los ojos porque solo aguardaba a que terminaran. Parecía casi aburrida por todo aquello y, sin embargo, cuando se separaban de ella, nerviosos, siempre les sonreía de forma tierna y casi tímida y les decía que los vería en la hora siguiente.

Todo el mundo la describía como una persona encantadora, pero cuando empezó a hacer eso la gente pareció dejar de estar tan entusiasmada con ella. Ojalá pudiera decir que creo que fue la costumbre ante su presencia lo que los

distanció un poco y no su «comportamiento», pero no soy tan ingenuo. De repente, la gente hablaba o forzaba la sonrisa al saludarla, y todas las chicas, porque por lo general fueron las chicas, parecían sentirse muy incómodas junto a ella. Tan incómodas como para enterarse de lo que hacía con esos chicos, sí, supongo. No es que la espieran, porque no era necesario, sino que nuestro pueblo siempre había estado lleno de ojos y, desgraciadamente, al final todo se sabía.

—Tal vez podríais dejar que alguien tuviera vida privada y parar con tanto cotilleo de una santa vez.

Las chicas que estaban charlando detrás de mí se callaron de golpe. Me había girado a mirarlas mientras hablaban de María, pero no se habían fijado en mí, así que había tenido que intervenir. No creo que se lo esperaran, no de mí. Me miraron con ojos incómodos e inquietos, se giraron la una hacia la otra y la que estaba a la derecha carraspeó. Cuando me volví despacio, me gustó no oírlas volver a la carga. Sin

embargo, aquello no haría que dejaran de hablar de ella, y tampoco iba a censurar todos los comentarios que hicieran. La chica no me importaba especialmente, pero siempre me ha molestado que la gente critique o se meta con todo el que no encaja exactamente por X o por Y. Parece que están todo el día pendientes de cada movimiento para así poder encontrar algo que tachar, y es agobiante. Agotador. Y lo peor es que, al final, nadie dice o hace nada por miedo a convertirse en un nuevo blanco, así que

los comentarios continúan y con ellos todo lo que conllevan. Yo lo había vivido desde todas las perspectivas, así que supongo que hasta cierto punto ya me había vuelto un poco inmune a las consecuencias que tenía intervenir, y por eso intentaba interceptar lo que llegaba a mis oídos. Y, aunque solo se cortaran delante de mí, eso me hacía sentir mejor porque al menos cambiaba algo.

Gonzalo chasqueó sonoramente la lengua aquella tarde, cuando nos sentamos en nuestra cafetería habitual y pedimos dos cafés con leche y un

botellín de cerveza para él. Harry sacó un libro inmediatamente y yo abrí mi mochila para sacar los apuntes de Biología que entrarían en el examen de la semana siguiente. Fue al verlos cuando Gon hizo ese sonido tan molesto, y después se recostó contra la silla y empezó a hacer equilibrios sobre las patas traseras. Siempre se sentaba así, en todas partes. Él casi nunca traía nada para hacer, así que se limitaba a sacar temas de conversación o a silbar por lo bajo mientras tanto.

Cuando la camarera llegó con nuestro pedido se enderezó, le sonrió y le guiñó un ojo. La mujer (de unos treinta años y una barriga de embarazada que tenía el aspecto de pesar unos treinta kilos) dejó que agarrara el botellín directamente de la bandeja y luego le dijo que si se portaba bien le traería un plato extra de patatas. Gon le sonrió y respondió que estaba enamorado de ella y que dejara a su marido y huyera con él, que la ayudaría a cuidar del niño. Ella soltó una carcajada y le revolvió el pelo. «Si te pasas de zalamero te quedas sin nada,

así que cuidadín», dijo, y luego se marchó.

Harry abrió un sobre de azúcar sobre su bebida y luego cogió el mío y se lo echó también.

—No paran de romperme el corazón, tío. Primero María, ahora Marta, la camarera... ¿Sabéis que está saliendo con uno de primero?

—¿Quién, Marta, la camarera? —preguntó Harry con una sonrisa socarrona.

—No, idiota; María. Gaudet, la nueva.

Harry puso los ojos en blanco para evitar decir «Lo sé, era broma».

—Estuvo saliendo con uno que va conmigo al laboratorio de Geología, y luego con el mejor amigo de ese. Y ahora está con un niñato de primero. — Eso último lo dijo arrugando mucho la cara, como si los chicos del curso inferior fueran criaturas repulsivas que no merecieran juntarse con el resto de los seres humanos.

Ella no le estaba haciendo demasiado caso y había vuelto a la lectura, pero aun así comentó:

–Bueno, pues bien por ella, ¿no?

–Pero no sé qué tienen ellos que no tenga yo. Es decir, mírame. Mira mi cara. Y además tengo coche, ¿me oyes?, COCHE. Eso tiene que sumar.

Harry alzó la vista y la clavó en él unos segundos.

–No veo que seas nada del otro mundo, la verdad.

–Pero qué cruel –comenté, soltando una carcajada.

Gonzalo se llevó una mano al pecho y se encogió un poco.

–De esto no voy a poder recuperarme jamás.

Orgullosa, Harry cruzó las piernas, pasó la página y se puso el libro delante de la cara para que no la viéramos sonreír. Aquello le encantaba y, cuando miré a Gon, me di cuenta de que a él le gustaba mucho también. Aunque a veces lo forzase. Aunque a veces se pasara un poco siendo pesado, aunque fuera tan cabezota.

Se apoyó de nuevo en las patas traseras y le dio un trago a su cerveza.

–Tenéis que ayudarme a urdir un plan para conquistarla. Esa chica y yo estamos destinados a estar juntos, lo noto. Tiene que dejarse de tanto niño y salir con un tío como Dios manda. Solo es cuestión de que me conozca y...

Abrí la boca para contestar, pero Harry intervino antes de que me diera tiempo a decir nada:

–Sinceramente, yo creo que es mejor que la dejes en paz. Que se vaya con quien quiera, con tal de que no sea contigo.

Gonzalo sonrió de medio lado, inclinándose hacia ella.

—¿Qué pasa, estás celosilla? No te preocupes, Harry, hay Gonzalo para tod...

Ella le tapó la boca sin ni siquiera molestarse en mirarlo.

—No es eso. No es por mí. Es solo que no me parece bien lo que está haciendo y no quiero que tengas que pasar por ello.

—¿Tú también piensas que es una guarra? —pregunté, mirándola sorprendido y algo ofendido porque

hubiera dicho eso—. Es lo que están diciendo por ahí.

—Ah, no, qué va. —A mí sí que me miró, aunque no apartó la mano de la cara de Gonzalo—. No me malinterpretes, no es eso. Puede hacer lo que le dé la gana y salir o besarse con todos los chicos que quiera. Como si de repente le empieza a dar por las chicas también, a mí plin. Lo que no me gusta es cómo se quedan ellos cuando los deja.

Gon le cogió la mano y enarcó una ceja.

–¿Y cómo se quedan exactamente, según tú?

–¿Es que has hecho otra cosa aparte de mirarla desde lejos y mandarle tus hondos «irresistibles» desde la distancia? Podrías hablar con alguno de los «ex». Si lo hicieras, te darías cuenta de lo perdidos que parecen. Como si no entendieran qué ha ido mal y necesitaran arreglarlo y recuperarla desesperadamente. –Clavó los ojos en Gonzalo durante unos segundos y luego se volvió hacia mí—. Creo que todo comportamiento es aceptable hasta que

se hace daño a otra persona. Y ya que a veces considero a este mentecato de aquí mi amigo... pues no me parece mal avisarlo.

Gonzalo soltó un bufido y volvió a recostarse contra el respaldo. Aún no había soltado la mano de Harry y jugaba con ella inconscientemente; ella no la apartó. Por un segundo, me pareció ver la escena desde fuera: los tres en aquella cafetería, pretendiendo fingir que nos entendíamos, pretendiendo ser mayores y tener problemas de verdad, comentándolos como quien comenta la

situación del paro o los recortes en educación o cualquier cosa que de verdad fuera a cambiar nuestras vidas. Me parecimos ingenuos e insignificantes, pero no quise pararnos. Decidí dejarnos continuar, dejar que siguiéramos creyendo que teníamos el control sobre algo.

En ese momento, así, juntos pero cada uno a lo suyo, me pregunté por qué éramos amigos. O si alguna vez lo habíamos sido. Porque no podíamos ser más distintos; íbamos juntos a clase y teníamos algunos gustos comunes, pero,

aparte de eso, no había mucho más. Me daba la sensación de que algo fallaba o faltaba, y demasiado a menudo se me ocurría que tal vez fuera por mí.

Había hablado con Harry de eso alguna que otra vez, cuando el pensamiento había aparecido en mi cabeza. «¿Qué seríamos sin ti, si puede saberse? —decía ella, todas las veces—. Sin tres no hay “trío de oro”. Somos un equipo, un triángulo. Créeme, todo está bien.» Cuando hablaba con ella, normalmente casi todo desaparecía. Se lo agradecía, la verdad. Harry ha tenido

siempre un efecto calmante en mí, como si fuera la voz de mi conciencia, pero en sentido bueno.

Por su parte, Gonzalo y su extrema confianza siempre conseguían envolverme y soltarme un poco. Le gustaba quitar importancia a las cosas que me rondaban por la cabeza y, junto a él, todos mis fantasmas parecían no tener ningún sentido. Lo que era bueno. Es curioso cómo cambiamos en función de las personas o cómo estas nos hacen mejorar con el tiempo. Gon era de esa gente que le cae bien a todo el mundo, el

tipo de tío que siempre encuentra un plan o que podría conseguir sitio para dormir en cualquier parte; tenía un talento especial para hablar, así que siempre hablaba por los dos cuando yo me bloqueaba. Era muy buena persona y, aunque era también bastante torpe, logró convertirse en un experto en meter la pata muchas veces y acabar saliendo siempre airoso. Hacía reír a las personas y, como si creyera que cualquier individuo con el que se cruzara podría llegar a convertirse en un colega en potencia, iba por la vida

esforzándose en hacer cosas pequeñas por los demás, detalles que a él no le costaban, pero que podían alegrar el día de alguien si llegaban en el momento justo. En el fondo, le encantaba ayudar y escuchar los «gracias» sorprendidos que murmura la gente ante los actos de bondad espontánea. También tenía, y tiene, mucha paciencia. Soportaba bastante bien el mal humor y sabía aliviarlo ágilmente con bromas, lo mismo que hacía conmigo y mi silencio. Aunque parecía que siempre estaba chinchando, sabía exactamente cuál era

la medida justa de humor que era capaz de aguantar y solía procurar no sobrepasar ese nivel. Además, a veces, me hacía ser valiente. Conseguía que explotara y que dijera las cosas que normalmente me callaba, llevarme al límite para que lo sacara todo de mí y al final, cuando lo conseguía, sonreía satisfecho y me daba una palmadita en la espalda que no podía lograr de ningún otro modo.

Recuerdo cómo acabó todo esto que intento contar y cómo me cerré en banda durante un tiempo, porque era lo que

quería y lo que se esperaba de mí. Sin embargo, incluso cuando intenté apartarme, él se abrió paso a través de mis barreras con presión y sus peores chistes hasta que no quedamos más que él y yo, solos, y por fin le expliqué todo y él lo comprendió. «Somos los tres mosqueteros, tío, ¿qué te esperabas?»

En realidad, si lo pensabas, ninguna de las aristas de nuestro triángulo tenía sentido, pero al mismo tiempo nosotros no habríamos sido los mismos si alguno hubiese faltado. Gon y yo no nos juntamos hasta que apareció Harry,

rubia, la más alta del instituto y con unos decididísimos ojos azules que habrían sido capaces de destrozarnos si hubieran querido. Sinceramente, todavía no logro comprender por qué una persona tan extraordinariamente inteligente, ingeniosa, razonable, perfeccionista y sarcástica como ella nos eligió de entre todos los idiotas que encontró a su llegada de las islas británicas, pero supongo que algo debió ver para insistir hasta unirnos. Poco a poco, en un par de años, aprendimos a amoldarnos y a convertirnos en aquello que a ella le

gustaba llamar el «trío de oro». Sí, supongo que en realidad ninguno de los tres fue nunca perfecto. Pero menos mal. Si lo hubiéramos sido, ¿cómo habríamos encajado? ¿Cómo podríamos haber sido capaces de estar así, tan tranquilos, simplemente sentados en una cafetería como aquella, donde lo único que hacíamos era estar fuera de lugar?

Para mí, casi todo el mundo está pintado en tonos grises. Allá donde voy no distingo exactamente unas caras de otras, porque no hay nada en ellas que sea especial, nada remarcable, nada que

pueda ser recordado. Sin embargo, con ellos siempre ha sido diferente. Ellos tienen colores. Ellos son distintos.

Harry se encogió de hombros de forma sencilla y volvió a abrir su libro por donde lo había dejado. La silla de Gonzalo chirrió peligrosamente, pero él se agarró de forma sutil al borde de la mesa para asegurar su equilibrio y poder mantenerse así. Los miré un momento, fascinado, y también me relajé.

Pensé en lo que acababa de decir Harry, en la chica, en María. Pensé en ella en clase, callada, siempre sonriente

y cortés y paciente con quien se acercaba a ella. También recordé la sensación de incomodidad que me había provocado eso, como si estuviera viendo algo terriblemente espantoso, y solo entonces se me ocurrió que tal vez fuera porque sabía que era mentira. Bueno, no mentira, pero sí que lo forzaba. O esa era la sensación que me daba. Aquella persona no podía ser alguien real, sino un personaje, porque nadie era capaz de romper tantos corazones solo para mantener su yo verdadero. O bueno, tal vez sí, quién

sabe, aunque por alguna razón eso no tenía ningún sentido para mí.

Pensé en el modo que tenía de no mirar a ningún sitio cuando ellos agachaban la cabeza para besarla, como si durante unos segundos simplemente no estuviera allí. Pensé en lo que acababa de decir Harry sobre cómo se quedaban siempre todos aquellos chicos, y solo entonces me di cuenta de que en ningún momento había llegado a mencionarla directamente a ella. Quiero decir, a ella como algo vivo y lleno y con sentimientos. La había tratado como algo

extraño, fuerte e innecesariamente poderoso que aún no supiese controlarse bien, pero en realidad al final todos éramos humanos y todos existíamos por algo. Quiero decir, la gente siempre tiene razones. Mentalmente apunté que eso tendría que recordárselo: la gente siempre tenía razones y aquella chica debía de provocar aquel desfile de muchachos por alguna.

Capítulo cinco

«Weep, little lion man, you're not as brave as you were at the start.»⁴

Little Lion Man, MUMFORD &

SONS

La chica de las noticias estaba en la puerta del cine cuando salí de la sesión de las diez.

Siempre me ha gustado ir tarde para no cruzarme con nadie, y aún prefiero estar solo para poder disfrutar del silencio y no tener que compartir mi comida. Me molesta especialmente esa gente que se sienta a tu lado y te susurra lo que está pasando, como si tú no tuvieras ojos o no lo entendieras o de verdad necesitas un comentarista. Sin embargo, aquel día, pese a que la película acabó muy tarde, me la crucé.

Ella me vio primero. Cuando miré a ambos lados a la salida y la encontré allí ya tenía los ojos clavados en mí, redondos y muy abiertos. Un cigarro colgaba de entre los dedos de su mano derecha. Me planteé por un segundo darme la vuelta y volver a casa, pero era una tontería; ella estaba demasiado cerca y habría provocado una situación increíblemente incómoda si me hubiera marchado así sin más, por lo que la saludé con un movimiento de cabeza.

Ella esperó unos segundos y después sonrió.

–Hola.

–¿Qué hay?

Se encogió de hombros y se entretuvo un momento mirándome. Entrecerraba los ojos de una forma bastante graciosa para ver mejor en la oscuridad. Sonrió ligeramente, más amable que otra cosa, y luego miró un instante hacia el cine antes de hablar.

–¿No estás con nadie? ¿Has venido solo?

–Sí. Pero tú tampoco estás con nadie.
¿Y tu novio?

La palabra pareció chocarle, como si no entendiera a quién me refería.

—Eh... ha tenido que irse antes. Hoy me vuelvo a casa en bus.

Era mentira, lo supe. No había venido con nadie y, cuando apartó la vista y carraspeó un poco, lo noté. Pero por alguna razón había decidido decirme eso, así que le seguí el juego y le pregunté:

—¿Y no te importa que te haya dejado aquí sola?

—¿Qué más da? Puedo volver por mi cuenta. No va a pasarme nada. Y total,

ahora mismo no hay nadie en casa que vaya a echarme de menos. –Esbozó una sonrisa de medio lado y pareció que se reía de una broma que solo entendía ella.

Me vino a la cabeza todo lo que había leído y me pareció de bastante mal gusto.

–Bueno, en fin. –Suspiró, mirándose las botas un momento, y luego volvió a fijar su atención en mí—. ¿Vas a ir en autobús? Aún sigo un poco perdida, así que supongo que te agradecería mucho que pudieras indicarme...

–¿Hacia dónde tienes que ir?

–Sé llegar bastante bien desde el parque donde nos vimos aquel día. –Me sorprendió que se acordara, pero controlé mi expresión porque tampoco quería que supiera que no me lo había esperado—. Creo que hay una parada cerca... Al lado de aquella iglesia junto al ambulatorio, creo. Oh, recuerdo que me hizo mucha gracia ver eso, por cierto; parece que un edificio fuera la opción desesperada del otro, ¿no? Me resultó irónico. Aunque no sé qué bus tengo que coger para bajarme ahí.

–El mismo que yo. Es el 702.

–Ah, entonces perfecto. Te sigo, si no te importa.

Nos subimos juntos en el bus que volvía al pueblo. El cine estaba en una ciudad pequeña cercana, a unos veinte minutos de casa más o menos, y tuvimos que ir a esperarlo a la parada de la carretera. Me quedé detrás de ella cuando le dijo «buenas noches» al conductor y pagó los dos euros que costaba el viaje, y luego pasé el abono por la máquina hasta que

la luz verde se encendió. Me senté en el lado del pasillo junto a ella; el autobús estaba bastante lleno para ser tan tarde, y me dio la sensación de que estábamos demasiado pegados. Después de tantas semanas teniendo siempre esa mesa libre entre los dos, el hecho de que su pierna rozara la mía me parecía en cierto modo una invasión. Un murmullo flotaba sobre todas las cabezas, el runrún de las conversaciones o de la música que se escapaba de los cascos de aquellos que viajaban en solitario, y

daba la sensación de que éramos los únicos en silencio.

Ella tenía las manos entre las piernas y la cabeza gacha y yo fingía que miraba por la ventana aunque en realidad, de reojo, la miraba a ella. No podía negar que me intrigaba, aunque aún no tenía demasiado claro en qué sentido. Su nariz era lo único que podía ver de su perfil, pues se había echado todo el pelo hacia delante. La ropa que llevaba era de nuevo demasiado grande, como siempre, y la chaqueta se le escurría por los

hombros y tiraba de la camiseta que llevaba debajo.

—¿Tengo monos en la cara, o qué?

María alzó la cabeza y sus ojos chocaron bruscamente con los míos. No me dio tiempo a reaccionar. Esbozaba una sonrisa burlona, divertida, tan potente que casi me tumba al verla.

Miré hacia otro lado, sin contestar. Ella guardó silencio durante un par de minutos y luego comentó:

—Eres un chico bastante extraño. No sabría decirte muy bien por qué, pero me pareces raro.

–Le dijo la sartén al cazo.

Se rio. Fue un sonido musical y espontáneo, y se tapó la boca al hacerlo. Como si con eso me hubiera dado permiso, volví a mirarla y pensé: «¿Por qué? No, no te tapes». Giró la cabeza en mi dirección; tenía arrugas alrededor de los ojos y los dedos tan blancos que casi estaban morados.

–No soy tan rarita –contestó, ladeando ligeramente la cabeza–. Créeme. La verdad es que cumplo bastante bien con el perfil de adolescente dramática normal y

corriente. Te diría que hasta me creo que soy diferente de las demás.

Arqueé las cejas.

—Entonces debes de estar en el centro exacto de la media. Enhorabuena.

—Ya te digo. —Siguió sonriendo—. Y estoy muy orgullosa, la verdad.

Solté una risa y negué con la cabeza. Parecía completamente inofensiva. No era el vampiro que había descrito Harry ni el fantasma que había querido ver yo. Me observó con esos ojos tan grandes y azules y los labios algo entreabiertos, con las comisuras un poco alzadas.

Tenía las mejillas sonrojadas, tal vez por el calor que hacía en el autobús en contraste con el frío de fuera, y no dejaba de sonreír mientras me miraba. Pensé que era en cierto modo adorable y que sí, tal vez fuera bastante normal, pero también había algo en ella que llamaba la atención especialmente. Tal vez no la habría llamado «preciosa», como hizo Gonzalo, pero de repente me quedó claro que ella era otra cosa. No algo como ella se había descrito, sino sorprendente dentro de los límites normales, creo. Si es que existe algo así.

No sé, pero para mí eso tenía más sentido.

Y estaba casi seguro de que no tenía nada que ver con el hecho de que su nombre nos sonara un poco a todos.

En ese momento, como todas las veces anteriores en que me había cruzado con ella, tuve la sensación de que su presencia absorbía todo cuanto estaba a su alrededor. Te hacía sentir insignificante e impotente cuando te miraba de aquella forma, con esos ojos grandes y redondos e inhumanamente azules. Era muy difícil de mirar, como

una escena demasiado violenta. Creo que ese es el adjetivo perfecto que describía su mirada: violenta. Violenta y agresiva y sin ningún tipo de filtro. Por eso te hacía sentir pequeño e inútil, porque era una tormenta y no podías ganarla.

—Bueno. —Me miré las manos, algo abrumado, intentando aparentar aunque fuera un poquito de normalidad—. ¿Qué película has visto?

—Hum... James Bond. Entretenida. — Se encogió de hombros—. ¿Tú?

–Una argentina. Era rara, pero no estaba mal, supongo.

Giró la cabeza para mirar por la ventanilla. Yo me quedé callado, porque no sabía qué más decir para seguir la conversación. Continué mirándome las manos, porque parecía lo más lógico, y me fijé en mis uñas lisas y rectas y en mis dedos largos y recordé aquellos tres años de solfeo que había dado solo porque a mi padre se le metió entre ceja y ceja que podría ser pianista. No sé por qué pensé en eso en aquel momento, sentado junto a una chica de madrugada

en medio de la carretera y con todas las luces rodeándonos. Recuerdo que cerré los ojos, pensando que era tonto e intentando inventarme cualquier otro tema de conversación.

Tras unos segundos, suspiró.

—La verdad es que ni siquiera sé por qué he venido. Tenía que haber acabado ese ensayo para clase de Literatura, pero no lo he hecho.

—Es para el viernes, aún tienes tiempo
—contesté.

—Bueno, tampoco tanto.

—¿Sobre qué lo haces?

–Sobre el papel de la mujer en *Don Juan Tenorio*. Doña Inés me pareció un personaje fascinante, la verdad. Sobre todo, después de muerta. ¿Tú?

El motor zumbaba a nuestros pies y los coches de la carretera nos adelantaban con silbidos lejanos. La gente seguía hablando. Alguien le dio al botón de parar y observé a una señora levantarse unos asientos delante de nosotros y caminar despacio por el estrecho pasillo. María se removió a mi lado, y supe que estaba mirándome. Era

como un láser sobre mi cara, incómodo y sorprendente.

–Oye, ¿yo te caigo bien?

Abrí los ojos y arqueé las cejas.

–¿Cómo?

–Me has oído.

–¿Por qué lo dices?

Soltó el aire por la nariz y sonrió de forma amarga.

–Hijo, entre lo del otro día y lo seco que eres conmigo, cualquiera diría que preferirías que me fuera.

No soy borde. Quiero decir, no me considero ni me he considerado nunca

una persona borde. Tal vez ahora sea un poco amargo y sarcástico, vale, eso es posible, pero hasta aquel momento creo que no le había soltado una bordería a nadie en mi vida (al menos, no a propósito). Sin embargo, también soy perfectamente consciente de que a mucha gente se lo parecía, porque siempre estaba callado y serio y nunca tenía el impulso de ser el primero en hablar.

Tal vez había sido un poco bocazas al preguntarle por la fama, pero no lo había hecho con mala intención. Nunca lo

hacía con mala intención, simplemente era torpe y metía mucho la pata. Pero nada más.

–No me caes mal. Aunque tampoco te conozco.

–Tampoco pareces muy interesado.

–No es eso.

Nos quedamos en silencio y me di cuenta de que no tenía ni idea de cómo arreglarlo, así que decidí que callarme era lo más fácil.

Pero, por alguna razón, estar con ella así me hacía sentir pesado, raro, incómodo. Tenía que añadir algo pronto,

y noté la presión de manera asombrosa, como si una burbuja con la forma de mi cuerpo me apretara los brazos y el cuello y el pecho. Esa fue la primera vez que sentí su efecto, creo. El de María. Aquella sensación de ahogarse pero estar respirando de manera absolutamente normal.

Me giré para disculparme o para volver a probar, pero entonces la vi y mi corazón saltó.

Aquella luz.

* * *

20/11/2015

**Un, dos, tres, nada funciona,
nada está bien.**

**Un, dos, tres, vuelve a
intentarlo, prueba otra vez.**

**Hay música en alguna
parte, pero no puedo oírla
del todo. El zumbido del
autobús está en todas partes.**

**Si no les gustas a todos,
¿le gustas a alguien en**

realidad? Si no les gustas a todos, ¿eres normal, vale la pena intentarlo, puedes seguir como si no pasara nada?

*** * ***

–¿Qué haces? –Miré a ambos lados, agobiado, para ver si alguien más lo había visto. Por suerte, como estaba sentada en el lado de la ventanilla y

nadie nos había estado mirando, había pasado desapercibido. Aun así, fruncí el ceño—. No puedes hacer eso aquí — siseé—, podrían ponerte una multa.

—¿Cómo?

La luz ya había desaparecido cuando ella bajó la vista, pero daba igual porque yo había visto la llama. Debía de haber estado dándole vueltas a un mechero de forma despreocupada y no se había dado cuenta de que lo había encendido mientras jugaba con él.

Se puso blanca y, cuando alzó la cara hacia mí, parecía bastante alarmada.

-L... lo siento.

Negué con la cabeza. Quedaban tres paradas hasta la mía, así que me puse de pie, agradeciendo el frío que sentí en la pierna cuando me separé de ella. Estábamos muy cerca del ambulatorio y también quedaba poco para que ella se bajara. Se lo dije.

Salió al pasillo despacio, como si su pequeño cuerpo le pesara, con la mirada perdida. Le dejé un poco de espacio para que se agarrara a la barra, pero la rechazó. Me dio la espalda al colocarse

frente a la puerta y vi su reflejo en el cristal.

Se bajó a la siguiente. Ni siquiera le había dado al botón, pero el conductor paró al verla por los espejos que había instalados junto a la puerta. Las hojas se abrieron despacio con un sonido de descompresión y ella se dejó caer fuera, aterrizando sobre los dos pies. No se despidió de mí, y fruncí el ceño. Cuando las puertas volvieron a cerrarse me acerqué allí, sin apartar los ojos de ella, y vi cómo se daba la vuelta.

Parecía preocupada y asustada y cautelosa. Sus ojos brillaban más que nunca, y su mirada me resultó tan clara que por un momento pensé que se haría de día. Abrí la boca para hablar, porque quería decírselo, pero el bus ya había empezado a moverse. La chica que había allí era otra, alguien distinto con quien no había pasado la última media hora de mi vida, y parecía consciente y resuelta y sabia, demasiado sabia.

El autobús la dejó atrás. Mis dedos estaban blancos de intentar agarrarme a aquella imagen y aquella barra. Durante

todo el camino a casa pensé que tenía que haberme bajado con ella, que debía habérselo dicho.

Capítulo seis

«Cause here we are, we are
shinning stars, we are invincible,
we are who we are. On our
darkest day, when we're miles
away sun will come, we will find
our way home». ⁵

Carry On, FUN

No llegué a entender por qué reaccionó como lo hizo, ni por qué al día siguiente se comportó de una forma tan extraña cuando nos encontramos en clase, pero yo no era el tipo de persona que pregunta primero y, cómo no, entonces tampoco lo fui.

Creo que esto ya lo he dicho antes. La verdad es que, sinceramente, no creo que haya tomado la iniciativa nunca en mi vida. Bueno, a lo mejor una vez o dos, pero no en nada relevante. Antes lo interpretaba como un mecanismo de protección: si no te arriesgas no pierdes

nada, y si no pierdes todo está bien, ¿no? Estuve siguiendo esta filosofía durante más de cinco años, en mi etapa de instituto. Es fácil, rápido y seguro. Si no formulaba la pregunta, no tenía que enfrentarme a la respuesta.

Pero esa estrategia, por alguna razón, ya no podía aplicarla con María. No podía simplemente ignorarla y dejar las cosas como estaban, que pasara lo que tenía que pasar, porque si de algo estoy seguro es de que no habría tenido que pasar nada. No con nosotros. Ahora, echando la vista atrás, enfrentándome a

esto y enfrentándome al fantasma de ella y a sus ojos como los conservo en mi memoria, sé que nosotros no teníamos que haber sido más que un *ella* y un *yo*, solos, individuales, y que decidimos forzarlo. No sé cómo empezamos, porque si estoy haciendo esto es para intentar ordenarlo todo, pero ambos tuvimos que dejar de estar cómodos. Ambos tuvimos que abandonar cosas. Y yo no lo sabía por aquel entonces, a finales de noviembre, con las clases y los exámenes y otras cosas en las que pensar, pero lo descubriría. Ya lo creo.

Y me golpearía como un tren a toda velocidad.

Mi conclusión a posteriori es que ella debía sentirse avergonzada, pero entonces aquella posibilidad ni siquiera se me ocurrió.

Era normal, porque no era algo que pudiera notársele a simple vista. Ella llegaba a clase junto con un par de chicas que parecía acabar de conocer, sonriendo amablemente y escuchando más que aportando, sabiendo exactamente cuándo asentir y cuándo soltar una ligera carcajada. Se sentó

junto a ellas y se les unieron un par de personas. Escuchaba risas generales ante chistes demasiado trillados y los típicos cotilleos mañaneros de todos los días; alguien le hizo una pregunta personal y ella respondió con educación. No dudó ni un segundo antes de hacerlo. Parecía increíblemente fuerte e increíblemente segura.

Y la persona que yo había visto no estaba, desaparecía mientras ella la enterraba más y más hondo.

Nadie se planteó –ni, por supuesto, le planteó a ella– si tenía o no motivos

para sonreír así. Nadie pensó que era lunes, que había llovido por la mañana y que teníamos que entregar un comentario de texto al día siguiente. Nadie recordó que acababa de cortar con un muchacho o que su padre había salido en el periódico hacía menos de un mes o que su madre seguía en coma. Nadie pensaba en eso.

Todos estaban pendientes y la miraban, pero nadie pensaba en ella.

La profesora entró y todo el mundo volvió a su sitio. Soltó al aire su habitual «Buenos días» y,

sorprendentemente, solo Gaudet se molestó en devolverlo. Ella la miró, perpleja, y luego contuvo una leve sonrisa antes de sacar sus libros y empezar a hablar. Yo observé un poco más a María, su perfil blanco, su nariz alargada y fina. Notó que lo hacía. Despacio, giró la cabeza hacia mí y me miró; estaba seria, muy seria, y sus ojos eran fríos y claros como si estuvieran a punto de romperse.

Luego empezó a coger notas y aquella luz se apagó, aunque la sensación que

me había dejado seguía apretándome el pecho.

* * *

30/11/2015

Estar sonriendo y, dos segundos después, tener ganas de llorar.

No sé cómo funciona. Ojalá lo supiera, porque así podría evitarlo, pero no. Es

repentino e inesperado. No es por culpa de nadie, ni siquiera mía. Es como una tormenta que llega sin avisar. Una tormenta que lo inunda todo y que me ahoga por dentro y por fuera.

Nunca he oído hablar de alguien capaz de parar una tormenta.

Al final de la clase recogió sus cosas de forma ordenada y se marchó. Todos se habían levantado y estaban poniéndose los abrigos cuando Gonzalo se acercó a mí y sonrió enseñándome todos los dientes.

–Qué, ¿nos vamos fuera? Harry tiene partido.

–Pero si está todo mojado.

–Creo que van a dejarles usar las pistas del polideportivo. Venga, que

estaremos resguardaditos por si se pone a llover otra vez.

Harry jugaba en el equipo de baloncesto de bachillerato que habían formado los chicos y chicas más mayores hacía unos años. Llevaba tres jugando, solo uno en el mixto, y aquel año había decidido que iba a esforzarse al máximo para poder irse del instituto por todo lo alto. Los miércoles a la hora del recreo, y también algunos lunes y viernes, junto con los alumnos de cursos inferiores, dividían al equipo en dos y jugaban partido tras partido hasta que se

aburrían (aunque, sinceramente, nunca tenían tanto tiempo como para hacer eso de «partido tras partido»). Me gustaría decir que era menos agresiva en la pista que en la vida real, pero lo cierto es que parecía que toda la agudeza y el escepticismo que la caracterizaban se transformaran en fuerza y velocidad cuando estaba cerca de una pelota.

Era bastante entretenido verla jugar. A mí nunca me han gustado mucho los deportes, pero me quedaba por ella y, si me daba pereza, siempre estaba Gonzalo para arrastrarme consigo.

El equipo de Harry perdió el partido. Un chico empezó a chincharla y ella le hizo la zancadilla cuando fueron hacia los vestuarios para cambiarse. A Harry le encantaba cuando les dejaban jugar allí porque tenían duchas y siempre podía refrescarse o cambiarse la camiseta sudada, pero para nosotros era un poco más incómodo porque teníamos que esperarla fuera, ya que esa era una zona en la que no nos dejaban entrar. Aquel día nos pegamos a la pared bajo el tejadillo que había a la salida para intentar no mojarnos. Cada vez que la

puerta se abría Gonzalo levantaba la cabeza, y cuando no era ella quien salía empezaba a mascullar que siempre era la última en salir de los sitios. «¿Por qué es tan lenta, tío?», murmuraba, moviéndose de un lado a otro para intentar entrar en calor. Yo saqué el móvil y empecé a mirar la cartelera del día del espectador.

La puerta volvió a abrirse y a cerrarse, pero esta vez él no chasqueó la lengua. Me dio un codazo, levanté la vista y la vi salir. Tenía una capucha que le tapaba hasta los ojos, las mangas de

la chaqueta le cubrían los dedos y había empujado la puerta con el hombro. Alzó la cabeza y nos vio. Gonzalo levantó una mano, despacio, y sonrió de medio lado. Ella estiró los labios brevemente y se marchó corriendo. Ninguno de los dos apartamos los ojos de su espalda hasta que la perdimos de vista, y justo entonces la puerta volvió a abrirse y Harry salió con un suspiro.

–Mierda, ya está lloviendo otra vez.

–Harry, acaba de aparecer un ángel y te lo has perdido. –Gonzalo, con esa sonrisa tan tonta, se apoyó contra la

pared y empezó a abanicarse con la mano de forma teatral.

Harry subió las cejas y me miró a mí.

—¿Perdón?

—La chica nueva acaba de salir, justo antes que tú.

Ella puso los ojos en blanco con tanta fuerza que pensé que darían una vuelta entera.

—Madre mía, pero cómo puede haber un ser humano tan tonto.

—Hasta me ha sonreído. —Gon empezó a andar delante de nosotros, de espaldas como siempre, llevándose las manos a

la cara y aún con esa mueca de absurda felicidad.

—Gonzalo, ha sido una sonrisa bastante falsa, no te emociones.

—No ha sido falsa. Ha sido incómoda porque tú estabas aquí y nos has cortado todo el rollo. —Arqueé una ceja y él soltó una carcajada—. Vale, no, pero sé distinguir una sonrisa falsa de una tímida cuando la veo. Las sonrisas falsas son muecas que la gente necesita ver y que pones solo para salir del paso. Ella ha agachado la cabeza y se ha marchado

corriendo. Eso es que le daba vergüenza.

—O tal vez no quería mojarse —sugirió Harry.

Me reí y ella puso los ojos en blanco otra vez, ahora sonriendo. Gonzalo no nos hizo caso.

—Tiene una cara tan bonita... Imaginad nuestros bebés, con mi fuerza y atractivo y su sonrisa.

—¿Fuerza? —murmuré.

—Arruinarías la lotería genética. — Harry soltó un resoplido.

–Es imposible. Su cara es dominante toda entera.

–Ya, y tu estupidez también, así que no les hagas eso a los pobres e hipotéticos niños. Si no os salen chimpancés, claro.

Aunque normalmente lo controlaba bastante bien, a veces Harry me parecía muy poco discreta respecto a Gonzalo. A lo mejor yo lo notaba más porque ya lo sabía, pero, fuera como fuese, no iba a decirle nada al respecto. Ya había pasado por eso. Una vez, cuando teníamos menos años y yo era aún menos

espabilado, le había insinuado que intuía que le gustaba y, como respuesta, ella me estampó contra una pared, me sujetó un brazo con fuerza, puso su cara muy cerca de la mía y me amenazó con cargarse a mi perro si se lo decía a él o a alguien. En realidad, ahora me parece hasta divertido. Harry era tan torpe en ese aspecto, sobre todo en comparación con el resto de las cosas que controlaba en su vida, que casi resultaba adorable. Tenía mucho talento; tanto, que incluso podía permitirse un poco de arrogancia al respecto. Pero luego, en cuanto

aparecía aquello y se salía de su zona de confort, todo desaparecía. Era gracioso.

Fue la palabra «ángel» la que me vino a la cabeza aquella noche cuando el autobús paró en la carretera para recoger a una persona. Casi nunca subía nadie allí. A pesar de que no hacía demasiado frío para ser 2 de diciembre, los cristales se habían empañado y me había dedicado a escribir cosas sin sentido en el cristal mojado. Las luces de la carretera eran naranjas, amarillas y

azules; parecían ondas largas y continuas que alguien hubiera dejado allí para que yo no me perdiera. Los demás coches pasaban en sentido contrario y dejaban atrás un silbido de velocidad, y, mientras, el cielo se había incendiado y a todo el mundo a mi alrededor debía de parecerle algo corriente.

Ella dijo «buenas noches» cuando subió y, aunque aún no la había visto, por alguna razón supe quién era. Los dedos de María Gaudet fueron torpes al recoger la vuelta de su billete y su

cabeza se levantó por encima de todos los respaldos cuando buscó dónde sentarse. No sé si entonces me vio y fingió no haberlo hecho o su sorpresa fue real cuando se encontró de golpe conmigo, pero el caso es que se quedó parada junto a mi asiento, con la mano cerrada alrededor del reposabrazos del otro lado del pasillo y cara de estar pensando qué se suponía que debía hacer.

—¿Quieres sentarte?

Fue apropiado porque pareció una invitación por mi parte y no una súplica

para que dejara de mirarme. Ella aceptó y se dejó caer en el asiento que había delante de mí, así que durante un par de minutos solo pude verle la parte de arriba de la cabeza. Tenía el pelo tan enredado que ni siquiera podía verle el cuero cabelludo. Yo seguía con un casco puesto e intenté fingir que no había dejado de escuchar música en vez de centrarme en ella. Estaba empezando a preguntarme por qué siempre estaba sola en los autobuses nocturnos si tenía a tanta gente a su alrededor durante el día,

cuando de repente se dio la vuelta y me habló con su voz de ultratumba:

—Ya es la segunda vez que nos encontramos en un bus.

Lo dijo de forma tan objetiva que casi lo sentí por ella. No era que tuviera una voz grave o gastada; simplemente, me pareció que así sonaría un árbol plantado en un cementerio si pudiera hablar. Había cierto toque de solemnidad en sus palabras, nada parecido, de nuevo, a como era en clase. No podría decir que no me inquietara, porque lo hacía, pero creo que me

interesaba más que otra cosa. Puede que por eso contestara en vez de simplemente encogerme de hombros.

—¿Y crees que significa algo? — pregunté.

—Tal vez que ninguno de los dos tiene amigos.

Se movió hasta ponerse de rodillas para estar más cómoda y apoyó la cara en el reposacabezas de su asiento con la cabeza vuelta hacia la ventana. Parecía extrañamente en paz, pero también agotada. Me pregunté de dónde vendría.

—Oye, ¿estás bien?

Y qué si estaba bien. Y qué si estaba mal. No, de verdad, ¿qué más daba? ¿Qué más le daba a ella? Tenía el rostro serio y el ceño un poco fruncido, como si estuviera preocupada de verdad y, por un instante, que alguien se preocupara así me hizo sentir aliviado, aunque luego entendí que era raro. Y sin sentido. Así que fruncí el ceño también, de manera diferente, y levanté la barbilla lo justo para fingir que no importaba.

—¿Yo?

—Sí. Parece que te pasa algo.

—No me pasa nada.

–Bueno, pero aun así lo parece.

No me sonrió amablemente como pensé que haría. Ni siquiera vi ese toque burlón en sus ojos, ese que a veces tenía y que llegó a hacer que diera la sensación de que sabía más que nadie en el mundo. Tenía las cejas inclinadas hacia los lados y los labios entreabiertos, descuidados. Sentí un retortijón y me enderecé en el asiento.

Ella siguió hablando.

–Me causas mucha curiosidad. Siempre parece que estás en todas partes, pero nunca dices nada. Es como

si lo miraras todo para conocer a la gente. Pero no sé para qué quieres esa información. ¿Te la guardas? No lo entiendo. —Hizo una pausa. No quería que le contestara, era una pregunta retórica—. Eres muy raro.

—No soy raro.

—A ver, ya sé que no lo eres. Pero me resulta difícil pillarte.

—¿Pillarme el tranquilo para luego poder ser simpática conmigo como lo eres con el resto de las personas?

Tal vez no debería haberlo dicho. Sonó mucho más agresivo de lo que

debería haber sonado.

—¿Tienes algún problema con eso?

Me acobardé un poco.

—No. Quiero decir que para mí eso es lo raro. No me parece que nadie pueda ser simpático con todo el mundo así. No me parece que sea de verdad.

—¿No soy simpática de verdad? —Me encogí de hombros. Ella cerró los labios, tomó aire por la nariz y luego lo soltó despacio—. Ignasi... ¿era Ignasi, no? Ignasi, cada uno tiene lo suyo. En realidad, no sabes nada.

—Puede, pero me parecería sorprendente que de verdad sintieras ganas de ser así con todo el mundo todo el tiempo. Quiero decir, a todo el mundo le cae mal alguien y todos tenemos malos días.

Entornó una sonrisa socarrona y dejó escapar rápidamente el aire por la nariz.

—«Malos días».

Tenía el volumen tan bajo que solo podía escuchar la música cuando ninguno de los dos hablaba. Me miré las rodillas y vi que tenía un agujero muy pequeño en la pernera derecha de los

vaqueros. Empezó una canción nueva, así que me concentré en ella y en intentar agrandar el agujerito con la uña.

—No lo entiendes —dijo—. No tengo que darte explicaciones, pero de todas formas no lo entiendes.

No le contesté. La canción decía: «Somebody calls you, you answer quite slowly, a girl with kaleidoscope eyes».⁶ El tiempo pasaba y desistí, porque la tela vaquera es demasiado dura para romperla con la uña del dedo meñique. Ella apoyó de nuevo la cara en el asiento y se quedó mirándome.

—Es porque no sé hacer amigos. ¿Cómo hace amigos la gente? Nunca lo he sabido. No se me ocurría una forma mejor.

Cuando levanté la cabeza, aunque ella no se había movido, vi que sus ojos estaban perdidos en alguna parte. No miraba hacia fuera exactamente, sino hacia el fondo del autobús, pero como si estuviera viendo a través de ese cristal e intentara ir mucho más allá de los coches que nos seguían, de la noche y de la carretera. Me fijé en su cara con la guardia completamente baja: era

ovalada y corriente. No tenía mucho más. Parecía la cara de alguien a quien todavía le falta crecer. Era la cara de una persona que se había quedado atascada en alguna parte y no podía o no sabía avanzar.

Busqué el casco que no llevaba puesto, lo cogí y se lo puse.

Ella se sobresaltó levemente, pero no se apartó. Tan solo despertó del trance, me miró con una expresión de infinita sorpresa y luego, unos segundos después, puso su mano encima de la mía y apretó un poco más el casco.

Quité la mano, pero tuve que inclinarme un poco hacia delante para que no se nos cayera el cable a ninguno de los dos. La canción terminó y empezó otra. Ella tenía los ojos abiertos, grandes como los de un dibujo animado, fríos y claros como el iceberg que destruye el barco y hace que el protagonista muera. Los coches, sus ojos, las luces, sus ojos, las farolas naranjas e intermitentes, sus ojos. Intenté subir la música para no pensar en ellos, pero era bastante difícil.

* * *

04/12/15

**Si hubiera sido una película,
el volumen de la música
habría ido aumentando poco
a poco hasta inundarlo todo,
en la pantalla se habría
proyectado la carretera
iluminada y de vez en
cuando le habrían enfocado**

a él con los ojos cerrados y siguiendo el ritmo con ese leve balanceo.

Ni siquiera creo que se diera cuenta de que había cerrado los ojos.

En aquel momento pude ver todas sus debilidades. También todos sus defectos. No sus puntos malos, sino los puntos donde supe que

podría hacerle daño. Donde sería más vulnerable. Vi sus miedos y sentí el cansancio.

Me gustó sentir el cansancio.

No abrió los ojos hasta que terminó la canción.

Capítulo siete

«¿Cómo vas a ser feliz en este mundo? Tienes un agujero en el corazón.»

El océano al final del camino,

NEIL GAIMAN

06/12/2015

Hoy he dormido con la ventana abierta. Hacía frío, muchísimo frío, pero la he abierto porque me gusta taparme con la manta y dejar los pies y las manos fuera para que se me congelen. Por las noches puedo sentir el frío. Me hace estar tranquila. Solo

**entonces tengo frío en las
manos.**

**Estaba tumbada
bocarrriba, mirando al techo
oscuro. La farola de fuera
me iluminaba los pies, solo
los pies. Parecían
especialmente blancos y
brillantes. De vez en cuando
dejaba de estudiar el techo y
bajaba la vista hacia ellos**

para comprobar que seguían en el mismo estado –que no se habían ido ya, sin mí–, y allí estaban. No paraban quietos, pero aún seguían perteneciéndome. Blancos y fríos y pequeños. Mis pies.

Fue entonces cuando oí el motor del coche. Rugió una vez y luego las ruedas

empezaron a girar y alguien abandonó la calle.

Las campanas de la iglesia habían sonado hacía poco, por eso sabía que eran más de las tres.

Pensé que me gustaría ser ese tipo de persona. El tipo de persona que se sube al coche a las tres de la mañana y simplemente se

va. Me pregunté, mientras seguía observando con los ojos abiertos el corretear de las luces y las sombras, por qué lo habría hecho. Lo de irse. ¿Estaría acudiendo a una llamada de auxilio, o estaría intentando escapar? ¿Habría llegado a su límite? ¿Iba a reunirse con alguien

**en aquel momento? ¿O
estaba desapareciendo?**

**Pensé que yo escogería
eso antes que esto, y que
aquella persona del coche
tenía que haberme llevado
consigo. Que quiero ser así
(como él o ella) e irme
primero, porque no
aguantaría ver a nadie más
marcharse. Que no quiero**

ser la persona que ve partir a alguien y no tiene las manos lo suficientemente fuertes como para conseguir que se quede.

Capítulo ocho

«Ya he tenido suficiente,
necesito a alguien que
comprenda que estoy sola en
medio de un montón de gente.»

El universo sobre mí, AMARAL

Cuanto más intento recordar exactamente cómo acabamos como lo hicimos, más difícil me resulta encontrar todos los detalles. Y eso que ni siquiera ha pasado tanto tiempo desde lo que sucedió. Sé que ella se las apañaba para estar en todas partes y que, en el fondo, a mí acabó gustándome que lo hiciera; pero no tengo nada claro cómo llegaba a los sitios, ni cuál era la explicación que yo me daba para que sus apariciones misteriosas tuvieran sentido. Supongo que no mucha gente se creerá que todos nuestros primeros encuentros se

debieron a una simple y absoluta casualidad, pero esto no es imaginación de narrador, lo juro. Las cosas que cuento pasaron. No me considero el creador de la historia, sino alguien encargado de transmitirla. Porque quiero, y porque no quiero que se olvide. Si hablo de estos encuentros es porque así pasaron, y hace falta que los cuente porque así es como al final nos conocimos: poco a poco y siempre colisionando.

Ane interpreta el momento de los cascos como un inicio. A lo mejor lo

fue. Me felicitó porque hubiera sido idea mía, aunque a día de hoy aún no tengo muy claro si eso me hace sentir mejor o peor.

Pero, en fin, no quiero apartarme del tema.

Oí una risa. Levanté la cabeza.

—Vale, esto va a empezar a considerarse acoso dentro de poco y quiero que sepas que lo siento en el alma.

María apareció entre las rocas del mirador un día a la hora del recreo. Los de bachillerato podíamos salir a la calle

durante esos cuarenta y cinco minutos de descanso, y por eso me encontré allí. Harry tenía un partido y Gonzalo había decidido ir a verla jugar, así que me escaqueé cuando no se daba cuenta y subí hasta allí con un libro.

La parte más antigua del pueblo estaba construida sobre un terreno plano, pero todas las ampliaciones que hicieron durante los setenta y los ochenta empezaron a ir hacia abajo (en todos los sentidos), así que casi todos los edificios relevantes que no fueran el ayuntamiento, la basílica y la biblioteca

pequeña estaban en cuesta. Nuestro instituto quedaba en la parte de abajo. Estaba rodeado por calles llenas de chalets, unos más nuevos y otros más viejos, y un montón de parcelas disponibles para la construcción. Muchas de ellas llevaban vacías décadas, y estaban llenas de enormes rocas de granito y hierbas altas. Supongo que aquel no era un terreno que se trabajara fácilmente y no había constructores que quisieran arriesgarse a gastar tanto dinero en una casa que tal vez nunca llegaran a vender.

El caso es que una de esas parcelas vacías resultó, desde mi punto de vista, ser un punto de lo más afortunado; al estar colocado en una de las grandes cuestas que subían hacia el casco antiguo, no había ningún tejado que interrumpiera la vista hacia delante, por lo que si te acomodabas en una de las rocas que ya he mencionado, se podía ver el contorno de los rascacielos de la capital contra la línea del horizonte y, por qué no, también la gran cúpula verdosa que cubría el cielo de allí. Aunque solo pudiera ir por las mañanas,

a eso de las once y media, ese sitio me gustaba; imaginaba cómo se vería desde allí el atardecer y, por la hora, la sombra del chalet construido al lado casi siempre me caía encima, así que me subía a un hueco que me permitía sentarme y apoyar la espalda, miraba hacia delante durante unos minutos y luego me ponía a leer con la imagen del campo y los edificios en la cabeza. Todo muy relajante.

Y luego había aparecido ella.

—¿Qué haces aquí?

–Ser partícipe de algún tipo de broma divina, por lo que veo.

No era normal ver a nadie más por allí. La cuesta que había que subir para llegar a esa calle no valía realmente la pena para pasar solo media hora a la sombra, y por eso la gente se iba a la rotonda, al parque infantil o al recinto del polideportivo a comer pipas. Ni siquiera mis amigos iban por allí. Por eso me gustaba.

–Estaba dando un paseo y he pensado en buscar un sitio desde donde pudiera

ver la ciudad –me explicó, sencilla–.

Desde la calle no se te ve, ¿sabes?

–¿Vas a quedarte?

Se lo pensó un momento.

–Sí. Estoy cansada. No voy a volver a bajar solo porque hayas llegado primero.

Sonó como una niña pequeña. Sonreí levemente e hice un gesto concediéndole el sitio imaginario que había a mi lado. Ella lo aceptó, pero dejó unos centímetros entre los dos al sentarse.

–¿Te importa si fumo? –murmuró, mirándome un momento.

–Haz lo que quieras.

Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una caja de tabaco arrugada. Guardaba el mechero dentro. Yo intenté volver a centrarme en el libro que había estado leyendo, pero que estuviera allí y ser consciente de que se movía me desconcentraba. Encendió el cigarro y este empezó a soltar humo. El olor no me disgustaba especialmente, pero la sensación de que se colara en todas partes sí.

Se inclinó hacia delante para poder leer el título.

–Así que atrasadillo con la lectura de *Frankenstein*, ¿eh?

–Si crees que yo voy atrasado es que todavía no has visto al resto de la clase buscando resúmenes en el Rincón del Vago la noche anterior.

Soltó una carcajada.

–¿La noche anterior? Cuánta fe. Te apuesto una peli juntos a que algunos van a mirarlo durante la clase de antes del examen desde sus móviles. –Ahora me reí yo—. Pero bueno, ¿te está gustando, por el momento? A mí me pareció alucinante. Lo he leído un par de

veces. El personaje de la Criatura es simplemente... demasiado. –Me quitó el libro con delicadeza y leyó por donde yo había estado leyendo—. Oh, la época de los Lacey... Me rompió el corazón.

Libros. Ahora resultaba que le gustaban los libros. Algo así parece estúpidamente obvio de decir, pero por desgracia en el lugar donde yo me he criado no es tan corriente. Y lo mejor es que parecía emocionada, aunque eso tal vez fuera tan solo por la obra. Empezó a pasar las hojas rápido hacia delante, de cinco en cinco, releendo pequeños

fragmentos, y durante todo ese rato tuvo en la cara una sonrisa.

—¿Por qué? —pregunté, refiriéndome a lo que había dicho de los Lacey—. Si parece que es feliz.

Me ignoró un momento mientras leía con una sonrisa lo que parecía que por fin había encontrado. Después alzó la cabeza, sacudió la ceniza y se pensó menos de un segundo la respuesta.

—Porque se esfuerza mucho para que luego lo destrocen como lo hacen. Es decir, lo da todo por ellos. Se convierte en alguien mejor por ellos, en lo mejor

que puede ser y que ha sido nunca, porque los quiere y los admira y quiere cuidarlos. Pero la sociedad es una verdadera mierda, una mierda prejuiciosa. Y ver cómo se da cuenta de eso, de que no lo quieren y nadie va a quererlo nunca... Mary Shelley lo sabía. Sabía que la gente es mala. —Se detuvo un segundo y luego sacudió la ceniza de nuevo, aunque no había visto que el cigarro le rozara los labios. Suspiró pesadamente e inclinó la cabeza al mirarme—. No sé si sabes a lo que me refiero. ¿No te ha pasado nunca que

parece que no importa lo que hagas o qué intenciones tengas, porque siempre todo lo que haces está mal? Es una sensación agotadora. Parece que estás corriendo y que no avanzas nunca.

Nos quedamos callados. Volvió a negar con la cabeza.

—De todas formas, perdóname si desvarío; es uno de mis libros favoritos.

—Y dijo aquello como si fuera la perfecta justificación y por ello no debiera fijarme en su indignación o pensar en segundas aplicaciones a lo

que había dicho, porque en definitiva solo hablaba de un libro.

Volvió a agachar la cabeza y siguió leyendo aquel fragmento que había estado buscando. Tenía un dedo justo por donde yo me había quedado. Sujetaba el cigarro con los labios y, cuando veía que la ceniza aumentaba, se lo apartaba para sacudirla y luego lo devolvía a su boca. No respiraba por la boca, sino por la nariz. Podía saberlo por el modo en que brillaba la punta cada vez que ella exhalaba.

—¿Por qué cigarros?

Ella levantó los ojos hacia mí.

—¿Qué?

—Que por qué cigarros —repetí.

—¿Qué pasa con los cigarros?

—Que por qué los quemas.

—¿Cómo quieres que fume sin quemarlos?

—No los fumas —dije—. Nunca los fumas. Simplemente esperas a que se gasten y luego los pisas. ¿Por qué quemas cigarros, si son tan caros?

Entrecerró los ojos, pero no como si se hubiera ofendido, sino más bien como si le hubiera gustado mi comentario.

Después tiró el cigarro al suelo y lo aplastó.

—¿Ves? Eso es a lo que me referí el otro día. Miras a la gente y aprendes cosas de ella. Te fijas en los detalles. — Hizo una pausa breve—. Nadie más que tú se ha dado cuenta de eso.

—Pero tengo razón, ¿verdad?

—¿Y yo?

Me encogí de hombros y recuperé mi libro. Me sentía un poco expuesto y quería tener algo en las manos. Ella sonrió de forma levemente socarrona. Se

rio. Una carcajada seca, única, mínima.
Luego, sacudió la cabeza.

–Claro que la tienes –dijo.

–¿Y por qué lo haces?

Suspiró. Echó las manos hacia delante para darse impulso y ponerse de pie sobre la roca. Había estado sentada en el sitio donde no había mucha sombra y el sol le había dado en la cara. Se puso de espaldas a él, delante de mí. Los rayos que la alcanzaban decidían esquivarla y delinear su contorno. Llevaba medias, pantalones cortos y una

camiseta muy grande de un grupo de rock que no conocía.

—Es por algo muy simple y muy dramático. Si deajo que se quemem y luego los piso, su vida útil no tiene sentido. Solo es por eso. Dejo que se consuman despacio, que el fuego se los coma sin que hayan servido nunca para nada.

Mi silencio hizo que, segundos después, volviera a hablar. Pero apartó la vista.

—Los cigarros están hechos para quemarse. Van a ser destruidos de todas

formas, igual que nosotros algún día, así que ¿qué importa? Todos nos desharemos. Obviamente, no hay cigarros suicidas, pero sí fumadores crueles. Y yo he decidido ser de los últimos, aunque no tenga mucha lógica. He decidido quemar así el tiempo. Me gusta la literalidad. Al final, todas mis metáforas se hacen reales. No es una forma de solucionarlo, pero al menos estoy haciendo algo.

El timbre del recreo sonó. Era lo suficientemente potente para que lo oyéramos desde allí. Su voz me había

envuelto y había detenido el tiempo, y pude ver en su cara que ella también lo había sentido, que tampoco podía decir cuánto llevaba hablando o cuánto había escuchado yo sobre lo de las quemaduras y estar maldito.

Pero ahora la burbuja se había roto y no teníamos nada más que hacer allí.

Me tendió una mano para levantarme y le di el libro para que lo sujetara. Saltamos juntos de la roca y bajamos la cuesta hasta la entrada sin decir nada.

Una vez dentro, levantó la cabeza para mirarme y sonrió un poco. Era

diferente de las sonrisas que veía cuando hablaba con otra gente, y eso hizo que me latiera un poco más rápido el corazón.

No, no éramos amigos.

Era diferente.

María y yo nos cruzábamos a menudo. No digo en clase (por supuesto que nos cruzábamos en clase, íbamos a la misma, hubiera sido imposible no vernos allí), sino en los pasillos, a la salida, en autobuses perdidos, a veces

por la calle. Algunos días, al encontrarnos, tan solo pasábamos unos segundos mirándonos y luego uno de los dos –ella– sonreía brevemente, se daba la vuelta y desaparecía hasta la próxima vez. Otras veces, contra todo pronóstico, cuando tropezaba conmigo, decidía que no quería deshacer el camino y se quedaba. Siempre me decía que era muy extraño, pero sin embargo sonreía, y era algo real. Y, aunque no me lo había esperado, me hacía sentir bien.

Sin embargo, me estoy adelantando, y no debería. Quiero contar esto en orden.

Cuando al final de todo esto Ane vino a preguntarme qué era lo que había pasado e intenté explicarlo, las palabras salieron a borbotones y acabé escupiendo una historia sin sentido, sin principio ni final, sin orden ni concierto. Ella me dijo que me calmara y que respirara hondo. Estuvo conmigo hasta que conseguí hacerlo, hasta que pude colocar todas las piezas. No debería ser muy difícil para mí, porque yo había estado allí, pero lo cierto es que está siendo mucho más complicado de lo que creía. Tengo toda la historia en la

cabeza, pero no es tan sencillo. Debo organizar los recuerdos intentando recordar el orden.

Lo estoy intentando.

A partir de aquel momento se sentó a mi lado. Ninguno de los dos dijo nada sobre el cambio, porque de alguna forma aquella decisión parecía algo lógico. No hablábamos. Yo la veía garabatear a veces en una agenda, la misma que vi el primer día que hablamos en clase. También escribía cosas en los márgenes de sus libros, palabras como «metástasis», «onomatopeya» o

«eudaemonía». Me gustaban las curvas de su letra. No levantaba el bolígrafo hasta terminar las palabras, y era entonces cuando ponía los puntos sobre las íes y el rabito de las tes.

Gonzalo empezó a venir a mi mesa para sentarse sobre mis libros y arrugar las hojas al hacerlo. La excusa que ponía era que tenía que contarme algo que le había pasado en la clase o el día anterior, aunque ni sonaba tan interesante ni le importó que siguiera haciendo unos ejercicios atrasados y que no le escuchara mientras me lo decía.

–El viernes ganamos, tío. Fue una victoria por goleada. Mira que yo el fútbol, bueno, *meh*, pero he de reconocer que si me pongo puedo llegar a ser un auténtico crack. ¿Está mal que yo lo diga?

Nunca me mostraba demasiado perceptivo cuando me habla de ese tipo de cosas. Supongo que él lo sabía. Tardé aún un par de días en darme cuenta de que no venía por mí, sino por ella, porque quería que las cosas que contaba le impresionaran de alguna forma. Siempre era así cuando alguien le

gustaba: se ponía a hablar y hablar y hablar y hablar y, cuando cazaba una mirada de la muchacha en cuestión, interpretaba aquello como vía libre y daba cuerda a su más ilimitada verborrea. Solo necesitaba una excusa.

He de decir que ella lo hizo muy bien aguantando sin mirarlo y sonriendo levemente debido a su evidencia. Pero su resistencia no hizo que él se rindiera. Por suerte o por desgracia (en aquel momento yo tenía mucho más en mente lo segundo), Gon no era de los que se dan por vencidos fácilmente. Así que

siguió viniendo, y yo seguí soportándolo sin rechistar.

–Eh, María.

Gon dejó de hablar y levantamos la cabeza. Un chico alto, delgado y con el pelo liso y largo estaba ante nosotros, con cara de pena, mordiéndose un poco el labio. Me sonaba de algo, pero no sabía de qué.

Había hablado lo suficientemente alto como para que a los tres nos llamara la atención. Cuando lo vio, María subió las cejas y cerró su libreta, poniéndole la goma y apartándola a un lado. Su

expresión no mostraba preocupación, sino más bien cautela. Miró al chico con cuidado y luego, amablemente, le dedicó una pequeña sonrisa.

—Hola, Mario.

—¿Puedo hablar contigo? Solo un momento.

Gonzalo y yo también estábamos mirándolo y se dio cuenta. Nos echó un vistazo y luego carraspeó y agachó la cabeza. María también nos miró. Bueno, más bien me miró a mí durante menos de un segundo y luego volvió a Mario. Recordé que ese era el nombre de su

novio, bueno, de su ex, del último, y lo reconocí porque había cortado con él hacía un par de semanas. El chico parecía muy nervioso. Gonzalo arqueó las cejas y siguió hablándome, pero estaba claro que no lo escuchaba porque yo tenía los ojos aún clavados en María, que miraba fijamente la mesa y tenía pinta de estar incómoda también.

—Ahora no, va a venir ya mi profesora. ¿Te importa si hablamos luego?

—Solo un segundo, solo quiero...

—Luego. Ahora no puedo.

El chico apretó los labios y le dijo que vale, que la esperaba fuera cuando empezara el recreo. María se encogió de hombros y lo observó mientras él lanzaba una mirada nerviosa a nuestra clase y luego se marchaba con las manos en los bolsillos. Gonzalo seguía hablando, aunque demasiado distraído como para decir algo coherente. Solo lo hacía para mantener un sonido entre nosotros. María puso los ojos en blanco y luego sacó el libro de Literatura. La profesora entró, vio a Gonzalo sentado en la mesa y subió una ceja.

–¿Es que las sillas son demasiado buenas para ti? Anda y vete a tu sitio, que vamos a empezar.

Gon saltó al suelo y se despidió de mí con un gesto rápido al que no respondí. Pilar, la profesora, dio unos golpes en la pizarra con la parte de madera del borrador y todo el mundo se quedó callado. Dijo que abriéramos el libro por el tema cinco y lo hicimos.

–Aunque bueno, antes de empezar: ¿ha avanzado alguien con la lectura del libro de este mes? Deberíais llevar más de la mitad... recordad que el examen es

el viernes. Y os voy a hacer pensar. A ver, ¿alguno lo ha terminado ya, por casualidad? –Barrió la clase con los ojos–. Levantad esas manos.

Tras unos segundos sin respuesta, la profesora soltó un suspiro. Parecía que lo estaba esperando, el silencio. Sin embargo, de repente sus ojos se abrieron muchísimo y me miró. No entendía por qué lo hacía, así que moví los ojos y vi que mi brazo estaba arriba y que temblaba un poco, y se me aceleró el corazón.

Bajé la mano. Con una sonrisa, María levantó la suya. Las cejas de la profesora estaban alzadas, pero no llegó a sonreír del todo.

—Vaya. Bueno, muy bien, no está mal. ¿Algo que comentar al respecto? ¿Qué os ha parecido? A ver qué podéis decir sin destripárselo a vuestros compañeros.

La mujer me miró, pero yo seguía con el corazón acelerado y no sabía qué decir. Ni siquiera recordaba por qué había alzado la mano. Sí, tenía cosas que decir, pero no quería hablar en público. No quería que todos me

miraran. Agaché la cabeza, sintiendo cómo la cara me ardía, y oí una pequeña risa salir de los labios de María.

—Creo que lo que más me sorprende de esta historia es cómo se puede tratar a Víctor de héroe cuando claramente el monstruo es él, y no la Criatura.

Giré la cabeza hacia ella. Me miraba a mí, no a la profesora. Y tampoco lo había dicho como para responderla a ella, sino con el mismo tono que había empleado antes, cuando hablaba conmigo.

Tardé unos segundos en contestar.

–Pero él solo intenta arreglar lo que ha hecho. Aunque no lo haga demasiado bien, lo intenta. La historia trata sobre eso.

María arqueó una ceja. No sonreía.

–No es verdad. Intenta salvarse a sí mismo. Lo hace por él, no por nadie más. No debería dársele tanto poder, tanto protagonismo.

–Intenta vengar a su hermano.

–*Spoileeeeer* –gritó alguien desde la parte de atrás. Su voz me sobresaltó, pero no me callé. Ya había empezado a hablar y todo el mundo estaba

prestándome atención, así que ahora no podía parar. Tenía que centrarme en ella, escuchar su respuesta y contestar.

—De nuevo, porque se siente culpable —siguió María, ignorando a la persona. Miró hacia el techo un segundo—. Busca el perdón, eso es todo. No asume sus responsabilidades. Y actúa sin pensar en las consecuencias. Es sumamente egoísta. Así le va luego, claro. Acaba como cualquier idiota lo haría. — Chasqueó la lengua.

Entorné una sonrisa y alcé un poco una ceja.

–¿Tu argumento es que es un idiota?

–Venga ya, Ignasi –dice ella.

–Me parece que deberíais seguir con esta conversación en privado. De todas formas, me gustan mucho las ideas que tenéis. Muy bien. –La profesora dio una palmada–. Al resto, aplicaos con la lectura, porque es probable que reiniciemos una discusión similar a esta el lunes después del examen, para que yo vea qué os ha parecido. Ahora volvamos al programa. Id al apartado de la sintaxis. Manuel, si eres tan amable, ¿podrías repartir estas fotocopias? Son

ejemplos que he sacado de exámenes antiguos de selectividad. Cuando los tengáis, fijaos en las dos primeras frases. Podéis ir analizándolas si queréis, aunque luego os daré unos minutos para hacerlas antes de corregirlas todos juntos...

Nos miramos una última vez de reojo y ella arqueó elocuentemente una ceja. No pude evitar sonreír. Agarramos nuestras fichas y empezamos a leer. Tenía en el pecho una sensación extraña pero agradable.

Después de la clase, Gaudet guardó todas sus cosas en la mochila y volvió a girarse hacia mí.

—¿Desde cuándo te pones de parte del malo? Creía que eras inteligente.

Me encogí de hombros.

—No sabía que la inteligencia se demostrara a partir de la simpatía que sientes hacia un personaje u otro en una obra de ficción.

Se llevó una mano al pecho dramáticamente.

—Oh. Me partes el corazón. ¿Vas a ir al descampado ese otra vez?

–Sí, supongo. Pero tú no.

–¿Por qué?

–El chico ese. Has quedado con él luego, si no me equivoco.

Miró hacia el espacio que había entre nosotros y la pizarra, como si su exnovio volviera a estar allí. No se había acordado de él. Frunció los labios.

–Es verdad. Mierda.

No dijo nada más. Se puso de pie, soltó un suspiro y se echó la mochila al hombro. Luego levantó una mano hacia mí, la sacudió mínimamente y se

marchó. Gonzalo apareció donde ella había estado, mirándola también.

—En realidad hay que reconocer que es superrara, tío. A veces me recuerda un poco a ti. Aunque me gusta. Tiene algo diferente. ¿Cuántas chicas conoces que se emocionen así por un libro? Mola.

Capítulo nueve

«There's no smoke without reason, it's a sign there's something wrong.

In my lungs there's a poison I've been breathing in too long.»⁷

Things We Lost In The Fire,

JANET DEVLIN

Resultó que conseguí unas entradas gratis para ir al cine y la invité.

No fue tan rápido como eso. Quiero decir, no fueron eventos seguidos. No conseguí las entradas y la invité inmediatamente. Estuve bastante tiempo pensando en qué hacer, o cómo decírselo, o cuándo.

Fue Ane quien me las dio.

—¿Ignasi? —Llamó a mi puerta con los nudillos, esperó un segundo y luego volvió a llamar, la segunda vez entreabriendo un poco—. ¿Puedo pasar? Tengo que pedirte un favor.

–Entra.

La cabeza de mi hermana asomó por el hueco que había quedado. El pelo le cayó por la cara y los hombros e hizo un gesto para apartárselo. Luego me sonrió y dio un paso hacia delante.

–¿Podrías encargarte de sacar a *Pat* hoy? Voy a ir a dar una vuelta con Alba cuando salga de Inglés y mamá me deja volver a la hora de la cena.

–Estoy haciendo cosas –contesté, sin apartar la vista de la pantalla.

–Solo sería salir a eso de las siete y media. O a las ocho. Aún quedan varias

horas.

–No sé si habré acabado en varias horas.

–Venga ya, Ignasi. Nunca te pido nada... Solo es darle una vuelta y volver, venga. *Porfi*. Sácalo hoy por mí, solo hoy...

Antes no tenía más relación con Ane que la que tienen dos personas que comparten casa. De pequeños no jugábamos juntos porque ella era demasiado activa y yo muy sedentario. Nos llevamos dos años, así que cuando yo empecé el instituto y ella seguía en el

colegio me creía demasiado mayor para hablar con una niña (suena tan estúpido como fue, sí)... Y entonces yo tuve problemas con alguna gente, unos insignificantes y otros algo mayores, y descubrí el placer que producen la música alta y las puertas cerradas. Y me volví un imbécil, como decía mi padre. Y tendría que haber hecho más caso a mi familia, como repetía mi madre.

Y mi hermana pequeña, que también había seguido creciendo aunque yo no hubiera estado pendiente, parecía de pronto ser la única que venía

voluntariamente a hablar conmigo. Lo intentaba sin rendirse con pequeñas conversaciones o comentarios sobre cosas que había visto y que le habían hecho pensar en mí, por ejemplo. Con su lenguaje corporal me recordaba constantemente que podía contarle lo que quisiera porque ella iba a escucharme. Porque Ane es una de esas personas buenas por naturaleza. Porque Ane solo quiere ayudar.

Mi hermana es ese tipo de chica que le gusta a todo el mundo. A cualquiera le encantaría conocerla. Teníamos un tío

que solía bromear con que todo el encanto que yo no tenía lo habían estado guardando durante dos años enteros para dárselo a ella, y a mamá le encantaba esa broma, así que siempre le pedía que la repitiera. Su fama no era en vano: además de ser una chica de quince años considerablemente bonita, era lista y buena, no como algunas crías que veo por el instituto y que parecen estar constantemente planeando una venganza. Tenía una personalidad fuerte que conseguía que todos la siguieran, porque era capaz de controlar la situación y

dirigir el mundo sin llegar a ser mandona. Fue ella quien me convenció de que escribir esto sería una buena idea, y resulta que tuvo razón. Bueno, creo.

—¿Qué me das si lo saco hoy?

Puso los ojos en blanco.

—¿Vas en serio? ¿Tengo que pagarte?

Me encogí de hombros y seguí tecleando.

—¡Ignasi...! —Soltó un quejido y luego suspiró—. ¿Cómo eres así? Eres sangre de mi sangre, se supone que deberías echarme una mano cuando lo necesito...

—Ane, que te vas a ir por ahí con tus amigas.

—Ya, bueno. —Resopló—. Vale, a ver... Tengo dos entradas para el cine. Me las dio papá, del trabajo. Tendrías que gastarlas antes del 25. Te las doy si quieres, pero tienes que cubrirme hoy y al menos otro día que te lo pida. Un día por entrada, ¿es justo?

La miré. Por un momento estuve tentado de ofenderme porque papá le hubiera regalado a Ane dos entradas de cine cuando era yo el que se pasaba la vida allí, o porque ella no me lo hubiera

dicho hasta ahora, o por ambas cosas. Pero ya no me molestaba en esforzarme por sentir esas cosas, así que simplemente asentí y me encogí de hombros. Le dije «trato hecho» y sonrió muchísimo antes de darme un abrazo rápido y extraño y salir corriendo. Cerró la puerta a su espalda. Siempre cerraba la puerta si la encontraba así antes y me gustaba que lo hiciera.

Al día siguiente tenía las entradas en el escritorio. Las guardé en mi libro de Mates. No sabía qué iba a hacer con

ellas, pero pensé que tal vez podría usar una más tarde, después de clase.

Gonzalo, Harry y yo quedamos frente a la tienda de siempre para ir juntos. Ellos estuvieron discutiendo sobre algo durante todo el camino y yo dejé de pensar en aquellas entradas. No volví a recordarlas hasta unas horas después, cuando de repente pasó por mi cabeza que tal vez a ella le gustaría venir conmigo. No sé por qué se me ocurrió, la verdad, porque ella no dijo ni hizo nada que me recordara que las tenía.

María llegó con unas chicas y Gonzalo vino a hablar conmigo, como todos los días. En vez de escuchar lo que me estaba diciendo, lo miré y me pregunté qué le parecería aquella idea. Parecía interesado en ella, también. Es decir, no también. Pero pensé que tal vez se mosquearía. O tal vez no, tal vez solo me miraría con cara rara y me sonreiría de esa forma encantadora y ciertamente condescendiente que decía «buen intento, chico». Me imaginé su cara y me callé solo porque no quería que existiera la posibilidad de que lo hiciera.

—¿Qué hacéis todos tan revolucionados? ¿Vais a darme problemas justo en la última semana antes de las vacaciones de Navidad? Sentaos, voy a poneros una película.

Gonzalo le guiñó un ojo a María cuando se cruzó con ella en el pasillo entre las mesas: ella volvía y él se marchaba. Ella se dejó caer en su asiento y me sonrió. Le devolví la sonrisa. Abrí la boca para decirle lo de las entradas y la cerré. Miré hacia delante. La profesora parecía estar teniendo problemas con el reproductor

de Windows y el vídeo que había descargado en su pendrive.

–Buenos días, Ignasi.

Asentí. Miré hacia la mochila. La profesora consiguió poner la película sin que nadie tuviera que levantarse a ayudarla, aunque dejó el cursor del ratón en mitad de la pantalla y el botón del play siguió allí. Hubo gente que protestó, pero ella no entendió lo que querían decirle. Estábamos en clase de Filosofía, no de Matemáticas, pero saqué el libro y me quedé mirándolo.

Estaba un poco más nervioso de lo que debería haber estado, en realidad.

—¿Es posible que estés un poquillo desorientado?

No le respondí, simplemente saqué las entradas, las puse bajo mi cuaderno y lo guardé.

La gente seguía hablando, aunque el interesantísimo documental sobre Santo Tomás ya había empezado. No sabía si teníamos que tomar apuntes o si la profesora solo quería tenernos entretenidos durante las clases que durara el vídeo. María había sacado su

agenda, pero no sé cuándo. Escribía algo en ella otra vez. Miré hacia allí un momento, intentando adivinar qué ponía, pero lo tapaba con el brazo.

–Gaudet –llamé.

–¿Hum?

–Quiero preguntarte una cosa.

Levantó los ojos y apoyó la cabeza en el nido que formaban sus brazos cubriendo el cuaderno.

–Me preguntaba si vas a ir esta tarde al cine. Como es viernes...

Ella estiró un poco la espalda y arqueó una ceja, pero no de forma

burlona, sino innegablemente sorprendida.

—No lo sé. No lo había pensado.

¿Por?

—Tengo dos entradas. Me han salido gratis. No sé si te gustaría. O si puedes. A lo mejor ya has quedado, pero...

No se rio ni sonrió como si pensara que yo era adorable por trabarme de semejante manera. No sonrió, ni de esa forma ni de ninguna, y se lo agradecí. Esperó hasta que me di por vencido y dejé de hablar, con un nudo estúpido en

la garganta que no podía entender a qué venía.

–Vale.

Eso fue lo que contestó.

–¿Vale?

–Sí. Me apetece. Si es lo que he entendido que querías decir, claro... Pero sí, me apetece ir contigo. –Se detuvo, me miró, y ahora sí que me dedicó una expresión amable de gratitud–. Me gusta que hayas pensado en mí para lo de las entradas.

Miré el documental. No tengo ni la más remota idea de qué estaban

diciendo, la verdad. Lo único que sé, lo único que puedo decir que sé que es absolutamente verdadero es que en ese momento tenía el corazón acelerado. Me iba a toda pastilla.

—Gracias por preguntármelo —susurró.

En la larga lista de cosas que no me gustaban del lugar donde vivía estaba el hecho de que todo el mundo acababa enterándose siempre de todo, lo que creo que ya he dicho más de una vez.

—¿La has invitado al cine?

Era el número de Harry, así que había esperado su voz y no la de Gon cuando descolgué. Me quedé en silencio unos segundos sin saber qué contestar. No estaba seguro de poder descifrar si el tono que había usado era de sorpresa o de mosqueo. A Gonzalo le interesaba María, o eso había intentado dejar más que claro, así que tal vez no le hiciera demasiada gracia que lo hubiera hecho. O tal vez no le importara. No lo sé. No era fácil descifrar algo así por teléfono.

—Sí —contesté.

Hubo otro silencio, ahora por su parte. Al final, oí cómo se reía un poco.

—A mí nunca me invitas, tío. Ya te vale.

Seguía sin poder etiquetar su tono, así que solté una risa como la suya, solo que más nerviosa, y esperé a que uno de ellos dijera algo porque no quería hacerlo yo.

—¿Cómo es que te ha dado por ahí, Ignasi? No es muy propio de ti.

Ahí estaba Harry. No sé si su intervención me hizo sentir mejor o peor. De todas formas, parecía más

conciliadora, y podía imaginarla con el rostro serio pero mirándome amablemente. Hacía eso muy a menudo.

Me encogí de hombros, aunque no podían verme.

–No lo sé. Se me ocurrió.

–Se te ocurrió –repite.

–Sí.

–Qué cosas.

–Solo eran dos entradas –intenté explicar–. Ane me las dio. No pensé... Quiero decir, solo se me ocurrió...

–No tienes que darnos explicaciones, tío. Está bien. Si es lo que tú quieres,

está genial.

—¿Cómo os habéis enterado?

—Unas chicas os oyeron en clase y yo las oí a ellas después del partido. —Es Harry quien hablaba, de nuevo—. Era para ver si era verdad.

Me habían oído y me habían visto y seguro que les hacía mucha gracia que alguien como yo le hubiera pedido salir a alguien como María. Aunque no le había pedido salir formalmente, por supuesto. En mi cabeza, esa nunca había sido mi intención. Pero a lo mejor era lo que todo el mundo pensaba (esas chicas

a las que Harry había oído y el resto de las personas que lo supieran), y es probable que hasta me hubieran comparado con los otros chicos que también le habían pedido salir. Tal vez, pensé, todos se habían dado cuenta de que no tenía nada que ver con ellos, en el mal sentido, y se habían reído.

No quería pensar en que se hubieran reído.

–Sí lo es.

–Ya.

–Pero no pasa nada si lo es. Quiero decir, solo es ir al cine. No estoy

interesado en nada, sobre todo en nada en ese sentido...

—Y aunque lo estuvieras no pasaría nada, ¿verdad? —Hubo un silencio en su lado de la línea y Harry carraspeó—. ¿Verdad? —repitió de forma insistente.

—Verdad —dijo Gonzalo. Suspiró y luego su tono se alegró de golpe—. Bueno, tío, vamos en coche y me estás distrayendo. Pórtate bien en el cine con la nueva y no la metas mano cuando se apaguen las luces, prométemelo... ¡Au! ¿Por qué me das?

—No *le* metas mano. *Le*.

–Tengo que terminar unos deberes.
Hasta el lunes.

Creo que es gracioso que no quedáramos para ir juntos, sino que decidiéramos vernos allí. Vivíamos el uno al lado del otro, teníamos que ir en el mismo autobús y aun así acabé montándome en el que salía antes con tal de no tener que cruzarme con ella. Estaba muy nervioso. Antes de salir del pueblo hubo al menos dos ocasiones en las que estuve tentado de bajarme y

mandarle un mensaje para cancelarlo. O no hacerlo, sin más; no avisarla, tan solo no aparecer y dejar que ella llegara y esperara media hora o una hora entera, y que tras eso ella decidiera entrar en una sala cualquiera y quedarse allí a ver dos o tres películas seguidas.

Pero luego me imaginaba a mí solo en una de esas salas, mirando a la pantalla sin saber qué estaba viendo y sin entender por qué me habían dejado solo, y volvía a sentarme.

Me observó desde que bajé del autobús hasta que conseguí llegar hasta

ella. Estaba fumando, apoyada contra la pared del cine, con las piernas cruzadas una sobre la otra y la mano libre a la espalda. No entendí qué estaba haciendo ya allí si supuestamente era yo el que se había adelantado, pero me limité a sacudir la cabeza a modo de saludo al verla y no hice preguntas. Ella tiró el cigarrillo. Lo pisó, que era lo que yo había estado esperando que hiciera, y se quedó quieta hasta que llegué a su lado.

Saqué las entradas, que en realidad no eran más que un par de folios impresos, y ella agarró la suya. Algo en aquel

movimiento me hizo pensar que solo lo hacía para que no me quedara con la mano estirada en su dirección.

–¿Sabes ya qué peli quieres ver?

–No. Ninguna. Me da igual, sinceramente.

La verdad es que creo que relatar una tarde en el cine es casi tan aburrido como tener que leerla, así que nos ahorraré a todos tener que pasar por eso. El caso es que elegimos, entramos en la sala y nos pasamos dos horas juntos viendo la película, lo cual fue para mí una experiencia interesante. María no

era del tipo de persona que habla, mastica de manera estruendosa o mira el móvil en el cine. Fue de agradecer. No pudimos ver *Star Wars* porque era el estreno y todas las salas estaban abarrotadas, así que tuvimos que ver una algo mediocre que, aunque no estuvo mal, podríamos habérnosla ahorrado.

Cuando salimos del cine ninguno de los dos parecía querer despedirse. Aún era relativamente pronto, apenas las once. A la salida había muchísimos establecimientos donde podíamos entrar y sentarnos, pero nos metimos en un

McDonald's y pedimos un par de bebidas para llevar. A ella se le ocurrió que podríamos ir caminando de parada en parada para así asegurarnos de que siempre podríamos coger un bus si se nos hacía muy tarde, y eso fue precisamente lo que hicimos.

Sin embargo, en cuanto empezamos a andar se nos acabaron las cosas que decir. Podía haber sido yo quien comenzara una conversación, pero no se me ocurría ningún tema que no sonara estúpido o poco relevante, así que me dediqué a beber de la pajita con la

cabeza baja. Me terminé la Coca-Cola enseguida. Ella también bebía, pero sus sorbos eran cortos e intermitentes. No interrumpió el silencio hasta que de su vaso empezó a salir ese sonido vacío de cuando solo quedan cubitos de hielo y aire.

—Bueno, creo que no va a ser una de mis favoritas. La peli, digo.

—No ha estado mal.

—Ha sido bastante decepcionante. Siento haber malgastado tus entradas con semejante decisión.

—No te preocupes.

—La verdad es que me he puesto un poco nerviosa. Tú tienes pinta de ver un montón de películas buenas y saber mucho de cine y todo eso, y quería escoger bien. Qué ironía que me haya salido mal la jugada.

—¿Crees que yo tengo idea de cine?

—Claro.

—¿Por qué?

—No lo sé. Simplemente das esa impresión. ¿A lo mejor es porque siempre vas solo? Suena a algo que haría alguien que sabe mucho, no sé.

Me reí, y lo hice de verdad. Me cogió por sorpresa que dijera eso, y supongo que fue precisamente que no me lo esperara lo que hizo que mi cuerpo y mi cabeza se relajaran un poco.

–Tú también vas sola al cine –
respondí.

–Pero es diferente, yo lo hago porque tengo que poner excusas para no salir por ahí.

–¿Con quién? ¿Con tus novios?

Arrugó un poco la nariz al oír esa palabra.

–Sí.

–¿No te gusta ir con ellos?

–No. La verdad es que, si pago casi diez euros por ver una película, me gusta que me dejen tranquila durante las dos horas que dura.

Sonreí de medio lado.

–Aun así, ¿no te preguntan si pueden ir contigo?

–No, porque siempre les digo que voy a ver a mi madre. Cuando suelto la palabra «madre», la gente se calla automáticamente y me deja en paz.

–Ah. Oh.

Se encogió de hombros, suspirando un poco.

—El caso es que en mi opinión sabes bastante de cine, pero como ahora me digas que me equivoco me vas a chafar toda la estrategia. —Giró la cabeza y se detuvo en medio de la acera—. Eh, ¿quieres que paremos aquí? Creo que es la penúltima parada.

Me detuve un par de pasos delante de ella y me giré a mirarla.

—¿Qué estrategia?

Gaudet se desvió hacia los asientos metálicos de la parada y yo la seguí.

Cuando me dejé caer a su lado, ella se inclinó un poco hacia delante para sacar algo de su bolsillo. Era un papel. Con una pequeña sonrisa, me lo tendió.

—Te había traído esto. Es una lista de pelis.

—¿Para qué?

—Para que las veas. Son algunas de mis favoritas. Bueno, más y de mi hermano, en realidad. Las veíamos juntos y él siempre decía que eran buenísimas, pero algunas nunca llegué a entenderlas. Después del debate que tuvimos el otro día sobre *Frankenstein*,

se me ocurrió que tal vez te gustaría verlas y hablar sobre ellas conmigo.

Desdoblé el papel y le eché un vistazo.

—Algunas ya las he visto.

—Mejor, ¿no? Bueno, en caso de que te apetezca hacerlo, claro. No tienes por qué. A lo mejor te parece una tontería.

Las películas de la lista eran la mezcla más variopinta que a nadie se le podría haber ocurrido hacer. Iban desde animación hasta *thriller*, románticas e independientes. Con su letra redonda y enredada había apuntado *Antes del*

amanecer, Across the Universe, Dentro del laberinto, Origen y otras quince más. Debía de haber visto unas nueve. Leí los títulos varias veces, intentando descubrir la conexión entre ellos, pero al final la miré a ella porque tenía muchísimo más sentido.

—Te iré diciendo a medida que las vea.

Sonrió, aliviada.

—¿Tal vez podríamos quedar otro día?
—tanteó.

—Sí, seguro. ¿Quieres que empiece por alguna en concreto?

Se inclinó hacia mí y le echó un vistazo a la lista.

–Hum... Supongo que esta. Hace mucho que no la veo y recuerdo que no la entendí mucho, pero era la más favorita de las favoritas de mi hermano. Si tú la vieras, yo tendría que volver a verla también, y la verdad es que me apetece.

Era la segunda vez que lo mencionaba de una forma tan ligera y despreocupada, y también la segunda vez que yo no sabía qué contestar. Los comentarios sobre su hermano habían

sido fáciles, casi cotidianos, como si todo fuese bien y fuera a reunirse con él al volver a casa. Hablaba de él como si él mismo se hubiera encargado de redactar la lista para ella, o como si se hubieran pasado la tarde anterior viendo una de esas pelis juntos y luego hubieran pedido comida china a domicilio. Habló de su hermano como yo le habría hablado de mi hermana, porque al fin y al cabo Ane estaba en casa y probablemente se habría quedado hasta tarde leyendo o chateando, cosas que hacía todos los días. No había nada

excepcional en ella, y Gaudet lo mencionó como si tampoco pasara nada con él. Como si no estuviera en la cárcel y no hubiera sentenciado la vida de su madre.

Como si aún lo quisiera.

María y yo hablábamos de muchas cosas, pero siempre hablábamos de nada. Es decir, nunca decíamos cosas verdaderamente importantes. Nos convertimos en los reyes de los diálogos vacíos en aquel autobús, o fuera de él, o en cualquier parte. No existía aún ningún tipo de confianza entre nosotros y, como

cualquier tema podría fácilmente derivar en algo mucho más personal que hubiera acabado doliendo, nos limitábamos a dar círculos alrededor de lo que de verdad queríamos decir hasta que llegara el momento de atravesar aquella línea. Aunque ella era consciente de que yo sabía cosas sobre su familia, y yo me había dado cuenta de que se estaba callando cosas sobre mí, mirábamos hacia otro lado. La idea era que poco a poco dejaran de importar sus titulares y mis defectos para que al final pudiéramos hablar de todo lo que había

detrás, sin tabúes ni titubeos ni medias tintas, pero hasta que llegáramos a aquello habría que esperar. Por una parte, me ponía muy nervioso, pero cada vez aprendía a disfrutar más y más de su compañía. El tiempo que pasaba con ella era tiempo bien invertido, no malgastado. Y, para el yo de aquel entonces, eso era mucho decir.

—Este fin de semana no tengo nada que hacer. Te mandaré un mensaje en cuanto la vea.

Había algo en el hecho de que me gustara encerrarme para escuchar

música y ver pelis que ponía de los nervios a mis padres. A mi madre le gustaba murmurar que los tenía abandonados, que ya nunca hablaba y que solo me veía a la hora de cenar; mi padre, por su parte, siempre me preguntaba si creía que su casa era un hotel. No estoy seguro de si las cosas se calmaron con la llegada de María o simplemente yo no estuve presente el tiempo suficiente como para apreciarlo, pero lo cierto es que el descanso de ellos, y de mí allí, nos vino bien a todos. Empecé a no oírlos o a oírlos menos, y

sobre todo con mi padre hubo muchos menos encontronazos desagradables e incómodos. Nunca nos habíamos llevado bien, ya que él había esperado de mí cosas que simplemente no podía darle, y siempre que tenía ocasión aprovechaba para recordarlo.

Sin embargo, al final de esta historia —o bueno, quizás al principio— aquello cambió; Gaudet era un apellido que volvía a los periódicos, pero esta vez por María, y dio la casualidad de que yo aparecí allí con ella siendo una exageración que me hacía sentir una

farsa. Por alguna razón, mi padre encontró una curiosa satisfacción en ello. Su hijo había hecho algo, algo bueno por ayudar a alguien, y el público reconocía aquel logro solo porque una periodista se había atrevido a preguntarme cosas como cuándo nos habíamos conocido o qué era yo para ella. Había ofrecido respuestas breves y más bien concisas, pero al parecer habían sido suficientes para que ella escribiera la historia más fantástica y dramática que jamás hubo existido. Mis monosílabos y alguna que otra

declaración aleatoria fueron interpretados como que yo la había salvado, y eso es lo que ella publicó: que había sido su apoyo, su héroe, y que sin mí ella habría desaparecido muchísimo antes.

 Mi supuesta e importante intervención en la vida de aquel personaje que la prensa había inventado —como me inventaron a mí, e inventaron a Christophe y a Benjamín Gaudet, e inventaron todo lo demás— fue lo que calmó a mi padre y lo hizo sentir por primera vez orgulloso de mí. Había

ayudado a una persona, a alguien a quien él nunca conoció pero que existía. Le había «salvado la vida», incluso. Había hecho algo bien.

Me dio una palmadita en la espalda.

En realidad nunca fue para tanto, pero no fui capaz de decírselo. Parecía genuinamente contento y no quise privarlo de aquella sensación. Durante un año yo me había limitado a hacer lo que suponía que ella esperaba que hiciera, porque quería hacerla sentir bien, porque conseguirlo me gustaba. Es lo que he dicho: me hacía ser útil y

responsable y me mantenía con las manos ocupadas, que era lo único que podía calmarme cuando estaba realmente mal. Era por mí, pero también era por ella. No quería de mí más que cosas pequeñas, así que yo se las daba: un paseo, una entrada, una confesión, una película. Era fácil. O fue fácil, hasta que empecé a complicarlo todo.

—Pues si de verdad piensas hacerlo, creo que te va a resultar un poco difícil sin tener mi número.

Sin decir nada más, sacó su teléfono y empezó a buscar el teclado numérico. Al

verlo yo también saqué mi móvil, lo desbloqueé y se lo tendí. El suyo estaba caliente y pesaba más de lo que me esperaba. Observé cómo tecleaba despacio, como si le costara demasiado recordar el orden de los números; borró un ocho y escribió un cero y luego estiró el cuello con expresión satisfecha. Al levantar la cabeza yo estaba mirándola y sonreía un poco. Aquello la sorprendió. Abrió mucho los ojos, arqueó una ceja y yo volví a su móvil.

Estaba terminando de escribir mi número cuando el teclado desapareció,

el teléfono empezó a vibrar y aparecieron en la pantalla tres letras grandes junto al mensaje de **LLAMADA ENTRANTE**.

«Ben.»

—Te están llamando.

Le alcancé el móvil y lo agarró rápidamente, seria de repente. No lo descolgó, solo lo miró con los labios apretados y sin pestañear ni una sola vez. Yo también miraba. Al final, la pantalla se puso negra e inmediatamente después ella presionó el botón lateral del teléfono hasta que este se apagó, y

entonces lo guardó. No dijo nada. Ni sobre que aún no tenía mi número, ni sobre que no había respondido a la llamada de su padre.

Cuando me miró tenía una sonrisa en los labios y había achinado un poco los ojos.

—En fin, ¿por dónde íbam...? Oh, mira, ahí está nuestro bus.

El viaje a casa se lo pasó tarareando. Seguía sonriendo de aquella forma inocente y distraída, como si no pasara nada. Incluso podían intuirse unas pequeñísimas amenazas de hoyuelo a los

lados de su boca. Nos quedamos de pie frente a la puerta de salida y ella miró hacia fuera y movió la cabeza al ritmo de una música que yo no podía oír. No intentó sacar ningún tema de conversación en todo el trayecto. Sus dedos estaban amarillos de lo mucho que los apretaba alrededor de la barra del autobús, mucho más de lo que habría sido necesario. También se mordía un poco el labio al intentar mantener esa sonrisa. Se oía un chasquido en alguna parte y estaba casi seguro de que venía de ella.

Cuando el bus se acercó a su casa y ella pulsó el botón de parada, levantó la vista hacia mí y estiró los labios solo un poco más.

–Me lo he pasado bien. Deberíamos repetir algún día.

–Si tú quieres...

–Claro que sí. Ahora tengo que irme.

–Vale.

–Nos vemos el lunes. Hasta luego.

Capítulo diez

«When we're done there's
nothing that we can't control.»⁸

Pushing Corn, THE WAR ON
DRUGS

19/12/15, 02:34

Quiero dejarme llevar por la entropía, pero me da miedo. Creo que, desde hace un tiempo, todo me lo da, sobre todo si tiene que ver con perder el control.

¿Y si lo pierdo de nuevo?

¿Y si me pierdo?

¿Y si vuelvo a estallar?

Quiero dejarme llevar por la entropía, pero, justo

**cuando he decidido hacerlo,
siempre hay algo que corta
mi valentía y la destruye. La
quema. Todo se quema,
siempre.**

**Yo solo quiero no tener
miedo.**

NO

SOY

LO

SUFICIENTEMENTE

VALIENTE

Capítulo once

«You know what I think? I think that we're all in our private traps, clamped in them, and none of us can ever get out. We scratch and we claw, but only at the air, only at each other, and for all of it, we never budge an inch.»⁹

Psycho, ALFRED HITCHCOCK

No fue hasta que acabó el verano y estuve a punto de empezar la universidad que empecé a pensar en todo esto. Había estado intentando evitarlo a toda costa: no encendía el televisor, no respondía a mensajes, no me cruzaba con gente conocida que pudiera hacerme preguntas. Ni siquiera le di las gracias a Harry y a Gon por sus «bueno, estaremos aquí para cuando lo necesites».

Sin embargo, meses después de que María se fuera, encontré una de las notas que me había dejado y leí aquella letra

del poema que me pasó: «Tu verdad me asegura que nada fue mentira, y mientras yo te sienta, tú me serás, dolor, la prueba de otra vida en que no me dolía». Es de Pedro Salinas, su poeta favorito desde que encontró aquel poema de *La voz a ti debida* impreso en una hoja doblada dentro de uno de los libros que sacó de la biblioteca del instituto. Quería compartirlo conmigo, explicó, pero darme aquel tesoro original hubiese sido demasiado. Como quería conservarlo, me lo copió entero a mano en un montón de pósits que pegó en una

de las hojas de mi libro de Literatura. Cuando lo abrí, un día, simplemente me lo encontré allí. Lo firmó como *María Salinas* y dibujó una carita sonriente al lado del nombre. «No sé si me gustó tanto por cómo lo encontré o porque decía lo que yo necesitaba oír en ese momento», confesó al dármelo, pareciendo al mismo tiempo expuesta y avergonzada.

Pegó la hoja con celo en el interior de las tapas de su agenda, y así lo llevaba a todas partes. Le gustaba releerlo. Cuando íbamos a nuestros lugares

especiales, donde pasábamos las tardes sin hablar más que un par de veces, siempre lo sacaba, lo leía y luego volvía a doblarlo con cuidado. Me tranquilizaba verla hacerlo, porque por un momento bajaba la guardia y se volvía pequeña y podías verla de verdad, con la mente desnuda, sus pensamientos y lo que más temía y, a veces, cuando pasaba un brazo por encima de sus hombros, se acurrucaba a mi lado y nos quedábamos así.

Uno de aquellos pòsits cayó del cuaderno cuando, al final del verano,

decidí que debía poner un poco de orden en mi habitación y subí todas las cosas de clase a lo alto de mi estantería. Flotó por unos instantes y acabó debajo de un mueble. Cuando me agaché a recogerlo, el poco pegamento que le quedaba al papel estaba lleno de polvo y pelos de perro, y volver a ver la letra de María me descolocó. La nota había estado enterrada bajo pelusas apenas unos segundos, pero estaba sucia y parecía gastada; en contraposición, aunque habían pasado ya meses, tenía la sensación de que María se había ido

justo ayer, que acababa de marcharse, que lo había hecho de forma temporal y que pronto me llamaría y nos veríamos. Todas mis fantasías siempre terminaban con que al final nos veríamos, y acabé ahogándome en lo mucho que la echaba de menos.

Hacía años que no tenía un ataque de ansiedad, pero ese día tuve uno. Ane vino corriendo al oírme hiperventilar, se arrodilló a mi lado en el suelo y me abrazó muy fuerte mientras repetía «ya está, ya está» y decía que aguantase la respiración unos segundos, que me haría

sentir mejor. Cuando me tranquilicé, me dijo que teníamos que hacer algo. Que tenía que sacármela de la cabeza. Que me la arrancaría ella si pudiera, pero que desgraciadamente era una cosa que solo podía hacer yo.

Ane me ayudó a escribir.

No tenía mucho tiempo libre, pero no dudó ni un segundo en ayudarme. Recurría a ella para que hiciera las preguntas que necesitaba para recordar y me dijera cuáles eran las palabras más adecuadas. A Ane podía explicarle que no quería contar cualquier cosa, sino

algo que hiciera justicia a la verdadera historia. Sugirió que hablara en voz alta para encontrar lo que quería decir, y desde entonces empezó a pasar más tiempo en mi habitación, subiéndose a la cama mientras yo divagaba e invitando a *Pat* a tumbarse junto a ella en silencio. Me tuvo durante semanas de ruido de fondo mientras hacía los deberes de clase y estudiaba sus exámenes. Solo de vez en cuando se distraía por algo que yo había dicho y me preguntaba, y entonces yo no podía evitar sonreír y explicarle que no, que en realidad nunca

me había gustado demasiado el café, pero que aun así iba a la tetería porque eso significaba pasar la tarde con ella. «A veces los tíos somos bastante tontos, Ane», le decía, y luego soltaba una risa para quitarme de la cabeza la sensación de exposición e inseguridad.

—Pues yo pienso que era muy tierno por tu parte.

—¿No crees que fue un poco de panoli?

Negó con la cabeza con una leve risa y luego puso los ojos en blanco.

—Siempre tan preocupados por hacer cosas que os hagan parecer tontos. — Suspiró y dejó su cuaderno a un lado—. Ignasi, querido, a las chicas nos gustan esas cosas. Los pequeños detalles, los pequeños esfuerzos que demuestran qué es lo que de verdad importa. ¿Qué digo? A todo el mundo le gustan esas cosas, no solo a las mujeres. No te preocupes por ello. Simplemente hacías lo que te salía del corazón, y eso está bien.

Siempre había habido algo en la mirada de la María que bajaba la guardia que me había hecho querer hacer

las cosas bien, aunque a veces no parecía haber nada que necesitase ser arreglado. No sé si me explico. Al principio apenas nos conocíamos y no creo que su comportamiento conmigo fuera diferente del que tenía con los demás, pero, aun así, incluso entonces, podía sentir que de alguna manera le debía algo. María me hacía querer hablar en voz alta y atreverme a ser quien preguntara primero, aunque me costara. Aunque fue mi hermana quien me presionó, es María quien me hace querer seguir con esto. Si no escribo, se

asienta en mi cabeza como un fantasma de imagen borrosa al que tengo que apaciguar.

Me puse a pensar en ella, en el modo que había tenido de sonreír como si no pasara nada y de tararear y de irse, en que le escribí diciéndole que había visto una película y no respondió a mi mensaje, aunque había pasado una semana desde que nos habíamos visto. Las vacaciones de Navidad habían empezado ya, pero ella no había estado allí para recoger sus notas. No daba

señales de vida y yo no podía evitar estar preocupado.

[21 DE DICIEMBRE]

18:34 – Hola, María. Soy Ignasi. He visto un par de pelis de las que me dijiste. Están guais, la verdad.

[24 DE DICIEMBRE]

19:17 - me alegro de que te hayan gustado

El corazón se me aceleró cuando recibí aquel mensaje. Era Nochebuena, estaba preparándome para la cena que mi

madre organizaba con toda su familia y casi se me cayó el teléfono al lavabo. Con la cara a medio afeitar y quitándome la espuma de la mano en el pantalón, pensé durante un momento en qué más decirle para poder hablar con ella después de tanto tiempo.

19:19 – Creo que la más impresionante ha sido la de *Origen*, de momento.

Voy a volver a verla para enterarme del todo, de todas formas.

Te seguiré informando.

Pero no, no contestó.

Sin embargo, un par de días después recibí otro mensaje suyo. No parecía una respuesta a lo último que habíamos hablado, sino una conversación totalmente nueva.

[26 DE DICIEMBRE]

21:13 – hola, Ignasi

**¿te apetece ir a dar una
vuelta? aunque sea por el
pueblo. tan solo sería salir
si no quieres no pasa nada, lo
entiendo**

21:15 – ¿A qué hora?

21:15 – ¿puedes ahora?

¿es muy tarde?

21:17 – no sé si estás ocupado...

21:18 – Qué va. Podemos quedar ahora,
no tengo nada que hacer.

21:18 – ¿a las diez es muy tarde?

21:20 – No.

¿Dónde?

**21:20 – podemos quedar en la plaza y
caminar desde allí**

21:21 – Vale.

Cuando llegué, María estaba sentada en el escalón que hay frente a la fuente de la plaza y se abrazaba las rodillas como si estuviera muerta de frío. Me detuve

frente a ella, abrió los ojos y me miró como si hubiera estado dormida hasta entonces. Estaba pálida y tenía los labios oscuros.

—¿Qué hora es? —preguntó

—Las diez menos cinco.

Asintió y se puso de pie. Luego empezó a caminar, sin decir nada más. La seguí; no hablamos en todo el camino, ni siquiera nos miramos. Bueno, yo sí que la miraba, de vez en cuando, pero ella no se volvió hacia mí. Se mordía el labio. No dejó de mordérselo hasta que paró y levantó la vista.

Un cartel con forma de tetera que decía *Té veo luego* colgaba sobre nuestras cabezas. Sonreí, porque me pareció gracioso, y luego subí los dos escaloncitos de la entrada. Olía fuertemente a incienso y el ambiente estaba algo cargado, pero hacía calor y se agradecía. El local era bastante más grande por dentro de lo que parecía desde fuera y estaba lleno de lámparas de colores, pósteres de películas y grupos antiguos y sillones cada uno de su padre y de su madre.

Caminó hasta el fondo, se dejó caer en un sofá que parecía demasiado blando y roñoso como para permanecer en ningún salón decente y dejó su mochila a un lado con desgana. Se comportaba como si estuviera en su casa y, por alguna razón, eso me hizo sentir bastante inseguro. Me senté a su lado en un butacón de color rojo y naranja y miré a mi alrededor. La mesa era alta y de madera oscura y había al menos cuatro tipos de edulcorante diferentes encima.

Era todo un caos, pero en cierto modo parecía armonioso. Todo estaba donde tenía que estar.

—¿Cómo has encontrado este sitio?

—No sé, un día me perdí. Se encuentran muchas cosas cuando te pierdes.

Una música bastante agradable sonaba muy bajito. Al fondo, a mi derecha, apareció tras la barra la figura alargada de un hombre de tez oscura y pelo largo recogido en una coleta.

—¿Otra vez tú?

María cogió dos cartas sin mirarlo y me dio una. La hojeó rápidamente y luego me preguntó qué quería.

–Supongo que un café está bien.

–Soso. ¿Te gusta solo y sin azúcar, además?

–No. Con leche. ¿Estás bien?

Negó con la cabeza y por fin dirigió los ojos hacia delante. Al otro lado de la barra, el camarero alzó una ceja. Ella sonrió un poco.

–Qué hay, Moha. ¿Aburrido de pasarte las tardes sin un solo cliente?

–Estoy mejor sin ellos, igual que lo estoy sin ti.

–Claro, eso dices ahora.

El hombre soltó un resoplido.

–¿Es que no tienes casa?

–¿Te molesta que me gaste la paga en el agua caliente con hierbas que preparas?

Él sonrió, incapaz de ocultar que con aquello le había ganado. Negó con la cabeza con resignación.

–Me sorprende que tengas algún amigo que te haya apetecido traer. ¿Sabéis ya lo que vais a pedir?

Ella volvió a mirar la carta con tranquilidad. El hombre suspiró y puso los ojos en blanco. No aparentaba menos de treinta años, a pesar de que tenía unos rasgos extrañamente juveniles. María se mordió una uña mientras pensaba y al final dejó la carta sobre la mesa y dijo:

—Ponme un té chai.

—¿Por qué te has hecho la interesante, si ese es el que pides siempre?

—Yo qué sé, por mirar. Es que es el que más me gusta.

Él resopló.

–¿Qué quiere tu amigo?

–Un café con leche.

–Ahora vienes a recogerlo.

–Sí, sí.

María sonrió ante mi incrédula mirada. Fue la primera vez en toda la tarde que lo hizo de verdad. Se tapó la boca, como hacía a veces, y luego me explicó que iba muy a menudo y que había hecho buenas migas con el dueño y único empleado. «Estoy segura de que tiene una doble identidad o algo así. De hecho, tengo la teoría de que en realidad es un agente de la CIA encubierto y no le

hace nada de gracia que me pase por aquí... Pero se está mejor aquí que en casa, así que sigo viniendo», me dijo, encogiéndose de hombros. «Vengo casi todas las tardes y hago los deberes y eso. Tiene wifi gratis.»

—Oh, así que vienes por el wifi, ¿eh?

—No como quien viene solo por el interés, que conste. Moha me cae bien.

Subió los pies y se tumbó mirando al techo, con un brazo hacia arriba y colgando por fuera. La observé unos segundos y luego volví a centrarme en las paredes. Todo estaba recubierto del

papel de los carteles más alucinantes que había visto, siempre las mejores versiones que se hubieran estrenado de cada película, y siempre colocados de manera absolutamente armoniosa, aunque se superpusieran y unas esquinas taparan otras y a veces estuvieran un poco doblados. Además, como descubrí cuando frecuenté más aquel sitio, siempre había espacio para más; siempre había un hueco que nadie habría imaginado para dejárselo a un nuevo grupo, a una nueva máscara, a una nueva

película independiente que parecía que a nadie más le gustaría excepto a Moha.

Era un verdadero personaje, el dueño de aquel lugar. Me recomendó varios títulos a lo largo de los meses y, aunque nunca llegamos a hablar demasiado, me dio más de un consejo muy importante justo antes de que ya no volviéramos a decirnos nada. Cerró el local apenas seis meses después de que yo entrara por primera vez; el 24 de junio, cuando llegué, me encontré con todas las paredes descubiertas y los pósteres amontonados en pilas que pesaban

demasiado para ser solo de papel. Las lámparas estaban metidas en cajas, y las butacas y las mesas ya se las habían llevado. «¿Vas a algún sitio?», le pregunté al entrar aquel día, esquivando los restos empaquetados. La barra era lo único que permanecía en su sitio, inamovible. Levantó sus ojos oscuros hacia mí y asintió levemente con la cabeza. Cuando se encogía de hombros, como hizo a continuación, me daba la sensación de que acababa de provocar un pequeño terremoto en alguna parte del mundo. «Esto se acaba ya, chico»,

dijo con voz grave y ese leve acento del que no podía deshacerse.

Me gusta pensar que le vi algo nostálgico aquel día, por primera y única vez. Aunque nunca supimos nada de él, a lo largo del tiempo María y yo desarrollamos infinitas teorías sobre su supuesta doble identidad, desde que era un narcotraficante altamente reconocido hasta que en sus ratos libres trabajaba como funcionario en una cárcel de lesbianas. Jamás le preguntamos, claro, pero nos gustaba «justificarlo». Parecía tan poco apegado a la realidad, tan

aburrido del mundo, que no le habría adjudicado ninguna historia ni colocado en ningún otro lugar que no fuera allí mismo. Era como si se hubiera construido una especie de santuario. Aquel día, nada más empezar el verano, observamos juntos los muros derruidos de su mansión y fui testigo de cómo una leve sonrisa se extendía lenta por su rostro mientras los contemplaba. «Es un color bonito, reconócelo, chico», murmuró. Las paredes, por primera y última vez, eran azules. Como el cielo que se abría y que se mantuvo todo el

verano. Como el cielo cuando sale el sol.

–Dile que te ponga galletitas.

No sé cómo pudo saber que nuestras cosas ya estaban listas si no había abierto los ojos y él no había hablado, pero, cuando me giré, el hombre había preparado una bandeja con el pedido y nos observaba desde la barra, esperando a que lo recogiéramos.

Me levanté. Cuando llegué, él me miraba con esos ojillos negros que resultaban tan inquietantes y yo encogí los hombros, sobrecogido. Podría

haberme sacado cualquier secreto con esa mirada, si hubiera tenido alguno.

—Me ha pedido que te pregunte si puedes poner unas galletas, por favor.

—Ahí están. Pero no dejes que se las coma todas. —Empujó la bandeja hacia mí y luego se puso a enjuagar la tetera que había usado.

Asentí y volví con las cosas. Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para que no se me saliera ni una gota. Ella se incorporó y me echó una mano agarrando el plato de las galletas y poniéndoselo en el regazo. Empezó a

comerlas despacio, como un ratoncito, mientras yo lo colocaba todo con cuidado. Me sonrió.

—Mira, esta canción es una de las favoritas de mi hermano.

La música había cambiado, y ya no eran los Beatles quienes sonaban. Después de un momento reconocí *Boys don't cry*, de The Cure. Había cerrado los ojos de nuevo, pero no se me ocurrió hasta entonces que tal vez no pudiera mantenerlos abiertos. Le puse una mano en el hombro y se sobresaltó.

—Gaudet, ¿has dormido algo?

–Algo, pero no mucho.

Fruncí el ceño y ella se rio antes de empezar a balancearse despacio, siguiendo el ritmo de la música.

–No me mires así, me recuerdas a Chris.

De nuevo su hermano, y de nuevo con aquel tono tan triste.

Quería preguntarle, vaya si quería. La otra vez me había tomado muy por sorpresa, pero ya había tenido tiempo suficiente para tener dudas. ¿Por qué? ¿Por qué podía ella acordarse de él así,

después de todo? No tenía ningún sentido.

–No sabía que le gustara The Cure.

–Nadie lo sabe. No es un dato importante. A nadie le interesa saber ese tipo de cosas de él.

Su tono era normal, quizás un tanto nostálgico. Me confundía. No entendía qué quería decir, por qué sacaba el tema, pero creo que precisamente de eso se trataba. Habría podido entender que hablara de su hermano con rabia, con odio, pero no así; lo único que salía de sus labios era silencio y melancolía, y

ninguna de las dos cosas tenía sentido. Sin embargo, esa era precisamente la clave de todo: de que hubiéramos ido tan tarde, de la lista, de las noches sola en el cine, de que ella apenas hablara. Era lo que quería hacer, sacar el tema, recordarlo con calma, con un poco de cariño y sin rencor. Y no sabía cómo pedirlo, pero sí tenía claro que no quería hacer lo que se esperaba de ella, así que estaba intentándolo conmigo poco a poco.

Sin embargo, aunque no entendiera por qué hacía aquello, no era mi función

comprenderlo. Yo solo estaba allí para escuchar.

Ella continuó hablando de aquella canción.

—Le pedí a Moha que la pusiera. Bueno, en realidad le grabé un CD por Navidad. Se lo traje ayer. Ha estado con él todo el día, en repetición.

—¿Llevas aquí desde ayer?

—Claro que no, he dormido en casa. Y me he ido de aquí a las doce de la mañana, o sea, tampoco soy una adicta al té ni nada por el estilo. En realidad siempre se me queda frío.

Miré el té que tenía en las manos. Aún humeaba.

—¿No es un poco tarde para que un sitio como este esté abierto?

—Moha vive en la trastienda y se pasa el día haciendo lo que le da la gana sentado ahí detrás de la barra. Podría hacerlo en la habitación de atrás, pero es una tontería. Cuanto más tiempo se quede ahí, más tiempo abierto.

Dio un sorbo. No pareció haberse abrasado la boca. Me pregunté si yo debería estar bebiendo café a las diez y media de la noche, justo antes de dormir.

No tardamos mucho en acabarnos las bebidas y pagar. Cuando salimos eran las once y algo y casi no nos habíamos dicho nada en toda la noche.

En la calle, ella comenzó a caminar hacia casa antes de que a mí me diera tiempo de cerrar la puerta a mi espalda. Tuve que acelerar para ponerme a su altura, corriendo un poco y luego metiendo las manos en los bolsillos porque no sabía qué hacer con ellas. Aquel encuentro había sido muy extraño. Tenía algunas preguntas pendientes.

—No lo sé. No estoy muy segura de por qué te he llamado. Supongo que solo quería salir de casa y tomar un poco el aire. Además, hablar contigo me hace sentir bien.

Me dio un pequeño salto el corazón.

—¿Eso es todo?

—¿Cómo que «eso es todo»?

—Quiero decir... ¿Tomar aire y té?

Volvió a hacer el mismo gesto, alzando los ojos hacia mí.

—Todo el mundo necesita desconectar de vez en cuando. Además, quería

enseñarte el sitio para que supieras
venir tú solo las próximas veces.

–¿Va a haber próximas veces?

–Si tú quieres, sí.

Capítulo doce

«I can't escape this now unless
you show me how.»¹⁰

Demons, IMAGINE DRAGONS

**En un año ya se me había
olvidado que es terrible**

**pasar las navidades sin
Chris y sin mamá.**

Capítulo trece

«Entonces no es platónico. Los amores platónicos no hacen daño.»

El cuaderno de Aroha,

FRANCESC MIRALLES

La vuelta de vacaciones de Navidad fue un viernes, el día 8 concretamente, lo cual parece una broma porque, total, para eso podrían habernos dejado descansar. Supongo que así funcionaría mejor el machaque psicológico de los constantes «estáis a punto de terminar», «la selectividad está a la vuelta de la esquina», «tenéis que poneros a trabajar de una vez», «a este ritmo no vamos a acabar en la vida y vais a tener que estudiar por vuestra cuenta lo que no demos». Lo único que se oyó aquel primer viernes fueron gemidos cansados

y quejas lloronas por todas partes, pero sobre todo junto a las clases de bachillerato; no sé por qué, sinceramente, porque no servía de nada.

Esas dos semanas nos enviamos mensajes, dimos paseos y quedamos para vernos. Yo seguía viendo aquellas películas, mandándole audios de dos y tres minutos comentando cosas que me habían llamado la atención, y ella me enviaba en respuesta mensajes de veinte o treinta segundos máximo, la mitad del tiempo riéndose y el resto diciéndome que era raro, pero que le gustaba mi

deducción. Fuera la película que fuera, siempre me respondía eso.

Me atreví a preguntar más por ella durante las vacaciones. Quería conocerla. Tiraba poco a poco del hilo que ella me había descubierto cuando me llevó a la tetería por primera vez; le preguntaba: «Entonces, ¿sobre qué estás escribiendo?» o «¿Qué es lo que pensaba tu hermano de esto?», pero, no sé si por mi invasión o por aquel uso del verbo en pasado, al principio casi nunca me contestaba. Y, si lo hacía, era de forma borde o evasiva. «Escribo sobre

mí, ¿a ti qué te importa?»; «Escribo sobre todo lo que no tenga que ver con mi vida». Sin embargo, por alguna razón, a pesar de ello no consiguió que me resignara, y creo que por eso poco a poco se fue soltando y empezó a compartir conmigo las cosas que quería: hacía tres meses que había empezado a guardar sus relatos; últimamente pensaba en su hermano más que en su madre y eso hacía que se sintiera culpable; la ropa que llevaba siempre era de Chris, de su armario, de lo que

había conseguido meter en sus cajas cuando habían hecho la mudanza.

Me habló de que siempre le había gustado más escribir en la iglesia que en ningún otro sitio. No creía en Dios, me explicó, ni en el destino ni en ninguna clase de recompensa o castigo tras la muerte, por lo que no le tenía miedo a las cosas sobrenaturales. «Además, en mi opinión, si de verdad existiera Dios, significaría que es un ser cruel y no benevolente, ¿no crees?» Se sentaba siempre en el fondo, ya que la gente solía acumularse en los bancos de

delante. Hubiera un dios, muchos dioses o ninguno, tenía que reconocer que aquellos lugares estaban siempre envueltos en una paz especial e importante. Siempre había tranquilidad en los templos. Silencio, música callada y los susurros de las plegarias. Eso es lo que le gustaba en especial. «Es lo que encuentro más celestial, sinceramente. En mi cabeza hay mil voces que hablan y mil garras que aprietan, pero ese murmullo siempre las calma todas.»

Me contó mucho, pero ahora creo que en realidad habló de poquísimas cosas.

Aun así, yo tenía la sensación de que nos habíamos conocido un poco más en aquellos días. Casi todo habían sido monólogos, pero los dos habíamos estado conformes con ello. Me gustaba que se descubriera poco a poco, y una vez que aceptó que yo quería saber y ella quería contar, prácticamente salió solo. Remoloneaba, se escapaba y después volvía cuando había razonado la respuesta. Luego, a veces, recordaba que yo era un ser real y no una simple imagen grabada y que en el fondo tenía una cara y piel y sangre y huesos y un

cerebro, que no era solo papel, y entonces también me preguntaba. Quién creía yo que era, qué tal estaba, qué era lo último que había pensado antes de irme a dormir.

No le contestaba igual y siempre intentaba volver a ella, pero era agradable que me hubiera preguntado. Parecía que habíamos levantado los cimientos de algo y me emocionaba un poco solo de pensarlo.

Pero no estaba muy seguro de que ella pensara igual.

El primer día me dormí porque me había quedado despierto hasta tarde. El profesor acababa de entrar y estaba preparando las cosas cuando llegué; en mi sitio, sentado como siempre, estaban Gonzalo y su enorme y estúpida sonrisa. María lo miraba y hablaba y se reía de una forma muy tonta de lo que él estaba contándole. Probablemente un chiste malo; como si lo viera. Me quedé unos segundos observándolos desde la puerta, o más bien, mirándola a ella: su boca era elástica, no una mueca fija, y tenía los ojos tan achinados que casi los

cerraba.

La imagen de las vacaciones que tenía en la cabeza se tambaleó, ofendida, al ver en ella aquella sonrisa.

–Cuando quieras, Ignasi, tómate tu tiempo –me dijo el profesor.

Gonzalo levantó la cabeza al oír mi nombre y me sonrió levemente. Mentiría si no dijera que hubo algo que me inquietó de esa sonrisa, como un mal presentimiento. Se bajó de la mesa, le revolvió el pelo a Gaudet y le dijo: «Luego te veo, guapa». Ella se echó

hacia un lado para apartarse a la vez que reía e intentaba darle un manotazo.

Aguardé hasta que se hubo alejado para sentarme; el profesor seguía esperando a que el corral se tranquilizara para empezar la lección. Cuando María me saludó tenía restos de la sonrisa que le había dedicado a Gon, y yo solo asentí una vez como respuesta, seco, molesto. No sé exactamente por qué. Había estado emocionado por volver a clase –por verla–, pero de repente tenía ganas de marcharme.

Al acabar la clase él volvió y le dijo que la esperaba fuera cuando empezara el recreo. Ella soltó una risita y aceptó. Cuando Gonzalo se fue aún me sentía traicionado, herido, aunque no habría podido decir qué era lo que me hacía sentir así. Supongo que eran celos, pero tampoco exactamente. No lo creo.

Con sinceridad, aún no estoy seguro.

Justo después apareció aquel otro chico en la puerta, Mario, el exnovio. «El que faltaba», pensé, y me recliné contra el respaldo como si esos pocos centímetros añadidos entre él y yo

pudieran otorgarme algún tipo de protección, o perspectiva, o un simple respiro. Los ojos de él se movieron nerviosos por la sala, pero no se centraron en mí porque yo no era nadie. Ni siquiera creo que supiera de mi existencia. La buscaron grandes y desesperados y, cuando la encontró hablando con una chica al fondo, dio un paso inseguro hacia delante y se quedó mirándola fijamente con la estúpida esperanza de que, tal vez por arte de magia, su mirada fuera lo

suficientemente intensa como para que ella notara que la tenía sobre sí.

Lo vio una de las chicas con las que estaba hablando. Lo miró, detuvo su verborrea y le hizo un gesto con la cabeza a María para que se diera la vuelta. Ella lo hizo y sonrió al verlo. Dio un salto al suelo, se despidió de ellas y se lanzó a abrazarlo en cuanto llegó a su lado. No tuve ni que moverme para ver la cara de él desde donde estaba: sus ojos, ya de por sí saltones, parecieron estar a punto de salirse de las órbitas. De todas las reacciones que

ella podía haber tenido, estoy seguro de que esa era la última que se había esperado. Tardó unos segundos en devolverle el abrazo, y plantó las manos en su espalda de una forma tan suave que parecía que tenía miedo de que al tocarla se desvaneciera.

Cuando ella se apartó, lo miró unos segundos y luego le dio un beso en la boca.

La cara de él se incendió y luego una sonrisa tonta se extendió lentamente por su rostro. Ella seguía besándolo. No creo que él participara. A mi espalda se

oyeron unas risitas y las voces masculinas disminuyeron en volumen hasta extinguirse. No es que María y aquel chico fueran especiales o que nadie se hubiera besado nunca en público, pero aun así todos (ellos) se callaron.

Que lo besara estaba siendo horrible, así que me levanté y salí.

Al llegar al baño me pregunté si eran celos. No fue una de esas escenas en las que me agarro al lavabo y me miro al espejo con el ceño fruncido y cara de atormentado mientras le hago preguntas

trascendentales a mi reflejo. Para empezar, en el baño de los chicos del instituto no había espejos, solo un par de lavabos (uno funcionaba bien, el otro a ratos), dos urinarios y una puerta al fondo para que quien tuviera que hacer algo más grave que mear encontrara un poquito de intimidad. En medio de la pared de azulejos blancos, un cartel de 2007 explicaba cómo había que lavarse las manos correctamente. No tenía mucho más. Así que no, aquella no fue ninguna escena dramática de película donde me planteaba qué estaba pasando,

qué me estaba pasando y por qué. Básicamente, porque no lo entendía. Y si no entiendes las cosas, difícilmente vas a poder razonarlas.

Cuando entré, me quedé plantado en medio de aquellas cuatro paredes porque no sabía por qué había ido allí o cuál había sido mi intención al entrar. Pensé en volver inmediatamente, pero ¿no sería muy extraño irse y volver enseguida? ¿Se daría cuenta ella? No quería que lo hiciera. No sabía por qué, pero no quería que ella lo notara.

Algo iba muy mal, pero no era capaz de decir el qué. El problema no era tanto de ella –que al fin y al cabo solo había vuelto a ser como antes– como mío. Sonreía como antes y se reía como antes y hablaba con todo el mundo como si a todos pudiera contarles un secreto; y ese no era el problema, a pesar de todo, aunque yo no comprendiera qué había sido lo que había provocado la decisión de volver al principio.

Me di cuenta de que, por primera vez, lo que me preocupaba era yo y por qué había reaccionado como lo había hecho.

No habría podido decir si estaba celoso de Gonzalo y del otro chico. O si estaba molesto con ella. Sin embargo, sabía que algo me había hecho sentir mal, pero no sabía qué significaba.

Creo que todo empezaba y acababa en mí. Gracias a ella o por culpa de ella, había empezado a tomarme las cosas de otra forma. Algo había cambiado por primera vez y estaba a gusto con ello. Siempre había sido terriblemente consciente de mí, de mi presencia, de mi cuerpo; era consciente de forma constante del espacio que estaba

ocupando, de dónde dejaba caer mis extremidades y mis pasos y mis articulaciones, y en ocasiones me daba la sensación de que esta área era más de la que me correspondía. Era consciente del silencio que ocupaba en las conversaciones, de mis intervenciones, de lo que decía aunque nadie me preguntara. Algo siempre había zumbado a mi lado, como si en ningún momento dejara de molestar, como si estuviera todo el tiempo en el lugar equivocado. Me daba miedo girarme y darle a alguien con la mochila, o hacer un

comentario desafortunado justo a la persona equivocada, o saludar y equivocarme. Estoy bastante seguro de que era el miedo a hacerlo mal lo que me hacía cometer los errores que me convencían de que hacía las cosas mal, una ironía tremenda en forma de serpiente que se mordía su propia cola. Ahora estoy trabajando más en ello, pero las cosas no son tan fáciles como pensar que realmente nadie crea que molestes, ni siquiera como saber que todo está en tu cabeza. Saberlo no otorga realmente ninguna ventaja, simplemente

una mayor sensación de impotencia e inutilidad por no poder evitarlo. Esa es la realidad. Y siempre acabarás pensando que la gente te mira o que comenta algo sobre ti a tus espaldas o que la persona con la que estás hablando, aunque sea el ser humano más simpático y agradable del mundo, está analizándote mientras te explicas.

Con María, en pocas semanas, aquello había dejado de pasarme. Ya no pensaba tanto en esas cosas. Aunque no hubiera ocurrido nada entre nosotros, tenía algo que curaba, un calmante, una

forma de no juzgar pasara lo que pasase, dijera lo que dijese.

Supongo que el problema fue haber pensado que era yo solo. Quiero decir que, en el poco tiempo que había pasado con ella, había atesorado su imagen y lo que significaba como algo mío; o bueno, no mío, más bien como algo a lo que agarrarme, algo que solo yo conocía y podía ver, aquella especie de criatura del bosque que había tenido la suerte de encontrar y que tenía la obligación de concederme tres deseos. Ella representaba mi primer intento de salir

de mi zona de confort, el primer esfuerzo que realmente había querido hacer. Pero la vuelta a clase había traído de nuevo a la chica de antes, la que no soportaba, la que ya se había ido. Me daba rabia y pena y ganas de hacer algo, pero lo único que hacía era estar de pie en medio del baño sin poder moverme.

[8 DE ENERO]

17:27 – hey, ¿cómo estás?

**17:29 – te has ido superpronto de
clase
no sabía que tenías que hacer
algo**

**17:34 – no sé si estás bien o qué,
pero se me había ocurrido
que podríamos quedar hoy**

**17:39 – sé que hace tiempo que no
vamos a ningún sitio, pero
podríamos ir al cine o algo
si quieres, claro**

17:41 – dime cuando sepas

17:46 – No puedo hoy.

17:47 – oh, vale

¿y a la tetería?

¿o mañana?

**17:52 – No puedo, María. Tengo cosas
que hacer.**

**17:54 – vale. avísame cuando tengas
libre, y si no, ya te veo el
lunes**

El lunes no nos vimos, porque ella no apareció. No vino a clase ni a primera, ni a segunda, ni a ninguna otra hora. Tampoco vino el martes ni el miércoles ni el jueves. No vino en toda la semana. Pensé en escribirle algún día, pero al final lo único que hice fue mandarle algo corto, corriente y que por supuesto ni siquiera leyó:

[14 DE ENERO]

20:05 – ¿Estás bien?

Capítulo catorce

«Y cuando vuelves hay fiesta en la cocina y baile sin orquesta y ramos de rosas con espinas.»

Y sin embargo, JOAQUÍN

SABINA

14/01/2016

Han pasado dos años desde que mi madre entró en el hospital. Dos años, hoy.

No he podido levantarme en toda la semana.

Ni siquiera estoy segura de que haya comido en toda la semana.

Me tumbo bocabajo en la cama y coloco la garganta

sobre la almohada para mantener la cabeza alzada hacia ninguna parte. Si hago eso apenas puedo respirar, pero me gusta tener que hacer un esfuerzo extra para recuperar el aire.

Todo lo que escribo suena inútil, a tontería. Incluso si es lo que pienso o lo que necesito decirme. Incluso

**aquí, que es mi sitio, mi
cabeza, que es mi intimidad.
Incluso aquí, que es donde
guardo los sentimientos,
suena a estupidez
dramática.**

**“La vida no es dura para
ti, hija. No te ha dado
tiempo a que lo sea. Deja de
lamentarte.”**

Eso dijo Ben el otro día.

Él no sabe nada. No tiene idea de nada. No sabe de esto, ni de eso ni de lo que pasó. Él llegó tarde e intervino cuando pudo, pero no vio nada. No vio las cosas que vi yo o aquello que hice. Va por ahí con el pecho hinchado fingiendo ser fuerte y sonríe incluso cuando no debería y cree

que tiene controlado todo lo que puede controlar, pero no. No sabe nada. Y yo no voy a decírselo.

Me mantengo en mi línea y nunca nunca digo nada.

Algunas noches, como hoy, no puedo evitar ponerme a temblar. De rabia, de pena, desesperada, sola. Todo mi cuerpo

**empieza a sacudirse sin que
yo pueda controlarlo,
aunque no es algo
exagerado, sino como un
zumbido. Como muchísimos
átomos preparándose para
entrar todos juntos en
estado de ebullición, para
explotar, para reventarme, y
pienso que el valor saldrá
disparado por todos los**

**orificios de mi cara y que
habrá sangre, porque yo no
he sangrado todavía y tengo
que hacerlo, como todos.**

**Pero nadie me va a ver
hacerlo, lo de temblar y
sangrar, y me pregunto
entonces si mañana por la
mañana cuando me
despierte –si es que me
despierto, o si llego a**

dormirme— todo eso habría pasado realmente o no.

Y me pregunto, también, hasta qué punto las cosas son reales si no hay testigos cerca que te confirmen que no estás loca.

Capítulo quince

«You're so nice and you're so smart, you're such a good friend I hafta break your heart.

I'll tell you that I love you then I'll tear your world apart, just pretend I didn't tear your world apart.»¹¹

Apareció el lunes muy sonriente, se acercó a mí y me dio un abrazo rápido.

—Siento no haber respondido a tus mensajes, es que perdí el cargador del móvil. ¿Han mandado algún trabajo del que debiera haberme enterado?

No contesté y no se dio cuenta. Se sentó a mi lado, sacó las cosas y siguió sonriendo. Hacia la nada, hacia delante. Literalmente no había nadie allí que lo viera, pero ella no se relajó. Regaló la

mueca a la pared y a la pizarra y a los cuerpos vagos que se cruzaran con su imagen, y ninguno de aquellos receptores se lo agradeció.

Tres horas después, Mario apareció en la puerta y ella lo abrazó y se besaron y luego él se disculpó porque tenía partido de algo y no podía quedarse. María frunció los labios, pero luego le dijo que no pasaba nada, que ya se verían. Él le dijo que la quería. Literalmente, el chico se quedó mirándola durante un par de segundos y luego sonrió como un tonto y le dijo «te

quiero». El rostro de Gaudet estaba congelado en aquella sonrisa que siempre le dedicaba; solo se movió para estirar un poquito más la boca, como si hacer eso fuera a volver su expresión más convincente, y luego se puso de puntillas y lo besó por última vez.

Besar. María Gaudet solo sabía besar.
Me quemaba la cara.

* * *

18/01/2016

**Mario me mira y me
esconde un mechón tras la
oreja. Eso es lo que hace
siempre. Tiene una sonrisa
especialmente dulce que no
quiero que sea para mí. Me
incomoda que lo sea. Me
incomoda que se esfuerce.
Sé que está intentando ser
mejor por mí, y es muy**

tierno, pero no lo quiero. Ni a él ni esto.

Me da mucha pena que se haya atrevido a decirme “te quiero”, porque ya he decidido que voy a acabar con esto, empezando por él.

Mario no es para mí, porque ni yo lo merezco ni él se lo merece. Es demasiado bueno. Ojalá

**encuentre a una chica a
quien quiera y que lo
quiera. Ojalá encuentre a
alguien que no sea yo.**

**Me siento muy mal por
esa forma que tiene de
mirarme, como si yo lo
fuera todo para él y a su
alrededor ya no hubiera
nada. Pero es que no puedo
quererle, porque no quiero**

esto. No quiero a alguien que me cuide, quiero a alguien que me conozca y sepa cuándo las sonrisas son de mentira y que me lo cuente para que yo lo sepa también. Necesito a alguien que me diga qué cosas estoy haciendo mal y que me ayude a mejorarlas. Necesito a alguien que

conozca toda la tristeza y que la acepte, pero que no me abrace cuando estoy ahí abajo, sino que intente levantarme y me esté esperando arriba.

Lo siento mucho, Mario, pero ese alguien no eres tú.

Perdona.

Lo siento mucho, pero no eres tú.

Ya estaba empezando a hartarme de lo que hacía Gonzalo. A mí ni siquiera me saludaba ya, ni tampoco me miraba.

Imbécil.

Ahora se sentaba sobre el sitio de María, retorciendo el cuerpo hacia ella, con las piernas colgando y bromeando sin parar. Era una imagen que podrías haberte esperado en cursos inferiores, no en un segundo de bachillerato. Le revolvió el pelo y la llamaba «guapa» y «fea» a partes iguales, lo que hacía que

ella respondiera «¿Ah, sí?» indistintamente, aunque no parecía que a él le importara. Es incómodo hablar de esto ahora, pero recuerdo que hasta sentí por un momento que había dejado de ser mi mejor amigo para ser solo uno más, otro chico a sus pies, y su cara desapareció para convertirse en cualquier otra cara de esas que no pertenecen a nadie. Cuando lo miré desde mi sitio, casi sentí asco de que él estuviera allí y que le hubiera pasado eso por culpa de ella.

Aunque nunca era ella, claro. Ella no hacía nada. Eran siempre ellos quienes lo buscaban.

Qué excusa más pobre y tonta.

—A ver, sentaos ya, por favor —dijo la profesora dando un par de palmadas, algo que se hace en el colegio para que los niños se calmen.

—Luego nos vemos. —Gon le guiñó un ojo, sonriendo, y aquello me hizo sentir increíblemente mal.

—Anda, lárgate —le contestó.

—Sí, y rapidito —mascullé yo.

Él, que se había bajado muy diligentemente de la mesa, y se volvió a mirarme con una expresión de sorpresa que se transformó en una sonrisa despectiva. Nunca habría imaginado que Gonzalo me miraría así. Su expresión de superioridad me molestó tanto que no pude evitar fulminarlo con la mirada y levantar el labio con asco.

—¿Has dicho algo, Ignasi?

—¿No tienes que ir a algún otro sitio donde no sobres?

La sonrisa desapareció. Aquello lo había molestado. Se inclinó un poco

hacia delante, cabreado, pero no llegó a decir nada más porque la profesora carraspeó y le repitió que volviera a su sitio, que hasta que estuviera todo el mundo sentado nadie se iba a calmar.

María me miraba como si quisiese hablar conmigo, pero ni siquiera me giré en su dirección. No estaba de humor. Llevaba unos días sin estar de humor para nada, porque sinceramente no comprendía qué pasaba y no quería hablar con ella. ¿Estaba siendo un paranoico otra vez? ¿Me estaba volviendo majara?

Las tres primeras clases se me pasaron muy rápido y el timbre que marcaba el principio del recreo me sobresaltó, no como a los que estaban esperándolo. Se levantaron y salieron bastante rápido, dejando las cosas sobre la mesa y pillando dinero para comprar bocadillos o el carnet del instituto para poder salir. Gonzalo se acercó a mí al final de la clase con el ceño fruncido y me preguntó qué me pasaba. Le dije que nada, que me dejara en paz, y él insistió hasta que le solté un ladrido. Creo que nunca le había hablado así. Echó la

cabeza hacia atrás, sorprendido, y luego se marchó con expresión tirante y los labios apretados.

Observé cómo se iba, cómo se iba todo el mundo, y pensé que era una buena opción, salir a la calle y subir hasta las rocas del descampado y quedarme un rato allí, para pensar, para despejarme. Guardé las cosas con tranquilidad y luego me levanté despacio, el último, con calma.

—No bajes por aquí, cielo, ha vomitado un muchacho y tengo que

fregarlo. Vete por el otro pasillo y baja por la otra escalera.

Asentí y dejé atrás a la mujer de la limpieza en cuanto doblé la esquina. No me gustaba ir por ahí porque era el pasillo donde estaban los departamentos de los profesores y había un ochenta por ciento de posibilidades de que alguno saliera justo cuando estaba pasando, me conociera, me parara y se pusiera a preguntarme qué tal me iba y en qué curso estaba ya y qué tal se me estaban dando los exámenes. Como si eso fuera lo único que importara, que los

exámenes fueran bien o no y que estuvieras sacando buenas notas. Como si eso quisiera decir que todo lo demás fuera del instituto y fuera de la gente que había allí también dependiera de ello.

Oí una risita leve a mi lado y me giré al pasar, sobresaltado, porque por allí no solía haber nadie, y menos a aquellas horas.

A mi izquierda, aunque no recordaba que estuviera allí, quedaba el ascensor que había sido instalado para la gente con movilidad reducida que no podía subir las escaleras. Abajo quedaba junto

a la garita de la conserje, pero no conocía a nadie que lo hubiera utilizado nunca, así que no sabía hasta dónde llegaba. El caso es que estaba allí, y había un recodo para que la silla de ruedas de quien saliera de allí no cortara el paso. Un recodo oscuro donde supongo que otra gente antes que ellos había ido a esconderse.

María y Gonzalo se estaban besando.

* * *

**Ni siquiera sé por qué
empecé, pero mientras lo
hacía no podía dejar de
pensar en esa canción que
dice: “you can’t wake up,
this is not a dream”.¹²**

* * *

Un sentimiento terrible de culpabilidad
y vergüenza y error se me acomodó
sobre la cabeza como lava densa y

caliente, cayéndome por el pelo y la frente y sobre los ojos y los hombros, como una manta de hierro, algo que me anclara al sitio y no me dejara parar de mirar.

María estaba contra una pared. Él se inclinaba sobre ella como un junco, manteniendo las distancias entre sus cuerpos, con esa sensación de ingravidez y ligereza que tenía cada vez que se movía o caminaba hacia atrás o se sentaba. La verdad es que sus besos eran tímidos, casi pequeños, cortos y suaves. Gonzalo sonreía. Ella tenía los

ojos cerrados y le contestaba cuando sus bocas se juntaban, pero principalmente le dejaba hacer a él.

Lo que me llamó la atención, que por alguna razón fue lo más chocante de todo, fue que ella hacía el esfuerzo de mantenerse de puntillas para que la diferencia de altura entre ellos no se notara tanto. Gonzalo no era tan alto, ni mucho menos llegaba al nivel de Mario, pero aun así ella mantenía los tobillos firmes, como si la diferencia importara.

Unos chicos pasaron a mi lado y me dieron en la espalda, pero ninguno se

giró a mirar en esa dirección. Las niñas de primero salieron del baño que estaba a mi derecha y me miraron y se rieron un poco antes de marcharse, pero tampoco los vieron. Solo podía verlos yo. Por alguna razón, esa escena era solo para mí, porque no se suponía que debía haberlo visto y justo por eso lo estaba viendo. No sé si eso tiene algún sentido, pero lo creía así; a nadie más allí le importaba que ellos dos se besaran y por eso nadie se fijó. Se habían vuelto invisibles para todos excepto para mí.

No me acuerdo de si pararon antes o después de que yo me fuera, pero supongo que el dato no importa. Lo único que recuerdo es que no sentí más que eso. Después de la primera sorpresa que fue verlos, cuando deshice el camino por el pasillo y pasaron las tres últimas clases y no la miré en todo ese tiempo y ella no se dio cuenta y volví a casa y empecé a avanzar con un par de trabajos para la semana siguiente, no sentí nada. No me parecía que me doliera ni me sentía mal por mí, ni bien por Gon ni traicionado por María.

Supongo que ese fue el problema; que no sentía nada. No es que me diera igual. Simplemente, algo había bloqueado la decepción y la rabia y también todo lo demás. Mientras escribía las palabras de mi ensayo de forma automática no pensaba en ella ni en Gonzalo, no de un modo voluntario ni activo, pero de alguna manera la imagen de ella besándolo estaba en segundo plano en mi memoria, siendo analizada.

Y estaba seguro de que no había sido él, que había sido ella, pero que él había querido.

No podía culpar a Gon. Quién se negaría, en realidad.

—¿Tal vez deberíais hablar?

Harry había llamado a mi portal y yo había bajado para que diéramos un paseo. Había oído lo que había pasado de otra gente, no de mí, y me había llamado una hora antes de venir para contármelo. No le dije que ya lo sabía, solo escuché cómo me decía lo que se había comentado en el vestuario y cómo su voz iba perdiendo fuerza poco a poco

hasta que se dio cuenta de que a mí también debía de haberme afectado, y me preguntó.

–No tengo ganas de hablar con María.

–Bueno, entonces con Gon, que para algo sois amigos...

–Tampoco quiero hablar con él, sinceramente.

Harry suspiró y se pasó una mano por el pelo. Estábamos dando vueltas por mi barrio sin ningún destino concreto y ella tenía la bufanda hasta la nariz y unos guantes de piel que le había regalado yo hacía unos años.

Me habría gustado responderle; en serio. Me refiero a que me habría gustado que hubiera existido una conversación que no fuera tan unilateral. Pero en aquel momento no estaba de humor, porque no sentía nada pero en realidad lo sentía todo, y ella tenía demasiadas ganas de hablar pero en realidad parecía no decidirse a soltarlo. Era una mala combinación.

—¿Y no crees que deberías hablarlo con alguien?

—Ya lo hablo contigo, ¿no cuenta?

—No, no cuenta, y lo sabes. Poco voy a hacer yo en un problema que no me incumbe, y tú y Gon...

—¿De verdad crees que no te incumbe? —Me volví hacia ella con el ceño fruncido—. Porque se supone que te gusta Gon, y ella te lo ha «quitado».

—A mí no me ha quitado nada.

—Bueno, pues como quieras llamarlo, pero llevas tiempo coladita por él y de repente llega una estúpida chica nueva y en un par de meses, ¡bam! Adiós Gonzalo. Y, oh, creo que si alguna vez estuvo remotamente cerca de dejar de

verte como a una colega, bueno, creo que a partir de ahora ya puedes ir despidiéndote de cualquier posibilidad que...

–Ignasi, cierra el pico –me cortó.

Fruncí el ceño y abrí la boca para protestar, pero ella solo apartó la cara y empecé a arrepentirme muchísimo de lo que acababa de decirle.

–Oye...

–Ni que yo tuviera la culpa, ¿sabes? –masculló—. Ni que yo tuviera la culpa de que tú seas memo y Gonzalo gilipollas y esa chica una lianta. Te he dicho que no

me incluyas en el follón porque no quiero formar parte. Deja que cada uno se encargue de gestionar sus asuntos. Yo te aconsejo lo que puedo, pero creo que nunca te he dicho qué tienes que hacer.

—Lo siento, Harry. Perdona.

Suspiró y se pasó una mano por la cara.

—Olvídalo. Solo ve a desahogarte con ella si quieres hacerlo, pero a mí déjame tranquila.

—¿Te has enfadado?

Hubo una pausa que se me hizo demasiado larga y demasiado dolorosa,

pero al final suspiró, negó con la cabeza y miró al cielo.

–No. Nunca me enfado contigo. La verdad es que es un problema.

Capítulo dieciséis

«Mejor dejar las cosas como están mejor no abrir la boca. Total, nadie nos iba a contestar.»

La boca, FRANCISCA AGUIRRE

22/01/2016

“Ignasi estaba bien hasta que tú apareciste.”

Auch.

Esa chica rubia tan alta me ha agarrado hoy a la salida del partido y me ha preguntado, muy seria, si podía hablar conmigo. Creía que sería algo sobre que he besado al chico que le gusta, pero no. Quería hablar sobre

Ignasi. Sabía que eran amigos, porque él habla mucho con ella, pero no me esperaba esto.

Recuerdo bastante bien casi todo lo que me ha dicho. La cosa es que no sé si voy a poder olvidarlo.

“Deja a Ignasi tranquilo. Entiendo que necesitas tener a alguien, como todo

el mundo, y soy consciente de que con lo tuyo tienes que estar pasándolo fatal, pero tienes que dejarlo. Escoge a quien quieras. Escoge a cualquier otro chico. Pero, si vas a hacerle eso a alguien, no se lo hagas a Ignasi. Es muy buena persona. Mucho mejor que tú. No lo utilices para que te

diga cosas bonitas ni para que te haga sentir mejor. Ya tiene suficientes problemas sin que tú colabores. No le supongas más.”

Le he dicho que no hago nada. Le he dicho que Ignasi y yo solo somos amigos, que no quiero nada más, que nos gusta quedar y que solo vemos películas. Se

ha reído de eso. “Yo solo sé que Ignasi estaba bien hasta que tú viniste, María.” Y después se ha marchado.

La verdad es que me ha molestado que me haya dicho eso, pero luego he caído. En realidad tiene motivos para enfadarse conmigo. Tiene todos los motivos del mundo. Harriet

e Ignasi son amigos y supongo que ella lo quiere, porque al fin y al cabo en eso consiste ser amigo de alguien. En protegerlo. Harriet es una especie de hermana mayor y es lo que se siente en la obligación de hacer. No puedo culparla. Entiendo que se haya cabreado.

Podría habérselo contado todo y explicarme, pero probablemente se habría reído de lo que le dijera. Ella no quiere escucharme lloriquear en vano. No quiere que le cuente que no puedo salvar a nadie ni cómo me quema eso. No le importa si lloro o si me arrepiento o si hago lo que

**hago de forma muy o nada
consciente. Eso para ella son
excusas, y no quiero que mi
vida le suene a excusa a
nadie.**

**“¿Te ha pedido él que
vengas?”, le he preguntado.**

**“No”, ha contestado ella,
y después ha suspirado de
una forma tan cansada que
no he podido evitar**

**empatizar. Casi he
entendido cómo se sentía,
durante medio segundo. “No
me lo ha pedido. He venido
yo sola porque soy tonta y
dije que no me metería, pero
me estoy metiendo.”**

Capítulo diecisiete

«Decidimos verter el café sobre
nuestros pájaros azules.»

La chica de Los Planetas,

HOLDEN CENTENO

No me esperaba que supiera dónde vivía. Debió de seguirme alguna de las

tardes que volvimos juntos a casa desde la tetería, o tal vez alguien se lo dijo. El 5 de febrero, María Gaudet se presentó en mi casa, llamando un par de veces largas, y fue mi hermana quien se levantó de la mesa para abrir.

—¿Quién es? —pregunté, robando un poco de miga de pan de su trozo.

—María. Ha dicho que es María y ha preguntado por ti.

Nuestros padres no estaban porque se habían ido el fin de semana a visitar a nuestros abuelos paternos, que vivían en el norte, así que Ane y yo nos habíamos

quedado solos en casa. Eran las diez menos cuarto y ya estábamos cenando porque ella se había puesto a preparar comida para los dos, había acabado antes de lo previsto y no quería que se enfriara. Las normas que había impuesto mi padre eran claras: nada de comida a domicilio, nada de ir de fiesta aprovechando su ausencia y nada de invitar a amigos («Y mucho menos a chicos», añadió, mirando a mi hermana con ojos grandes). Cuando entró en la cocina, tenía la espalda estirada y las cejas arqueadas, y se quedó mirándome

un momento con cara de desconfianza e incredulidad.

—¿María?

—¿Has desobedecido a mamá y a papá?

Me puse de pie y pasé a su lado para ir a la entrada. El timbre sonó justo cuando llegué, pero, en vez de abrir, me asomé por la mirilla para comprobar que realmente era ella. Y sí, allí estaba. Deformada por el cristal, con la cabeza muy grande y las piernas diminutas y balanceándose hacia delante y hacia atrás sobre la punta de los pies. Me giré,

pero Ane no me había seguido, se había quedado en la cocina. María llamó otra vez y la observé desde donde estaba, intentando pensar rápidamente en alguna manera de aprovechar mi ventaja. Pero no podía, porque solo podía sentirme desconfiado y sorprendido porque hubiera aparecido. Se mordía los padrastrós de la mano derecha y miraba hacia su izquierda, hacia algo que había en ese lado del portal.

Tomé aire y abrí. Se sobresaltó.

—Ah, hola.

—¿Qué haces aquí?

Sus ojos miraron a mi espalda un momento antes de volver a mi cara.

—Me ha abierto una chica. Venía en son de paz.

—Te ha abierto mi hermana. ¿Qué pasa? ¿Por qué has venido?

—Quería hablar contigo. Parece ser que he sido bastante mala amiga últimamente, y... bueno, quería arreglarlo. He traído un par de pelis y palomitas de microondas.

Levantó una bolsa de plástico que había estado sujetando con la otra mano para que la creyera. Ni siquiera la miré.

–Deberías haberme avisado antes de venir.

–Es que no quería que tuvieras la oportunidad de rechazarme. De verdad que quería pedirte disculpas.

–Aun así, podrías haberme mandado un mensaje.

–¿Puedo pasar?

Me eché a un lado y ella entró en casa. Esperó a que pasara delante de ella para que la guiara por el pasillo. Por dentro solo pensaba en que ojalá Ane no saliera de donde estaba, porque entonces me vería confuso y enfadado e

indefenso y me preguntaría, y no quería que me preguntara.

Llegamos a mi cuarto y abrí la puerta para que entrara primero. Dos segundos después ya estaba leyendo los títulos de todos mis libros, tan de cerca que parecía imposible que pudiera enfocar la vista a esa distancia. Para llegar a las baldas que quedaban a la altura de mi cabeza tenía que ponerse de puntillas. Permanecí en la puerta, observándola, ensimismado con la familiaridad de sus movimientos, con lo normal que pareció de repente que ella estuviera allí y que

cogiera las figuritas que tenía en la penúltima balda y que les soplara el polvo antes de darles la vuelta para mirarlas desde todos los ángulos.

—¿Este no es el dragón de la peli de Disney? —preguntó con una expresión de sorpresa.

Se lo quité y lo puse en su sitio.

—¿Qué haces aquí?

Se sentó en mi cama y yo en la silla del ordenador. Era el sitio donde podía mantenerme más lejos de ella sin tener que salir de la habitación. Que hubiera venido a mi casa me hacía sentir

incómodo y desprotegido. Me daba la sensación de que sus inteligentes ojos azules escanearían mis cosas, las estanterías y los papeles del escritorio y a través de las puertas de mi armario, y que su rápido cerebro averiguaría solo con eso todo tipo de cosas sobre mí.

No quería que mirara. Carraspeé y volvió la vista a mi cara.

—He venido... Hum, bueno. No estoy muy segura de a qué he venido, pero sentía que tenía que hacerlo para disculparme.

—No tienes que disculparte por nada.

–Ya, pero es que te echo de menos.

No tenía ninguna razón lógica para bloquear ese tipo de cosas, no en aquel momento, cuando nada había empezado y yo seguía manteniéndome en la inopia. De hecho, es lo que iba buscando. Pruebas de que lo que yo sentía no era desesperado y tenía alguna verdadera posibilidad. Pruebas de que aquello, si había dejado ya de ser platónico, no llegaría a ser doloroso, porque tal vez, algún día, ella pudiera corresponderme. Y era fácil, en realidad; solo tenía que decirme algo como aquello. «Te echo de

menos» o «quiero quedar contigo» o «tenía muchas ganas de verte». Eso me valía. Podría haber vivido toda mi vida con aquello, y habría estado bien. No quería nada más. Y eso es lo que ella no entendió, o tal vez no compartió; que yo pudiera conformarme con tan poco. Que no necesitara más que eso. Que unas pocas palabras fueran suficientes.

Pasé de la silla a sentarme en el suelo, contra la puerta. El corazón se me había acelerado. Aquella era una sensación que me gustaba, aunque en cierto modo también dolía un poco. Ella

esperó unos segundos antes de arrastrarse a mi lado.

Se sentó delante de mí con las piernas cruzadas e inclinó la cabeza.

–¿Estás enfadado conmigo?

–Un poco, creo.

No me preguntó por qué, solo asintió.

–La verdad es que han sido unas semanas un poco extrañas.

–Ni que lo digas.

–Siento haber sido mala amiga.

–¿De verdad somos amigos?

Frunció un poco las cejas y separó levemente los labios, sorprendida.

–Claro que sí, Ignasi. Bueno, al menos para mí.

–¿Por qué? ¿Porque escucho tus metáforas y veo las pelis que te gustan?

Se quedó callada y me miró fijamente en vez de contestarme. Sus ojos, ojos que podrían haberse tragado la habitación y la casa y el pueblo entero y aun así haberme dejado a mí en el espacio vacío, solo en la inmensidad y entre la nada, se me clavaron y de repente sentí que me hacía una radiografía.

-No. Porque eres bueno aunque no esperas nada a cambio y no te has ido todavía, a pesar de todo lo que he hecho.

Me miré los pies. Quería estar enfadado con ella, porque eso era más fácil que esforzarme para que no se me acelerara el pulso o para no preguntarme qué estaría pensando al estar aquí, al haber entrado, al haber visto mi habitación.

Se movió un poco más cerca y la oí suspirar. De repente estaba a mi lado con la espalda contra la pared y tenía su cabeza apoyada en mi hombro. Sentí mi

cuerpo tensarse y empecé a ser consciente de que estaba respirando y de que me picaba la espalda y de que ya llevaba un rato con las piernas cruzadas y las rodillas empezaban a molestarme, pero no me moví porque ella se había apoyado contra mí y un solo movimiento la habría espantado. Fue como cuando se te acerca una mariposa y, por alguna razón que solo ella comprende, se posa en tu cabeza: un milagro y un regalo y algo tan frágil que puede deshacerse con un suspiro. Me quedé muy quieto, como ella, y no me atreví a mirar hasta que

sentí cómo movía la cabeza apretando la frente y un ojo y la nariz contra mi hombro, despacio, como un gato.

—Tú nunca quieres nada. No me escuchas porque luego yo vaya a darte algo. Me escuchas porque quieres.

—Me gusta escuchar.

—Pero nunca dices nada —susurró, moviendo la cabeza. Ya no podía sentir el calor de su aliento en el cuello—. No tengo ni idea de qué piensas porque nunca hablas, y de verdad que me gustaría entenderte.

No había formulado ninguna pregunta, así que no dije nada, solo miré hacia delante, al radiador blanco y la pata de mi mesa y el escritorio y una caja que tenía debajo de la cama y que se veía un poco.

Puso una mano helada en mi mejilla y me sobresalté. Con cuidado, movió mi cara hasta que nuestros ojos se encontraron, y los suyos prometían tanto que era imposible pensar en parpadear. Sonrió de forma pequeña, invisible, y luego se inclinó hacia delante despacio, entreabriendo los labios y cortándome la

respiración. Aquella era una visión que tenía muy poco de divina y demasiado de adecuada.

Podía adelantarme en el tiempo a lo que iba a pasar y adivinar las consecuencias. Supongo que aquello es lo que tenía que pasar desde que atravesó la puerta. María había venido a hablar y a besarme, y yo habría sido tonto si no lo hubiera sabido, porque eso es lo que ella hacía: destrozar y besar. Era lo que se le daba bien. No podía evitarlo, porque aún no había encontrado otra manera de sentirse bien

y libre que no fuera atrapando la boca de extraños y conocidos y dándoles lo que quisieran. Me pregunté si se habría molestado en buscar la solución que necesitaba en otra parte, aunque lo dudo. Estaba cómoda con aquel método y le daba miedo abandonar lo que le funcionaba. Por eso seguía y seguía. Por eso había venido, porque tenía que besarme también y dejarme roto al hacerlo.

Quería responder, pero aparté la cara y me moví de su lado.

Su cabeza quedó aún unos segundos inclinada hacia delante, los ojos cerrados, los labios llamando sin moverse y su mano congelada, clavada en el lugar donde hacía unos segundos había estado mi cara.

—No.

Cerró los dedos despacio como si intentara atrapar humo despistado y abrió los párpados. En el silencio de la habitación casi me pareció oír el sonido de sus dientes chocando cuando cerró la boca y tragó saliva.

—¿Has venido aquí a mentirme? ¿Has venido a mi casa a reírte de mí? — pregunté.

—¿Ignasi?

Me arrastré lejos de ella, hacia la cama, moviéndome por el suelo porque no me veía capaz de ponerme en pie. Quería estar lejos. En mi cabeza solo repetía «podría haber besado a María, podría haber besado a María, podría haber besado a María», y la mezcla de arrepentimiento y orgullo que sentía en ese momento era demasiado extraña. También estaba enfadado. Enfadado y

ofendido, pero tenía que intentar concentrarme para poder organizar lo que pensaba y decirlo.

—Eso es lo que haces con todos, ¿no? Les haces sentir que son útiles y entonces... entonces das el golpe final. — Hice una pausa, cerré los ojos y traté de seguir ordenando lo que tenía que decir—. ¿Así funciona? ¿Es esto lo que haces siempre?

—¿Qué?

—¿Por qué Gonzalo, y por qué Mario, y por qué todos los demás antes de ellos? ¿Por qué...? ¿Por qué yo

también? ¿Por qué has intentado probarlo conmigo?

Sus pupilas se dilataron mínimamente y abrió la boca para hablar, pero la corté.

—Sabes hacer que la gente se sienta especial, pero ¿por qué lo haces si no piensas que de verdad lo es? Es como lo de ser maja con todo el mundo, pero peor. No es que no sepas hacer amigos como dijiste; simplemente quieres gustarle a todo el mundo. Necesitas gustarle a todo el mundo y saber que... que todos te quieren.

Intentó decir algo, pero las palabras se le quedaron atascadas en la boca. Ni confirmó lo que había dicho ni trató de defenderse. De repente, sus ojos se desviaron hacia algún punto detrás de mi cabeza y pareció desconectar, perder la fuerza para sostener cualquier tipo de argumento y simplemente ceder a mi razón, la que yo tenía, sin querer luchar contra mí. Y eso también me molestó, no sé por qué. El hecho de que no pareciera estar prestándome toda su atención, la remota posibilidad de que una parte de su mente estuviera trabajando en algo

más. Así que seguí. Seguí, y descubrí que había llegado a un punto de explosión, y que a partir de ahí me sería difícil parar si no lo intentaba.

Pero es que ni siquiera lo intenté.

—No sé cómo empezaste con esto, pero entiendo que no es cosa mía y lo único que me importa es explicarte cómo se siente lo que estás haciendo. No puedes seguir abduciendo a cada pobre imbécil que encuentres con ganas de hacer algo. No es justo. Ellos buscan algo en lo que creer, pero lo que les estás dando es mentira. No sabes

corresponderles, pero aceptas lo que tienen que ofrecer y no lo devuelves. Porque no lo entiendes, y tampoco sabes valorarlo. Por eso te aburres rápido, ¿no? O tal vez no te aburras y simplemente te cansas de fingir todo el tiempo. Deberías dejar de irte, Gaudet, ¿sabes? Porque ellos siempre se quedan y, cuando lo hacen, aún te quieren. Te... te quieren de verdad. Ese es el problema.

Ella se encogió de hombros y dejó de mirarme. Me imaginé que estaría avergonzada, y me gustó pensar que lo

estaba. Quería ponerme a gritar. Estaba tan enfadado... A medida que hablaba, más consciente era de las cosas. De que una parte de mí se había fijado en todo aquello, una parte que probablemente era la misma que había decidido omitirlo. Lo había hecho porque ella me gustaba, pero entonces había intentado hacerlo conmigo. Como con los otros. Y me sentía tan estúpido...

—Te he visto hacerlo. Con todos esos chicos, desde que llegaste. Ni siquiera pretendías darle celos a nadie, ni creo que fuera tu intención ser cruel,

simplemente... Averiguaste cómo hacer que la gente se enamorara de ti, y lo usas como combustible. Te gusta cómo te sientes cuando gustas, la devoción. Pero no te interesas por ellos; se enamoran de ti y tú finges que no tienes la culpa y que no podrías haberlo controlado, te lavas las manos y así puedes hacerlo otra vez y volver a empezar y besar a otro chico. Cuando los besas los tienes y luego pides perdón y eso es todo, ¿no? Pides perdón, y da igual lo larga que sea la fila de cadáveres.

—Lo dices como si fuera un vampiro.

–Para el caso es lo mismo.

Arrugó la boca y su cara se volvió horrible, tremenda, una mezcla de emociones que iban desde las ganas de reír hasta las de llorar, pasando por un amago de morder y otro de escupirme a los ojos. De repente, y solo porque me fijé, vi que empezaba a temblar. La ola comenzó en sus puños, y luego poco a poco el seísmo fue subiendo por sus brazos, pisando sus codos y alcanzando sus hombros. Una vez allí, el temblor hizo que todo su cuerpo pareciera un desastre natural.

Agachó la cabeza y por fin despegó los labios para hablar:

–No es culpa mía.

–¿Que no es culpa...?

–Vosotros queréis sentir algo. Es verdad. Necesitáis encontrar algo a lo que engancharos porque, aunque pretendéis fingir que todo va bien, es mentira. Nada os va bien, y vale, tal vez yo haga algo, pero no puedes culparme de todo, de ninguna manera. Porque lo queréis. Es cosa de dos personas.

Intenté cortarla y levantó la cabeza con tanta brusquedad que casi me

estampa contra la pared.

—Yo no hago nada fuera de las normas —masculló, amarga y dolida y casi como con un ladrido—. No puedes culparme, porque algo así es siempre cosa de dos personas y no puedes obligar a una de las partes a querer a la otra si esta no puede ni tienes fuerzas de intentarlo. Eso que dices pasó. Ya ha pasado. Y podía haber pasado, pero tú no querías. ¿Ves? Es fácil. Lo hemos aclarado. Ya no va a haber malentendidos.

Se puso de pie y se sacudió un poco la ropa, aunque la tenía tal como la

había traído y me pregunté si lo que intentaba sacudirse era la incomodidad. Parecía más alta que cuando había entrado y también más seria, más pálida y más triste.

—Creo que debería irme.

No dije nada, y a los pocos segundos asintió y se marchó, dejando atrás el sonido sordo de un portazo y nada más.

Capítulo dieciocho

«Shadows settle on the place that you left, our minds are troubled by the emptiness. Destroy the middle, it's a waste of time from the perfect start to the finish line.»¹³

Youth, DAUGHTER

10/02/2015

Me gusta pensar que, si pudiera ser un animal, sería algo pequeño y fácil de esconder. La idea de huir y desaparecer me atrae demasiado. Probablemente acabaría como una lagartija, o no, peor: una mosca u otro de esos bichos que la gente odia y mata

**aunque sean inofensivos.
Aunque yo no soy inofensiva
exactamente. Nunca hago
nada para dejar de ser un
mosquito; solo me paso el
día triste, fingiendo que no
lo estoy y
autocompadeciéndome
cuando me quedo sola.**

**No estoy enfadada con
Ignasi. He estado pensando**

en que debería estarlo, pero por más que lo intente no puedo. No me sale enfadarme con él. A lo mejor es porque tiene razón y en el fondo sé que la tiene y que me odia y que tiene todo el derecho de odiarme.

No puedo dejar de dibujarlo. Es muy fácil pensar en él. Es

**increíblemente fácil
recordarlo, incluso los
pequeños detalles. Ignasi
tiene un lunar diminuto en
el párpado, al final del ojo,
y el pelo siempre despeinado
en el mismo sentido. Por
alguna razón, el lado
izquierdo de su labio
inferior no se mueve como
el derecho y por eso siempre**

**parece que se lo está
mordiendo. Por eso siempre
parece entre inseguro e
indeciso. Creo que es
encantador y suelo
imaginarme alargando la
mano y rozándole la boca.
Se me acelera el corazón
solo de pensarlo.**

**Tengo pensamientos
oscuros. Veo ojos**

completamente negros y, a veces, dientes afilados ante mí. Intentan atraparme, pero nunca llegan tan lejos. Oigo susurros en la noche y sonidos de palomas dentro del tejado, de millones de moscas como yo zumbando en la ventana. Hay manos de uñas largas que me agarran de los brazos, de las

piernas y de la espalda, me levantan, me llevan a un lugar seguro y luego intentan hundirme en un charco de lodo que en realidad no existe, pero, aunque no exista, se me mete en la boca y en los ojos y en los oídos y no puedo gritar ni saber si alguien va a venir a ayudarme.

A veces, sin embargo, sueño con él. No hablo de pesadillas, esta vez, sino de cosas buenas. En mis sueños, siempre hace frío y las respiraciones se congelan. Si existiera una única verdad sobre el mundo, sobre la mente, sobre esa parte imposible de explicar científicamente que

hay en todos nosotros, sería esa: que está congelada y que se ahoga de asfixia. Hay tantas voces y tantos pitidos a mi alrededor que prácticamente es como si no hubiera ninguno. Los sonidos se anulan entre sí y, sin embargo, no soy capaz de imaginarme mi cabeza en completo silencio.

Ignasi y yo normalmente caminamos por las mismas calles, en paralelo, pero él ha decidido convertirse de repente en una recta secante y hemos chocado como dos meteoritos programados para explotar. No he podido hacer nada. Me he sentido inútil, pero él es quien lo ha decidido, y llega un

momento en el que ciertas cosas se me escapan de las manos.

* * *

Un día, cuando María ya se había marchado y un par de semanas antes de que Moha lo hiciera también, este me llamó para que fuera a recoger una cosa que tenía para mí. Hacía tiempo que no me pasaba por la tetería, porque no tenía mucho sentido hacerlo sin ella. Cuando

llegué el sitio estaba increíblemente vacío e iluminado, y no había música de fondo, lo que me sorprendió. Todo estaba como lo habíamos dejado el último día que estuvimos allí, aunque no comenté nada sobre eso. Solo avancé entre los sillones y los taburetes y las mesas y me apoyé en la barra.

—¿Qué tal estás, Ignasi?

—Tienes esto un poco desierto —
contesté.

—Ya, si mi mejor cliente no hubiera desaparecido como si nada...

Sonrió un poco y negó con la cabeza, pero yo no me reí. Él sacó un botellín de la nevera que tenía tras la barra y lo abrió dándole un golpe contra el borde. Me preguntó si quería algo, pero negué con la cabeza.

—No sabía que servías algo que no fuera té.

—No me digas que todo este tiempo tú has sido más de Coca-Cola.

Arrugué la nariz y esperé para que no se me notara demasiado que de hecho así era.

—¿Por qué me has llamado?

«María se dejó aquí una cosa.» No se suponía que debía dármelo, porque era algo que ella había dejado allí precisamente para que yo nunca lo encontrara («Cuando me lo dio parecía que tenía muchísima vergüenza, aunque no me pareció para tanto»), pero, teniendo en cuenta que ya no iba a volver, Moha había decidido que no tenía sentido seguir guardándolo.

Era una carpeta de plástico llena de dibujos. La dejó sobre la barra y yo me quedé mirándola sin moverme, viendo

trozos de ojos y caras en papeles cortados y pequeños.

No quería tocarla. No quería verlos, pero Moha esperaba que lo hiciera, así que agarré la carpetilla y me aparté de él.

Empecé a caminar por el pasillo mientras metía la mano dentro. El primer dibujo que saqué era de ella. Estaba sin terminar, aunque tal vez hubiera decidido dejarlo así a propósito. Solo tenía labios, media nariz, un ojo y una ceja, pero era ella. Debajo había escrito: «*Look at the stars, look how*

they shine for you»;¹⁴ una canción de Coldplay. Algo que no sabría identificar—calor, ahogo, una arcada— me subió por la garganta cuando lo vi, y se me encogió el corazón. Volqué el contenido de la funda sobre mi mano libre y los papeles se cayeron y flotaron hasta el suelo. Giré la cabeza y vi a Moha allí, observándome, mirando aquel estropicio y luego a mí. No dijo nada, ni se rio ni frunció el ceño. No se movió y ni hizo ningún ademán de salir a ayudarme. Por eso me arrodillé frente a los papeles y empecé a buscar. No sabía exactamente

qué buscaba, pero estoy seguro de que eso era lo que estaba haciendo. Creo que quería una explicación, otra carta, algo que me satisficiera.

Vi mi cara muchas veces. También la de una mujer en una cama, la suya y la de un chico que supongo que sería su hermano. Los dibujos en los que él salía eran menos y estaban fechados en 2014 y 2015. También eran los más detallados, en los que había puesto más empeño. Mirándolos, me pregunté cuánto tiempo habría empleado en cada

uno y por qué, después de tanto esfuerzo, había decidido esconderlos allí.

Aquella funda transparente era el más triste y patético de los cofres del tesoro.



Encontré una nota detrás de uno de ellos:

25 de agosto.

Desde que llegamos a ese sitio, todo es más gris, más azul, más negro. Creía que no podría aguantarlo más, pero claro, sí que puedo. Por Chris y por mamá. Por

**mamá puedo hacer poco ya,
pero ¿él? Necesita toda mi
ayuda.**

**La impotencia me quema
por dentro.**

**Chris es lo peor del
mundo. Chris, eres un
idiota; idiotaidiotaidiota.**

Te odio.

Dejé a un lado los dibujos de Chris Gaudet y empecé a buscar más notas y más caras. No había ni una sola que perteneciera a su padre. Rebusqué la mía entre todas y arrugué algunos de los papeles que cogí al hacerlo. Alguien entró en la tetería en ese momento y se quedó en la puerta mirándome.

—Ignasi, apártate de ahí, que molestas.

Levanté la vista y me encontré con el rostro apurado de una mujer. Lo recogí todo lo más rápido que pude y lo solté en la primera mesa que pillé. Oí perfectamente cómo Moha chasqueaba

la lengua antes de preguntarle qué quería tomar.

Mis dibujos, es decir, los dibujos sobre mí, eran casi todos simples bocetos o estaban dejados a medias deliberadamente. Agarré uno donde me había sacado de perfil y mirando al infinito. Debajo había escrito:

El amor es amor, pero parece que no siempre es igual. No siempre es

suficiente o justo, y lo siento.

Se me secó la boca y me mordí el labio, buscando más y más.

De perfil, desde abajo, con los ojos cerrados, sonriendo un poco. Cuando me dibujaba nunca miraba hacia delante, pero probablemente eso fuera porque siempre lo hacía cuando no estaba mirando. Eso le gustaba, creo; espiarme de alguna forma y guardar cosas de mí. A mí me gustaba que lo hiciera, porque

creía que podría ser algo bueno, algo grande, pero al final no fue suficiente. Pasaba los dibujos e ignoraba los de su madre y los suyos, buscaba los míos, me buscaba entre sus pensamientos. Ahí estaba. Diciembre, enero, febrero, marzo. «Ignasi», «*Ignasi*», «IGNASI», «ignasi». A veces, «I G N A S I».

«Lo siento mucho, Ignasi.»

**Por alguna razón intuía que
mis labios encajarían
perfectamente en el espacio**

entre sus clavículas, por eso la primera flecha la lancé allí.

Pero su boca no es la solución para ninguno de mis problemas. Por mucho que lo intentara, él no podría ayudarme. No ahora, no más tarde. Simplemente, no podría.

Él no tiene ningún tipo de poder, y yo tampoco.

Ninguno de los dos va a salvarse.

* * *

La sensación que me quedó cuando María desapareció de mi casa fue de terrible vacío. Cerró la puerta de mi cuarto a su espalda y un minuto después oí cómo cerraba la principal. Estuve tentado de asomarme por la ventana para

ver si la veía desaparecer calle abajo, pero cuando intenté levantarme no pude moverme. Me dejó con tal sensación que llegué a pensar que, si lo hacía, se me caerían los brazos y se me doblarían las rodillas y cada parte de mi cuerpo se desprendería del tronco hasta que al final todo se habría esparcido por la habitación y mi cabeza habría rodado y se habría quedado atascada debajo de un mueble, allí donde nadie la buscaría.





No entendía por qué tenía ese poder para agarrarme, sacudirme, revolverme por dentro y encima marcharse como si yo hubiera tenido la culpa.

No pude dormir.

No soñaba con ella. María Gaudet no apareció ni una sola vez mientras yo dormía, pero es verdad que muchas veces me desperté angustiado, con el corazón en la boca y la sensación de que ella había estado huyendo de mí y lo había conseguido.

—Ay, hijo, mira que te lo dije.

–¿Qué me dijiste?

–Que tuvieras ojito con ella.

–Harry...

Estaba lloviendo otra vez y ella tenía partido en el polideportivo, así que me había pedido que la acompañara. En realidad solo era un calentamiento, no el partido en sí, pero justo por eso podía tomárselo con un poco más de calma y pedirme que fuera con ella para que habláramos un poco.

–Ignasi, entiendo lo que te está pasando. Lo estoy viendo y es muy comprensible y me parece casi normal.

Espera, ¿me sujetas esto? –Me dio su mochila y me la colgué al hombro mientras ella se quitaba el abrigo y la chaqueta y me los daba también—. No te culpo porque te guste una chica, Ignasi. De hecho, me alegro de que por fin te guste alguien. Peeero...

Tiró con los dientes de la goma que tenía en la muñeca y se recogió el pelo en lo alto de la cabeza.

–A Gonzalo también le gusta María y algo me dice que no estás yendo a darle la brasa –le dije.

Me pegó un puñetazo en el hombro, lo que hizo que tuviera que rehacerse la coleta.

–Au.

–Eso por decir que te doy la brasa. Y por sacar otra vez el tema.

–Pero sabes que tengo razón.

–Bueno, pero con Gon ya me he rendido y además creo que ya no lo necesita...

Se dio la vuelta y entró en el vestuario de las chicas. Supongo que lo hizo para que no la viera ponerse roja, pero le salió el tiro por la culata. Sin

embargo, a pesar de aquella minivictoria, me quedé allí plantado, con todas sus cosas en los brazos y mirando el pasillo con cara de tonto.

Al minuto abrió la puerta y se asomó.

—Entra, anda, que no hay nadie.

Me sujetó la puerta y pasé.

—Qué bien huele aquí.

—Necesito hacer pis, dame un segundo.

Harry entró en uno de los cubículos del fondo y yo dejé su ropa y su mochila en un banco antes de sentarme. Miré a mi alrededor. Nunca había estado allí y

en mi vida había visto nada tan limpio como aquello.

–El caso es que no lo hago por fastidiarte, Ignasi. Solo estoy un poco preocupada.

–Puedo cuidarme más o menos bien yo solito.

–Me da a mí que no mucho, la verdad. Escucharla hablar mientras estaba haciendo sus cosas era tan incómodo que ni siquiera podía concentrarme en lo que decía. Carraspeé.

–¿Te importa seguir esta conversación cuando hayas acabado?

–Casi estoy.

Harry abrió la puerta y pasó por delante de mí como si tal cosa, yendo directa a los lavabos y mirándome a través del espejo mientras se lavaba las manos. Me sonrió de forma tirante y luego se dio la vuelta.

Suspiré y me pasé una mano por la cabeza.

–Mira, no sé, Harry. La verdad es que estoy hecho un lío.

–A lo mejor deberías plantearte lo de devolverle la visita. Sinceramente, cuanto más hablamos de esto más claro

me queda que los dos tenéis, entre otras cosas, un problema muy gordo de comunicación.

—Ya, bueno, ¿y qué le digo? ¿Qué hago, voy a su casa y llamo a su portal y subo como si nada?

—Bueno, eso es lo que hizo ella, ¿no?

—Creo que es distinto.

—No veo en qué.

En realidad, Harry no conocía todos los detalles. Solo sabía de ella lo que sabía todo el mundo; nunca le dije que había intentado besarme y que yo le había gritado, pero solo porque me daba

demasiada vergüenza decirlo en voz alta. Y aunque Harry fuera mi mejor amiga, no podía predecir si su reacción sería de orgullo o de risa, así que había decidido callarme.

Harry se acercó a la bolsa de deporte que había llevado consigo y sacó los pantalones y la camiseta del equipo.

—Date la vuelta, que voy a cambiarme.

Se desabrochó la bragueta de los vaqueros y me puse de cara a la pared. Toda aquella conversación me estaba dejando mal sabor de boca.

A los pocos minutos me puso una mano en el hombro y me volví para mirarla.

—Yo solo sé que si no lo arregláis vosotros no os lo va a solucionar nadie.

—Sonrió dulcemente y me observó en silencio un instante antes de decir—:

Tengo que dejarte ya. ¿Vas a quedarte?

—Creo que no.

—Te llamo luego, entonces. No me contestes si estás muy ocupado.

—Buena suerte.

—¡Gracias!

Harry se olvidó de llamarme ese día. Qué más da. No nos llamábamos siempre, ni siquiera cuando decíamos que lo haríamos, ni tampoco en días puntuales, como, por ejemplo, todos los martes. Sin embargo, aquella tarde la pasé nervioso, con el teléfono al lado y mirándolo cada poco tiempo por si me había mandado un mensaje en los últimos veinte segundos. En realidad, ni siquiera creo que aquello tuviera que ver con Harry, sino con María. Todo tenía que ver con María. Era la única persona con quien podía hablar de ella y

también la que podía explicarme qué nos (me) estaba pasando. Digamos que Harry era mi contacto con la realidad, mi ventana lejos del huracán Gaudet, mi vuelta a ser yo y no a ser un alguien para ella. La verdad es que es difícil de explicar. Cuando le contaba algo, aunque le contara poco, ella sabía convertir las cosas que más me preocupaban en simple y llana realidad, en tonterías, en lo más sencillo y menos problemático del mundo. Sin embargo, si había algo que no hablaba con ella, lo único que hacía con eso era pensar. Me

quedaba en mi habitación, sin filtro, con la música de fondo y mi cabeza dando vueltas sin parar y pensando pensando pensando, en ella y en lo que había dicho y en que me arrepentía de haberle hablado así. Porque no se lo merecía. Porque no había sido para tanto. Porque lo que me pasaba era que estaba frustrado, y con alguien tenía que pagarlo. Porque, porque, porque...

—¡¿QUIERES HACER EL FAVOR DE BAJAR LA MÚSICA, JODER?!

Le di al botón de apagado sin levantar la cabeza ni hacer amago de moverme un

centímetro en la cama, y mi padre resopló con tanta fuerza que podría haberlo oído aun si aquel estruendo hubiera continuado. Luego cerró de un portazo. No volví a poner la música y él no volvió a aparecer, simplemente encendió la tele y yo cerré los ojos y me concentré en el sonido amortiguado del otro lado de la puerta por agarrarme a algo, por intentar centrarme y no pensar.

Pero no funcionaba. No sabía por qué no funcionaba. Había un zumbido enorme en el ambiente, un monstruo invisible que estaba rondando mi

cabeza, una mosca gigante que no podía ver pero que me molestaba. Le mandé un mensaje a Harry, otro más, pero no los leyó y yo empecé a bajar por la lista de contactos simplemente por tener algo que hacer. Tenía guardada a más gente de la que necesitaba; familiares con los que no me relacionaba, gente de clase y algún que otro sujeto que no sabía de dónde había salido. Bajé por la A y la B y la C y de repente estaba en la M, en la M de María Gaudet, y paré.

Tenía puesta una foto en blanco y negro donde salía solo la mitad de su

cara. Había sido retocada, y tenía tanto contraste que apenas se distinguían su nariz y la línea superior de sus labios. En la foto, su ojo te miraba fijamente y casi podías ver el azul si te concentrabas en ello, porque sabías que normalmente estaba ahí y no era difícil imaginarlo; en la foto, María te miraba con fuerza y te miraba con odio y te miraba como si de verdad estuviera allí y estuviera juzgándote.

El corazón me dio un salto y me incorporé en la cama.

No sé si fue por Harry, porque no estaba allí para pararme, o una simple conjunción de planetas que decidió que eso era lo que tenía que pasar. No sé si fue el destino o un brote espontáneo de impulsividad lo que me hizo levantarme y arrastrarme para recuperar los zapatos de debajo de la mesa y ponérmelos. Era más fácil pensar que había sido algo de eso, algo incontrolable, que tener la certeza de que desde que la había conocido me movía como una luna dirigida por la marea y no al revés.

–Eh, eh, eh, ¿adónde te crees que vas?

–gruñó mi padre cuando salí hacia la puerta.

–Tengo que hacer una cosa.

–¿Ignasi? –Mi madre se incorporó un poco en el sofá y asomó la cabeza desde detrás de la de mi padre—. ¿Adónde tienes que ir a estas horas?

–Me ha llamado Gon. No sé si vendré a cenar. Os llamo luego.

–¿Cómo que no sabes si...? ¡Hijo!

Silencio. La puerta cerrada, y yo volando escaleras abajo.

Capítulo diecinueve

«No soy más que una llama, un grito, y fuego y sed.»

Apóstrofe, ERNST STADLER

Sabía cuál era el edificio donde vivía María, pero no sabía cuál era su piso.

Ni siquiera sabía si su padre estaría arriba cuando llamara. Era muy probable que estuviera. ¿Qué iba a hacer si él me abría? ¿Subir, sin más? ¿Hablar con él y decirle que era amigo de su hija? Sonaba absurdamente normal, nada propio de alguien como el hombre que veía en las noticias gritando por sus derechos con aquella quemadura en la cara. No me imaginaba a María recibíendome en su casa cuando ni siquiera la había avisado, abrazándome y luego diciéndole a su padre que íbamos a hablar a su cuarto y que la

llamara cuando la cena estuviera lista. Era demasiado cotidiano y a la vez artificial pensar en eso, como si en mi cabeza la hipotética escena tuviera un halo de serie de televisión.

Eran las ocho y media, ya de noche, y las luces del telefonillo brillaban amarillas y blancas. Tres de las ocho bombillitas estaban apagadas. ¿Cuál sería la suya? Era curioso que detrás de cada uno de los números se escondiese una familia con una vida y una historia. Era más curioso aún que tuviera más probabilidades de conocer mejor a

cualquiera de los habitantes de aquel edificio que de conocerla a ella.

Pensar en María hacía que me doliera la cabeza. Le di a uno de aquellos botones al azar.

—¿Sí? —contestó una voz distorsionada.

No era la suya. Era de mujer, pero no parecía la de María. Me aclaré la garganta.

—Eh... Hum, ¿Gaudet?

—Gaudet y su hija viven en el tercero izquierda, chico. Aunque he visto al

padre salir esta tarde y creo que todavía no ha vuelto, si estás buscándolo.

Me sorprendió que me proporcionara tantísima información. Quiero decir, no había dicho quién era ni qué quería y ella simplemente me había dado un montón de datos que me parecían muy relevantes, pero que no creo que debiera saber un desconocido. Si aquella era la cotilla del edificio, era un auténtico peligro. Miré a ambos lados y carraspeé.

–Vale, gr... gracias, señora.

–Nada, alhaja.

–Buenas noches...

–Ea.

Y colgó el telefonillo, así sin más. Pestañeé un par de veces y luego volví a levantar el brazo para presionar el botón que me había dicho. Era uno de los que tenían la bombilla fundida. Presioné durante unos segundos y esperé. Miré hacia arriba, como si hubiera otra cosa que no fuera el número azul del portal y un poco de pintura blanca desconchada y a punto de caer. El edificio era bastante viejo, la verdad.

Nadie contestó, así que volví a llamar. Más de lo mismo.

Retrocedí unos metros hasta pisar la carretera para ver si había luz en su casa. Todas las habitaciones estaban iluminadas. Era una luz parpadeante, como la de una hoguera o una bombilla estropeada, pero ahí estaba. Si aquella mujer había estado lo suficientemente pendiente y Benjamín Gaudet de verdad se había ido, la persona que había dentro del piso tenía que ser María. No quedaba otra. Por alguna razón, ella tenía que saber que era yo el que estaba

abajo esperándola y era tan cabezota como para no dejarme entrar.

Volví y llamé de forma más insistente. Dos veces.

Cinco minutos después, la puerta negra se abrió y un hombre en camiseta y calzoncillos salió con un par de bolsas de basura. Me miró de arriba abajo con el ceño fruncido, como si no entendiera que alguien pudiera estar acechando su edificio a esas horas, pero puse cara de inocente y esperé a que se hubiera alejado unos metros haciendo ruido con sus chanclas para empujar la puerta casi

cerrada y colarme en el portal. Era uno de esos con barandilla de madera oscura, una pila de buzones al fondo junto al cuartito de la caldera y escalera y paredes de mármol claro. Olía raro, como la casa de mi abuela, como si alguien muy viejo se pasara las tardes sentado allí fuera perfumado con una de esas colonias tan fuertes y preparando guisos. La escalera estaba oscura y había una ventana pequeña en cada descansillo. No encendí la luz porque no podía distinguir los interruptores de los timbres y prefería no arriesgarme.

Cuanto más subía, más dudaba de a qué había ido o qué esperaba encontrar. ¿A la María que había compartido tiempo conmigo, la que hacía que se me acelerara el pulso de una manera que no quería controlar? ¿Había existido alguna vez? Me estaba poniendo nervioso. Vi un «2º Izda» y me saltó el corazón, pero no era su puerta. Aún me quedaba un piso. Aún no era demasiado tarde para irse.

Me pregunté si la mujer que me había hablado antes me habría visto subir a través de su mirilla. Me pregunté si le

diría a alguien que había estado allí preguntando por la chica. Me pregunté si se lo diría a María si me iba ahora.

Y de repente, había llegado arriba.

Me situé ante el tercero izquierda y cogí aire. Fui a llamar al timbre, pero entonces pensé que tal vez encendería la luz de todo el portal y moví la mano para llamar con los nudillos.

No hacía falta. La puerta de Gaudet estaba abierta del todo.

—¿María...?

La llamé desde la entrada. Podía oír ruidos dentro, pero cuando mi voz llegó al final del pasillo se extinguieron. La luz seguía encendida y parpadeando. Volví a llamarla mientras avanzaba lentamente. Se oyó el ruido de algo cayendo y rompiéndose. Ella soltó un pequeño grito y luego un gemido.

—¡María!

Si lo piensas, fue una gran estupidez por mi parte correr hacia dentro de la casa. Si hubiera sido sensato, habría tenido el móvil fuera y habría estado listo para llamar a la policía por si

acaso, o no habría gritado, o simplemente me habría asomado con precaución para asegurarme de que no había nadie más allí. Por cómo lo recuerdo, aquella escena podría haber sido la de un robo, o un secuestro, o una pelea o vete a saber qué. Literalmente podía haber estado pasando cualquier cosa y yo me tiré de cabeza. No lo pensé. Al oír aquello, mi cerebro empezó a funcionar a toda velocidad y simplemente me lancé dentro.

Del fondo de la casa salían fuertes inspiraciones, como las de un oso u otro

animal herido. Me acerqué despacio y empujé la puerta.

—¿Gaudet?

Estaba allí, de espaldas, pequeña, encogida, con los hombros temblando de una forma tan fuerte que parecía que todo su cuerpo convulsionara. Había un zumbido extraño en la habitación, como el ruido blanco de un televisor, como un crepitar continuo, como el que se oye en medio del silencio. Por encima de él estaban sus sonidos: gemidos, llanto, chasquidos, hipidos. A oírme se volvió de golpe, brusca, asustada; tenía los ojos

muy abiertos, y un rayo naranja cruzó la habitación de abajo arriba cuando se volvió. Fue tan brillante y tan repentino que retrocedí un paso.

—¿Qué...? —Miré hacia el techo, donde había una marca negra entre muchas más. De hecho, todo estaba lleno de marcas y arañazos. El aire estaba cargado y olía a quemado.

—¡Fuera! ¡VETE DE AQUÍ!

Su tono fue el ladrido de un lobo, pero no me acobardé. Me hizo decidirme. Estudié la habitación rápidamente, con todas sus cosas rotas y

su humo y su fuego; es sorprendente lo mucho que tardé en darme cuenta de lo verdaderamente importante allí, del elemento erróneo, de lo que iba mal: las llamas.

Ese fuego. Salía de sus manos, alto y rojo y azul y naranja, grande e increíblemente real. Era suyo. Las llamas nacían de entre sus dedos y de sus palmas y rodeaban sus manos como una luz potente y a la vez imposible. Como ramas largas y enredadas, saltaban de un lado a otro para alcanzar cualquier cosa pura que pudieran

encontrar, escupían humo, dejaban restos inservibles a su alrededor.

Ella estaba de pie en medio de la habitación, con el pelo alborotado y flotando alrededor de su cara y las lágrimas cayéndole por las mejillas, el fuego envolviéndola toda y saltando como si tuviera vida propia y solo la usara para consumirla. Era una visión terrible y embriagadora. La boca de María se abría y se cerraba, ella intentaba esconderse o huir, pero sus ojos no dejaron de mirarme mientras se apartaba de mi lado.

No podía oír lo que decía, porque todo se había llenado de aquel sonido puro y estático, pero parecía que suplicaba. Sus labios formaban mi nombre, pero no podía oírlo. Simplemente estaba ahí, mirándome y llorando, y sus manos ardían y el fuego intentaba tragársela y yo no podía dejarla sola.

–Pero qué...

–¡IGNASI, FUERA! ¡SAL DE AQUÍ!

Todo pasó muy rápido. Me tiré al suelo para esquivar una llamarada y el calor rozó mi espalda como una

amenaza de muerte. Alargué una mano hacia ella, para alcanzarla, pero entonces gritó y se apartó más de mí. El fuego parecía estar en todas partes, pero solo estaba en sus manos; el resto de la habitación no parecía hacer otra cosa que ennegrecer más y más, pero en realidad todo estaba bien. Nada ardía, excepto ella. El fuego estaba quemándola. Tenía que hacer algo.

–María...

–¡Ignasi, sal de aquí...!

Volvió a echarse hacia atrás cuando el fuego reapareció, cerrando los ojos,

apartando la cara. El sudor le cubría la frente y el cuello y los brazos y se mezclaba con sus lágrimas. Intenté arrastrarme hacia ella. Tenía que hacer algo, tenía que ayudar.

–Gaudet... No te muevas...

–¡¡VETE!!

–¡NO!

Abrió mucho los ojos y volvió a mirarme, asustada, sorprendida, congelada. No literalmente, por supuesto. Me incorporé un poco y ella alzó las manos al techo para mantenerlas alejadas de mí.

–¡Ignasi, tienes que irte, por favor...!

Vete antes de que...

–Gaudet, tus manos...

Me puse de pie. Intentó echarse hacia atrás y se dio con la espalda en la pared. Oí cómo susurraba «vete, vete, vete, vete, por favor, vete...», llorando, aún con los ojos cerrados. Las lágrimas arañaban su cara de arriba abajo, y ella hacía lo imposible por darme la espalda, por ocultarse. Dobló los brazos y los escondió contra su pecho y la oí gruñir entre dientes por el calor y el dolor.

–¡No! ¡Gaudet, mírame! ¡Aparta las manos! ¡GAUDET!

–Por favor, por favor, por favor, Ignasi, por favor, vete de aquí, vete de aquí, ¡vete de aquí!

–¡Gaudet, mírame!

–¡Vete!

* * *

No quería mirarle. No quería verle. ¿Qué hacía allí?

Si le miraba, todo explotaría. Yo y el fuego y la casa. Si le miraba, todo se destruiría.

Qué vergüenza.

*** * ***

—Déjame ayudarte...

—Por favor, vete, no quiero que...

—¡María! ¡Mírame!

Intenté empujarla para apartarla del fuego, pero no sabía si serviría de mucho teniendo en cuenta que lo llevaba consigo. Sonó un golpe cuando se chocó contra la mesa y cayó al suelo, pero este quedó bajo el crepitar de las llamas. Grité de nuevo su nombre y me arrastré hasta ella. Tenía los brazos en alto, alejados de su cuerpo, y se retorció de dolor. No supe si era por el golpe o por lo otro. Tenía los ojos cerrados. Cuando llegué a donde estaba, tuve cuidado en agachar la cabeza para no quemarme.

–Tenemos que parar el fuego, Gaudet, vamos. Tenemos que usar agua...

–Ignasi, vas a...

–Ayúdame, María, intenta levantarte.

Voy a llevarte a un lugar seguro.

–Vas a quemarte...

Ella no reaccionaba, no abría los ojos del todo, apenas podía hablar. Había mucho humo y cada vez veía menos. No se podía respirar. Me puse de pie y busqué una forma de ayudarla, pero no se me ocurría nada.

Y entonces, sin pensar, agarré la mano ardiendo de María y tiré de ella hacia

mí.

* * *

Lo peor fue saber que me dejaría hacerlo. Que me habría dejado quemarle. Ignasi me cogió de la mano, a pesar de las llamas, y tiró de mí para sacarme de la oscuridad.

Ignasi me salvó. Cuando le vi cerrar los ojos, cuando aceptó el dolor sin hacer amago de apartarse o soltarme, supe que era él. Que había sido él todo este tiempo y que, si la cosa fuera al revés, yo también le habría ayudado.

Capítulo veinte

«Remember the first time you touched someone with the sole purpose of learning all of them.»¹⁵

Body Love, Pt. 2, MARY
LAMBERT

Esperé un calor que nunca llegó.

María chocó contra mí y ambos caímos al suelo. La habitación quedó a oscuras y llena de humo, y de repente los chasquidos terminaron.

Ya no había dolor, ni fuego, ni sombras rodeándonos e intentando tragarnos.

De repente solo estábamos nosotros dos, yo en el suelo y María entre mis brazos, temblando y llorando en el más angustioso y determinante de los silencios. Solo existían sus gemidos y su

mano agarrando muy fuerte mi camiseta y pidiendo perdón muy muy bajito.

La abracé tan fuerte que podríamos habernos fundido. La rodeé con brazos y piernas, la envolví con todo el cuerpo. No sabía nada excepto que ella temblaba y yo tenía que cubrirla. No entendía qué acababa de pasar. No quería pensar en eso. Solo quería pensar en ella ahora, en ese momento, en un presente tan inmediato que prácticamente era futuro. Si no me concentraba en ella, si me descuidaba solo un segundo, se convertiría en ceniza

y se desharía entre mis dedos. No creo que la gente piense muy a menudo en la consistencia que tiene la ceniza; es tremendamente etérea e insostenible en el sentido más literal de la palabra. No puedes tocarla, porque la destruyes. No puedes moverla, porque se deshace y se queda en el sitio para siempre. Así es como sentí a María entonces, invisible, impoluta, inestable. Inefable en un sentido terroríficamente palpable. No podía dejar que se fuera.

Tenía el corazón a mil por hora y sentía un sudor frío recorrerme la

espalda. Todo había pasado demasiado rápido. ¿Estaba herida? Debía de estar tan aterrorizada como yo. Apoyé mis labios contra su pelo y susurré que todo estaba bien, que ya había acabado. No sabía qué era «todo» ni qué había acabado, pero lo dije de todas formas.

Tras unos minutos –diez, quince, una eternidad– dejó de moverse y la aparté un poco para poder verle la cara.

–Gaudet...

–Yo... Lo sien...

–Déjame verte las manos.

Las cogí entre las mías. Ella no opuso resistencia. Eran como siempre: pequeñas, de dedos blancos, las uñas mordidas y heridas de arrancarse los padrastrós. Y sin una sola quemadura.

Nada.

Abrí mucho los ojos y giré la cabeza hacia ella.

—¿Cómo...?

—Lo siento mucho, Ignasi. —Apartó lentamente sus manos de entre las mías.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha sido eso? ¿Cómo...?

—No tenías... que verlo.

–Pero ¿qué...?

–Lo siento tanto, Ignasi, de verdad...

Se apartó de mí. Se movió lejos de mi cuerpo y se arrastró hasta una esquina de la habitación de forma lenta y dolorosa.

–No es la primera vez que pasa –dijo en voz baja, tan baja que casi no pude oírlo.

–¿Qué?

–No es la primera vez que me pasa.

Llegó a una pared y se apoyó en ella para levantarse. Cuando logró aguantarse sobre sus dos pies, se abrazó el cuerpo y agachó la cabeza. La marca

de su mano se quedó en negro sobre la pintura.

—Creo que será mejor que te vayas.

—¿Qué?

—Entiendo que no... Sé que no puedo pedirte que ignores lo que acaba de pasar, pero te pediría... yo... —Cerró los ojos, se frotó las sienes—. Te pediría que no me preguntaras por esto de momento. No deberías estar aquí. No deberías... haber visto...

—¿Te has hecho daño?

Sus ojos se abrieron y parecía tan enfadada conmigo por preguntarle

aquello que por un segundo dejé de intentar levantarme para acercarme a ella. Fue solo mientras seguía mirándome. Enseguida giró la cabeza a otro lado, con los labios apretados, y se movió hacia la puerta.

Pero no llegó a salir. No creo que quisiera irse.

—Estoy bien.

—Déjame ver. Déjame verte las manos, por fav...

—Solo vete, ¿vale, Ignasi? Déjame en paz. ¿Para qué has venido? No deberías haber entrado. Márchate antes de que...

—No voy a dejarte sola, María.
Necesitas ayuda. Yo puedo...

—¿Y tú qué sabes? ¡¿Qué sabes tú de nada?! ¿Te he pedido yo ayuda, acaso? ¡No! ¡Vete y métete en tus asuntos y déjame en paz!

—Pero ¡¿tú has visto lo que acaba de pasar?! —Me llevé las manos a la cabeza y señalé a nuestro alrededor con el brazo, a las cosas quemadas y rotas que ella había destrozado—. ¡Necesitas que alguien te ayude!

—¡No te necesito!

—¡Sí me necesitas! —respondí, exasperado—. ¿Es que no ves que...? Y... yo no entiendo nada, no sé cómo lo has hecho o por que ha empezado o cómo has conseguido que parara, pero tú... podría haber acabado mal. Tú po... podrías haber muerto o acabado quemada o...

—¿Y qué importa que me muera, Ignasi? —Su voz era áspera, y parecía que aún le costara respirar—. Ahora mismo... ¿qué más da, en realidad?

Estaba tan enfadado con ella en ese momento... Supongo que, si hubiera

podido, me habría gustado estallar también.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Cómo puedes no darte cuenta...?

—¿Darme cuenta de qué?

Me tiré del pelo, nervioso. Era tonta. Quería pegarle una patada a la pared. Empecé a dar vueltas por la habitación y cerré los ojos para calmarme. Notaba cómo me seguía con la mirada todo el tiempo.

—No puedes salvarme, Ignasi —
murmuró.

Me detuve y la miré. Que dijera eso me hizo sentir fatal, derrotado, enfadado y cansado. Avancé hasta ella y su mirada saltó entre mis ojos mientras intentaba descifrar qué estaba pensando.

—Quiero salvarte. Y a mí me importa. A mí me importa que te mueras. ¿Lo entiendes?

—No —confesó—. No lo entiendo.

Sonreí torpemente, el corazón me latía de forma extraña y, de repente, aliviado.

—No pasa nada. La verdad es que yo tampoco.

La observé mientras se lavaba concienzudamente las manos, los brazos y la cara para eliminar cualquier rastro oscuro que pudiera habersele pegado. Lo hacía de forma ágil, como si hubiera repetido aquello cientos de veces. Me quedé junto a la puerta del baño mientras lo hacía para darle un poco de intimidad, pero no aparté los ojos de su reflejo en el espejo ni un momento. Ella se frotó bajo las uñas y en la nariz y detrás de las orejas y en las sangraduras, y al cabo de unos minutos estaba limpia

y tenía todo el vello de los brazos de punta por culpa del agua fría. Cuando acabó, se volvió hacia mí y me indicó que me acercara. Con la esquina de una toalla mojada me limpió la cara, mirándome a todas partes menos a los ojos. Lo hizo con tanta delicadeza que no pude evitar estremecerme. Al terminar, dio un paso atrás, se aclaró la garganta y me dijo que me dejaría agarrar la escoba si de verdad quería ayudarla.

Había muchas cosas rotas y estropeadas y nos llevó más de una hora

arreglar aquello. Durante el proceso estuvo callada y, cuando por fin pareció que más o menos todo estaba en su sitio, levantó los ojos y me llamó.

—¿Estás asustado? —preguntó tímidamente, apretando con fuerza el trapo que tenía en las manos.

—No.

—¿Me estás mintiendo?

—No.

Asintió despacio. Sabía que no me creía. Sinceramente, ahora mismo no estoy muy seguro de si en ese momento dije la verdad o no, pero puedo recordar

que estaba tranquilo. No tiene explicación alguna que lo estuviera, si lo piensas, pero supongo que precisamente esa era la clave de todo; nada allí, de aquella noche, tenía explicación. ¿Qué importaba que mi reacción tampoco? Nada, esa es la respuesta. No importaba nada.

María se sentó en una silla y yo me quedé donde estaba.

—Hay pocas posibilidades de que te vayas sin preguntarme qué es lo que ha pasado, ¿verdad?

—Bastante pocas.

–Lo suponía.

–Aunque había venido aquí a disculparme.

–¿Qué?

Probablemente no se esperaba que empezara por aquello, pero pensé que si no se lo decía entonces, nunca llegaría el momento.

–Por lo que ha estado pasando últimamente. Por si había sido culpa mía. Este último mes... No entiendo bien qué ha pasado este último mes con nosotros, la verdad. Me daba la sensación de que las cosas iban bien,

pero de repente dejaron de hacerlo. Venía a hablar contigo porque en ninguna parte me respondes y quería disculparme por si había hecho algo malo.

—Dios mío, Ignasi. Por supuesto que no. Por supuesto que tú no has hecho nada malo.

Me pareció que hacía ademán de ponerse de pie, pero no se movió. Se quedó donde estaba, sentada, mirándome con ojos enormes y llenos de confusión y pena. En realidad estábamos relativamente cerca, porque la

habitación no era muy grande, pero creo que el hecho de que yo estuviera de pie y ella sentada marcaba un poco más la distancia entre nosotros. O tal vez no, tal vez fuera solo mi mente. Le di un par de pataditas al suelo con la punta de mi zapatilla, mirando hacia abajo, y ella suspiró y se retiró el pelo de la cara.

—No sé cómo explicarte lo que has visto. No sé muy bien cómo funciona, solo que a veces pasa y se va tan rápido como ha llegado. Lo tengo... lo tengo desde hace tiempo.

Asentí como si lo comprendiera, aunque en realidad no lo hacía.

—¿Y te duele?

—Intento no pensar en ello. Si no miro las llamas escuece un poco. Pero cuando se extinguen la sensación se apaga. En realidad, es más como si me apretara en el pecho. Como cuando tienes ganas de chillar y golpear cosas y romperlo todo. Es la misma sensación.

—Qué raro.

Era una conversación demasiado extraña para pretender que alguna de las intervenciones, las tuyas y las mías,

tuvieran algún sentido. Poco a poco la adrenalina había ido desapareciendo de mi organismo y la realidad había empezado a caer sobre mis hombros como pequeños copos de nieve. Era todo tan irreal... Era todo tan tétrico y fantástico... María me observó con cuidado, captando todas mis reacciones.

—Sigo esperando a que huyas despavorido y no volver a verte más.

—¿Eso es lo que quieres?

—Ni por asomo. Es solo lo que espero que hagas.

—No voy a irme.

Era una especie de trato y de juramento. Me sentía tirante e incómodo, pero al mismo tiempo daba la sensación de que podríamos habernos abierto una herida en el pecho que le hubiera descubierto al otro nuestro interior, con la sangre y los miedos y el corazón palpitante y a rebosar de vida, las vísceras y nuestros pulmones inflándose y quitándole espacio a cualquier sentimiento que fuéramos capaces de albergar y que, si lo hubiéramos hecho, aun así no habríamos estado tan expuestos. Porque cualquier pregunta y

respuesta parecía chorrear y ser capaz de cortar la carne como si se tratara de papel.

—¿Qué sientes cuando sale el fuego?

—Miedo. —Sus ojos brillaban, pero no parecían en absoluto asustados. A mí me parecían muy valientes—. No hay nada que me dé más miedo que el fuego cuando llega.

Me acerqué a ella a pasos cortos y lentos, para que supiera lo que estaba haciendo. Levantó la mirada hacia mí y no pestañeó ni una sola vez. Despacio,

me arrodillé frente a ella y moví mi mano hasta acercarla a la suya.

Se apartó bruscamente.

–No.

–Quiero hacerlo.

–Pero yo no.

–Por favor.

Al final cedió y dejó que le tocara la mano. Tenía los dedos congelados.

–Ayúdame a dejar de temblar, Ignasi.

No puedo parar. Todo mi cuerpo se está sacudiendo y no sé cómo hacer que pare.

Estaba completamente quieta.

Apretó tan fuerte mi mano que dejé de sentir las puntas de los dedos, pero a la vez me hizo ser consciente de todo lo que nos rodeaba. Del espacio y del tiempo y de nosotros. Ví cómo volvía a llorar, lágrimas blancas y negras resbalando hasta su barbilla, y sentí tal impotencia en mi pecho que pensé que explotaría y me convertiría en un agujero negro como ella.

—Estoy aquí. He dicho que quiero ayudarte.

—¿Por qué no has hecho nada para evitarlo?

—¿El qué?

—Esto. —Las lágrimas corrían por sus mejillas y ella se mordía el labio para controlar los sollozos—. Me regañaste. Lo supiste y me echaste la bronca por enamorar a chicos y romperles el corazón, pero tú... —Un quejido escapó por su garganta y cerró los ojos, apretando un poco más mi mano—. Has sido tú solo, Ignasi. Yo no he hecho nada. Lo siento mucho, pero tú... Yo no he hecho nada.

Capítulo veintiuno

«You know your own darkness,
so you can see; you're born in
your ruin. You are so terribly
beautiful, so unbearably
human.»¹⁶

A Letter to My Daughter #142,

MIA HOLLOW

Mi teoría es que ella lo había tenido todo planeado al milímetro hasta que yo decidí ir a su casa y entrar sin permiso. Si no hubiera abierto la puerta aquel día, ella habría seguido con su estrategia de usar y tirar y mantenerse al margen de cualquier cosa peligrosa en cuanto a sentimientos se refería. Pero a partir de ese momento todo se desbarató y ella cambió radicalmente de maniobra. Pasó de hacer eso a improvisar, y el resto de las cosas, de repente, dejaron de importarle.

Le dio un sorbo a su café caliente y luego subió los pies al sillón, recogíendose y escondiendo la cara tras las rodillas para que no pudiera ver su mueca de asco.

—He cortado con Mario —dijo, soltando un suspiro—. Voy a empezar a hacer las cosas bien.

Parecía que lo decía con indiferencia, como si aquello hubiera sido simple y vana burocracia para dar el siguiente paso hacia cualquier parte.

—¿Y qué tal se lo ha tomado?

–No muy bien, pero bueno...
Tampoco íbamos a casarnos ni nada por el estilo. No éramos tan compatibles.

–Normal, teniendo en cuenta que os llamáis María y Mario... Lo raro es que durarais tanto.

Abrió mucho los ojos y a los pocos segundos soltó una carcajada. Fue tan rápido y sincero que el corazón me dio un vuelco y miré hacia otro lado. No podía creerme que hubiera dicho semejante tontería.

–Por estas cosas te quiero, lo juro.

Volvió a beber mientras seguía riendo y luego poco a poco se calmó. Era raro verla así después de cómo había estado hacía unos días, cuando la había abrazado y ella había llorado y me había pedido, antes de que me fuera, que por favor no huyera. Lo había dicho con una sonrisa temblorosa e intentando fingir alivio y una ínfima alegría.

Por alguna razón, lo de aquella noche hizo que nos uniéramos y rompió una de las últimas barreras que quedaban. Por primera vez desde que nos vimos en aquel parque en octubre no teníamos

nada que temer ni nada que ocultar porque ya estaba casi todo dicho, así que empezamos a compartir algo real tan palpable como podía serlo el fuego. Nos volvimos cómplices de un secreto y serlo era divertido y curioso y emocionante.

Me dejó interrogarla, así que le pregunté si podía controlarlo a su antojo. Me dijo que sí, que si estaba calmada podía hacer fuego chasqueando los dedos. Y entonces recordé que la había visto hacerlo una vez, en un bus. «Ay, sí, yo también me acuerdo. Casi me

da algo, pero al final pensaste que era un mechero, así que nada.»

–Entonces, ¿lo haces también en sitios públicos?

–Sí. A veces me ayuda a relajarme.

–Pero ¿no te duele?

–No es que duela... más bien escuece. En cantidades pequeñas. Pero me espabila y me ayuda a centrarme.

Me dijo que le había aparecido un día de pronto y que no recordaba que hubiera sido especial por ninguna razón. Se pegó un susto de muerte, como es

lógico, pero al final consiguió calmarse y lo mantuvo en secreto.

—¿Cómo? ¿No se lo dijiste a nadie?

Agachó la cabeza y se encogió de hombros.

No quise presionar mucho más. Suficientemente sorprendido estaba ya porque me hubiera dejado preguntarle; no quería pasarme el primer día. Ella quería hablar, y por eso hablaba: notaba que le intimidaba su nueva libertad, la opción de poder comentar aquello y no tener que ocultar tantas cosas cuando estaba conmigo; por eso lo hacía

despacio y con cuidado, porque al final nada era tan fácil. Pero lo estaba intentando, y yo lo notaba. Lo estaba intentando de verdad.

Aquel día yo no insistí y ella no me lo agradeció, pero noté su alivio.

Bebí de mi té y no me supo tan mal como las primeras veinte veces.

Ella se había pedido un café por primera vez desde que habíamos empezado a ir a la tetería. Ni siquiera era un café con leche, sino puro café negro, tan negro como sus ojos cuando había estado asustada y en llamas y lo

único que podía ver eran sus pupilas, grandes como monedas y cubriendo todo el azul.

–Dios, esto sigue sabiendo a mierda.

Cogió otro sobre de azúcar blanco y lo echó en la taza. Debía de ser el tercero o el cuarto. No estoy seguro de que el líquido siguiera estando lo suficientemente caliente para disolverlo, pero ella empezó a remover con fuerza, y ciertamente había algo divertido en la forma que tenía de arrugar la nariz cada vez que probaba un trago para ver si ya estaba más frío. Era como una niña

pequeña: menos de un metro sesenta, sentada en uno de los butacones más grandes del local, las piernas cruzadas como un indio y haciendo todas esas caras.

—¿Por qué has pedido café?

—Porque necesito mantenerme despierta.

—¿No dormiste anoche?

—Qué va. Ni una hora. Llevo sin dormir un par de días, así que estoy probando todo lo que se me ocurre para no caerme redonda ahora mismo.

—¿Y por qué no duermes?

—Porque el techo de mi habitación parece muy inestable y tengo miedo de que se me caiga en la cabeza.

Hacía eso. Una vez que empecé a saber cosas sobre ella, cosas reales, la información que nunca habría querido saber salía de su boca a borbotones como el humo de la oscuridad que no podía seguir guardando. Supongo que debía de encontrar cierto placer, tal vez orgullo, en asustarme; podía ponerme nervioso de cien formas diferentes y no creo que me sintiera cómodo con ninguna de ellas. A veces, lo hacía. Me

decía algo así, como si fuera una respuesta normal, y yo no lo captaba hasta que la información había conseguido llegar a mi cerebro.

–¿Eso qué significa?

–Que tengo muchas pesadillas.

–¿Y te asustan?

–Sí, mucho.

–¿Sobre qué son?

Levantó la cabeza y me lanzó una mirada que parecía algo sorprendida porque no lo supiera.

–Fuego. Siempre fuego. Todo se incendia mientras estoy durmiendo y no

hay nada que pueda hacer para pararlo.

—¿En los sueños, empiezas tú los incendios?

—Empiezo todos los fuegos del mundo, esté dormida o no.

María miró el líquido tibio de su taza y luego se lo acercó a los labios. Tardó un momento en tomar la decisión de beberse todo de golpe, y lo hizo cerrando los ojos. No sé si eso ayudó en algo. Cuando por fin respiró no la vi arrugar el rostro, pero sí que parecía asqueada.

—Arg, repugnante.

Tenía la boca seca, así que le di un buen trago al té y me recosté en el asiento.

—El otro día soñé contigo —dijo. Levanté la vista y su mirada me estaba esperando—. Había empezado un fuego y tú ardías. Yo también estaba dentro, pero a mí no me quemaba. Solo te quemabas tú. Estábamos en tu habitación y todo estalló de repente. Me mirabas y la piel se te caía, pero tú no hacías nada para salvarte y yo no podía moverme. Te quedabas ahí, quieto.

—Solo era un sueño.

–Un sueño. Lo sé. –Pero su voz se había convertido en un susurro casi inaudible.

Moha se acercó a nosotros y dejó caer un plato lleno de galletas de mantequilla sobre nuestra mesa. Yo me sobresalté, pero María levantó la cabeza hacia él con una bonita sonrisa y le dio las gracias. El hombre soltó un gruñido y rodó los ojos.

–Ni las des. Pero no te acostumbres.

–Sí, Moha.

Él se alejó y Gaudet lo siguió con la vista. Luego sonrió un poco más y se

abrazó las piernas.

—Cada vez estoy más segura de que es un cazatalentos disfrazado. Tiene que serlo, ¿no? Con tanto misterio y tal.

Pero no la escuché. No sé por qué —tal vez fue una simple convulsión, uno de esos movimientos semejantes a los últimos estertores de la muerte que se ven en los cadáveres sobre la mesa de autopsias—, extendí un brazo a través de la mesa que nos separaba y la cogí de la mano.

Mentiría si dijera que no había pasado mucho tiempo pensando en

hacerlo. Sus manos no parecían tan suaves, ni eran tan bonitas; eran pequeñas como toda ella, con los dedos cortos, y ásperas por el frío. Tenía las uñas mordidas y se le ponían de diferentes tonalidades de morado y amarillo porque nunca llevaba guantes y siempre estaban heladas. Pero no eran sus manos, sino el hecho de tocarla, de que fuera por primera vez, de que fuera algo voluntario y que yo había decidido. Se me aceleraba el corazón solo de pensarlo y, cuando por fin lo hice, me sentí muy valiente y a la vez muy

asustado, y también estúpido porque aquello me pareciera tan importante.

Ella miró nuestras manos, que se tocaban, y un velo blanco lleno de pena cayó sobre su cara. Sin embargo, no se movió. Agachó la cabeza y buscó algo en lo que centrarse y, a los pocos segundos, me retiré.

Siempre nos sentábamos a una mesa frente a la máscara original que habían usado en la película *El orfanato* y junto al cartel rojo de *La escalera de caracol*.

Le conté que aquella era una de las primeras películas que mi padre y yo habíamos visto juntos que no era de Disney, allá en la época en que él aún tenía esperanzas sobre mí, y que me asustó tanto que a él pareció divertido, así que durante unos meses la utilizó para asustarme cada vez que tenía ocasión. «Pero eso es terrible», dijo María, y yo me encogí de hombros y asentí.

—Es lo que hay, supongo.

Frente a mí tenía carteles de películas como *Cold Mountain* o *La piel que*

habito y en los recovecos había fotos de artistas que ni siquiera yo era capaz de reconocer. Le pregunté a ella si le sonaban. Me dijo los nombres, y algunos eran escritores, otros directores y expertos en música. Había de todo. Según me dijo, todos eran favoritos de Moha. «Tienen que pasar su filtro para aparecer en La Pared.» Se rio cuando lo dijo porque hizo especial hincapié en esas dos palabras. Luego simplemente siguió dibujando. Por aquel entonces me dejaba saber que lo hacía, pero yo nunca

veía nada, aunque me moría por echar un vistazo.

Parecía que estaba poniendo demasiado esfuerzo en aquello. Estaba extraordinariamente concentrada, abstraída hasta empezar a levitar sobre el asiento y flotar junto al techo y no darse cuenta de nada de lo que estaba pasando.

A veces, yo hacía como que adivinaba.

—¿Es un paisaje?

—No.

—¿Eres tú?

-No.

-¿Dibujas la tetería?

-No.

Así que yo suponía que era su familia, un dibujo como el que haría un niño, con una madre y un padre y una escena hecha de palos y círculos feos e irregulares y desproporcionados. Pero no lo supe hasta muchísimo después, porque ella nunca me lo dijo.

Literalmente nunca, ni una sola vez me habló de sus dibujos. Solo un día, al volver con nuestras bebidas, decidí sentarme a su lado en vez de hacerlo

enfrente y, por encima de su brazo, lo capté. Reaccionó lo suficientemente tarde como para que yo lo viera.

Me estaba dibujando a mí.

—¿Qué?

Abrió mucho los ojos y se puso un poco roja.

—Ups...

Por unos segundos nos quedamos así, callados y mirándonos.

—¿A mí?

Esperó un par de segundos más antes de torcer la cara en una mueca.

—¿Estás enfadado?

—¿Qué?

Intenté encontrarle algún sentido a lo que estaba mirando. No era nada del otro mundo, quiero decir; nada podría ser nunca tan sorprendente como lo que había visto unos días atrás, todo aquel fuego y el brillo y el resto. Supongo que lo que más me sorprendió fue cómo me había retratado. Parecía envuelto en una nube de algo, tal vez de humo, aunque también podría haberse interpretado como que me estaba descomponiendo, porque lo parecía. Me deshacía por arriba y me deshacía por abajo y de

varias formas distintas. Le había dado oscuridad y sombras y también algunas luces, muy pequeñas y adecuadas. Lo habría calificado como caótico, desordenado y, solo porque no se me ocurre una palabra mejor, algo ambiguo. Es difícil de describir. Aunque sabía que era mi cara, es decir, aunque podía reconocerme, también parecía que mi boca, mi nariz y mis cejas estaban en lugares equivocados, aunque todo estuviera exactamente en su sitio. Era inquietante la manera que tenía el dibujo de mirar hacia ninguna parte y de

parecer estar pensando, como si se hubiera quedado estancado en algo o en alguien, como si no pudiera despertarse.

Ella seguía mirándome. Parecía un poco nerviosa.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Qué te parece, te gusta?

—¿Por qué a mí?

Se encogió de hombros.

—Me gusta tu cara cuando no sabes que hay alguien mirando. Estás más tranquilo, más relajado. Siempre me gustaría saber en qué piensas, así que me lo invento mientras te dibujo.

–¿Lo haces a menudo, lo de dibujarme?

Enrojeció un poco más.

–Eh... bueno. A veces. Un poco. Pero si te molesta puedo parar...

–¿Y por qué me has dibujado tan triste?

La expresión cautelosa que había mantenido cambió. Tardó en responderme. Miró el dibujo durante unos segundos, pensando, y luego me miró otra vez a mí.

–Dibujo lo que veo, Ignasi. Dibujo esto porque te veo así.



Capítulo veintidós

«May I remind you that you've got nowhere to go, so I'm staying beside you, I'm staying beside you 'til you find a way back home.»¹⁷

Coming Home, KAISER CHIEFS

A veces me apetece contar ciertas partes de esta historia poniéndoles un título adecuado, pero supongo que a estas alturas es un poco tarde para cambiarlo todo, ¿no? De todas formas, si lo hiciera, estoy seguro de que este capítulo se llamaría *Los lugares memorables*. Quiero contar cómo empezamos a visitar todos esos sitios, que en realidad solo eran espacios a los que nos gustaba ir para estar solos, porque hubo algo que cambió cuando empezamos a hacerlo. Quiero decir, nos conocíamos desde hacía meses, pero

nunca estuvimos tan unidos como entonces.

Como todo lo demás, por supuesto, fue algo que empezó ella. Un día, al salir de clase, insistió en que nos viéramos por la tarde porque había encontrado algo y quería enseñármelo. Quedamos después de comer y caminamos para ir en tren, algo que nunca habíamos hecho porque la estación estaba bastante apartada de nuestra zona. En cuanto entramos se dejó caer en uno de los asientos que iban hacia delante y no paró de mirar por la

ventanilla en todo el trayecto. Yo veía el paisaje desaparecer rápido a su espalda, los árboles y las verjas y los edificios en construcción quedándose demasiado atrás como para ser recordados, solo manchas de colores al otro lado del cristal sucio arañado del vagón.

—¿No vas a decirme adónde vamos?

—No. Es una sorpresa. Pero vamos a estar solos tú y yo.

Aquello me intimidaba más de lo que hubiera sido capaz de reconocer, pero me encogí de hombros como si no supusiera ningún problema.

Conociendo a María, me imaginaba que terminaríamos en uno de esos sitios que solo ves en los cuadros pintados por artistas locos a los que nadie reconocerá hasta que estén muertos. Una cueva, un árbol hueco o incluso un acantilado, aunque estuviéramos a cientos de kilómetros del mar. Yo qué sé, era lo que me esperaba. Sin embargo, al cabo de unos veinte o veinticinco minutos de traqueteos, zumbidos y conversaciones extrañas, el tren anunció su quinta o sexta parada y ella se levantó como un resorte, sobresaltándome.

–Es aquí, venga.

–¿Ya?

–Vamos, Ignasi, levanta, que van a abrir las puertas.

No fuimos hacia el metro ni salimos a la calle para empezar a vagabundear. No hubo nada de eso. María se puso a recorrer la estación con pasos rápidos y se volvía hacia mí cada pocos segundos, como para comprobar que seguía su ritmo. No tenía prisa, lo que pasaba era que estaba nerviosa. Nuestra meta siempre había sido esa, la estación, así que supuse que lo que intentaba era

alejarse lo máximo posible del gentío para que nadie más que ella viera mi reacción. Pero tampoco fue eso. Se detuvo frente a uno de los paneles de las salidas y llegadas de trenes a corta distancia, se sentó en un banco y esperó hasta que me puse junto a ella. Yo iba mucho más despacio. Me entretuve mirando a mi alrededor, a la gente con maletas, a los pasajeros sacando sus billetes sencillos o saliendo por los tornos para entrar en el metro. Era todo increíblemente familiar, inexplicablemente mundano. Demasiado

terrestre y civilizado. No había naturaleza muerta, ni un poco de magia, ni fuego. Era un sitio normal. Y María parecía una persona normal allí sentada al fondo, con las puntas de los pies apoyadas en el suelo y las manos bajo sus muslos, mirándome y moviendo los tobillos de manera descontrolada.

Cuando llegué, no pude evitar que mi pregunta sonara de lo más decepcionada:

—¿Esto?

Asintió.

—Pero es una estación de tren —insistí.

Inclinó la cabeza un poco, mirándome desde abajo, y sonrió con sorna.

–Guau, qué bien que tú también te has dado cuenta.

Solté el aire por la nariz y volví a mirar a mi alrededor. Tal vez buscaba algún truco. Pero no, allí no había nada, solo ella mirándome expectante y esperando algo que yo ignoraba. Eso me hizo dudar, así que me senté a su lado.

–Habías dicho que era un sitio donde estaríamos solos, pero no creo que pudieras estar sola aquí ni en medio del apocalipsis.

—¿Y te parece poco apocalipsis ya? —
Negó con la cabeza y señaló con la
barbilla hacia delante, a todas aquellas
personas que caminaban y no nos
veían—. Es un baile gris de cuerpos. Es
muy bonito de ver.

No sé qué cara puse, pero estoy
seguro de que pudo ver mi incredulidad
reflejada cuando dijo la palabra
«bonito». No era un adjetivo que yo
habría escogido, o al menos no uno que
entendiera. Adivinó lo que había
pensado, así que suavizó su expresión y

liberó los brazos, extendiéndolos y abarcándolo todo.

—Este lugar es el único en el mundo donde puedes hablar de lo que sea sin que nadie te escuche. Aquí ni siquiera puedo oír mis propios pensamientos, ¿cómo va a oír alguien lo que tenga que decir?

Tenía los ojos muy abiertos y esa mirada ansiosa de quien necesita encontrar una señal que le confirme que aquello en lo que cree es cierto. Cuando giró la cabeza hacia mí, sosteniendo una leve sonrisa con la que pedía que la

comprendiera, miré a donde había señalado ella y me fijé en la estación. Estaba llena de gente. Frente a nosotros había un matrimonio de ancianos que hablaban sobre el contenido de la bolsa abierta que ella tenía sobre las rodillas, a un lado una pandilla riéndose de un chiste y a mi izquierda un hombre de unos cuarenta años que leía una novela de tapa dura en voz alta. Por todas partes, cientos de personas conversaban y maldecían y leían y escuchaban música, y todas y cada una de ellas se cruzaban sin ni siquiera mirarse.

Hablaban, chasqueaban la lengua, corrían, subían o bajaban, pagaban, salían, se lanzaban miradas y luego se marchaban. Podía ver a la pareja gesticular, a los chavales reírse y los labios del hombre moverse, pero no oía nada.

No es que no hubiera ruido, que lo había, sino que de repente desaparecieron todos los sonidos del mundo. Y cuando dejé de mirar a todas aquellas personas y volví a centrarme en María, me di cuenta de que tenía razón. Estábamos solos en una burbuja que nos

separaba del resto y ellos tampoco podían oírnos a nosotros.

—Es verdad.

Sus labios se estiraron del todo, aliviados, y sus hombros soltaron la tensión. Me miró a los ojos un minuto, alternando entre uno y otro, y después giró la cabeza hacia delante y se recostó en el asiento.

—No lo has dicho por decir. Lo piensas en serio. —Siguió sonriendo y fue algo digno de ver, aquella sonrisa tan absolutamente reminiscente—. Gracias —murmuró.

–No es nada.

–Sí que lo es. Gracias.

–Vale.

Y ahí fue cuando empezó el final de todo.

Después de aquel primer día, se convirtió en una especie de juego. Ella quería una excusa para contar su historia y yo quería escucharla, así que era la solución perfecta. Además, establecimos indirectamente una especie de normas: lugares donde no pudiéramos encontrar a nadie conocido, donde se pudiera hablar y que sorprendieran un poco al

otro. Parecía difícil, pero en realidad comprobarlo era muy fácil: si no podíamos contarnos un secreto allí, el sitio no valía. Y listo. Así que, para comprobarlo, yo hacía las preguntas y ella las contestaba.

—Estabais muy unidos, ¿verdad? Tu hermano y tú.

Asentía, se encogía un poco y luego empezaba a hablar de las cosas.

—Christophe era genial. Era... éramos colegas. Me gustaba estar con él.

—¿Te imaginabas que iba a pasar todo esto?

Por ejemplo: en otra ocasión probablemente ella me habría fusilado con la mirada, pero no en nuestros lugares memorables. Allí no se reprochaba nada, ni siquiera las preguntas.

—No. No tenía que pasar.

Habría sido lógico suponer que empezamos hablando de cosas menores y que el nivel fue aumentando en cada parada, pero con ella las cosas solo podían ser o blancas o negras. Gaudet no sabía funcionar de otra forma, así que lo hacíamos así: de grande en grande, de

piedra en piedra. Estuvimos en muchos sitios y a veces no decíamos casi nada, pero normalmente siempre había algo. No eran secretos, eran confesiones. Y eran gordas.

Siempre era ella quien me llevaba a dar paseos al anochecer.

Siempre era ella quien, sin querer o tal vez a propósito, conseguía las mezclas más heterogéneas para soltar las mejores bombas.

«A veces quiero que se muera.»

«Una vez soñé que incendiaba la casa y que no lo salvaba.»

«Lo odio. Lo odio con todas mis fuerzas. Todo es por su culpa. Si él no hubiera... si no hubiera llegado tan pronto, las cosas podrían haber sido tan diferentes...»

«¿Sabes que durante un tiempo viví en Francia con mi hermano y con mi madre? Ella es de allí. Mi padre la conoció en un viaje de negocios y se enamoró. Vinieron a vivir a España, y nosotros nacimos aquí, pero Chris me contó que las cosas entre Ben y ella no fueron muy bien durante un tiempo, y que ella lo dejó. No llegaron a divorciarse,

simplemente se separaron un tiempo, pero ella acabó volviendo y luego la cosa fue diferente, pero me pregunto cómo habrían sido las cosas si no lo hubiera hecho.»

«Tengo mucho miedo de que se muera, Ignasi.»

«Llevo tres meses sin ir a verla al hospital.»

—¿Has sabido algo más últimamente?

—pregunté yo—. ¿Te han dicho algo?

Negaba con la cabeza y se hacía una bola de piernas y brazos y espalda.

–No. Está dormida. Bueno, no dormida, tú me entiendes, pero prefiero decir eso a decir que está en coma. «Estar en coma» me suena horrible, como si solo fuera una pausa corta y luego pudieras volver a respirar y seguir leyendo. Una pausa de dos años, ya sabes. –Soltó un suspiro y se abrazó un poco más el cuerpo, la existencia—. En realidad la mantienen viva con una máquina. Mi padre no quiere desenchufarla. Si lo hace, morirá.

Y entonces, en medio de toda la oscuridad que se iba dibujando

alrededor de ella, de repente sacaba un brazo del nido en el que se había metido y me cogía de la mano, una garra fuerte, firme, abatida y con alguna que otra esperanza de que yo pudiera salvarla. Y me congelaba, porque ninguna de las veces lo esperaba, aunque tendría que haberlo hecho. Pero supongo que con María no había nada que debieras esperar.

Había algo sorprendentemente extraño en el hecho de que, aunque yo lo hubiera hecho la primera vez, en los lugares memorables fuera ella quien lo

iniciara y no yo. Creo que era el hecho de que ella me buscara, de que lo hiciera porque quería hacerlo. Además, antes de que pasara nunca me había parado a analizar lo suficiente aquella cosa tan pequeña; al menos, no como si fuera algo realmente relevante. Coger de la mano. Con el resto del mundo no era nada, pero si lo hacía María, me hacía pensar en música y en los Beatles: entendía por qué era tan importante como para ser recordado, por qué merecía una canción. *Cogerse de la mano*. Bah. Es algo tan sencillo como

tocar piel con piel, apretar un poco los dedos, tener que cambiar tu ritmo para que tus brazos y los de la otra persona se balanceen igual y vayan al mismo tiempo. Qué tontería.

Y, sin embargo, cuando lo hacía y yo la miraba y ella estaba mirando hacia otro lado, se me aceleraba el corazón. No podía evitarlo.

Nunca había querido preocuparme demasiado por las chicas. Había tenido mis cuelgues, por supuesto, pero siempre había habido algo en ellas que me había dado demasiado respeto como

para acercarme. Una mala experiencia en mis primeros años de instituto (precisamente con una chica a la que había decidido «cortejar» de un grupo de gente que ni me gustaba ni me convenía) había acabado por minar mi ánimo respecto a ese tema, y desde entonces nunca lo «había intentado». ¿Que me había pillado por chicas? Pues claro, sí. María no era la primera. Sin embargo, nunca nada había ido más allá de miradas y suspiros y pensamientos por mi parte.

Pero de repente estaba ella, diciéndome que no podía hacer nada, pero luego arrastrándome por toda la ciudad.

Me gustaba cuando mirábamos las estrellas porque me gustaba mucho estar a oscuras. Encontramos una zona no demasiado alejada de la civilización donde no había tantas luces y donde el cielo se veía mucho más claro, más nítido. El azul oscuro estaba lleno de miles de líneas y nebulosas y pequeños puntos luminosos y aleatorios, y había tantos que parecían querer cubrirlo todo.

Aunque en realidad, probablemente no. Probablemente solo fueran lucecitas, como de Navidad, que alguien se hubiera dejado puestas ahí arriba y que nosotros hubiéramos decidido mirar incluso después de aceptar que nos habíamos confundido. De destino, de vida. De momento. Pero reconocerlo era demasiado difícil, así que seguíamos quedando tarde y ella seguía fumando y yo escuchaba. Le mentía a mi madre diciendo que me quedaba el fin de semana en casa de Gonzalo o que iríamos todos juntos a la montaña, y a

veces nuestras noches se alargaban hasta que empezaba a hacer menos frío y las farolas se apagaban un poco antes del amanecer y teníamos las manos entrelazadas, y a mí me gustaba.

Nos bajábamos en las últimas paradas, lugares desiertos donde no vivía nadie. Ella sujetaba los cigarros entre el pulgar y el índice, y de vez en cuando exhalaba y se formaban nubes sobre su cabeza que perfectamente podrían haber pertenecido a un cuadro de Van Gogh. A veces, yo también podía estar debajo. A veces hacía tanto frío

que nos pegábamos para que al menos nuestros brazos entraran en calor, y la oscuridad se iba cerrando poco a poco sobre nosotros hasta que se hacía de día.

—Imagínate morirte de esto, de *stendhalismo*. Que lo que ves sea tan absolutamente impresionante que el corazón se te para y te mata. Como en esa canción que dice que todo es siempre más oscuro justo antes del amanecer. Los colores desaparecen y todo es en blanco y negro durante unos segundos, nosotros somos de blanco y negro también, y, de repente, nada.

Vuelve la luz. Desaparece la magia.

Pero tú te has muerto.

–Las noches no pueden durar eternamente.

–Supongamos que para algunas personas sí.

Capítulo veintitrés

«My God, amazing how we got this far, it's like we're chasing all those stars.»¹⁸

Secrets, ONEREPUBLIC

05/03/2016

**Cuanto más tiempo pasamos
juntos, más intuyo cómo
vamos a acabar:**

mal, muy mal.

**Me gusta mucho Ignasi,
pero...**

**No es pesimismo, es
realismo.**

Hay algo en él que no consigo entender. Cuando está conmigo nunca ve necesario ocultarse. Es extraño. Y abrumador. Es él mismo en todos los sentidos, al menos en todos los que puede. Y se esfuerza, realmente se esfuerza, pero no es como hacían Mario o todos los otros. No es como

si se esforzara por mí, sino como si me utilizara para esforzarse ante sí mismo. Como si a través de mí se dijera: “Mira, he podido. Soy valiente. Lo conseguí”.

Verlo intentarlo es bonito, algo que verdaderamente disfruto. No me había pasado nunca. Siento sus victorias como propias y me

alegro de verdad cuando veo que algo le ha hecho sentir orgulloso.

Ignasi no habla. Nunca ha hablado. Todo lo que tiene que llevar consigo es mental, todo lo que sabe lo guarda como si fuera un tesoro. Estoy segura de que, si alguien abriera su cabeza, dentro solo encontraría

**páginas y páginas escritas
en letra diminuta y tinta
negra que empezarían a
volar rápidamente y
destruirían a todo aquel que
quisiera saber algo. Porque
es un héroe, y es el único
que puede contenerlo. Por
eso lo guarda todo, porque
hay cosas que no pueden**

**permanecer sueltas por ahí,
y las conserva.**

Lo supe el día del fuego.

**Dios, ese día supe
muchísimas cosas.**

**Es raro que haya
resultado ser la persona a
quien yo estaba buscando,
porque era quien menos
pinta tenía de poder ayudar
a nadie. Tal vez todo se deba**

a que no tuvo que cumplir con ningunas expectativas. Eso debería enseñarme algo, creo.

Ignasi me calma y me muestra cómo funcionar. Me presenta canciones y vemos juntos algunas películas. Ha venido a casa un par de veces. La primera vez que estuvo (en realidad,

la segunda), se sentó tan tieso en el sofá que hasta me pareció gracioso.

Con Ignasi la música es diferente. Oigo otras notas. No notas nuevas, porque no hay nada que no haya sido ya inventado, sino cosas a las que no había tenido acceso hasta entonces.

Cuando estoy con Ignasi y él se esfuerza por él, yo siento que no tengo que esforzarme. Soy tan libre cuando estamos juntos que siento que podría ser real, y que yo podría comportarme como quisiera, como si no pasara nada, y de alguna forma sé que eso es lo que más le gustaría.

–¿Tú eres feliz? ¿Con ella?

–Define «feliz».

–No es mi definición la que hace falta, sino la tuya.

Los ojos de Harry me observaban con cautela, así que pensé la respuesta con cuidado, porque no quería asustarla.

–Me siento como si fuera un globo sujeto con una cuerda, o una cometa. En cualquier momento podría soltarme, pero no me importa.

–Entonces las opciones son volar demasiado alto o estrellarte contra el suelo.

–Creo que quiero arriesgarme.

Capítulo veinticuatro

«He said that him and me were crepuscular because we mostly lived in dusk and dawn.»¹⁹

The Shock of the Fall, NATHAN
FILER

Su casa estaba llena de las cosas más inesperadas en los lugares más discretos. Estatuillas, máscaras africanas, colgantes de cristal de colores junto a las ventanas que brillaban cuando daba la luz, réplicas de cuadros de pintores famosos... María me dijo que eran cosas que antes había tenido en su casa, en la primera, y que había traído consigo porque le recordaban a su madre. Ben las había aprobado y alabó su inteligencia, pero, cuando llegaron y ella le preguntó si quería que las colocaran juntos, él le dijo que no tenía

tiempo y siguió a lo suyo. Así que María lo hizo sola, poco a poco. Intentó recordar la distribución que habían seguido todos aquellos objetos anteriormente y retorció el patrón hasta envenenarlo, como todo lo nuevo que tenía. Cuando llegué y me hizo pasar al salón el primer día, todos aquellos ojos de cuencas vacías parecieron moverse para observarme, y la sensación de inquietud no desapareció hasta que me fui.

En realidad nunca salíamos de su habitación, y si lo hacíamos, no

regresábamos hasta la madrugada.

—Aquí guardo todas las cosas de mi hermano. No tengo que esconderlas en ninguna parte porque Ben nunca se molesta en entrar. No puede.

Tenía una cantidad tan grande de CD que me sentía avergonzado por haber tratado de recomendarle música. También había dos o tres estantes llenos de películas, todas en sus cajas y en perfecto estado. No había demasiados libros, pero los que había parecían estar solos, apartados, como si no debieran descansar donde estaban o no quisieran

acomodarse. Como si no fueran realmente suyos, lo que supongo que era precisamente el problema. Todo su cuarto tenía en cierto modo un toque de mentira, de irrealidad, de tienda de muebles en la que nos hubiéramos colado sin pedir permiso. Me diría que me sentara en su cama o en su silla, pero en realidad nada allí sería realmente suyo, ni de nadie, porque era un escenario artificial que alguien se encargaría de recoger en cuanto nos fuéramos. Esa era la sensación que daba, y aun así volvíamos siempre allí,

porque su padre no estaba. Porque a veces, a las tantas de la madrugada, cuando yo aún no podía volver y ella no quería despedirse, me invitaba a que subiera y entonces nos pasábamos las horas tumbados en su cama, en silencio, mirando al techo tan cerca el uno del otro que nunca podía olvidarme de dónde estaban mis brazos, mis piernas, mis manos, todo mi cuerpo, y supongo que ella tampoco podía olvidarse del suyo.

—Sí que parece que tu techo se va a caer.

Era blanco y liso y no había ninguna imperfección en él, al menos no a simple vista. Ella asentía y comentaba que era un riesgo que nos quedáramos parados allí, y ninguno de los dos se movía.

Nunca me presionaba para que yo hablara de mí. Nunca se cuestionaba que no tuviera nada que contar. Eso se lo agradecía. En ocasiones, cuando ella hablaba y hablaba sin parar ni un segundo, era para mí un auténtico consuelo no tener que buscar rápidamente qué decir. Nunca insistió con preguntas, pero estaba tan

agradecido por su respeto que quería darle algo a cambio, y al final comentaba pequeñas cosas. Nunca nada que me pareciera especialmente importante, porque a pesar de que ella no tenía reparo alguno en decir exactamente lo que se le pasaba por la cabeza, yo aún tenía miedo de que me juzgara. Era defecto de fábrica, supongo, la sensación de que todo lo que yo dijera era en realidad tan importante como para que alguien lo analizara, aunque por supuesto no era así.

Pero bueno, me lo tomaba con calma.

–La verdad es que yo nunca me he llevado demasiado bien con mi padre.

–¿En serio? –preguntó educadamente, aunque sus ojos decían que ya lo había intuido.

–Cuando era pequeño, sí. Pero luego las cosas que empezaron a gustarme no le gustaban a él, así que nos separamos. Y no sé muy bien por qué le molestaba tanto. Cuando fui un poco más mayor y un poco más consciente de aquello, intenté cambiarlo, pero supongo que ya fue demasiado tarde. Y me salió mal en todos los sentidos.

–¿Qué pasó?

–El instituto no fue lo mejor que se diga, básicamente porque meforcé a ser alguien que realmente no era. Es decir, que intenté meterme en un grupo, pero no fue muy agradable. La gente hacía cosas como beber hasta potar o fumar porros porque, total, solo son porros y son necesarios para pasar un buen rato. Eso, con trece años. Y supongo que al principio la cosa no fue mal, porque mi padre veía que tenía vida social y hablaba de cosas conmigo y me daba dinero para que siguiera quedando con

esos amigos que no eran solo chicas y veían fútbol y jugaban a los videojuegos y eran normales. No sabía el resto, así que le gustaba.

—¿Y qué pasó?

—Digamos que el grupo se dio cuenta de que no quería estar allí y decidieron aprovechar eso en su favor. No les gustaban mucho las medias tintas. Me hicieron la vida bastante imposible durante un par de años, hasta que se cansaron y yo me fui.

—¿Por eso eres así?

Levanté la vista hacia ella. Tenía las cejas inclinadas hacia los lados y su cara era pálida y sincera, pero también en cierto modo neutra, como si no quisiera mostrar ni pena, ni enfado ni compasión. Sin embargo, al cabo de unos segundos frunció un poco el ceño y aclaró:

–No lo decía para ofenderte, solo quiero saber.

–No me has ofendido. Sí, supongo que es por eso.

Apretó un poco la boca y luego se movió hasta mi lado. Apretó la cara

contra mi hombro y suspiró.

–Bueno, por suerte eso ya ha pasado. Y este es el último año. En cuanto vayas a la universidad ya no tendrás que volver a ver a nadie, y se supone que el rollo es distinto.

–Todo el mundo espera eso de la uni, pero yo no me fío.

Se rio.

–Pues yo sí. Mi plan es llegar y empezar a ser completamente libre. No puedo tener más ganas de acabar de una vez.

–A mí me da la sensación de que no voy a librarme nunca de eso. Como si siempre fuera a estar atado a ellos y sus expectativas y todas las cosas que no he sido en mi vida. Como si me hubieran puesto la etiqueta y jamás pudiera quitármela.

–No hay ninguna etiqueta que no vayas a poder quitarte.

–Me alegro de que seas positiva al respecto.

–Pues a mí me preocupa que yo sea la más positiva de los dos.

Algunos días decidíamos ir a la capital y pasarnos toda la noche andando por cualquier parte. Sinceramente, creo que nunca «dormí tantas veces en casa de Gonzalo» como cuando estuve enfadado con él.

—Pero ¿tu madre se sigue creyendo esa excusa?

—Sí. Y si sospecha algo, no me ha dicho nada, así que supongo que en realidad no importa.

Cuando íbamos a la ciudad, nuestro punto de salida y nuestra línea de meta era siempre la estación de autobuses,

pero entre ir y volver podíamos pasar por cualquier parte. Literalmente, por cualquiera. Más de una vez tuvimos que cambiarnos de calle o incluso andar muy rápido porque nos encontrábamos de frente con gente que tenía mala pinta, y sí, normalmente nos moríamos de sueño y de frío, pero el aire en la cara nos despejaba lo suficiente como para seguir andando y llegar a tiempo para coger el primer bus que volviera.

Creo que la última vez que lo hicimos fue cuando fuimos al río.

–Entonces, ¿estás segura de que puedo quedarme?

–Que sí, no hay problema. Este sábado Ben tampoco va a estar, creo que tiene una charla o algo así en una asociación de algo... Para que veas que tampoco me entero mucho. En fin, que puedes volver a dormir en el sofá si la propuesta de dormir en mi cama te sigue incomodando.

–No quiero molestarte.

–Ya, ya sé que no quieres. –Soltó un suspiro.

Lo bueno que tenían aquellos viernes era la vidilla de las calles. Me gustaba escuchar el runrún de las conversaciones en la distancia y de las risas de los chavales que hacían botellón donde podían porque era como una especie de colchón que nos mantenía en contacto con la vida real, un hilo que nos salvaría del riesgo de olvidarnos de quiénes éramos y qué estábamos buscando. Mientras caminábamos por el paseo del puente que cruzaba el río, escuchaba el tráfico y las sirenas y a la gente y no dejaba de repetirme «mi

nombre es Ignasi, es 18 de marzo, son las tres de la madrugada, tengo frío» para despejar el sueño, y parecía que ella, a mi lado, estaba concentrada en lo mismo.

–Creo que tendría que haberme traído los guantes.

–Los tuyos y los míos, que encima que te los dejo vas y te los olvidas en casa.

–Estoy cansada, vamos a sentarnos un poco, tengo sueño.

Se dejó caer en un banco del paseo y yo la miré con incredulidad.

–Sabes que si te quedas quieta vas a pillar más frío, ¿no?

–Ya tengo todo el frío que voy a poder tener nunca, así que qué más dará.

En vez de sentarme a su lado, me acerqué al borde y me asomé. Apenas podía ver nada porque las farolas no eran muy potentes y abajo estaba todo oscuro; lo que corría a mis pies bien podía haber sido puro petróleo. Apoyé la mejilla sobre el metal y no pude sentir nada. Cerré los ojos y dejé que todos los sonidos me envolvieran hasta que

empezaron a anularse entre sí y ya no pude sentirlos más.

No sé cómo supe que estaba a mi lado. No la había oído venir, pero lo supe.

—¿No te habías sentado?

—Venía a preguntarte en qué pensabas.

Pareces ensimismado.

—No es nada. A veces me imagino saltando.

Gaudet se quedó mirándome en silencio. No despegó los labios. Yo abrí los ojos, pero no dejé de mirar el río, solo añadí:

—No creo que por aquí se haya tirado mucha gente.

—¿Te resulta tentador? —preguntó.

Me encogí de hombros. Quería contestar «sí», pero me encogí de hombros.

Ella asintió, pero no miró hacia fuera, hacia el agua. Se quedó esperando a mi lado, un poco más atrasada que yo. Suspiré. Me preguntaba cómo sería saltar, sí, pero no estaba pensando en la muerte. Nunca había pensado en eso. Simplemente me preguntaba por la velocidad, por el vértigo, por los

mínimos segundos de libertad en el aire.
Pero nada más.

Unos brazos me rodearon, y era lo último que me habría esperado. Lo hicieron desde atrás, encontrando un hueco a los costados de mi cuerpo, y sentí el pecho de Gaudet contra mi espalda y su frente en la parte baja de mi nuca.

Me estaba sujetando, no abrazando. Quise decirle que nunca me tiraría, pero me gustó el modo en que se aferró a mí. Como si tuviera que salvarme. A mí, no a sí misma. Solo por un día. Me gustó

terriblemente que creyera que tenía que hacerlo y saber que, llegado el momento, lo haría. Así que cerré los ojos de nuevo y sentí el frescor del agua que llegaba de abajo y la presión de su pequeño cuerpo contra el mío.

Querría haber podido parar el tiempo, pero nada dura nunca para siempre, ni siquiera los instantes, y al final me moví. Ella dejó caer los brazos a los lados, muertos, pero no retrocedió. Alzó la cabeza para mirarme y yo le sonreí un poco, como para tranquilizarla, pero ella no se lo creyó. Solo me miró

fijamente, y luego, despacio, se puso de puntillas para besarme.

Me miró a los ojos un momento, formulando una pregunta más que clara. Yo asentí despacio, mínimamente, y obtuve lo que quería.

El vértigo de aquel momento superó con creces al de mirar hacia abajo, por el puente, o el de pensar en tirarse. Fue un vértigo de pensar «ya me estoy cayendo», o más bien el sentimiento de observar un montón de sangre y huesos esparcidos por el suelo y comentar con absoluta aceptación «oh, así que esto es

todo lo que ha quedado de mí tras haberte conocido».

María había estirado el cuello para besarme, y solo un par de segundos después alargó también las manos y aferró mi cara para retenerme, aunque por nada del mundo me habría apartado. Sentía todo el cuerpo muerto, como si lo que estuviera pasando fuera tan grande que mi cerebro no pudiera centrarse en nada más, así que no me ordenaba nada más que «María, María, María, María» y en ella me centré.

No sé qué pasó cuando nos separamos. Como hacen en el cine, en mi mente de repente se produjo un corte de escenas, pero sin fusión alguna, y lo siguiente que recuerdo es estar caminando junto a ella por la calle con las manos en los bolsillos y rozando el suelo al lanzar mis pasos adelante cada vez. No hablaba. Yo tampoco. Íbamos andando despacio, eran las cinco de la madrugada y aún nos quedaba otra media hora para llegar al intercambiador. Caminábamos en silencio. No decíamos nada, pero la

noche nos protegía y, de todas formas, hablar habría supuesto empezar una conversación que cuanto antes comenzara, antes acabaría, y acabar significaba irse. Y no queríamos irnos. Estar caminando en silencio era tan extrañamente cómodo, tan sorprendentemente acogedor, que no habría elegido algo distinto.

—Quería hacerlo.

Su voz sonó a cristales rotos. Giré la cabeza hacia ella. Se encogió de hombros y luego se escondió un mechón

negro tras la oreja, tímida. Tenía la cara un poco roja.

Sonreí un poco.

–Está bien.

–Ya, pero probablemente tendría que haberme contenido.

–A mí me ha parecido una idea muy buena.

–No es como si la primera vez no me hubieras rechazado.

–Bueno, ya sabes por qué lo hice.

Su sonrisa pequeña se disolvió un poco y encogió los hombros mínimamente.

–No sé qué ha cambiado.

–Todo.

Capítulo veinticinco

«Aceptamos el amor que
creemos merecer.»

*Las ventajas de ser un
marginado*, STEPHEN
CHBOSKY



Capítulo veintiséis

«We are all broken, that's how
the light gets in.»²⁰

ERNEST HEMINGWAY

Llevaba unos cinco minutos sentado en el sofá de su casa y mirando fijamente a

la pared, donde había una máscara veneciana de cuencas huecas que parecía que me observaba.

—Entonces, ¿cuál quieres ver?

—No sé, la que elijas.

—Venga ya, no hagas eso, te he preguntado por algo.

—Me has preguntado por no elegir tú.

—Pues ya está, esa es una razón tan válida como cualquiera. Venga, di una. La que sea, rápido.

—Cuenta doce desde la izquierda y la que esté encima de esa.

Me miró un segundo con una mueca y luego soltó un suspiro.

—Mira que eres raro. —Se volvió hacia la estantería y contó, y soltó una exclamación—. Vale, el azar me encanta. Es *El viaje de Chihiro*.

Dejé de mirar a la máscara y arrugué un poco la boca.

—Ya la he visto. Me da un poco de mal rollo. —Era una de esas películas que ves de pequeño y no te deja muy buen recuerdo, esas que mezclas con otras y te producen una sensación de terrible inquietud cada vez que las recuerdas.

—Sí, como a todo el mundo. Te sorprendería la cantidad de gente que he conocido traumatizada por esta peli, pero es que no tiene sentido. Es impresionante. Dale una segunda oportunidad, porfa. Además, de alguna forma es la que has elegido...

—No exactamente...

—Me niego a estar otros veinte minutos para elegir otra.

La sacó de la caja y se inclinó sobre el DVD. Luego buscó todos los mandos, los agarró y se tiró a mi lado en el sofá, echándose por encima una manta.

–Es una de mis películas favoritas, así que si no te gusta, me mientes.

–Vivir en un país libre es algo maravilloso, ¿no te parece?

–A callar, que está empezando.

No dijimos nada durante la mayor parte de la peli. Podía sentir su cuerpo contra el mío y, aunque estaba casi más pendiente de eso que de la tele, la verdad es que aquello me gustaba. Parecía todo más normal de lo que era, al menos para mí, que nunca había estado así ni con mis amigos.

Habían pasado unos días desde la última vez que habíamos quedado, la noche del puente, y solo habíamos podido vernos en clase. Como estábamos a finales de marzo no teníamos mucho tiempo libre, ya que había que acabar cientos de trabajos antes de las vacaciones de Semana Santa, pero decidimos vernos el miércoles. La verdad es que aún no habíamos comentado nada sobre el beso, simplemente habíamos intentado que todo siguiera siendo normal, como antes, aunque no tenía muy claro si eso era

malo o bueno. Podía notarlo todo mucho más tirante desde entonces, pero creo que me lo esperaba. Quiero decir, no podía dejar de repasar aquel momento y la sensación de que me había llegado el veneno y tenía todo el cuerpo congelado. Creo que, cada vez que lo pensaba, un escalofrío me recorría la espalda de arriba abajo.

De vez en cuando bajaba la vista y la miraba, moviendo el cuello solo un poco para que no se apartara de donde estaba. Parecía tranquila con los ojos clavados en la película, aunque tenía el ceño un

poco fruncido, como si intentase no pensar en algo.

—Yo sería Chihiro —dijo en un determinado momento, sin moverse—. Bueno, yo sería Sen. Y tú serías siempre Haku. Tú recordarías mi verdadero nombre y me sacarías de todos los aprietos, pero yo te fallaría hasta que llegara el final, cuando te echaría una mano justo a tiempo y luego tendría que volver a mi mundo y tú no volverías a verme.

Me quedé callado, intentando entender qué significaba aquello, aunque

al final simplemente respondí:

–¿Acabas de contarme el final?

Se encogió de hombros.

–En realidad no. Pero no pasa nada.

Además, ¿no decías que ya la habías visto?

Cuando íbamos a su casa y su padre no estaba allí, seguíamos tumbándonos juntos en su cama, bocarriba, y había siete centímetros exactos entre nosotros y solo de vez en cuando sus dedos rozaban la piel de mi brazo, aunque siempre los retiraba enseguida.

Y yo no hacía nada porque me daba la sensación de que me lo había inventado.

—¿Estás bien?

Se volvía hacia mí, pero yo nunca miraba.

—Sí. Lo siento.

—¿Por qué?

—No lo sé. Ya no sé nada.

—Bueno, no pasa nada.

Pero sí que pasaba. Intentaba que no lo hiciera porque era consciente de que nunca iba a saber exactamente de qué iba la cosa. Los días de la semana pasaban y yo llegaba a casa para cenar y

mis padres apenas me veían y eso estaba bien, porque no tenía que hablar con ellos de nada ni de nadie. Sin embargo, cuando Ane me daba las buenas noches y yo me acostaba, durante el tiempo que tarda uno en dormirse, solo pensaba en que realmente no debería importar, lo del beso, pero no entendía por qué lo había hecho si no era para corresponderme.

Y yo no quería preguntárselo por si la espantaba, o por si ella volvía a contestarme:

—No lo sé.

O por sí, tal vez, decía:

–No me acuerdo.

No habría podido soportar un «no me acuerdo».

* * *

02/04/2016

Soy un robot.

**No sé hasta qué punto
quiero hacer las cosas que
hago o si mis acciones son**

simples y prediseñados movimientos.

La última vez que fui consciente de lo que hacía y que recuerdo que mi cuerpo fue mío, fue el día que besé a Ignasi. Llevaba toda la ~~semana~~ noche pensando en hacerlo y, de repente, simplemente lo miré y me di cuenta de que podía y de

**que no había nada malo en
aquello, y fue algo
absolutamente distinto.**

**Sé que las personas son
diferentes, pero nadie puede
prohibirme tener miedo
cuando pierdo el control y
pasan cosas así. Nadie puede
reprocharme el temblar, ni**

**los sudores, ni que se me
paralice el cuerpo solo de
pensar que tengo que hacer
algo, que tengo que dar algo
porque alguien me ha dado
su algo a mí. Solo porque me
guste y ya haya decidido que
es así, eso no quiere decir
nada dentro de mi cabeza.
Porque hay una especie de
alarma que suena por todos**

los sitios y que sabía que saltaría si esto pasaba. Pensaba haber estado entrenándola, endureciéndome, pero no ha servido para nada y, madre mía, qué más prueba necesito aparte de esta. Mi cuerpo entero se ha cerrado por completo a su existencia y la idea de tenerlo, y

**aunque la yo que aún soy yo
y que controlo lo quiera, el
resto de mí lo rechaza y no
sé cómo evitarlo o hacer que
pare.**

**La yo que soy yo, que está
encerrada dentro de este
cuerpo desobediente, lo
siente mucho y quiere
disculparse y darle
explicaciones.**

Pienso mucho en el miedo que tengo y de dónde me viene.

Sé que la tía abuela Edmée diría que es cosa de Dios, que solo quiere protegerme de que me hagan daño. Me hablaría de que le ha puesto un candado a mi corazón y que ahora ya está seguro.

Me diría que mamá nunca tuvo uno, un candado, y que eso lo explica casi todo. Aunque, claro, no creo que ella se haya enterado todavía de todo lo que pasó. Antes mamá, Chris y yo la llamábamos a veces y hablábamos con ella en francés. Lo hacíamos tan

mal que no nos entendía, ni nosotros a ella, así que era mamá la que tenía que traducir y corregirnos y al final explicárselo todo a la tía abuela. Como ella no está, hace mucho que no hablamos, así que no creo que nadie les informara a ella y al tío abuelo de las buenas nuevas. O malas

nuevas, más bien. ¿Estará muerta? ¿Estarán muertos los dos? ¿Podría ir y preguntarles cómo lo hago, cómo me quito este cofre del pecho?

No creo que Dios me esté protegiendo porque no creo en él, pero si lo hiciera, le diría que no ayuda, que no va a pasarme nada y que, si

**me equivoco, asumo toda la
responsabilidad porque el
problema es mío.**

Capítulo veintisiete

«Only stories are dangerous.
Only the fictions we create,
especially when they become
expectations.»²¹

Dash & Lily's Book of Dares,

RACHEL COHN Y DAVID

LEVITHAN

–Entonces dices que la besaste.

–Bueno, ella me besó a mí. Supongo que habrá alguna diferencia.

–Supongo.

Hacía semanas que no hablaba con Gonzalo. Harry me había mandado algún que otro mensaje, al que yo le había contestado de forma seca y sin interesarme mucho en sus respuestas. Creo que eso me convierte en mal amigo, pero cuando hablé con ella semanas después me dijo que no me preocupara –a pesar de ello, aún me siento un poco mal cuando vuelvo a

aquellas conversaciones y solo veo infinitas sucesiones de sus «Heyyy», «¿Sigues vivo?» y «Bueno, hay paredes que me dan más conversación que tú, pero no importa» acumulándose en el chat y el tiempo—. Sin embargo, con Gonzalo, desde aquella tensión y aquella pelea, nada. Ni un «hola» en clase, siquiera. Y había estado tan distraído y ocupado ocupándome de María que casi no me había dado cuenta de eso.

Pero cuando por fin pude descansar, cuando la montaña rusa empezó de nuevo a ir cuesta abajo y otra vez no

podía contar con ella y volví a empezar a perderme, en ese momento me acordé de hablarle. De nuevo demostrando mi calidad como amigo, supongo, pero es que si contara que las cosas sucedieron de manera diferente estaría mintiendo. Lo llamé un domingo y le pregunté si podía quedar porque quería hablar con él, y él vino, aunque no le gustaba nada salir de casa los fines de semana. Nos encontramos en el parque de los árboles de cerca de mi casa, ese con la exposición permanente de piedras y los caminos. Él ya estaba allí cuando llegué,

sentado en uno de los columpios y balanceándose suavemente. Me coloqué en el que estaba a su lado, suspiré y él aún tardó unos segundos en guardar el móvil.

–Siento haber sido un completo idiota
–dije.

–No voy a decirte que no has sido ningún idiota, por si estabas esperando oírlo.

–No, ya.

–Aunque yo también me he portado un poco como un gilipollas, así que lo siento por la parte que me toca.

Sonreí, hasta cierto punto aliviado, aunque no me volví para ver si él también lo hacía. Era consciente de que no iba a ser tan fácil como eso, no iba a ser como cuando éramos pequeños y nuestras madres nos obligaban a darnos la mano para hacer las paces, pero casi me gustó que no fuera así. Me gustó encontrarme una especie de reto, algo distinto en lo que centrarme, algo que tener que arreglar.

Gonzalo nunca habría reconocido que me había echado de menos, pero a medida que pasaba el tiempo y

seguíamos hablando sin mirarnos, su voz sonaba más y más emocionada, como si tuviera muchas ganas de contármelo todo, como si hubiera estado esperándolo mucho tiempo. Yo tampoco se lo dije, pero me di cuenta de que lo añoraba, escucharle hablar, verle gesticular de forma tan exagerada y dejarle desvariar a su aire. Me habló de los partidos de Harry y de los apuntes que había estado cogiendo y de que había tenido que ponerse con un tío para un trabajo que se comportaba cual general nazi con él. Me contó que habían

ido a ver una película y que se había pasado todo el tiempo pensando en que iba a «fliparme». No le dije nada de que ya la había visto, ni de que tenía razón y me encantó, simplemente comenté que la buscaría. No quería interrumpir su verborrea; suficiente tenía su discurso con soportar las constantes ideas que siempre se le ocurrían y con las que se autosaboteaba, como para que yo me pusiera a cortarlo también. Era un caos hablando, pero era agradable seguirlo, como si sus monólogos fueran tan solo

elaboradas ecuaciones y tuvieras que prestar atención para comprenderlas.

Todo empezó a ir bien y yo estaba tranquilo hasta que preguntó por Gaudet.

—Has seguido quedando con ella, ¿no?

Me encogí de hombros. No tuvo que preguntar mucho más, porque al final cedí y se lo conté. Intenté resumirlo todo sin abrirme demasiado, porque nunca lo había hecho y no iba a empezar entonces, y llegó su momento de oír lo que tenía que decir, de callarse y esperar. Y al final, como si aquello

hubiera sido la mismísima Odisea, soltó un largo silbido, sorprendido.

—Quién lo iba a decir.

—¿Que Gaudet iba a elegirme a mí?

—No, tío. Que llegaríais tan lejos. Y que acabarías pillándote así por ella. No puede ser sano sentir tanto y sentirlo así.

—Se supone que tú también estabas pillado.

—Ya, tío, pero esto es diferente. Si me preguntaras en qué no sabría decirte, pero hay algo distinto entre lo mío y esto. No solo por ti, también con ella. Es

todo mucho más complicado. Más intenso, no sé.

Suspiró y miró hacia arriba.

—Creo que aún sigo un poquillo celoso. Es difícil de definir. Es como... como que tú siempre lo has tenido más fácil para hablar con ella. Siempre ha sido mucho más sencillo, porque por alguna razón os entendéis. Debe de ser que los dos tenéis cosas que resolver, o al menos eso es lo que me parece. El caso es que a mí me daba un poquillo de envidia, porque era el primero que se había fijado en ella y a ti supuestamente

ni siquiera te gustaba y parecía que a ella siempre le has llamado más la atención que yo. Es muy raro. Bueno, ella es muy rara. Por eso pegáis.

Solté una risa ahogada.

—¿Gracias?

—Va en plan bien. Quiero decir, tú siempre has tenido ojo para fijarte en las cosas pequeñas, y María es bastante chiquitita. Tiene sentido.

Antes de despedirnos, Gonzalo me sugirió de forma bastante insistente que escribiera a Harry, porque la tenía muy abandonada. Supongo que tenía un

pequeño punto irónico que después de todo lo que había dependido de ella para canalizar mi ansiedad y conseguir desviarla no le hubiera contado las últimas noticias y hubiera decidido guardármelas para mí. Aunque, de todas formas, tampoco quería ser el tipo de persona que solo recurre a los amigos cuando tiene problemas. Pero eso no se lo dije a él, claro; solo le prometí que lo haría, tal vez al volver a casa, y cuando se fue y me quedé solo agarré el teléfono y le escribí.

[15 DE MARZO]

16:59 - Hola, Harry.

17:27 - Hola caracola :)

Sonreí, aliviado.

17:27 - ¿Cómo te va la vida?

17:28 - Normal. ¿Sigues vivo?

17:28 - Eso creo.

17:28 - Me alegro por ti.

17:28 - Me alegro de que te alegres.

Me llamó. Le di las gracias por no haberme mandado a la mierda cuando volví a hablarle, y oí una de esas risas que no son más que un resoplido al otro

lado de la línea. «Sinceramente, creo que el problema más gordo que tengo, aparte de tu existencia entera, es que desgraciadamente voy a volver siempre cuando lo necesites a pesar de que hayas estado casi un mes sin hablarme.»

—Ha sido peor que eso. Desde la última vez creo que han pasado treinta y ocho días —le dije.

—¿Encima con regodeos? Te voy a pegar tal sopapo que no podrás usar la cabeza en un mes.

—Veo que ya tienes totalmente controlado eso de las amenazas en

español, ¿eh?

—Tú verás, tanto tiempo aguantando sola a Gon, como para no espabíllarme.

Me reí y Harry me imitó, y me embargó ese sentimiento de nostalgia hacia algo que no se ha ido, esa sensación que te da el hablar con gente de la que aún no te has distanciado pero que sabes que va a pasar a menos que lo evites. La voz de Harry era suave y con ese leve acento que, si no la conocías, podías identificar como extranjero, aunque sin saber exactamente de dónde. Podía tranquilizar a cualquiera hablando

así. Me dijo que me había echado de menos, pero que entendía que todo el mundo necesitaba su tiempo, aunque luego me amenazó diciendo que ni se me ocurriera volver a dejarla tirada por una chica. Quise explicarle que no había sido eso, al menos no como ella creía, pero callé y dejé que siguiera y siguiera y me echara la bronca, porque en el fondo me estaba gustando.

—¿Entonces ha salido bien o mal?
¿Estáis oficialmente saliendo, después de un mes... digo, treinta y ocho días de silencio?

—Yo no diría eso. Creo que no. La verdad es que es muy complicado.

—Ya veo. —Su respiración se hizo fuerte durante un segundo, lo que interpreté como un suspiro, y luego volvió a la carga—. Sinceramente, me extrañaría si fuera todo fácil entre vosotros dos.

«No es que seáis diferentes y los polos opuestos se atraigan. Me parece que es mucho más complicado que eso. En realidad sois tan parecidos que ni vosotros os dais cuenta». No sabía nada cuando lo dijo, porque a ella tampoco le

conté más de lo necesario, y eso fue lo que más me sorprendió. «No quiero que pienses que creo que lo que vaya a salir de aquí va a estar bien. No estoy nada segura de eso. Pero va a hacer que cambien las cosas, y creo que necesitas un cambio».

«Espero que ella te corresponda, Ignasi. De verdad».

—No te preocupes por ello. No quiero molestarte más con este tema.

—Bueno, como veas. Oye, ¿tienes hechos los ejercicios de Matemáticas para el martes, los de la lista?

–Sí, ¿cuál necesitas? Espera, es el 27, ¿verdad?

–*Yep.*

–Dame un segundo y te lo miro.

Antes de colgar, le pregunté a Harry por qué ni ella ni Gon me habían mandado a la mierda todavía. Ella se quedó en silencio unos segundos y luego chasqueó un par de veces la lengua.

–Te queremos un montón, y sabemos que tú nos quieres a nosotros. Aunque Gon y tú tuvierais esa pelea y a mí me afectara porque los dos sois idiotas, ninguno de los tres tiene la clave para

hacer las cosas bien. Habrá que tener un poco de compasión, ¿no? Y paciencia, o lo que sea. Si despacháramos la gente a la primera vez que se equivoca, al final no nos quedaría casi nadie. Piénsalo. — Cuando dijo aquello, casi pude imaginarla sonriendo de aquella forma amable y un poco condescendiente que la caracterizaba—. Tú has sido paciente con nosotros toda la vida, no sé. Nunca tienes problemas perdonándonoslo todo. Te lo podremos perdonar también a ti, ¿no?

A todos nos vino bien volver a vernos durante las vacaciones de Semana Santa. Aunque teníamos que estudiar nos apetecía buscar huecos para hacerlo juntos, porque daba la sensación de que no habíamos hablado en un millón de años y teníamos muchas cosas que contar. Nunca quise llevarlos a la tetería, porque ese lugar ya estaba marcado y por alguna razón no quería involucrarlos de esa manera, pero quedábamos en sitios que habíamos visitado antes, o dábamos vueltas por el parque aprovechando que hacía mejor

tiempo, o íbamos a ver a Harry jugar al polideportivo, donde tenía la mitad de los partidos importantes.

Era muy extraño estar sentado en las gradas de cemento y que de repente Gon llegara y se dejara caer a mi lado. Era lo que habíamos hecho siempre, pero precisamente era esa normalidad lo que me sorprendía, el hecho de poder volver a donde nos habíamos quedado a pesar de todo lo que había pasado entre nosotros. Harry se quedaba abajo, volando sobre la pista, y yo asentía ante los comentarios que hacía Gonzalo

sobre sus movimientos, aunque sinceramente ni lo entendía ni me interesaba demasiado. La pelota botaba y lo único que se oía por debajo de su voz eran los golpes, los chirridos de las zapatillas de los jugadores contra el suelo, algún que otro grito y los silbidos del árbitro.

—¿Se supone que ahora van ganando?

—Claro, tío, mira el marcador.

—No tengo muy claro cuál de los dos es su equipo.

—Pues el que tiene más puntos.

Gon le gritaba desde arriba que era la mejor y que iba a ganar y que acabara con todos. Yo le decía que se callara, que iba a desconcentrarla, y él respondía:

–Qué va, si es como un samurái. Es impretur... impertru...

–Imperturbable.

–Eso mismo.

Me reía. Él ponía muecas, sacaba una bolsa de pipas de un bolsillo y una vacía del otro y empezaba a comer tranquilamente sin tirar cáscaras al suelo. Me ofrecía, pero yo las

rechazaba. Cuando de repente Harry anotaba una canasta, él gritaba como un loco, tanto que ella se giraba hacia las gradas y nos buscaba y, con la cara roja del esfuerzo, esbozaba la sonrisa más impresionante y nos saludaba.

«Esto es», pensaba. El pecho se me llenaba y la presión desaparecía, y de repente ya no pensaba en el beso ni en María ni en llamas misteriosas que nadie podía explicar. «Esto es todo.»

Porque a veces tenía la impresión de que con ella solo me llevaba pinchazos en el corazón innecesarios, dolor de

estómago, la sensación de que, por mucho que lo intentara, en realidad había algo que no encajaba, que no iba bien. Aunque yo quisiera, o aunque ella quisiera también. No era tan fácil como eso, ni con intentarlo. Nos desgastábamos. Nos desgastamos desde que empezamos, o tal vez desde antes.

Necesitaba descansar de ella y volver a una rutina. Necesitaba recuperar a mis amigos, mis momentos aparte. Tener intimidad, creo. A veces lo echaba de menos.

Capítulo veintiocho

«You float like a feather in a
beautiful world.»²²

Creep, RADIOHEAD

07/04/2016

Después de millones de intentos, he conseguido acceder al ordenador de Chris. No me interesan ni los apuntes de Física de segundo de carrera, ni las fotos que tiene con sus amigos, ni la carpeta de porno que se llama “Ecuaciones diferenciales II”. Solo quería entrar para

**mirar su biblioteca de
música y conectar sus
altavoces para que se oyera
en todos y cada uno de los
rincones de mi habitación.**

**En todos y cada uno de
los rincones de mi cabeza.**

**Fue gracioso e irónico que
lo primero que empezara a
sonar fuera Just Like
Heaven.**

Me quedé parada frente al ordenador con las manos congeladas y los ojos en la pantalla, como si pudiera leer la letra y no solo estuviera escuchándola: “Show me how you do it and I promise you I promise that I’ll run away with you... I’ll run away with you”.²³

No está yendo como debería. No estoy segura de qué nos pasa, pero sé que no es nada bueno. No funciona bien. No funcionamos bien y no comprendo por qué.

Echo de menos algo que no hemos tenido y que creo que no vamos a tener nunca, porque no funcionamos

**bien. Y no sé qué hacer para
remediarlo.**

**Me da miedo que al final
no estemos hechos el uno
para el otro.**

**Por eso Just Like Heaven
es la única canción que
escucho en toda la tarde.**

Capítulo veintinueve

«But today I'm drowning, falling and breaking, screaming, crushing and dying like never before. Tonight I'm whispering to the silence: "Please, come and

get me. Please, turn off the sounds of chaos”.»²⁴

I'm Darkness, RUTH PÉREZ DE
SAN MACARIO

Tenía más de veinte mensajes suyos cuando volví a casa. Los primeros eran normales, hasta cierto punto; los típicos de qué tal, cómo estás, me gustaría hablar contigo, respóndeme cuando puedas. Sin embargo, los siguientes no se quedaban allí ni se limitaban a esperar a que yo contestara.

[15 DE ABRIL]

18:13 – hey, ¿cómo estás?

**18:19 – me gustaría que habláramos,
si puedes
no te asustes, que no es nada
importante :))**

**18:28 – o sea, llámame cuando
puedas, te echo de menos**

**18:39 – estoy un poco asustada y hay
algo que me gustaría
contarte**

**18:55 – no sé qué me pasa. quiero
verte**

19:00 – ven cuando puedas

**19:06 – no voy a moverme de la
plaza, ven en cuanto leas los
mensajes**

19:18 – por favor no te olvides de mí

No sé explicarlo, pero, a pesar de que había empezado a detestar ese sentimiento mutuo de dependencia que habíamos desarrollado el uno por el otro, supe que aquello iba más allá. Tal vez fuera porque ya teníamos una especie de conexión, o porque al menos yo pensaba que la teníamos. Sentía que no funcionaba bien si no sabía nada de María, y ella llevaba un tiempo necesitándome para ahuyentar a aquellos fantasmas de los que no quería hablarme, pero sabía que no estaba bien. Quiero decir que no debíamos

permitirlo. Que teníamos que ser dos personas y ser independientes, que no debía consentirme acabar así, por mí y por ella, porque al final no era sano y supongo que intuía que acabaríamos mal.

Pero aquellos mensajes fueron diferentes. No sabría decir qué tenían de singulares, pero creo que era cierta desesperación, el hecho de que llevaran implícitos la urgencia y la súplica y que pudiera imaginármela perfectamente escribiéndolos. Supongo que lo supe, sin más. Y me alegro de haber ido.

Ane me dijo que era un superhéroe cuando se lo conté, y me hizo sentir algo mejor y un poco menos culpable.

Llegué a la plaza a las ocho menos cuarto, diez minutos después de haber leído sus mensajes, lo cual creo que no estaba nada mal teniendo en cuenta que desde mi casa se solía tardar un cuarto de hora. Allí no había nadie, y con nadie quiero decir nadie a quien yo buscara. Al llegar, me resultó extraño. Pensé que habría estado sentada en el bordillo, mirando el agua, helada de frío con aquella chaqueta de color granate que le

iba enorme... pero no. Así que llegué, miré a mi alrededor y luego me quedé allí donde la habría esperado. Cabía la posibilidad de que se hubiera ido. Era, de hecho, más que posible. Hacía frío y me había escrito hacía bastante rato, así que todo podía ser.

«Ignasi», oí, y miré hacia arriba, porque parecía que lo había dicho el viento.

Se había subido a la fuente. Estaba escondida entre las esculturas feas y barrocas que se retorcían y enredaban entre sí y que nunca habían tenido mucho

que decir en el pueblo. Parecía una de ellas, de hecho; menos porque, a diferencia de toda aquella piedra y mármol, ella estaba absolutamente inmóvil y su blancura era pura y limpia y no estaba carcomida tras años de exposición al viento y la lluvia. Dejó caer la colilla consumida que había sostenido entre los dedos y se quedó allí mirándome, sorprendida porque hubiera aparecido, con los ojos grandes y azules y nerviosos.

—María —murmuré.

Sobre las rodillas tenía su agenda abierta y en la mano que no había sujetado el cigarro, un bolígrafo.

Le hice un gesto con la cabeza invitándola a bajar. Ella asintió y se movió despacio. Primero lanzó sus cosas y luego, de repente, ella también estaba abajo. No sé cómo llegó, pero creo que me estaba acostumbrando a eso. Con Gaudet, las cosas pasaban porque pasaban y no había mucho más. Ni siquiera parecía que ella pudiera controlar su propio destino; era como si se dejara llevar por él igual que se

hubiera dejado llevar por una corriente de agua. Estaba escrito que llegara abajo sana y salva y seca, así que llegó. No había mucho más que eso y el sol poniéndose y yo esperando.

—¿Qué pasa?

—Tengo que empezar a decir la verdad. Tengo que ser sincera y dejar de mentirle a todo el mundo y sobre todo dejar de mentirte a ti, porque ya no puedo contenerlo, ya no lo controlo y me está destrozando por dentro. Todo el fuego va a explotar si no te lo digo,

porque eres la única persona en la que confío.

—Entonces, habla.

—Quiero que sepas por qué no eres tú, por qué soy yo. Pero no quiero que te asustes cuando lo sepas todo.

—No voy a asustarme. Te lo prometo.

Asintió y me cogió de la mano. Algunas personas de la plaza fingían que no nos miraban, a mí y a la chica que había saltado desde arriba. Tiró de mí, saliendo por un callejón que avanzaba cuesta arriba, y ya no importó dónde estuviéramos.

Se apretaba las manos, nerviosa, y de vez en cuando las levantaba para morderse las uñas, pero cuando veía que no había mucho más que morder volvía a bajarlas y se las ponía entre los muslos. No podía parar. Una vez que empezó a hablar, todo lo que salió por su boca se convirtió en parte de un monólogo infinito de frases inconexas que, como en un puzle, no tendrían sentido para mí hasta que estuviera terminado.

–He intentado hacer esto millones de veces, créeme, pero... no sé, al final siempre me arrepiento. Al principio me pareciste la persona adecuada justo porque no te conocía y, como es muchísimo más fácil contarle algo a un desconocido, pues te elegí. Empecé a buscarte y conseguí acercarme en el cine y con las listas, y luego en la tetería, pero siempre me acobardaba. No sé por qué. Al final nunca podía contarte nada. Y lo peor de eso es que cada vez eras menos «nadie» y más una persona, y cuanto más te volvías alguien con una

historia y una vida y unos sentimientos reales, más difícil me resultaba hablar. Me hacía sentir muy culpable intentar contarte todo esto, meterte en el ajo, pero luego... luego pasó lo del fuego. Y entonces supe que tenía que hacerlo rápido. Intenté impulsarlo con los lugares memorables e hice algún que otro avance, pero me aterraba que me miraras con asco o con pena o con desprecio si sabías la verdad, y además... Te estabas empezando a abrir y yo me estaba sintiendo tan cómoda y sentía más cosas por ti, cosas en las que

no quería ni quiero pensar...

»Empecé a tener más accidentes — siguió—, accidentes de los que no te hablaba, porque me dolía pensar en lo preocupado que estarías por mí. Además, me daba miedo que Ben lo supiera. ¿Qué iba a hacer si lo descubría? Podría haberme matado. Por eso quiero decírtelo ahora, porque estoy muy asustada, porque tengo que contárselo a alguien por si me pasara algo.

»Tengo que contártelo ya, ser valiente y decir la verdad, a pesar de que cuando

termine no vayas a querer volver a verme.

—Lo primero y más importante que quiero que sepas es que Chris me quiere. Necesito que lo entiendas. Chris me quiere. O me quería. Habría hecho cualquier cosa por mí, lo que fuera, y de hecho lo hizo. Estaba salvándome todo el tiempo. Eso era lo que Chris hacía, salvarme. Eso es de lo que va todo esto. Del silencio de Chris y del mío y de que él no hizo nada malo, solo intentó

protegerme y los dos nos callamos. Eso es lo importante. Pero él no lo hizo.

»No fue Chris.

Empezó por su familia, cuando era pequeña. Habló durante más de una hora, sin parar. Habló de que sus padres discutían y su hermano se la llevaba a la habitación y le ponía música y la ayudaba a montar sus juguetes nuevos. Tenía cuatro años más que ella. Le enseñó a Janis Joplin y a Bob Dylan y a Oasis y a Nirvana. La ayudaba con el inglés usando letras de los Beatles, y me contó cómo todas las mañanas, cuando

se encontraban en la cocina a la hora de desayunar, le silbaba *Hello little girl* y le revolvía el pelo. Fue una novia de su hermano quien le hizo por primera vez el corte que llevaba ahora, y le gustó tanto que en cuanto le crecía un poco ella misma intentaba imitarlo, aunque nunca le quedaba exactamente igual. Chris iba a recogerla al instituto cuando salía de la universidad, le hacía la comida y siempre dejaba que se quedara en su habitación cuando sus padres discutían. «Cuando se lo llevaron, pensé que me moriría», dijo, con un cigarro

encendido en la mano, respirando el humo que se quemaba como si sus pulmones lo estuvieran pidiendo. Había acabado sentándose en un bordillo, y yo junto a ella.

—Lo echo tanto de menos, Ignasi. Lo echo tanto de menos que no puedo respirar.

—¿No hay esperanza para él?

—No hay esperanza para nadie. Las cosas pintan fatal.

Se acercó el cigarro a los labios, pero en el último segundo lo pensó mejor y lo

apartó. Con un suspiro de cansancio, apoyó la cabeza en mi hombro.

–Me duele mucho la cabeza.

Pasé una mano por sus hombros y la apreté contra mí.

–No pasa nada.

–Quiero a Chris. Quiero muchísimo a Chris. Y sé que él me quiere, y que es la persona que más me ha querido jamás. Pero me da mucho miedo, Ignasi. Todo va mal, ¿entiendes? Todas las cosas que toco acaban ardiendo y me da miedo que él también lo haga. Tengo miedo de que haya pasado demasiado tiempo y ya no

me quiera. O que después de salir de la cárcel se dé cuenta de que todo fue culpa mía y ha perdido esos años de su vida para nada. ¿Qué haré entonces? Mi madre ya no está. He hablado hoy con los médicos. No tienen ninguna esperanza de que despierte. Sigue viva por esa máquina. Si no está ella, y de repente tampoco tengo a Chris, ¿quién va a quedarme? ¿Quién va a quererme?

»Chris me enseñó a ser como soy. Él siempre decía “rodéate de gente buena, María, porque eso acabará por hacerte buena también”. Siempre decía que las

personas nos ayudan a construirnos como individuos: gracias a que una vez hablaste con alguien, o decidiste dar un paso hacia delante o hacia atrás, acabaste conociendo a otro que te hizo ver las cosas de una manera distinta, tal vez mejor. Tenía razón, si lo piensas. Gracias a esos encuentros que surgen de la casualidad más absoluta o de la valentía más espontánea hemos acabado en el lugar donde estamos ahora. Aquí sentados. Tú y yo y... —Se calló antes de mencionarlo, se acurrucó un poco más contra mí y suspiró—. Se supone que él

me enseñó cómo controlar un poco el tipo de persona en que quiero convertirme. Se supone que tenía que saber hacerlo, pero sin él... sin él estoy perdida.

Nos quedamos en silencio cuando ella se calló. Mi mano se movía arriba y abajo por su brazo, rozándolo suavemente, haciéndole leves cosquillas.

—Parece que estoy buscando argumentos que puedan convencerte de que no nos odies por lo que hice.

—¿Y qué hiciste?

–Espera.

Capítulo treinta

«You must tell the truth or you
will never leave this
nightmare.»²⁵

A Monster Calls, PATRICK

NESS

Mi padre no sabe nada sobre el fuego – siguió hablando despacio—. Mi madre se aseguró de que no lo descubriera con todas sus fuerzas. Incluso se lo ocultó a Chris, aunque al final él lo supo de todas formas. Tenías que haber visto su cara cuando se enteró. Era una mezcla perfecta de admiración y muerte y me gustó que lo fuera, porque era como yo lo veía a él, como si siempre hubiera elegido su lado en la guerra o como si ni siquiera me atreviera a pensar en estar en el bando contrario. Chris era poderoso y mayor y efectivo. Me

concedía las cosas que le pedía, pero siempre enseñándome a conseguirlas o a ganármelas. Y entonces, con el fuego, de repente él me miraba de aquella forma. Como si yo pudiera hacer algo grande. Y me gustó, me gustó mucho sentir aquello.

Cuando él lo vio por primera vez, mi madre se asustó y le dijo que se mantuviera callado, que no le pasaría nada, que yo no podía hacerle daño y que por favor no lo contara. No quería que se enterara mi padre. Sin embargo, él se acercó a mí con la cara pálida y los ojos muy abiertos y se arrodilló a

mis pies antes de preguntarme si yo estaba bien. Era lo único que le importaba. Mamá nos dejó solos y él empezó a hacerme preguntas, como si me dolía o qué tenía que pasar para que yo pudiera hacerlo. ¿Podía controlarlo? ¿De dónde salían las llamas? Parecía tan interesado que por un momento me dio la impresión de que aquello era magia y definitivamente algo bueno. Parecía tan fascinado que, por primera vez desde que el fuego había aparecido, me sentí agradecida por tenerlo, feliz porque por

una vez era yo la que tenía todas las respuestas.

Nunca se lo ha contado a nadie. Durante el juicio, yo esperaba al fondo con las manos temblando, muerta de miedo, pero nunca dijo nada. Ha guardado el secreto hasta ahora.

Ben odiaba a Chris porque no era hijo suyo. A veces llamaba puta a mamá por eso, cuando se acordaba, y a Chris bastardo. Bueno, en realidad a él siempre lo llamaba bastardo. A mí me decía que era la única que se salvaba. Mi madre ahorró durante años a

espaldas de Ben para que Chris pudiera ir a la universidad, ya que decía que una vez que cumpliera los dieciocho años ya no le debía nada y no pensaba dejarse tal cantidad de dinero en él. Sinceramente, no tengo ni idea de cómo se las apañó mi hermano para seguir viviendo en casa hasta el final. Empezó a trabajar con diecisiete años repartiendo paquetes, primero durante el verano y luego todos los días al salir de la uni. Me dijo que no me preocupara porque a mí no me pasaría lo mismo y que, de todas formas, él iba a tener

dinero suficiente para mantenernos a los dos. A los tres, si hacía falta.

Pero eso no iba a ser necesario, porque Ben me adoraba. Era una niña mimada en toda regla, y él estaba orgulloso de malcriarme como lo hacía. Me traía un pequeño regalo uno de cada dos viernes, golosinas, y le daba a mamá muchísima pasta para que mi ropa fuera bonita. Todo lo que a Chris no le daba a mí me lo concedía, incluso cuando eran cosas que no necesitaba o no había pedido. La verdad es que por aquel entonces yo no tenía ni idea de lo que

hacía, no solo porque era demasiado pequeña, sino porque estaba feliz en mi mundo de caprichos. Ahora que lo pienso, me alegro de que todo aquello parara. No habría soportado seguir estando tan ciega durante mucho más tiempo, e incluso ahora hay veces que lo pienso y me siento culpable por cómo me portaba con Chris cuando era niña.

Sin embargo, él nunca me odió. Los hermanos mayores tienen una increíble tendencia a estar celosos de los pequeños y tener rabietas cada vez que pierden un poco de atención, pero no fue

su caso. Siempre ha sido increíblemente bueno, Dios mío. Tan bueno que era tonto. No me preguntes cómo ocurrió, porque yo era muy pequeña y nadie se molestó en contarme los detalles, pero, cuando se supo que en realidad era el fruto de una aventura que mi madre había tenido con un compañero de trabajo al poco de casarse con mi padre, Chris lo supo. Quiero decir que Ben fue y se lo echó en cara, se lo contó desde el principio. Al parecer, desapareció toda la tarde cuando mamá y él tuvieron aquella charla, volvió borracho por la

noche y lo primero que hizo fue acercarse a la habitación de Chris, sentarse sobre su cama, mirarlo y decirle: «bastardo». Y en ese momento él no entendió la palabra, pero cuando la buscó al día siguiente lo supo. Lo que implicaba. Pero no dijo nada, ni lloró, ni pidió explicaciones, simplemente lo aceptó con una serenidad increíble, y no creo que nunca le exigiera nada a Ben. Tenía diez años. Y no lo odió, aunque lo rechazara, aunque de repente dejó de comprarle coches de plástico y revolverle el pelo y dirigirle la palabra.

No me digas que no es patético, ¿eh? Un hombre hecho y derecho de repente deja de hablarle a su hijo, a ese niño que ha criado durante una década, y es el chiquillo el que lo lleva mejor de los dos.

Mi madre se peleaba con él muchas veces, diciéndole que no era justo ni normal. «¡La culpa la tengo yo, no el niño! ¡Es Chris! ¡Es tu hijo, el de siempre, él no ha cambiado en nada!», le decía. «Ese no es ni ha sido nunca hijo mío. Y sí, tienes razón, es todo culpa tuya, zorra.» Entonces empezó a torcerse

todo. Yo no era consciente de ello, claro, simplemente pasó. Las peleas empezaron. Ben se puso a beber y a traerme regalitos. Mi madre parecía siempre enfadada y nerviosa y, como para compensarlo, pasaba mucho más tiempo con Chris del que podía pasar conmigo, porque decía que él también necesitaba cariño.

Pero Chris no odiaba. Chris entendía. Y yo no lo entendía a él, así que simplemente lo evitaba y cada uno iba a lo suyo dentro de la misma casa.

Sin embargo, un día, cuando yo tenía unos siete años o así, hubo una pelea gordísima y lo único que recuerdo es a mamá vistiéndome en mitad de la noche y susurrándole a Chris que agarrara las bolsas y pidiéndome por favor que no hiciera ruido. Parecía que había llorado. «¿Adónde vamos?», pregunté, y mi madre respondió «Estate callada, María.» Después se volvió hacia Chris y le dijo que no me soltara de la mano, que ella tenía que bajar las maletas, y que debía cuidarme porque era el mayor y ya todo un hombrecito. Mi hermano

puso la cara más decidida que un niño de once años es capaz de poner, asintió y me agarró de la mano con tanta fuerza que me revolví, pero mi madre repitió que por favor me comportara, y tenía la voz ronca.

Condujo durante muchísimas horas sin parar. Condujo durante casi un día. Le preguntaba todo el rato qué pasaba y adónde íbamos, y Chris me chistó y me dijo que él y yo hablaríamos en susurros. También dijo que era una aventura, que él tampoco sabía adónde íbamos, pero que teníamos que ser

valientes como si fuéramos espías. Aunque ya me consideraba mayorcita para tonterías así —fíjate, creía que era mayorcita con siete años, anda que ya me vale—, en realidad me gustó que dijera eso, así que durante todo el viaje nos inventamos historias de espías y miramos por la ventanilla buscando enemigos como si fuéramos espías y dormimos como verdaderos espías. La tarde siguiente, cuando mamá por fin aparcó y no estábamos en un área de servicio ni era una simple parada para hacer pis, Christophe me cogió de la

mano y me dijo que ahora nos tocaba disimular y portarnos bien, porque íbamos a conocer a unos millonarios viejos que tenían una base secreta en el jardín. Cuando aparecieron, mamá se puso a hablar con ellos en un idioma muy raro que ni él ni yo entendimos, y luego la señora se acercó a nosotros y nos dio un abrazo y nos dijo algo también que, según mamá, era «encantada de conoceros, ¡cuánto habéis crecido!».

Estuvimos tres meses allí con ellos. No fuimos al cole porque seguíamos sin

comprender el francés, pero poco a poco la anciana nos lo enseñó y nosotros le enseñamos un poquito de español a ella. Era muy mayor y tenía que pasarse casi todo el día en la cama, pero no le importaba que fuéramos a su habitación a pasar el día. Nos pasábamos el tiempo allí, yo escuchando las historias que contaba aquella mujer, que era mi tía abuela, y además Chris leía los libros en castellano que el tío abuelo le traía de una tienda especial de la ciudad. No recuerdo nada tan feliz como aquello. Mamá estaba todo el tiempo con el tío

abuelo o con la cocinera de la casa, hablando y leyendo y, aunque triste, con esa cara que siempre había tenido cuando nos íbamos de vacaciones. De relajación. De paz. De verdad, ojalá aquello hubiera durado para siempre.

Los tres meses que pasamos en Francia fueron decisivos para conocer de verdad a Chris. Aprendí que era una de las mejores personas que había conocido y que probablemente me encontraría jamás. Además, él me hablaba. Mientras que los mayores se lo guardaban todo para sí, y si decían algo

importante era siempre con él porque era el mayor, Christophe no se cortaba nada y me lo retransmitía. Más de una vez pegó la oreja a la puerta o intentó echar un vistazo a través de alguna cerradura, aunque no sirviera de mucho. Cuando hablábamos, me explicaba que mamá estaba triste por papá. «Ha hecho que llore.» Era más grave que eso, claro, pero nuestro acceso a más información estaba restringido y, de todas formas, con aquello nos servía. Si había hecho que mamá llorara, eso

convertía automáticamente a Ben en alguien malo.

Lo que en realidad había pasado es que mi madre se había acojonado porque él le pegó un par de veces, en medio de una pelea un día y borracho perdido otro. Mi madre hizo muy bien en salir pitando, creo yo, pero no tenía que haberlo dejado ahí. Si hubiera aprovechado y tomado medidas en vez de huir sin más, las cosas habrían salido de otra forma. Pero no lo hizo. Sinceramente, no creo que nos llevara hasta Francia con la idea de divorciarse

o separarse. Creo que simplemente estaba asustada, que actuaba sin pensar y que no tenía adónde ir. Punto. La tía abuela Edmée y el tío abuelo Fabrice la acogieron e intentaron que hablara y les contara todo lo que había pasado y, cuando lo hizo, la animaron a buscar soluciones, pero ella seguía asustada. Imagínate cómo debe de ser eso: pasar años en guardia incluso cuando esa persona no está presente, pensar que tiene un poder superior a ti o a cualquier otro en el mundo y no relajarte ni atreverte a luchar. Yo no puedo ni

pensarlo. Y debió de pasarlo peor de lo que creo, seguro. Nunca me habló de esto. No le gustaba mencionar el problema. Siempre prefirió esquivarlo.

Ben apareció en la casa de campo cien días después de que pusiéramos un pie allí por primera vez. Iba muy bien vestido, aunque despeinado, y tenía una cara de enfado terrible. El tío abuelo Fabrice salió a recibirlo, pero no lo dejó pasar; mi padre empezó a gritarle. Recuerdo sorprenderme porque también él supiera hablar francés. Chris y yo nos quedamos dentro, detrás de la tía abuela,

y mamá pasó a nuestro lado con pasos lentos y la cabeza bien alta. Salió a la calle y los gritos aumentaron. Me pegué a mi hermano y él me abrazó.

—¿Qué está diciendo? —pregunté.

—Quiere que vuelvas a casa —respondió la tía abuela, sin mirarnos.

No dijo «volváis», dijo «vuelvas».

—¿Y mamá?

—*Aussi*.

—¿Y Chris? —Ya no contestó.

Él apretó un poco el brazo que tenía a mi alrededor. Estaba muy serio. Los gritos variaban entre el francés y el

español y a mi madre apenas se la oía, solo a los hombres. De repente, el tío Fabrice entró y le dijo algo a la tía que sonó como «policía». Ella asintió, pero entonces entró corriendo mamá, la agarró del brazo y le pidió que no lo hiciera. Tras ella, en la puerta, apareció Ben. Cuando pasó los ojos por la habitación y me vio suavizó un poco el ceño. «Hey, princesita», dijo, sonriendo y abriendo los brazos en mi dirección.

Me pegué un poco más a Chris, que me escondió detrás de él. Ben volvió a enfadarse.

Aquella misma tarde nos fuimos.

Creo que lo peor de que las cosas empeoraran a partir de entonces fue que yo empecé a ser consciente de que lo hacían.

Es muy difícil tener a alguien tan arriba y aceptar que no solo no es quien tú crees, sino que es muy mala persona. Sobre todo, cuando es tu padre. El que te llamaba «princesita» y te trataba como tal no es el rey, sino el ogro secuestrador y violento que bebe

pócimas mágicas que lo vuelven más violento aún y hacen que arrase con lo que se le cruce. Al principio no era tanto que le pegara (realmente, lo hacía muy pocas veces) como las amenazas implícitas y continuas en cada uno de sus movimientos. Y cómo le hablaba... Era terrible cuando daba portazos, o chillaba, o la llamaba con ese tipo de palabras que a nosotros no nos estaban permitidas ni pensar. Sin embargo, luego venían las disculpas. Los chocolates y las rosas. Toda mi casa olía a rosas. Olía a rosas cuando él le hacía la

zancadilla o cuando agarraba algo y empezaba a zarandearlo demasiado cerca de su cara o incluso el día que la amenazó con un cuchillo. Olía a rosas siempre. Y siempre la quería. Le gustaba repetirlo. Yo cumplí ocho, nueve, diez, once años, y él seguía queriéndola y le decía que su comida era una puta mierda y que no hacía nada bien y el olor de las rosas se me colaba en la mente y no podía pensar, no podía creer, no había nada en mi entorno que funcionara porque él la asustaba, y mi madre se callaba y lloraba algunos días y mi

hermano hacía lo imposible para intentar protegerme de eso, de verlo, de oír cómo la llamaba puta y cómo la besaba y cómo le pedía que le trajera más cervezas.

Pero yo no era tonta, y lo veía. A lo mejor no lo vi todo, pero sabía que había cosas que definitivamente no iban bien y me daba cuenta de lo que no debería haber pasado, así que poco a poco lo fui asimilando y lo fui entendiendo y algo malo empezó a crecer en mí. Un niño no debería tener

esos sentimientos, y ahí estaba yo, con arcadas.

«Podrías haber llamado a la policía», dirás. Y yo te respondo: no creo que fuera tan fácil. No creo que estuviera en mi mano. No creo que seas capaz de decirme nada que no haya pasado antes por mi cabeza, te lo aseguro. Llegó un punto en el que se me habían ocurrido tantas formas de hacer que parase que ninguna era válida y, a la vez, todas lo eran. Pero yo no podía hacer nada, y no iba a sugerírselo a mi madre. Sobre todo, no quería

disgustarla. Ya tenía suficiente con lo que tenía.

Supongo que a estas alturas no hace falta decirlo, pero no fue Chris. Fue Ben. Lo hizo, hace dos años, y de alguna forma consiguió tergiversarlo todo para salirse con la suya. Era su palabra contra la de mi hermano, y supuestamente no había testigos. Estaba todo bastante claro, para los que llevaron el caso.

Pero sí, como digo, fue supuestamente. Porque yo estaba allí. No lo vi todo, pero lo oí, y además lo

sabía. Lo he sabido siempre. Ben es el malo. Aunque me contó la misma mentira que le contó al resto y tuve que fingir que la creía, yo sé la verdad. Y quiero sacarme el corazón del pecho con mis propias uñas cada vez que pienso que los estoy traicionando, a mi madre y a Chris, que soy una sucia y que debería estar con ellos dentro de un hoyo y que no me merezco la salvación. Porque al final es culpa mía, fue todo culpa mía, y nunca debería haberle prometido a mi madre que guardaría silencio.

Me estoy deshaciendo desde dentro.

No me mires así. Tiene sentido, ¿vale?
Déjame que termine. Esto es más difícil
de explicar de lo que pensaba.

Capítulo treinta y uno

«Thunder sounded a lot like her father's fists through the wall so it's only natural she grew up with a storm inside of her chest.»²⁶

@whorefrost

Si cierro los ojos veo la cara de mamá iluminada por el fuego. El fuego que yo estaba haciendo y que no había sido sin querer. Ella me miraba asustada, temblando, tan horrorizada que ni siquiera trató de hacer ningún tipo de movimiento para pararme. Simplemente se quedó allí,

inmóvil, con los ojos grandes y los labios entreabiertos, y creo que estaba intentando pedir ayuda porque nunca había habido una hoguera tan grande como esa.

*** * ***

No empezó como algo excepcional. Quiero decir, lo de aquel día no fue

especialmente cruel o duro por parte de mi padre. No al principio. Creo que comenzó por una tontería como «tráeme una cerveza» y una respuesta de ella como «estoy cocinando, ve tú por ella», aunque en realidad ni siquiera recuerdo bien las palabras exactas. Yo estaba en el salón, viendo un documental de historia que Ben había puesto, y no me había movido de allí por cansancio. Teníamos una de esas cocinas americanas que solo separan las dos habitaciones con una barra y, cuando giré la cabeza, pude verla cortando

cebolla. Cuando ella le dijo eso, las cejas de Ben se alzaron y también miró en su dirección de forma sorprendida. «¿Disculpa?», soltó, y entonces empezó a preguntarle qué coño le pasaba, que si tenía la regla y que a qué venía aquel tonito, que qué le había hecho él para que le respondiera así. Ella suspiró y solo dijo «nada». Mi madre debía de estar supercansada. No le gustaba discutir, así que sacudió los hombros y siguió a lo suyo, pero a veces hacía falta muy poco para mosquear a Ben. Así que él se levantó, la encaró y empezó a

meterse con ella. En realidad fue más el típico acercamiento provocativo que tienen los chavales de instituto antes de una pelea que otra cosa. Repetía mucho «¿Qué, eh, qué?», e incluso la agarró del pelo y le agachó la cara cerca de la tabla de cortar, al lado de la sartén con el aceite caliente, aunque sin que la tocara.

Mientras lo hacía yo seguía en el sofá, encogida contra uno de los lados y con los ojos fijos en la pantalla como si intentase pretender que nada de aquello estaba pasando. Cuando Ben se ponía

así, todo mi cuerpo se agarrotaba y dejaba de responderme en un mecanismo de supervivencia que creía que, si me quedaba completamente quieta, no me rebotaría a mí. Pero lo que no quería reconocer es que sabía que en realidad a mí no iba a pasarme nada, porque él solo se centraba en mi madre. A mí nunca iba a salpicarme, y lo sabía, pero por alguna razón seguía insistiendo en repetirme «quién sabe, a lo mejor...».

Aquel día la cosa no fue más allá. Él dijo «me bajo al bar a ver el partido» y dio un portazo tan fuerte que mi madre

pegó un bote en el sitio. Tenía esa cara que ponía cuando quería llorar pero no llegaba a hacerlo. Era una mezcla de rabia y ganas de tirarse por la ventana, aunque nunca se movía. Me levanté despacio, le puse una mano en el brazo y le pregunté si estaba bien. Ella negó con la cabeza y no sonrió, solo siguió moviendo la cabeza mucho tiempo, de un lado a otro, hasta que la agarré y la abracé.

Le dije que teníamos que hablar, que aquello no era normal. Que las dos sabíamos qué estaba pasando aunque no

habláramos de ello, y que no debía esperar más a pedir ayuda. «Sé que te pega», le dije, y entonces se puso a llorar y la apreté más fuerte. Le pedí que por favor llamara a alguien para pedir ayuda y que no dejara que siguiera tratándola como una mierda, y ella me contestó que no sabía nada. «Por favor, mamá, escúchame. Yo marcaré por ti. No creo que sea muy difícil. Llamaremos al 016 y todo cambiará...», empecé, pero ella me apartó de un empujón gritando y diciéndome que me fuera a mi habitación, que yo qué sabía,

que solo era una niña y que no entendía de nada.

Y entonces me enfadé. Estallé. Fue todo demasiado rápido. Al principio, ni siquiera me di cuenta, pero entonces oí aquel ruido de cosas rompiéndose contra el suelo, el ruido del crepitar, y me pareció increíblemente placentero. Empecé a gritar. Le dije que si no llamaba, le contaría a Ben lo del fuego, y mientras las llamas salían y las cosas seguían rompiéndose, un vaso y una taza y un plato, los cubiertos que tiraba sonaban como monedas y yo podía sentir

la rabia dentro como si fueran olas calientes y pesadas y densas, y era lo único que tenía, que me llenaba, esa rabia tan fuerte que parecía funcionar como un motor. Como lava. Le dije: «Si no lo dejas y llamas a la policía, voy a decirle lo del fuego y voy a dejar de ser su niña y vamos a dejar de aparentar ser una familia de verdad, porque entonces nos odiará a todos, ¡porque me odiará por fin a mí también!», y mientras tiraba más cosas con las manos ardiendo y las venas de lava, ella me agarró y me abofeteó para pararme, pero no

funcionó. Solo hizo que creciera. Y grité, agarré un trapo y se deshizo entre mis manos, ardiendo. Y cuando toqué el mantel, un agujero negro apareció en el centro, por donde yo lo había sujetado. Y de repente mi madre soltó un chillido que era diferente a cuando me había estado gritando que parara, y estaba llorando a mares y me pedía perdón y me pedía que parara y agarró el mantel y lo escondió bajo el fregadero, porque no podía dejar que Ben lo encontrara.

Me quedé ahí parada, observando lo que había hecho, y de pronto acabó. La

sensación de no poder respirar y de estar a punto de ahogarme, la sensación de que mi cuerpo se iba a dar la vuelta e iba a caer muerta con la carne y los huesos y las arterias del revés, la sensación de que no podría parar nunca y de que iba a estallar si lo hacía. Todo eso se esfumó de pronto. Y cuando observé la cocina, todo seguía igual: la sartén seguía en el fuego y se oía el borboteo de la cebolla en el aceite caliente y la luz del techo parpadeaba como todos los días y alguna de las dos debía de haberle dado al botón de la

lavadora sin querer, porque aquel zumbido estaba llenando el cuarto, poco a poco, volviéndolo todo más y más normal. Excepto por el resto, claro. Excepto por mi madre llorando y moviéndose por todas partes y recogiendo todo lo que yo había roto, todo lo que había tirado, los pedazos y los cristales y los cubiertos doblados, sin decir ni mu.

Quise pedirle perdón, pero no podía oírme porque estaba respirando muy muy fuerte, tan fuerte que silbaba, y de

repente estaba hiperventilando y fui a acercarme a ella, pero oímos algo.

Mi padre tiene una tos muy característica, una forma de carraspear que suena desde cualquier parte y mucho más si está abajo, en la escalera. Cuando tose puedes saber que ya viene, y en ese momento oímos su tos. Pude ver cómo a mi madre se le caía el alma a los pies, pero ni siquiera intentó recogerla. Simplemente me agarró del brazo, muy muy fuerte, clavándome los dedos, y me pidió en voz muy baja «por favor, quédate aquí, por favor, estate quieta,

métete en el baño, no salgas, déjame a mí, María, yo me ocupo de esto, te quiero muchísimo...». Le pedí perdón mil veces, pero ella me dijo que me callara y que la obedeciera por una vez, por favor, así que eso hice.

Y luego Ben abrió.

No quiero recordar las cosas que le dijo a mi madre cuando entró y lo vio todo como estaba. Olía a quemado y lo primero que hizo fue atravesar el *hall* y el salón y entrar en la cocina. Hubiese sido imposible que no se fijara en los añicos y en el desastre. Desde donde yo

estaba no podía verlo, pero sí que le oí, y lo primero que hizo fue gritar «¡¿Qué coño...?!». Luego fue a buscar a mi madre. Solo se lo oía a él. Que si todo lo hacía mal, que cómo podía ser tan estúpida, que qué coño había pasado, que si era gilipollas o qué. Debajo de todo aquello estaba la voz de ella, suave, intentando justificarse. «¿Cómo que puedes explicarlo? ¡¿Cómo que puedes explicarlo?!» Después de eso vino la primera bofetada. Sonó como en las películas y cuando pasó todo se quedó en silencio.

Ojalá hubiera salido, de verdad, Ignasi. Sé que tendría que haber salido, pero no paraba de repetirme que mi madre me había pedido que no lo hiciera y, además, no podía moverme. Tenía las piernas congeladas y no creo que hubieran sido capaces de levantarme ni aunque lo hubiera intentado con todas mis fuerzas.

La agarró del pelo y ella chilló. Debió de llevarla de vuelta a la cocina, porque cuando empezó a decirle cosas otra vez se le oía la voz algo más amortiguada. Mi madre estaba

sollozando. Empezó a toser y a gritar y él le dijo que se callara, y entonces le hizo algo que provocó más gritos y más llantos. Creo que le acercó la sartén a la cara, o tal vez la forzó a acercarse ella. Solía hacer eso con las cosas que hacía mal, lo de ponérselo muy cerca, como si así fuera a ver mejor el error, como lo que se les hace a los perros cuando se cagan dentro de casa para que vean qué es lo que han hecho. Ella gemía y yo estaba temblando y lo sentía otra vez dentro de mí, pero me temblaban las manos y de ellas no salía nada, así que

no podía ayudarla. No podía ayudar a mi madre y, en vez de eso, había decidido quedarme escondida porque era lo mejor.

En ese momento llegó Chris. No oí la puerta, pero sí el sonido de sus miles de llaveros contra el cuenco que había en la entrada, y luego cuando dijo «¿Ma?» y tosió un poco por el humo. Pasó por delante de donde yo estaba y estuve a punto de gritar, pero no tenía voz. Sus pasos se aceleraron un poco y de repente gritó y mamá chilló y sonó un ruido de platos, así que creo que la tiró

contra la encimera. No sé exactamente cómo fue, qué hicieron, pero Chris y él empezaron a pegarse. Al principio oía también a mi madre, sus gemidos, pero de repente paró y Chris gritó y ellos siguieron. Me moría por asomarme y también por desaparecer. No sabía qué estaba haciendo. ¿Cómo podía quedarme ahí, por qué no salía? Pero no podía, de verdad. Lo intenté, pero no podía moverme.

El aullido que de repente estalló en la cocina debió de oírse a kilómetros de distancia. Fue tan terrible que me

despertó, me dolió, y pegué un brinco porque no sabía si era de Ben o de Chris.

Aparecí de repente en mitad del pasillo, pero me sentía inerte, y si pude llegar hasta la puerta de la cocina fue porque algún tipo de fuerza externa me empujó hacia delante. Me aseguré de que no pudiera verme asomando solo la mitad de la cara por un hueco diminuto. Vi a mamá en el suelo con los ojos cerrados y el corazón empezó a latirme rapidísimo, y después me incliné un poco más para ver los hombros de Ben

encorvados, él doblado sobre sí mismo y sin poder dejar de gemir y gritar, llorando. En ese momento, Chris se arrodilló junto a mamá para tomarle el pulso y, al encontrarlo, su rostro se relajó. Yo solté un gritito. Solo él lo oyó, por suerte, y cuando me vio abrió mucho los ojos, pero no dijo nada. Le pedí perdón, pero no respondió. No dijo nada, solo se quedó mirando.

Ben le pegó un puñetazo en la cabeza y salté hacia atrás, tapándome la boca con la mano. Conseguí que no me viera. No paraba de chillar y llamarlo bastardo

e hijo de puta y lo tenía en el suelo, él encima, y solo le daba puñetazos. Tenía la parte izquierda de la cara toda roja, quemada. Estaba como loco. Se había vuelto loco. Chris intentaba cubrirse con los brazos, pero, por alguna razón, los puños de Ben siempre le alcanzaban. Giró la cabeza hacia la puerta y no podía parar de llorar, pero no quería que lo ayudara. Aunque, de todas formas, no habría podido ayudarlo. Gateé hasta el *hall* y abrí con muchísimo cuidado la puerta y me arrastré fuera, sin ponerme de pie, ni siquiera para bajar la

escalera. Hubo un tramo que lo hice rodando. Cuando llegué abajo me di cuenta de que no tenía el teléfono, así que salí a la calle y me puse a gritar.

Ben describió a Chris como yo lo habría descrito a él. Le dijo a todo el mundo que tenían que haber visto cómo le hablaba a nuestra madre, que la trataba como a un trapo y que a él le contestaba y que fue quien le tiró el aceite hirviendo por la cara. Que no pudo pararlo cuando le hizo lo que le hizo a «su Josephine».

La primera vez se lo dijo a la policía desde su cama de hospital, con voz débil y pobre vocalización porque las curas de la cara se la tapaban casi por completo. Yo lo oí desde la puerta. Estaba allí porque tenía que hacerlo. El policía asintió y me pareció tan real que me dieron arcadas.

Siempre pienso que tendría que haber aprovechado entonces para asfixiarlo con su almohada o algo así. No podía creerme lo que oía.

Cuando el poli se volvió hacia mí, una vez que acabó con sus preguntas, me

observó largo y tendido y por eso creo que decidió esperar para preguntarme mi versión. No sé cómo interpretó mi mirada, pero supongo que fue de manera errónea. Sí, tenía un dolor inmenso dentro, pero no podía hacer nada con él. El hombre supo que no podía ayudarme y por eso agachó la cabeza y se marchó.

Yo me miré los brazos, finos y blancos e inútiles, y cuando levanté la vista y vi que mi padre sonreía quise estrangularlo.

Ben aún no sabe que yo estaba allí. Que lo vi todo. Nunca lo he dicho

porque realmente no fui testigo y lo que aportara no sería relevante; Chris me dijo que no me arriesgara, que Ben y sus abogados y sus argumentos y su quemadura podían con cualquier cosa que nosotros defendiésemos, y que prefería salvarme a mí. Chris me pidió que callara para no ser el nuevo foco de atención de la bestia, para no despertar el recelo en él. Si lo supiera... si lo supiera empezaría a acosarme, o peor, me mataría. Porque es su mayor secreto, y si hace falta, me llevará con él a la tumba.

–Y ahora que tú lo sabes, te matará a ti también.

Capítulo treinta y dos

«Long ago, among other lies they were taught that silence was bravery.»²⁷

Play the Piano Drunk Like a Percussion Instrument Until the

Fingers Begin to Bleed a Bit,

CHARLES BUKOWSKI

A veces creo que me habría gustado empezar este libro de una forma más épica. No me refiero a hacerlo en plan «Es una verdad mundialmente reconocida» —eso le habría gustado a mi hermana— o «María, luz de mi vida, fuego de mis entrañas», pero me habría gustado haber captado más la esencia de todo esto desde el principio. Aunque eso no significa que ahora sepa cómo hacerlo, claro. Ni ahora ni hace dos

meses ni dentro de una semana. Cuanto más me hundo en esto y más me acerco al final, más incapaz me siento de hacer nada. Nunca he podido hacer nada. Por eso estamos aquí. No ella y yo, claro, porque estoy aquí solo; tú y yo. Yo intentando hablar y tú... supongo que escuchando. Pero por eso no funciona, porque el que siempre escuchó fui yo, y no estoy acostumbrado a hacer esto. No sé cómo se habla. Y cada vez lo hago todo más a trompicones.

Si pudiera inventarme lo que pasó, todo sería más fácil.

Si dependiera de mí, es decir, de mi imaginación, la historia habría llegado al punto clave a partir del cual todo mejora. Después de que ella me contara su secreto, de alguna manera nosotros intentaríamos hacerlo todo mejor y yo la ayudaría a superar aquello. Los malos y los buenos acabarían donde siempre debieron estar, y ella me diría «te quiero», y nos besaríamos. Y así sería todo. Pero, desgraciadamente, yo no decido qué pasa. Qué pasó. El peso que había arrastrado siempre María seguía exactamente donde había estado todo el

tiempo, y el silencio de su familia no se alteró ni un ápice. Seguía siendo ruido blanco.

–Has sido la primera persona a quien se lo he contado –murmuraba, tan bajito que apenas podía oír su voz.

–Lo sé.

–No. No es solo eso. Ha sido la primera vez que lo he dicho en voz alta.

Ella me rodeaba con brazos y piernas hasta quedarse dormida. Intentaba pegarse a mí lo máximo posible, como si quisiera fundirse conmigo sobre la cama. Yo dejaba de sentir el brazo que

se había quedado debajo de su cabeza y, aunque al día siguiente me dolía, nunca le decía nada. Seguía dejando que ella permaneciera así, todas las tardes, porque parecía que solo por donde yo la tocaba entraba en calor. La veía cerrar los ojos y era mucho mejor que verla tragar una de esas pastillas para dormir que había decidido comprar hacía un par de meses.

Habíamos empezado a estar en mi casa porque le daba miedo que su padre pudiera encontrarme allí. No es que se pasara por allí muy a menudo, pero de

alguna manera ella se contagi6 de un extraño temor porque 6l me viera y *lo supiera*. Mi cama parecía demasiado pequeña y la habitación demasiado mundana, pero ella nunca se fijaba en esas cosas. Solo me miraba a mí, o cerraba los ojos. Me empujaba y se acurrucaba a mi lado y poco a poco se iba enredando sobre mí, conmigo, hasta que su cara quedaba contra mi pecho y nos volvíamos un nido.

Yo nunca me dormía. Ella roncaba y a veces incluso babeaba sobre mi ropa, pero yo aprovechaba aquellas tardes

para leer mis apuntes por encima de su cabeza o, en su defecto, para no hacer nada. Miraba el techo durante horas, imaginándome grietas creciendo por él, grietas que hacían que el yeso cayera sobre nosotros. Cuando María abría los ojos hacia el final de la tarde, si lo hacía, tenía el pelo y la ropa de color blanco e iba creando una nube de polvo a su alrededor con cada movimiento, una nube que la acariciaba como la mano de alguien que quisiera protegerla.

A veces Ane llamaba levemente y abría solo un poco, porque nos había

visto entrar y no podía oír ni el más mínimo murmullo de conversación a través de la puerta. Cuando lo hacía me quedaba observando sus ojos preocupados mientras ella miraba a María en silencio, luego a mí, y luego cerraba. Después, cuando ya se había ido y estábamos mamá, papá, ella y yo en la mesa cenando, me observaba mientras comía y su expresión parecía triste, como si lo sintiera por mí infinitamente.

El tiempo pasaba. Cumplió dieciocho años y me lo comentó como si no fuera

importante. También empezó a visitar a su madre a partir de entonces. O al menos intentó hacerlo. Todos los días al salir de clase iba a verla al hospital, y todos los días acababa en mi puerta, llamando al timbre sin levantar el dedo del botón hasta que la dejaba entrar, provocando que el zumbido que la acosaba llenara también mi cabeza. Mi padre gritaba desde el sofá y preguntaba qué coño le pasaba a «la chica esa» mientras mi madre, discreta, esperaba unos metros detrás de mí cuando yo abría, sujetándose los codos y con el

ceño fruncido, atenta. Cuando la veía le sonreía de forma amable y le preguntaba si quería tomar algo mientras nos seguía por el pasillo, pero yo siempre cerraba la puerta de mi habitación antes de que le diera tiempo a alcanzarnos.

—¿No te van a decir nada?

—Ya lo resolveré luego.

Me contó cómo todas sus excursiones acababan siempre en fracaso. Había subido a aquel tren cientos de veces y cientos de veces se había quedado paralizada fuera del hospital, temblando de la cabeza a los pies y aterrorizada

ante la idea de dar un paso entre la gente que entraba y salía y hacía un descanso para fumar y después respiraba hondo antes de volver. Había tanta gente, decía, tantas personas anónimas que necesitaban aliento extra para enfrentarse al dolor que los esperaba dentro de aquel edificio, que cuando iba a respirar también ya no quedaba aire para ella. Ninguna de las veces. Así que no entraba. Se quedaba allí, en la puerta, congelada y sin fuerzas, y al final se volvía. Volvía a mi casa. Trepaba a mi cama y se hacía un nudo muy muy muy

pequeño y, desde dentro, me decía: «No he podido, Ignasi». Yo suspiraba porque ya lo sabía y me sentaba junto a ella, la abrazaba y me quedaba callado. Y a veces, ella lloraba y decía cosas que nunca llegaba a oír.

Otras sí que las oía.

—Te necesito, Ignasi. No te vayas, por favor. No me dejes.

—No voy a irme. De hecho, es probable que me dejes tú antes. — Después de eso siempre me reía un poco, como para suavizarlo, aunque en el fondo sabía que era verdad.

–No digas eso. –Pero tampoco lo negaba.

Podía oír las voces del televisor de la cocina y del salón mezclándose, pero a ningún ser humano hablar. Mi hermana había apagado la música y mis padres no debían de tener nada que decirse. Sentía que de repente mi cuarto era un punto caliente y que todos estaban pendientes de él. La casa aguantaba la respiración ante su presencia. Ella tenía ese algo que hacía a todo el mundo esperar y observarla y generar expectativas.

Tal vez eso estaba machacándola también. Como si hubiera necesitado más cañones apuntándola.

—¿Vas a estar bien? —le preguntaba yo todos los días, cuando se marchaba.

—No me va a pasar nada, Ignasi. Nunca me pasa. Siempre me libro de todo, ¿no ves?

El abrigo que llevaba era de Chris, y también la ropa debajo de éste y las botas. Intentaba llevar a su hermano a todas partes con ella, *por todas partes*.

Había empezado o escribirle. No incluiré aquí aquellas millones de cartas para él porque suficientemente violento me siento por haberlas leído, pero fueron muchas. Las redactaba en clase y en su casa y a veces en la tetería, porque algunos días todavía íbamos allí, y luego las doblaba con muchísimo cuidado cuatro o cinco veces y las pegaba en su agenda. Así una y otra y otra vez. Su letra había perdido forma y sentido, así que creo que en realidad ni siquiera escribía, sino que dibujaba de forma diferente, desesperada, descontrolada, a

preocupado. No me dejaba pensar en otra cosa. Repasaba en mi cabeza todo lo que me había contado, sobre ella y sobre Chris y sobre cómo su madre se había ido marchitando con los años, y nada parecía real aunque tuviese tanto sentido.

Le dedicaba mucho tiempo a la imagen de Chris que tenía en mi cabeza. Me lo imaginaba cuidándola y siendo una buena persona. Creo que en cierto modo podría haberse dicho que tenía un poco de celos de él, aunque más bien era una mezcla de eso y admiración.

Imaginaba a Chris Gaudet como alguien fuerte y capaz y potente, con mucha energía, pero no una que derrochara y que escapara por cada poro de su cuerpo, sino que fuera gestionando poco a poco y empleando solo en cosas que realmente valieran la pena. Aunque no lo conocía, quería desesperadamente ser como él. Quería ser muchas cosas que le atribuía, pero, sobre todo, quería ser útil para María. Quería ayudarla. Sin embargo, cuanto más pensaba en cómo hacerlo, más acababa estropeándolo.

Creo que ella sentía lo mismo, porque lo intentaba con todas sus fuerzas, pero de nada servía. Nos aferrábamos el uno al otro con desesperación, pero nuestras manos nunca parecían ser lo suficientemente grandes, y todo se nos escapaba como si estuviéramos hechos de arena.

* * *

27/04/2016

Nunca pienso en el miedo o en Dios cuando estoy con Ignasi, porque no quiero rechazarlo. Pienso en él cuando se ha ido hace un rato y de repente me doy cuenta de que he estado sola en medio de un absoluto silencio, e intento imaginarme su cuerpo justo donde estaba, pero su

postura en mi mente nunca es la misma y eso me hace echarlo de menos. No hay mejor Ignasi que el verdadero. Y no puedo dejar de pensar que no se merece nada de esto, igual que ninguno de los otros se lo mereció antes. Ignasi no es como los otros, por supuesto. Él es otra cosa. Pero

precisamente por eso me angustio, y precisamente por eso no quiero dejarle ir.

Él es bueno. Quiero quererle. Quiero quererle al cien por cien, de verdad, sin nada en medio.

Ignasi tiene cuidado, como si pensara que voy a romperme. Me abraza y su piel está caliente y es un

alivio, porque yo me muero de frío. El brillo de sus ojos hace tiempo que no es solo triste, sino resignado. Me pregunto si es la misma expresión que tengo yo al mirarle bajo esta luz.

Hoy hemos vuelto a casa. Estamos solos él y yo y la puerta de la habitación está cerrada y, de repente, le

**beso con cuidado. No había
vuelto a pasar desde el otro
día porque no sabía cómo
hacerlo. Nunca parecía un
buen momento. Sin
embargo, hoy es fácil, como
si nos hubiéramos
acostumbrado aunque solo
pasó una vez, como si no
pensase que necesito una
excusa para que se quede.**

**No quiero que se aleje.
Quiero que piense que valgo
la pena. No quiero que
sienta que está perdiendo un
tiempo precioso quedándose
conmigo.**

**Aunque no quiero
romperlo. Es contradictorio,
pero, aunque quiero que se
quede, no puedo permitirme
arrastrarlo conmigo. No**

puedo permitirme destrozar a más gente, no podría soportarlo. No puedo acabar con más personas que me quieren.

Quiero ser buena, quiero corresponderle como se merece, pero no sé muy bien cómo. Lo estoy intentando. Quiero que se sienta importante y por eso estoy

dándole esto ahora, porque no sé decir “te necesito”.

Solo le beso. Solo nos besamos. Me rodea con sus brazos y siento su mano grande en mi espalda. Cierra los ojos y vuelvo a besarle, y le digo que le quiero, le digo que confío en él, porque no es mentira. Y

no lo es, no es mentira, de verdad.

Pero entonces, sin querer, pienso que tal vez yo también haya caído en él. Que quizá seamos víctimas el uno del otro.

Capítulo treinta y tres

«They put me in a room and I thought of you in Autumn and I'm sad I won't see you again.»²⁸

Pretty When the Wind Blows,

GOD HELP THE GIRL

**En la puerta del infierno
alguien ha escrito:**

**“PERDED TODA
ESPERANZA AL
TRASPASARME”.**

**A mí ya no me queda de
eso, así que todo bien.**



Capítulo treinta y cuatro

«And it came to me then. That we were wonderful traveling companions but in the end no more than lonely lumps of metal in their own separate orbits. From far off they look like

beautiful shooting stars, but in reality they're nothing more than prisons, where each of us is locked up alone, going nowhere. When the orbits of these two satellites of ours happened to cross paths, we could be together. Maybe even open our hearts to each other. But that was only for the briefest moment. In the next instant we'd be in absolute solitude. Until we burned up and became nothing.»²⁹

Sputnik Sweetheart, HARUKI
MURAKAMI

01/05/2016

Nada es como debería nada es como debería nada es como debería nada es como debería.

No me gustan las cosas utópicas, pero las historias que nos venden siempre lo son, ¿verdad? Él es siempre alto y apuesto, y ella tiene una larga melena rubia y

unos impresionantes ojos azules. Él trepa por su pelo o la besa mientras duerme, pero ella nunca llora de dolor ni aguanta la respiración para que él no sepa que en realidad no está dormida. En las historias, siempre se enamoran el uno del otro, y no existe la posibilidad de que sean

incompatibles, de que ella no quiera conocer a nadie o de que al príncipe en realidad le apetezca más irse con un campesino. En los cuentos todo sale como tiene que salir, y no lo entiendo, pero eso es lo que gusta. Las cosas que salen bien. Y ellos siempre encajan.

Es todo tan triste.

Nunca te cuentan que no pasa nada si ella no te quiere. Nunca te cuentan que él podrá superarlo si le dices “Lo siento, pero no puedo hacerlo. Esto es más grande que yo, esto me supera, no puedo controlarlo”. Nunca se cuenta que él asentirá y dirá “está bien, lo comprendo”,

**ni que se lo agradecerás
pero aun así te esforzarás al
máximo porque él es muy
buena persona, pero tú no
puedes, simplemente no
puedes, porque él necesita
cosas que no pide pero que
no puedes darle, y la presión
de tenerlo esperando es
excesiva y no tienes fuerzas
y ves que no lo estás**

**haciendo bien, que no haces
nada bien, pero que
tampoco haces nada para
cambiarlo y solo piensas que
por qué no se cansa y por
qué no se va y por qué sigue
dándote oportunidades y,
al final,
cuando entiendes que él
es real, más real que nada,**

**que tú y que las garras y que
los monstruos de tu vida,**

**solo entonces te das
cuenta de que él no va a
marcharse y que si no
quieres hundirle contigo,
vas a tener que arreglar las
cosas para poder irte tú.**

Le pediste por favor que no se fuera y él no va a moverse.

Voy a tener que pedir perdón mil veces.

* * *

Había empezado a fumar otra vez, y de manera constante. Fumar de verdad, quiero decir. Decía que la calmaba, que

así tenía las manos ocupadas. Que si quemaba cigarros no se quemaba por dentro.

La acompañaba. Íbamos al parque a dar paseos fuera de los caminos y, aunque ninguno recordaba dónde nos habíamos visto por primera vez, de vez en cuando a ella le gustaba quedarse mirando algún árbol y señalarlo y decir «mira, fue ahí». En ocasiones lo hacía dos veces en la misma noche, con dos árboles diferentes.

Como ya no hacía frío, nos sentábamos y nos quedábamos mirando

el cielo, como si hubiéramos vuelto a uno de los lugares memorables.

—¿Sabes algo de las estrellas?

—No.

—Yo tampoco. Pero no importa. Las disfruto más, creo, porque para mí no son nada. No tienen explicación ni matemáticas que le quiten la magia. Solo son bonitas.

Encendió otro cigarrillo y sus dedos brillaron un momento. Ya no apartaba la mirada de ellos, ya no me acobardaba. La cara se le iluminó desde abajo un par de veces y luego aspiró el humo y cerró

los ojos. Yo lo hice también y el reflejo brilló tras mis párpados y, cuando volví a mirar al cielo, la sombra de esa luz interrumpió a las estrellas durante un momento, antes de que estas volvieran a encenderse poco a poco.

—Vaya —murmuró ella, y supuse que había visto lo mismo.

Abrió la boca y se convirtió en dragón y luego apoyó la cabeza en mi hombro.

—¿Por qué es todo diferente?

—No lo sé —confesé en voz baja. No había dicho nada sobre qué era ese todo

o en qué sentido era diferente, pero la entendí. Y, al responderle, me di cuenta de que había reconocido que yo también podía sentirlo.

Suspiró. Yo bajé la cabeza.

—Quiero que pare —murmuré.

—Tengo que darte las gracias, Ignasi.

Me sorprendió que dijera aquello, así que de nuevo la miré. Ella me dedicó una media sonrisa. Fue muy amarga.

—¿Por qué?

—Creo que nos queda muy poco juntos. Tú también lo notas, ¿no? —No me moví, pero no hacía falta—. Me da

mucha pena, pero, si va a pasar, quiero hacerlo bien. Así que quería darte las gracias.

–No sé qué he hecho para que me las des.

–Ufff. –Se rio, negando con la cabeza y soltando el humo por la nariz–. Pues, para empezar, no me trataste como si me tuvieras pena. Al principio hasta creía que te caía mal. Y eso me ponía muy nerviosa, porque quería gustaros a todos y pensaba que si a ti no te gustaba, no le gustaría a nadie más. Me había esforzado tanto que, de repente, solo me

sentí tonta. Tontísima. Aunque luego creo que la cosa no ha acabado tan mal.

—Vaya, lo siento.

—No, no. —Volvió a reírse, y luego me empujó ligeramente con el hombro—. Me diste un toque. Dejé de ser idiota. No está mal. Y estoy contenta de que fueras tú.

—«Gracias por haber sido un capullo hace unos meses, Ignasi, me ayudaste mucho, pero ahora voy a dejarte».

—Eh, que no es eso. —Arrugó la boca, luego soltó un suspiro—. No es eso. No eres tú.

Me aparté un poco para mirarla bien a la cara y no pude evitar sonreír levemente, divertido. Bueno, no realmente divertido, porque aquello no tenía nada de gracia, pero con intención de ser al menos un poco sarcástico.

—¿Te estás marcando un «no es por ti, es por mí»?

Abrió mucho los ojos.

—Oh, Dios. No, no, no es eso, no quería que sonara... A ver...

—A ver.

—Ya ni siquiera sé cómo me siento. Ni cómo te sientes tú. Antes lo tenía muy

claro. Te veía y me abrumaba el hecho de que en ti fuera tan obvio. Con solo mirarte, me embargaba la sensación de estar llena, llena de ti. De lo que tú sentías. Pero ahora, ya... ya no siento eso. Y pienso que tal vez te haya roto.

—No me has roto. No has roto nada. — Intenté acercarla a mí de nuevo, pero se volvió—. María.

—Lo siento mucho. Lo siento mucho. Lo siento.

La abracé, porque no quería que siguiera, aunque sabía de qué estaba hablando. Entendía a qué se refería.

–No vas a irte –susurró.

Negué con la cabeza.

–No, claro que no.

–Lo sé. No vas a irte. No era una pregunta.

Le di un beso en la cabeza. Se estremeció. Rodeó uno de mis brazos con los suyos, como si tuviera que aferrarse a alguna cosa.

–La gente triste se reconoce entre sí. Eso es algo que he aprendido. Además, si no lo estuvieras, no tendría sentido, ¿no? Que hayas aguantado tanto tiempo.

Oí cómo se sorbía la nariz. Tuvo cuidado de limpiarse la cara con su manga y no con la mía. Hasta entonces no había notado que se había puesto a llorar.

—Si no lo estuvieras, no te habrías acercado a mí. Ni habrías tenido tantas preguntas. Ni habrías sabido cómo tratarme. Por eso estabas siempre tan callado.

Enterré la cara en su cuello. Pasé una pierna por encima de su cuerpo, y la abracé con fuerza. Me estaba rompiendo el corazón.

–¿Te lo he hecho yo? –murmuró.

–No.

–¿He sido yo?

–María.

Ya no podía llamarla. Ya se había perdido. Era un tren sin frenos y ni yo ni ella podíamos pararlo.

Capítulo treinta y cinco

«Cuando el universo haya acabado de explotar, las estrellas disminuirán su velocidad, como una pelota lanzada al aire, hasta detenerse y volver a caer hacia el centro del universo. Entonces

nada nos impedirá ver todas las estrellas del mundo porque todas vendrán hacia nosotros, cada vez más rápido, y sabremos que pronto llegará el fin del mundo porque al alzar la mirada al cielo por las noches no habrá oscuridad, sino la luz resplandeciente de billones de estrellas que se acercan.»

El curioso incidente del perro a medianoche, MARK HADDON

Cuando María llegó a su casa la noche del 5 de mayo, la calle estaba llena de coches de policía, gente, bomberos y

paramédicos que esperaban junto a un par de ambulancias.

Habíamos oído las sirenas desde mi casa cuando nos despedimos en mi portal con un beso, pero no les habíamos prestado demasiada atención. No tenían por qué tener nada que ver con nosotros. Eran para otra persona. Sin embargo, cuando María subió la calle, cuando cruzó y pasó junto a la iglesia y tuvo que pararse en seco para que no la atropellara la ambulancia al pasar a toda pastilla, giró la cabeza y vio de dónde provenían las luces. Eran naranjas,

azules y rojas. Eran como las de la carretera, pero más grandes, y había mucho humo. Y muchas voces. Y eran voces de verdad, no salían de su cabeza.

Y entonces corrió, porque lo supo.

Frente a su portal, las personas se agolpaban y pedían explicaciones todas a la vez. La policía intentaba mantenerlas apartadas para dejar trabajar a los bomberos. Ya habían desalojado a todos los vecinos y algunos llevaban un montón de cosas en los brazos, como si intentaran salvar toda su vida del fuego. Todos tenían en la cara

la misma expresión de desesperación y desconcierto, y miraban hacia arriba, hacia el tercero, de donde salían el humo y las llamas.

María no se acercó. Tampoco quería mirar, porque no quería verlo. No quería enterarse.

Alzó la cabeza despacio. Su casa parecía una chimenea.

Cerró los ojos, contó hasta diez y volvió a abrirlos.

El fuego seguía estando ahí.

—No, no, no, no, no.

Pero luego, de repente, un pensamiento terrible cruzó su mente, y con lágrimas cayéndole por las mejillas miró hacia arriba de nuevo y solo pudo oír «sí». En su cabeza, rebotando como un eco, solamente «sí, sí, sí, sí».

Tal vez había tenido suerte. Tal vez, por fin, había llegado al final.

«Sí, sí, sí, sí, sí.»

Salió corriendo en dirección contraria y vomitó detrás de un coche, y luego volvió a correr hasta que sintió que se ahogaba.

-I... Ignasi.

No oí el móvil hasta el tercer tono, cuando la canción empezaba a sonar más alto y la vibración hizo que cayera desde la estantería hasta el suelo. Apagué mi música y, antes de agarrarlo, deseé por favor que la pantalla no se hubiera roto. Me estiré desde la cama, lo agarré y me quedé unos segundos mirando fijamente el número desconocido que aparecía. Luego, con un poco de desconfianza, descolgué. Era un poco tarde para que me llamaran para venderme alguna cosa.

–Hum, ¿sí? –pregunté.

–I... Ignasi, Dios. Ignasi, necesito tu... tu ayuda...

–¿María?

Estaba jadeando, luchando por respirar.

–¿María, estás bien? ¿Qué pasa? ¿De dónde llamas?

–Estoy en una... en una cabina. Este estú... túpido pueblo aún tiene de esas, yo...

–¿Qué pasa, qué ha pasado? ¿Dónde estás?

–Lo he matado, Ignasi. Tienes... ti...
tienes que ayudarme, por favor, yo...

–¿Qué?

–Estoy... estoy yendo a donde Moha.
No puedo... no pueden verme, nadie
sabe que voy allí, así que... Nadie me
ha visto correr, no saben que... –Se
calló y pude oírla respirar al otro lado
de la línea—. Ven rápido, por favor,
Ignasi. Ven.

–¿María...? –Pero ya había colgado.

Me quedé unos minutos allí,
petrificado. Aquella conversación podía
no haber tenido lugar. Fue tan rápida que

dudé de si de verdad había pasado, y a los pocos segundos decidí que no. «Ha sido producto de mi imaginación», pensé, sonriendo un poco. Qué imaginación tenía. «Me he dormido.» Pero no podía haberme dormido sentado, ¿no? Y además seguía teniendo el móvil en la mano. Y lo que había dicho ella, bueno, poco a poco estaba empezando a llegarme. Lo estaba procesando.

Había hablado de matar. No, realmente había dicho «lo he matado». ¿A quién? A su padre... ¿A su padre?

¿Era una metáfora? Miré a mi alrededor, buscando alguien a quien preguntarle, pero estaba solo. Claro. Era mi habitación, al fin y al cabo, y no cualquier lugar donde encajara el término «muerte».

El silencio de la música que acababa de cortar me pitaba en los oídos y, cuando me puse de pie, mis piernas avanzaron sin que yo tuviera que controlarlas.

Matar, matar, matar.

Qué cosa tan extraña.

Le dije a Ane que no volvería. Estaba estudiando para un examen y cuando me asomé a su puerta se quedó mirándome fijamente, como si no entendiera el español, como si de repente yo hablara en otro idioma. Se lo repetí varias veces, demasiadas, creo, y ella acabó dejando el bolígrafo sobre la mesa y frunciendo el ceño de esa forma que la hacía parecer más mayor. Por alguna razón, se lo dije, lo de que la hermana mayor debió haber sido ella, y definitivamente eso la preocupó, porque arrastró la silla para apartarla del

escritorio y se acercó a mí. *Pat*, que había estado tumbado con la cabeza gacha sobre su cama, la levantó y se quedó mirándonos, alerta. Le sonreí y él no lo entendió, claro, porque era un perro, y de repente me volví hacia mi hermana porque estaba preguntándome si me encontraba bien.

—¿Yo? Sí, perfectamente.

—Estás muy pálido, Ignasi, ¿qué te pasa?

—A mí nada. Pero tengo que irme. ¿Me cubres, con papá? No voy a venir a cenar, creo.

—No sé si deberías salir, tienes mala cara.

—Esto es importante. Tengo que... —
Solté una risa, y por alguna razón eso pareció preocupar más a mi hermana—. Tranquila, Ane, estoy genial. Solo cúbreme, ¿vale? Dile que me he ido a cenar a casa de Gonzalo, que tenía que ayudarlo con una cosa.

—No sé si se van a creer eso. Te vas con ella, ¿no? Pero ¿no hace nada que os habéis despedido?

—Bueno, pues dile que Gon necesitaba ayuda con un trabajo para mañana y que

no podía pasárselo por *e-mail*. O
invéntate algo. Pero tengo que
marcharme. –Me di la vuelta y me dirigí
a la entrada para tomar mi chaqueta.

Ane me siguió.

–¿Qué ha pasado?

–No puedo contártelo.

–¿Es grave?

–No tengo ni idea.

–¿Vas a venir a dormir?

Le sonreí de medio lado, echándole
un vistazo.

–No te preocupes, ¿vale? No pasa
nada. Te veo mañana, Ane. Cúbreme.

María estaba en la tetería, como habría dicho, pero no la vi cuando entré.

La puerta estaba abierta aunque Moha hubiera puesto el cartel de «Cerrado» y hubiera bajado un poco la persiana metálica. Cuando me colé lo encontré sentado a una de las mesas del centro, una redonda muy grande con una lámpara encendida y un puro en la mano. Nunca lo había visto fumar, y me extrañó. Me miró en silencio con los párpados caídos y, antes de que me diera tiempo a decir nada, señaló con un

gesto la barra y vi la puerta de detrás entreabierta.

Lo miré una última vez antes de avanzar. A pesar de su aspecto cansado, algo en sus ojos parecía brillante, despierto, alerta. El puro le daba también cierto toque elegante y despreocupado, porque ¿qué persona con miedo o prisa se pondría a fumar así, recostado contra el respaldo, con una pierna cruzada sobre la otra? Sin embargo, notaba sus hombros tensos. Estaba forzando aquella postura. Volví a mirar hacia la puerta y supe que su

atención estaba también centrada en ella, o más bien en quien estaba al otro lado.

Empecé a andar despacio. Él no se movió.

Nunca había entrado en la cocina, pero me sorprendió, porque me había imaginado algo más pequeño, del tamaño de la de mi casa. Era blanca y gris, con electrodomésticos antiguos. Olía un poco mal, también. Entré despacio, mirando a mi alrededor, buscándola. No parecía haber nadie.

Y, sin embargo, la oía.

—¿María?

Pasé junto a la encimera de estilo americano que dividía la cocina, y allí estaba. Escondida detrás, hecha un ovillo, abrazándose las piernas y con la cabeza enterrada entre las rodillas. Se estaba balanceando, o tal vez temblara. Me arrodillé junto a ella despacio, poniéndole una mano en el hombro.

Dio un respingo y gritó.

–Soy yo, soy yo, tranquila.

–Ignasi...

Antes de que pudiera verla siquiera, antes de que captara algo más aparte de sus ojos azules y brillantes y

desesperados empañados por las lágrimas, María sollozó y se me lanzó al cuello. La rodeé con los brazos y la apreté contra mí, paralizado. Creo que todavía no entendía lo que pasaba. Quiero decir, ni las palabras de ella, ni la mirada que Moha me había lanzado al entrar ni la gravedad. Ni todo el humo.

María me agarró con fuerza y lloró y lloró, diciendo «Dios mío» entre dientes, pidiendo perdón. No sé cuándo tiempo estuvimos así, pero sé que fue mucho, porque para cuando consiguió calmarse me dolían las piernas y sentía

que se me había dormido un pie. Me moví despacio, y ella se secó la cara con cuidado, usando la manga. Llevaba puesta la misma ropa que cuando nos habíamos despedido, una camiseta de manga larga y mallas oscuras.

La miré a la cara y la vi a un lado. La mancha roja. Le sujeté la barbilla con cuidado y le levanté la cabeza. No se resistió.

—¿Qué es esto?

—Yo... Ignasi...

—¿Qué te ha pasado?

Me cogió la mano despacio y se la apretó contra la boca. Cerró los ojos, agachó la cabeza y de repente la quemadura había desaparecido de nuevo, lejos de mi vista. Se me aceleró el corazón. Sabía que, aunque no pudiera verla, seguía existiendo.

—Creía que... La garganta, la garganta me... picaba, y... No podía respirar, me estaba ahogando, y... —Movié sus manos alrededor de su cuello, aunque sin llegar a tocar la piel. Le temblaban los brazos—. No sentí el calor hasta que ya fue tarde. La quemadura, las... las

pesadillas... nunca había pasado de verdad, lo de las pesadillas... Nunca me había pasado a mí...

—Necesitas que te lo curen, ahora mismo. Va a infectarse. Dios mío, vamos, María, levántate, avisemos a Moha, él debe de tener coche o...

—¡No! No. Por favor, Ignasi. No puedo salir. No quiero volver ahí fuera. Lo sabrán, sabrán que he sido yo la del fuego. Por favor, Ignasi. Quédate. Quédate conmigo.

—Pero...

–Por favor. Ignasi. Por favor, solo
quédate.

Capítulo treinta y seis

«Cuando ponga un pie en el silencio, significará que mi padre ha desaparecido para siempre.»

La invención de la soledad,

PAUL AUSTER

Moha le curó el cuello como pudo una vez que la hube convencido para que le dejara hacerlo. Dijo que él había tenido un par de accidentes en la cocina y que sabía cómo hacer para que las quemaduras escocieran menos. Corrí como un loco a la farmacia de guardia a comprar la pomada que me pidió y esperé junto a ella mientras, medio dormida y balbuceando cosas sin sentido, dejaba que Moha se la pusiera en el cuello. La quemadura tenía el tamaño de mi mano y le cubría gran parte del cuello. Él dijo que estaría bien

y le dio una infusión tranquilizante para que se durmiera; nos dejó pasar la noche allí, en uno de los sofás del fondo. María se durmió entre mis brazos.

La tetería estuvo cerrada todo el fin de semana. «Normalmente no viene mucha gente, así que da igual», comentó. Ella tardó mucho en despertarse. Estuve mirándola hasta que lo hizo; sus párpados vibraban porque estaba soñando y sus labios se abrían como si quisiera hablar, pero, al final, nunca decía nada.

Cuando abrió los ojos, el azul parecía derretirse y las luces que venían de la cocina reflejaron sombras horribles en su cara. Parecía muy asustada. Le rocé la mejilla con cuidado y ella cerró los ojos y sonrió.

–¿Estás bien? –preguntó.

–¿Y tú?

Negó con la cabeza. Al hacerlo, el vendaje y la quemadura tiraron y esbozó una mueca de dolor. Intentó ocultarla, pero solo pudo reconstruir una expresión de tremenda tristeza y

cansancio infinito. Parecía derrotada. Estaba exhausta.

Intentó incorporarse y la ayudé.

–¿No tienes que ir a clase o algo así?

–me dijo.

–No. Voy a quedarme aquí.

–No quiero meterte en este lío.

–No es decisión tuya.

Moha le cambió el vendaje varias veces a lo largo del día. No sabría decir si iba teniendo mejor o peor pinta. Nos quedamos sentados en aquel sofá durante horas, en silencio, ella encogida

sobre sí misma y abrazándose las piernas y yo a su lado, mirándola.

A veces lloraba. Hacia las cinco, me preguntó qué pensaría su madre sobre lo que había hecho. A las siete volvió a llorar porque decía que la había cagado con Chris. Otra vez. Que lo había decepcionado de nuevo, y que ahora lo que había hecho no servía para nada. Yo me mantuve callado, sin decir nada. No sabía cómo podía decirle que nada de eso había sido culpa suya. O, más bien, no sabía cómo decírselo para que me creyera.

Mientras ella dormía yo había aprovechado para ver las noticias por si salía algo, e incluso fui a comprar un periódico por primera vez en mi vida para informarme. Una vela. Eso era lo que había causado el incendio, según habían informado las autoridades: una vela. Simple, pequeña, suficiente. «No se sabe cómo pudo descontrolarse tanto», decía la reportera que había ido a cubrir la noticia, con el portal negro de Gaudet a su espalda y algunas vecinas saludando desde detrás. Era muy raro ver aquel edificio desde una

pantalla. «Aunque aún no hay una confirmación oficial, las autoridades piensan que Benjamín Gaudet murió por inhalación de humo.»

Así que estaba muerto. Benjamín Gaudet, el malo de la historia, verdaderamente había caído.

Cuando María abrió los ojos después de su enésima siesta, apagué el televisor, le sonreí y le pregunté cómo se encontraba.

—¿Se ha acabado ya la pesadilla?

Mi expresión cambió y, con el corazón encogido, negué con la cabeza y

le dije que no.

—Lo sabía. Así que no estoy soñando.

—Y entonces asintió, se abrazó las piernas y se quedó callada durante minutos u horas con la vista clavada en un punto fijo de la pared.

Había aprendido a apreciar sus silencios. O, al menos, a saber descifrarlos, a averiguar qué quería decir a través de ellos. Con la práctica había creído poder adivinar lo que quería decirme simplemente escuchando lo que no me estaba diciendo. Iba más allá del lenguaje corporal, creo. Era un

todo. Incluso su respiración marcaba las pautas. El grado en que apretaba la boca, o cuánto alzaba los ojos o cuánto tiempo mantenía la nariz arrugada, todo eso decía algo distinto. Y yo había creído controlarlo. Aquellos silencios eran una forma extra de comunicarse, algo más. Y a mí me gustaba desenredar aquel montón de señales, aquella maraña en la que no me habría fijado si ella hubiera utilizado palabras, aunque de hecho nunca me fijaba cuando lo hacía.

Sin embargo, allí, entonces, empecé a no poder hacerlo. Perdí el don. La tenía delante de mí, sin abrir la boca durante horas y horas, y por más que la miraba no podía saber. No había nada que descifrar, porque ella era todo ojos huecos y pecho hueco y cráneo hueco. Estaba vacía. Se había quedado sin cosas que expresar.

Fue como verla por primera vez y, aun así, en cierto modo, reconocerla. Como cuando te presentan a alguien de quien has oído hablar mucho y, aunque no es exactamente como te imaginabas,

más o menos encaja en la descripción que tenías y te quedas conforme. Todo lo que había leído hasta el momento en ella estaba desapareciendo, toda la información que había recogido, todas las claves con las que creía que contaba. La persona que había allí era terriblemente parecida a la chica del parque y a la que salvé del fuego y la que no lloró cuando me contó la verdad sobre su padre. Era la chica que había salido en la televisión, la que se quedaba detrás y solo era una presencia. Y entonces pensé: qué ironía, ¿no? Que

la ella que se sentía en realidad, que la chica con la que más se identificara, bueno, que aquella hubiera sido la cara que había salido por televisión. Que hubiera sido siempre público, desde un primer momento, y que aun así yo me hubiera esforzado en engañarme.

Me pregunté si me molestaba que ella no se hubiera esforzado en impedírmelo.

La recuerdo abrazándose las piernas y temblar en el sofá de Moha, con aquel calefactor portátil que no parecía estar sirviéndole demasiado, y que sus ojos solo dijeran «lo siento» y «tengo frío».

Le echamos muchísimas mantas por encima, tantas que quedó sepultada y, al final, como no podía hacer otra cosa, volvió a quedarse dormida. Solo dormía, durante mucho tiempo.

Me sentía inútil e inadecuado y torpe.

Moha me sirvió un vaso de leche caliente y se quedó mirándola mientras removía su café.

—Yo puedo cuidarla —dijo con voz calmada, sin volverse hacia mí. No había dicho demasiado desde que había empezado todo—. Durante unos días. Y darle medicinas, algo para esa

quemadura. Pero no puede quedarse aquí para siempre y lo sabe. Va a tener que decidir qué hacer.

—Ni siquiera sabe exactamente qué ha pasado, aún no ha visto las noticias.

—Bueno, pero se enterará. Y entonces tendrá que tomar decisiones.

—Tal vez pueda quedarse en mi casa...

—No. —Fue tan rotundo que levanté la vista hacia él, y creo que hasta me sonrojé un poco—. Las cosas no funcionan así, chico. No puede quedarse en tu casa, no sería bueno.

—Solo quiero ayudarla.

—Así no lo haces. Y tampoco te ayudas a ti mismo. No está bien. — Guardó silencio durante unos segundos y luego dejó de mirarme—. No os hacéis bien el uno al otro. No ahora, ni desde hace un tiempo. Os he visto. Os envenenáis, Ignasi. Parece que os estáis envenenando.

«Os estáis envenenando.» Aunque quería enfadarme ante esas palabras, o al menos oponerme a ellas, en realidad lo único que sentí fue que las entendía.

Nos estábamos envenenando, y cuando volví a casa aquella noche, lo único que hice fue pensar en eso una y otra vez, una y otra vez, «nos estamos envenenando nos estamos envenenando nos estamos envenenando». Y al día siguiente, que era sábado y no fui a verla por consejo de Moha, seguí pensándolo. Y cuando me interrogaron aquellos guardias civiles el lunes, quise decirles eso. Que por qué me preguntaban a mí si yo estaba marchito y ella estaba marchita también y que nos lo habíamos

hecho el uno al otro, porque de alguna forma se nos había ido de las manos.

El mío fue el primer nombre que apareció en las listas de la investigación cuando hubo que empezar a preguntar. Porque, aunque ella hubiera desaparecido de la faz de la Tierra, el resto seguíamos aquí, mortales, de carne y hueso, cumpliendo. La gente hablaba de fuego y hablaba de ella y no había otro tema de conversación, aunque los profesores se esforzaran por callarlos y hacer como que no sabían nada, aunque en el mundo pasaran otras cosas. Los

cuchicheos estaban detrás de mí y podía oír su nombre mil veces y también el mío. Gonzalo estaba sentado a mi lado en vez de atrás, porque quería apoyarme, porque quería ayudarme a obviarlos. Sabía que él también tenía muchísimas preguntas, pero se las estaba callando.

El director llamó a la puerta y su rostro me pareció por primera vez preocupado. Le pidió la profesora de Literatura permiso para que yo saliera y ella dijo que por supuesto, lo cual causó que las voces a mi espalda aumentasen

de forma espantosa y me siguieran hasta que me hube ido.

Fuera había dos guardias civiles que me observaron con expresión grave cuando salí. El director nos presentó y sugirió que bajásemos a su despacho para hablar de lo que hiciera falta. Cuando nos sentamos, lo primero que dijo uno de los dos fue que no me preocupara por nada, que eran solo un par de preguntas rutinarias para intentar averiguar qué había sido de mi amiga. «¿Es posible que sepas cuándo se fue y adónde? ¿Es una coincidencia que aquel

incendio y su desaparición pasasen casi al mismo tiempo?»

—Ella no tuvo nada que ver con el incendio. Estaba conmigo cuando ocurrió.

—¿Cómo puedes saberlo, que no hizo algo antes o después de estar contigo?

—Eh —lo interrumpió el otro, poniéndole una mano en el brazo, y luego me miró—. No pensamos que haya sido ella, chaval. De hecho, es muy probable que no hiciera nada, como tú dices. Pero solo queremos averiguar por

qué desapareció justo ese día. Eso es todo.

—¿Saben ya qué causó el incendio, cómo empezó todo? —pregunté.

—La investigación dice que una vela encendida. Es una de las causas más comunes de incendios domésticos, y si no se controlan a tiempo, pueden acabar... bueno...

—Mal —finalizó el otro, con voz fría—, como es el caso. Bueno, qué, chaval, ¿contestas, o vas a volver a cambiar de tema?

Me revolví un poco en la silla y decidí mirar al director, que se había quedado conmigo y era la cara más amable de las tres. Él intentó mostrarme su apoyo con una breve sonrisa y yo aparté los ojos.

—Gaudet llevaba meses deseando cumplir los dieciocho para largarse de aquí. Puede parecer que no, porque lo que se conoce de su padre es que era un tío de puta madre, pero lo cierto es que, según mi información, no lo era.

No tengo ni idea de por qué lo dije así cuando no era mi forma habitual de

hablar, pero me salió. Me crucé de brazos y me recosté contra el respaldo porque estaba agobiado y enfadado y algo inquieto y no quería pensar en que tenía todo el sentido del mundo que estuvieran preguntándome a mí.

Los hombres se miraron y luego el más alto de los dos me preguntó que si tan mal se llevaban. Le dije que en realidad no lo sabía, es decir, que no es que María me hubiera dicho nunca que se llevaban mal, sino que ella siempre había preferido evitarlo, como si le tuviera un poco de miedo.

–¿A él? –insistió, con un curioso acento gallego que hizo que la pregunta pareciera menos seria de lo que fue.

Me encogí de hombros.

–Solo es la sensación que me daba. Ella no hablaba de él. Era como si no vivieran juntos. No debía de haber demasiada diferencia entre marcharse para estar sola y eso.

–Bueno, eso es hasta cierto punto normal, muchos chicos quieren hacerlo a vuestra edad, pero ¿sin acabar el curso? ¿A un mes de los exámenes finales? ¿En serio?

Aparté la vista, sin saber qué contestar. ¿Qué quería que le dijera?

—¿Contactó contigo antes de irse, chico? —preguntó el gallego, el más amable de los dos.

La llamada y cuánto lloraba en la tetería y cuando se empezó a reír.

—No. ¿Por qué debería haberlo hecho?

—Nos han dicho que erais amigos. Algunas personas decían que más que eso.

—Bueno, pues no. O sea, éramos amigos, pero no me dijo nada.

Volvieron a mirarse y asintieron y luego me dijeron que si tenía noticias de ella les avisara, por favor, porque era importante que apareciera. Les pregunté por qué, si al fin y al cabo ella ya era mayor de edad y estaba en su derecho de irse si quería. O bien no quisieron contestarme o bien no pudieron hacerlo, porque se observaron por última vez, el gallego se aclaró la garganta y ambos se levantaron, dispuestos a salir.

Capítulo treinta y siete

«I think that when you set people up as gods and goddesses, it's really heartbreaking and hard to forgive when they make human mistakes.»³⁰

RAINBOW ROWELL

Esto no es una carta de despedida, porque nunca he pensado en escribir una, pero supongo que de alguna forma sí tiene un poco de eso.

Lo primero que quería decir es que nunca hice nada bien con él. No hice nada bien con el “él” que es Ben, ni con el “él” que es

Chris, ni con el “él”, que eres tú. Dejé que uno me consumiera mientras el segundo se había consumido, y tú... Ignasi, tú, de alguna forma, te sigues consumiendo.

Eres oxígeno y yo soy el fuego y no puedo evitar pensar que me alimentas y

**yo solo hago que
desaparezcas.**

**Lo siento muchísimo,
Ignasi. De verdad que lo
siento.**

**Se supone que yo te he
dado esto. La agenda, con
todos mis pensamientos y
mis cartas para nadie.
Quédatelas todas. Puedes
leerla si quieres. Nunca la**

he enseñado, pero ahora puedes leerla. Te lo regalo todo.

Voy a usar las últimas páginas para explicarte algo.

¿Alguna vez has odiado a alguien? Esa es mi pregunta. ¿Alguna vez te has sentido tan tan enfadado que tenías ganas

de explotar? No en sentido metafórico, no es eso a lo que me refiero; quiero decir en sentido literal. ¿Nunca has deseado con toda tu rabia que lo que sientes se hinche hasta el punto de que tu carta de despedida sea un bonito mosaico de pelo y sangre y cerebro en la pared, algo que decore y que

demuestre que ya no podías aguantar más?

Espero que no. Yo sí lo he hecho. No es un pensamiento bonito.

Es muy difícil odiar a alguien. Es muy difícil tener dentro un sentimiento tan grande que no sea bueno. Es algo que crece poco a poco y que vas alimentando cuanto

**más sabes, a medida que
conoces. Con el paso del
tiempo descubres cosas y
son los pequeños detalles los
que hacen que aumente,
casi más que las cosas
grandes. El odio es un
monstruo horroroso, Ignasi.
Se alimenta de ti y te
consume despacio y siempre
pide más combustible, y lo**

peor es que siempre hay más y más cosas que darle. Ese es el problema. Cuando odias tanto y tan fuerte a alguien, siempre habrá más cosas que odiar.

¿Crees que está ahí parte del problema? A veces me pregunto si a cada persona le corresponde solo tener un sentimiento grande en el

corazón y en la mente. Si es por eso que todo va mal, si es por eso que no puedo quererte bien, eso me haría enfadarme más aún con Ben, por hacerte eso a ti. Realmente te aprecio, Ignasi. En realidad, diría que te quiero, pero... supongo que no como tú a mí.

**Estoy llena de odio,
Ignasi. Estoy llena de odio
por una persona que nunca
en su vida se ha merecido
que alguien sienta por él
algo tan importante.**

**Quiero pensar que solo es
el tiempo. En lo referente a
nosotros, digo. Que nos ha
tocado el momento
equivocado y que algún día**

esto se me pasará y volveremos a encontrarnos y por alguna razón saldrá bien. Para alguien tan podrido es un pensamiento bastante inocente, ¿no crees? Pero me gustaría. De verdad me gustaría intentarlo contigo, Ignasi, porque te quiero. De verdad

que te quiero. Y no puedo esperar a quererte bien.

Cuando hayas leído esto ya te habré dicho algunas cosas a la cara, pero de todas formas quería escribirlo aquí por si me acobardo. Como me conozco, lo más probable es que no te diga nada. En fin. No puedes esperar mucho de

**un desastre como yo. Pero
eso ya lo sabes, estoy segura.**

Capítulo treinta y ocho

«Now I know I've got a heart
because it is breaking.»³¹

The Wonderful Wizard of Oz, L.

FRANK BAUM

Escribir sobre la última vez que vi a María no es ni remotamente tan difícil como lo fue empezar a hablar sobre ella en su momento. Supongo que es porque ya he conseguido acostumbrarme a pensar en todo lo que nos pasó. Sin embargo, volver al final, que en cierto modo es donde comenzó todo... eso es distinto. No sé por dónde empezar. No sé cómo empezar a contar lo que pasó cuando María se fue y no tuve tiempo para despedirme.

Así que intentaré hacerlo por el principio.

No hacía demasiado calor, pero aun así me extrañó muchísimo que llevara la chaqueta de su hermano puesta. Creo que esa fue la primera pista. También me di cuenta de que aquel día se había peinado, lo que puede parecer relativamente común en otras personas, pero no en ella. María nunca se peinaba. Su pelo había sido siempre un garabato formado por una sola línea continua que se amoldaba grácilmente a la forma de su cabeza, y solo algunas veces se molestaba en recogerlo hacia arriba, aunque eso no suponía una gran

diferencia. Pero aquel día lo llevaba liso, peinado, y los mechones sueltos se elevaban con la brisa que corría. Era un efecto un tanto extraño. Me eché a un lado para dejarle un poco de espacio en el murete donde estaba sentado, aunque probablemente ella ya tenía suficiente, y me miró, seria. Llevaba una bolsa de deporte a la espalda. Iba bastante vacía. Es curioso que a eso no le prestara tanta atención.

—Siento haberte hecho esperar —
murmuró.

—No importa.

Asintió. Miraba al suelo. Supongo que fue entonces cuando empecé a sentir que algo iba realmente mal. Habíamos quedado en la estación de autobuses, un lugar bastante inusual para nosotros, y observó un tren que llegaba y otro que se iba durante unos minutos.

—¿Estás bien?

—No.

—¿Quieres hablar de ello?

Se tomó unos segundos para contestar.

—No, la verdad es que no.

Le puse una mano en la pierna y no se apartó, pero tampoco levantó los ojos

para mirarme, así que al final la quité. Por algún sitio debíamos empezar, pero la que tenía que dar el primer paso era ella. Siempre había llevado las riendas e iba a seguir llevándolas hasta el último momento. Además, necesitaba su tiempo. Necesitaba reunir el valor y las fuerzas suficientes para decirme lo que tenía que decirme.

—Tengo que hablar contigo.

En ese momento sonreí. Es gracioso, ¿no? Se supone que son las palabras que nadie quiere oír de una chica. Bueno, son exactamente «tenemos que hablar»,

así que supongo que su formulación lo hacía todo mucho más interesante. Ni siquiera me ofreció la posibilidad de intervenir en un primer momento. Era algo que había tenido ya planeado desde entonces. «Tengo que hablar contigo», así, como una afirmación. No podía hacer nada, y ahora me doy cuenta. Nada que yo hubiera hecho habría cambiado algo.

—¿Qué es?

—Voy a irme.

—¿Adónde?

–No lo sé. No todavía. Pero de todas formas tampoco pensaba decírtelo.

Me reí. Fue una risa floja y cansada. La solté porque no podía creerla, ya no; después de todo lo que había pasado, tras algo como aquello solo podía esperar que me dijera que era broma, que me estaba tomando el pelo, que me mirara de esa forma condescendiente que a veces no podía controlar y luego me diera un empujón suave con el hombro, de esos amistosos que me gustaban. Sin embargo, solo me miró. Tenía los ojos tristes. Alzó levemente

las comisuras de los labios en algo que yo llamaría una antisonrisa, porque no hacía más que incrementar la pena que reflejaba todo su cuerpo, y lo hizo porque supo que yo creía que ella no iba en serio. Lo sentía por mí. Lo sentía muchísimo.

—¿Así, sin más? ¿Vas a subirte a un tren y ya está? —pregunté.

—Ese es el plan.

—¿Y por qué?

—Porque hay demasiadas cosas que están mal y que no sé cómo arreglar y la única forma que se me ocurre de

solucionarlo todo es empezar desde cero.

Se refería a los reporteros, a las cámaras, a la policía buscándola y a lo de sus padres y su hermano. Eran muchas cosas. Eran muchas cosas para una persona que no se dejaba ayudar.

—No tienes por qué irte. Lo sabes, ¿verdad?

—Te pediría por favor que no hicieras nada para intentar pararme, me ha costado mucho tomar la decisión.

—¿Qué decisión?

—La buena. La mejor.

–La mejor no tiene por qué ser una buena.

–Sí, y por eso me he corregido.

–El curso que viene empezamos la universidad. Eso puede cambiar bastante las cosas, ¿no? Podemos ir a una juntos y buscar un trabajo. No tendríamos que quedarnos aquí, podríamos ir al norte, por ejemplo. Si consiguiéramos dinero, podríamos empezar quedándonos en una residencia y luego buscar un piso que compartir y...

Estoy seguro de que la conmovió la forma que tuve de incluirme en el plan y

de hablar de nosotros como si hubiéramos estado destinados a acabar juntos. Estoy seguro de que a eso se debió su segunda sonrisa, aún menos real que la anterior, y la forma en que me miró en aquel momento. Tragó saliva y suspiró. Estaba intentando calmarse, intentaba hacerlo bien, y yo no la ayudaba para nada.

—Ya te lo he dicho, lo tengo todo pensado.

Esperé que se levantara en ese momento. Que se levantara, agarrara fuerte la bolsa y empezara a caminar

hacia el tren sin añadir nada más. Yo me quedaría bloqueado al verla hacerlo, pero, al final, justo cuando se subiera al tren sin haber girado la cabeza ni una sola vez, volvería a despertarme y la llamaría por su nombre. Gritaría «¡Gaudet, espera!» y ella se volvería. Empezaría a correr y, cuando ella pegara la mano al cristal de forma melancólica, como en esas películas sobre la guerra, estaría sonriendo de la manera más triste y esa sería su forma de decirme adiós.

Solo que María no se movió. Siguió allí, sentada a mi lado.

—Hay algo que no te he contado —murmuró—. De hecho, aún no se lo he dicho a nadie. Pretendía escribir a Chris, pero supongo que ya tendré tiempo de hacerlo más adelante; no se va a mover de allí. —Sonrió de medio lado, como hacía cuando las cosas eran menos malas y parecía que lo teníamos todo bajo control.

Se retorció las manos de forma nerviosa y podía oír unos silbidos cada vez que tomaba aire para respirar. Pensé

que aquel sonido era culpa de un error; que, después de que se rompiera y ella misma intentara volver a montarse, no había sabido recolocar las piezas en el orden correcto y la prueba eran aquellos pitos. Había muchas cosas mal, quizá demasiadas. Sus demonios se marcharon cuando ella se rompió, como si siempre hubieran estado encerrados y encontraran entonces el momento perfecto para escaparse, pero se habían encargado de dejar secuelas terribles al abandonarla. Podía verlo. Cualquiera

podría verlo mirándola directamente a los ojos.

Le di la mano.

—¿Qué es? —pregunté con cautela.

—El fuego. Lo que podía hacer con las manos, ya... ya no está. No puedo hacerlo más. Ni siquiera esforzándome. No me sale.

Entonces giró la cabeza y me miró como pidiéndome disculpas. Tal vez lo sintiera porque eso significaba que se había ido la magia. Tal vez pensara que el fuego era un ingrediente clave de su hechizo. No supe reconocer si se sentía

aliviada por aquella noticia o si echaría de menos el calor, pero algo le hizo pensar que tal vez yo sí sabría cómo reaccionar ante aquello.

Tal vez predijo, con segundos de antelación, la idea que se me pasó por la cabeza.

–Pero si ya no hay fuego...

–El fuego era lo único que me hacía ser fuerte.

María empezó a hablar de cómo es sentir algo terrible a lo que acabas acostumbrándote, como la nieve. Como me describió aquel día, el dolor que se

le había instalado en el pecho hacía años era lento y silencioso, como copos cayendo y cubriéndolo todo despacio, y así lo fue hasta que llegaron las chispas. Se volvió caliente y derritió toda la nieve. Y ya no hubo nada que pudiera pararla. Se convirtió en algo ardiendo, el tipo de dolor que se pega y quema y simplemente crece y crece como un niño pequeño o una enfermedad. Apesta. Y todo el mundo lo veía, dijo, como lo vio su padre o lo vi yo o lo vería su hermano si iba a visitarlo, pero nunca nadie sería capaz de hacer nada. Había

otras formas, me dijo. Por supuesto que las había. Había terapia y pastillas y cosas que te ayudan a dormir por las noches y cosas que te ayudan a sonreír cuando estás despierto. Eso lo sabía.

—Pero no quiero vivir eso. No puedo. Solo quiero empezar otra vez, porque sé que voy a hacerlo bien, ¿me explico?

Estaba confesándome que le daba demasiado miedo mover más piezas equivocadas y que por eso prefería salir corriendo. Me robó de los labios la palabra «cobarde» y descubrí que no me

sentía culpable por haber pensado que lo era, tan solo enfadado.

–Podrías dejar que te ayudara.

–No puedes ayudarte ni a ti mismo, Ignasi. ¿Cómo vas a arreglar a otra persona? Es lo mismo que yo contigo, o con cualquier otro. No podemos ayudar a nadie. Tienes que salvarte tú.

–Yo decido a quién salvo.

–Vale, entonces yo decido que no me salvas a mí.

Solté un gruñido. Me molestaba muchísimo que se pusiera así. Con ella todo tenía que ser o todo o nada. No

había tonos grises. Y eso me ponía nervioso, pero no como un sentimiento de debilidad, sino como algo que hacía que mi cuerpo vibrara y que les pedía a mis extremidades descargar la energía acumulada contra algo.

Empecé a darle patadas al murete con el talón, nervioso. No sabía cómo explicárselo. No sabía qué decir para que entrara en razón.

—No fuiste tú. Lo sabes, ¿verdad? Tú no iniciaste ese fuego.

—Yo soy el fuego, Ignasi. Soy todo el fuego. Por Dios, ¿cómo no te ha entrado

en la cabeza aún? Ya no me sale de las manos porque ahora soy todo el fuego. Cualquiera. Por supuesto que fui yo.

Suspiró de nuevo, con tanta fuerza que habría conseguido apagar cualquier incendio. Luego abrió un bolsillo lateral de la bolsa, uno muy pequeño, y sacó su cuaderno de él. Estaba algo roto. Era el que siempre llevaba encima. Lo sujetó entre los dedos y, tras esperar un minuto, me miró y lo alargó en mi dirección.

—Lo he traído para que te lo quedes. Yo no lo necesito. No quiero volver a leer nada de lo que escribí y lo único

que haría con él sería quemarlo. –Se quedó callada un momento—. A lo mejor te interesa leer todo lo que escribí sobre ti, no sé.

–¿Escribiste sobre mí?

–Claro. –Frunció el ceño, confundida, pero al cabo de un segundo sonrió—. No seas tonto, Ignasi, claro que escribí sobre ti. Siempre fue mucho más fácil decirte ciertas cosas cuando sabía que no ibas a leerlas.

–¿Qué cosas?

–Averígualo por ti mismo. Es tuyo. Pero no albergues ningún tipo de ilusión

al respecto, porque solo es un diario. Cualquier adolescente podría proporcionarte uno. –Sonrió.

Lo apreté en mis manos, sin contestar.

–Gracias.

–¿Por el dramatismo? No las des.

Nos quedamos unos minutos en silencio.

–Ahora es cuando te levantas y te vas, ¿verdad? –murmuré.

–Sí, eso debería hacer. Pero lo cierto es que... Voy a echarte mucho de menos. Y quería decírtelo. –Volvió a agarrarme la mano, esta vez ella y esta vez con

mucha fuerza. Me miraba fijamente a los ojos—. Ignasi. No entiendo muy bien cómo ha pasado o por qué te lo digo, pero lo siento. Siento que hayamos tenido que conocernos en el momento equivocado, pero lo cierto es que creo que los astros, a veces, nos juegan verdaderas malas pasadas. Ojalá... —Se calló y sonrió tristemente—. No me mires así, me vas a hacer llorar.

Tenía la cabeza girada y podía ver los bordes del esparadrapo que sujetaba su vendaje. Por un momento, deseé haberla arrastrado hasta el hospital. «Si

estuviera en un hospital –pensé–, ahora no se estaría despidiendo.» O tal vez sí. Tal vez hubiera conseguido escapar de allí sin que nadie se diera cuenta, y tal vez hubiera sido incluso peor porque entonces no habría venido a decirme adiós. De una forma u otra, aunque no creyera en esas cosas, María Gaudet estaba destinada a desaparecer desde el principio de los tiempos, de esta historia, porque eso es lo que hacía. Huía. Su vida era una carrera constante.

Me pregunté si a ella le parecía tan frustrante como a mí no saber pararlo.

–Estoy enamorado de ti.

–Lo sé. Ese es el problema.

María me puso una mano en la cara y estiró el cuello para besarme. No quería, pero la dejé hacerlo porque iba a ser la última vez. Ahora que recuerdo todo aquello, lo veo innecesariamente largo y tedioso. Podría haber sido mucho más fácil. Lo digo por ella y también por mí. Podríamos habérnoslo tomado de otra forma y haber intentado razonarlo más, sin tanto drama, como ella reconoció. Podríamos haber acordado una forma de permanecer en

contacto, por mensajes, por correos, por cartas si hubiera hecho falta. Pero no. Ella hacía las cosas o no las hacía. Provocaba fuego o se convertía en él. Se quedaba o borraba su huella como si intentara ocultar un crimen. Mientras la besaba intentaba pensar en formas de hacerla permanecer, pero no se me ocurrió ninguna. Y me di cuenta de que estaba infinitamente cansado. Era el tipo de cansancio de cuando se echa de menos, como si hubiera empezado a hacerlo de forma prospectiva, así que la dejé ir. Porque tenía razón: no había

sido el momento adecuado para nosotros, ni el lugar, y contra eso no podíamos luchar.

Decidí asumir que se había ido. Cuando nos separamos, me miró a los ojos y le sonreí amablemente.

–Supongo que esto es un adiós.

–Sí.

–Vas a volver a verme.

Se rio y se puso de pie. Sonó un poco a amenaza, pero lo cierto es que fue más bien un murmullo patético por mi parte. Yo no me moví ni dije nada. Estaba como bloqueado en una de esas

pesadillas en las que no puedes luchar contra lo que pasa a tu alrededor. Era la pesadilla en la que María me dejaba.

Ella se recogió el pelo detrás de la oreja, se dio la vuelta y empezó a andar. No me dijo adiós. No dijo nada más.

María se fue. Y lo hizo para siempre.

Tal como predijo, no he vuelto a cruzarme con ella.

Y esta es la historia de cómo nos perdimos.

Epílogo

«Te recuerdo como eras en el
último otoño.»

*Veinte poemas de amor y una
canción desesperada*, PABLO
NERUDA

Si le hubieras preguntando a cualquiera sobre mí, es bastante posible que hubieras descubierto que le tenía miedo a la incertidumbre y que por eso siempre anticipaba el daño. Eso es lo que hacía: prevenir. Porque me aterraba sufrir. Le temía al dolor de cualquier tipo, así que me quedaba parado para que nada me doliera.

Siempre tenía mucho calor. Era un calor agobiante, en el sentido de que existe algo que molesta de lo que no te puedes deshacer, porque siempre va contigo. El calor es terrible, porque

crece y crece y llega un punto en el que ya no puedes hacer nada para combatirlo, no puedes quitarte más ropa, no puedes quitarte más capas, no puedes descubrir más partes de ti porque no las hay. Todo está mal cuando llega ese calor. No puedes descansar, porque no te deja, y tienes que estar constantemente alerta.

Tu cuerpo necesita algo frío. En eso consiste todo. Tu cuerpo necesita el frío e intenta crearlo, porque no lo encuentra en ninguna parte. Tu cabeza no puede ser, porque es de donde sale el calor, así

que se centra en otros órganos. En el estómago. En el hígado. En los pulmones. Y, poco a poco, te das cuenta de que tu cuerpo arde por fuera, pero que estás helado por dentro. Tu cabeza está siempre alerta y se prepara para todas las posibilidades, pero cuando cierras los ojos siempre hay fondos blancos con líneas negras que se mueven en todas direcciones y, cuando tomas aire, nunca es suficiente porque hay demasiadas cosas que podrían salir mal, y abres la boca y aún te cabe más aire que no eres capaz de tragar, y no sabes

qué hacer para conseguirlo, para conseguir eso o para conseguir nada, porque nunca eres el mejor. Nunca eres suficiente. Nunca sabes cómo moverte o qué decir o qué hacer y te da la sensación de que todos lo saben y así es como se siente la ansiedad.

Pero lo suyo... lo suyo era distinto. Lo de María no nació del sol, sino de la nieve. Ella misma lo dijo. Nació de un corazón frío. Tenía la risa más bonita cuando le daba por escupir carcajadas, pero sus ojos se volvían grises si no tenía fuerzas ni para intentarlo. Y aun

así, siempre lo intentaba. No puedo hablar por ella, por supuesto. Lo único que puedo aportar para explicar cómo se sentía es lo que me contó o escribió, lo de su agenda. De ahí sé que siempre lo describía así, como las ganas que da el invierno de acurrucarse entre mantas y no salir nunca. Como la pesadez que da el frío, como la sensación de ir andando despacio por la nieve y no avanzar.

El fuego fue consecuencia de esas ganas de querer tumbarse y rendirse, porque al final la nieve es blanda y cómoda y siempre parece que queda

demasiado camino. El frío llega y sale de dentro y te bloquea. Así que algo prendió para derretir eso. Para derretirlo todo. Era una metáfora, sí, pero también un mecanismo de supervivencia.

Leí la última página del cuaderno de María una semana después de que ella se hubiera marchado. Todavía estoy orgulloso de cómo conseguí racionarme aquella agenda diminuta llena de su letra curvilínea e irregular. La he leído un millón de veces desde entonces: algunas páginas son pura literatura —en

ocasiones incluso se atrevió con algún que otro poema original, de su puño y letra— y otras son ella, María Gaudet en estado puro, sin trampa ni cartón. Es difícil, sin embargo, diferenciar correctamente qué es verdad y qué es mentira en todo aquello. La vida de María no fue extraordinaria en ningún sentido, pero por alguna razón ella sí consiguió serlo, dentro del pequeño espacio que se le dejó ocupar. Intentó aferrarse a lo que era hasta el último segundo, y eso es lo que la hizo especial. Fue eso lo que explotó, y

aprovechó cada mínimo resquicio para convertirlo en ficción y, así, en arte. Y el arte es algo eterno y en continua expansión, como ella.

Algo me dice que, esté donde esté, sigue haciéndolo.

He de reconocer que quise destrozar aquel diario cuando acabé de leerlo, la primera vez. Tenía demasiadas preguntas sin respuesta. María había dicho muchas mentiras y algunas verdades en el año que me dejó conocerla; una vez, en la tetería, me confesó que escribir era para ella una

forma de desahogarse. Literalmente, era una forma de dejar de tragar agua y poder volver a respirar. En cada una de las páginas, en cada una de las entradas que a veces separaba por fechas y más normalmente con estrellas de seis puntas, la protagonista del relato era ella misma y no lo era. En cada voz o en cada acción se había descrito a través de lo que parecían bromas privadas o chistes malos de los que nadie más se reía excepto ella. Como si aquel año hubiera sido terrible, pero hubiera estado esperando que alguien le dijera

que en verdad no era real, y que iba a tener otra oportunidad al final.

Todas las hojas del cuaderno de María estaban rizadas, como si en algún momento las hubiera rescatado del agua.

María era una alegoría. Era una metáfora de los días malos y los inviernos largos y los viajes en autobús por la noche y de la ira. Sobre todo, de la ira. Eran una figura sacada de la literatura y hecha realidad, ella y su fuego, porque eran demasiado fuertes como para quedarse en meras palabras y

por eso ella tuvo que estallar ante nosotros.

El fuego no era real. Nunca existió, solo en su imaginación.

O quizá no.

Quizás eso no fuera mentira.

Quizá ya formé parte de cualquier otra historia.

Querido Chris (23 de septiembre).

Me he perdido. O sea, ahora que te escribo esto ya sé dónde estoy, pero cuando llegué por primera vez me había perdido. Tenía pensado ir a Bélgica, pero debí de confundirme de autobús o quedarme dormida y pasarme la parada del trasbordo, así que cuando paré estaba en

una ciudad del norte de Francia que no voy a decirte, con una bolsa de deporte llena de ropa que he ido consiguiendo aquí y allá y un cepillo de dientes plegable. No poseo mucho más, bueno, aparte de un taco de papel de carta como este que estoy utilizando para escribirte. Me pareció

**muy bonito. No me
preguntas cómo he
conseguido tantas cosas, por
cierto, porque la respuesta
no va a gustarte mucho.**

**Estoy intentando
encontrar un sitio baratito
donde vivir. Mientras, estoy
en una habitación de motel
que encontré paseando. Está
en una calle muy curiosa,**

porque es bastante decente si miras a una acera y completamente desastrosa si miras a la otra. De todas formas, aun así tiene su aquel. El otro día, paseando, un muchacho estaba tocando la guitarra en un colegio o algo así y me quedé escuchándolo. Siempre me ha gustado la

música por la calle, ya lo sabes, y su voz era bonita. Creo que fue una de las razones por las que decidí quedarme aquí, aunque definitivamente no en ese motel. Se oye mucho la carretera por la noche y huele un poco raro. Intentaré buscar un trabajo y alquilar un piso; espero

**que en mi siguiente carta
notes que he mejorado algo,
igual que espero haber
mejorado en esta respecto a
la anterior.**

**Siento mucho haber
huido, Chris. Te lo digo
siempre, pero es que soy un
desastre.**

**Siento estar tan lejos.
Cuando todo se arregle**

**prometo que volveré a
buscarte. Vendremos juntos
aquí y yo tendré una casa o
por lo menos un sitio donde
podremos quedarnos, y
entonces empezaremos de
nuevo y tú, si quieres,
puedes ponerte a estudiar
otra vez. O no, lo que veas.
No me importa. Solo quiero
hacerlo bien desde el**

**principio, pero primero
tienes que darme un poco de
espacio.**

Espera a mi señal, ¿vale?

María.

Agradecimientos

Esta historia está en mi cabeza desde hace milenios. Primero fue un relato titulado *María* que apenas enseñé y, más tarde, decidí convertirlo en una novela. Existe como tal desde que estaba en segundo de bachillerato y esto parecía la

única manera de escapar de aquellos días de exámenes finales y trabajos de investigación y selectividades. De hecho, ahora que leo algunas partes que escribí entonces y que he decidido no tocar (o, bueno, ya sabéis, apenas), sonrío con cariño al acordarme de esos tiempos. Ahora, años después, no puedo creerme que haya dado otro paso, que lo haya conseguido y que ya no haya uno sino dos de mis monstruitos rompecorazones correteando libremente por ahí. Es una sensación impresionante, yo todavía no me acostumbro.

Gracias a todo el mundo que lo ha hecho posible.

Para empezar, gracias a mi familia. Vivimos tiempos oscuros, pero las tempestades sirven para unir más a las personas; ya hemos pasado por esto. Y volveremos a pasar.

Gracias también a mis amigas incondicionales, las ~~tontas~~ que me soportan y a las que soporto, porque me recargáis la energía. Gracias a Ana Victoria, Devi, Ruthi y Sara por estos meses y este año; si hemos sobrevivido a segundo de carrera, vamos a

sobrevivir a todo. Sois unas lectoras beta desastrosas y geniales, no me faltéis o tendré que salir a la intemperie a hacer nuevos amiguitos, y ya sabéis lo mal que se me da.

Gracias a toda esa gente que me ha inspirado. Primero, a los autores de las citas que encabezan cada capítulo: gracias a Taylor (*you sunset girl*), Neil Gaiman, Patrick Rothfuss, Francesc Miralles, César Mallorquí, Patrick Ness, Rainbow Rowell y todos los demás. Sé que ninguno de ellos lo va a leer, pero aun así quiero agradecerse lo

porque su trabajo ha sido importante para mí, y me parece justo. Después, a la gente que no sale directamente, pero que está siempre presente: los mejores salmantinos del mundo, la gente maravillosa que he conocido este año en la universidad y todos aquellos que habéis llegado a mí gracias al libro. Me hacéis crecer, me hacéis sonreír y me hacéis mejorar.

Gracias a mis chicas psicólogas, Amanda, Pat, Katara, Isa, Elena y Sara, por estar ahí y ser siempre un apoyo tan grande.

Gracias a mi *bigsis* Victoria por las pijamadas y los *brainstormings* y las conversaciones trascendentales, y a Gara por meterme caña por un tubo y no decirme que, a mis espaldas, estaba *fangirleando* (vas a ser una magnífica editora).

También mil millones de gracias a Marina Speer, aka Mer, aka @nightmeress, por los maravillosos dibujos que tiene la novela. Te lo dije en su momento y te lo digo ahora: estos dos no tenían cara para mí, eran simples fantasmas, hasta que tú los dibujaste.

Adoro tu trabajo. Y ahora espero que mucha gente más lo adore también (momento spam: ¡comprad *commissions!*). Tienes un talento alucinante.

Por último, muchísimas gracias a Plataforma Neo y en especial a Miriam Malagrida y a Anna López por apostar por mí con los ojos cerrados. Saber que alguien confía en ti de esa manera es abrumador, y no podría dejar esto en mejores manos. En serio, gracias por creer.

Notas

1. «Dices que escribo para mantener a la gente con vida, para inmortalizar algo que debería estar descansando desde hace meses. Pero no es verdad; escribo para dejar a la gente morir. Escribo para que los demonios de mi cabeza puedan tomarse un respiro, porque seguramente están agotados. Han estado destrozando sus propias cabezas intentando encontrar el final de una cólera que ellos mismos crearon.»
2. «Es más fácil amar algo sobre lo que no sabes nada.»

3. «Había verdad, había consecuencia, /
contra ti, una débil defensa. / Luego
estaba yo; tengo diecisiete años / y busco
pelea.»

4. «Llora, pequeño leoncillo, / no eres tan
valiente como lo fuiste al principio.»

5. «Porque estamos aquí, somos estrellas
brillantes, / somos invencibles, somos
quienes somos. / En nuestro día más
oscuro, cuando estemos a kilómetros de
aquí, / el sol brillará y encontraremos el
camino a casa.»

6. «Alguien te llama, tú respondes despacio,
es una chica de ojos caleidoscópicos.»

7. «No hay humo sin motivos, es una señal de que algo va mal. / En mis pulmones hay veneno y he estado respirándolo demasiado tiempo.»
8. «Cuando estamos acabados no hay nada que no podamos controlar.»
9. «¿Sabes lo que creo? Creo que todos estamos encerrados en trampas privadas, sujetos a ellas, y ninguno de nosotros puede escapar jamás. Arañamos y hundimos las uñas, pero solo en el aire, solo entre nosotros, y nunca salimos ni un poco.»
10. «No puedo escapar de esto hasta que me enseñes cómo.»

11. «Eres muy agradable y eres muy listo, eres tan buen amigo que debo romperte el corazón. / Te diré que te quiero y luego haré pedazos tu mundo, solo haz como que no he destrozado tu mundo.»
12. «No puedes despertarte, esto no es un sueño.»
13. «Las sombras se acomodan en el sitio que dejaste, / nuestras mentes han sido revueltas por el vacío. / Destruye el centro, es una pérdida de tiempo / desde el inicio perfecto hasta la línea final.»
14. «Mira a las estrellas, mira cómo brillan por ti.»

- 15.** «Recuerda la primera vez que tocaste a alguien con el único propósito de aprenderlo todo de él.»
- 16.** «Conoces tu propia oscuridad, así que puedes verlo; has nacido en tu ruina. Eres terriblemente hermosa, insoportablemente humana.»
- 17.** «Deja que te recuerde que no tienes ningún sitio a donde ir, / así que voy a quedarme a tu lado. / Me quedo contigo hasta que encuentres el camino de vuelta a casa.»

- 18.** «Dios mío, es increíble lo lejos que hemos llegado, / es como si estuviéramos persiguiendo todas esas estrellas.»
- 19.** «Decía que él y yo éramos crepusculares porque vivíamos entre tinieblas y auroras.»
- 20.** «Todos estamos destrozados, por eso entra la luz.»
- 21.** «Solo las historias son peligrosas. Solo las cosas que nosotros creamos, especialmente cuando se vuelven expectativas.»

- 22.** «Flotas como una pluma en un mundo magnífico.»
- 23.** «Enséñame cómo lo haces y te lo prometo, te prometo que huiré contigo... huiré contigo.»
- 24.** «Pero hoy me ahogo, me hundo y me rompo, / grito, caigo y muero como nunca antes. / Esta noche le susurro al silencio: / “Por favor, ven a por mí. / Por favor, apaga el sonido del caos”.»
- 25.** «Debes decir la verdad o nunca abandonarás esta pesadilla.»

- 26.** «Los truenos sonaban como los puños de su padre contra la pared, así que es normal que creciera con una tormenta en su pecho.»
- 27.** «Tiempo atrás, entre otras mentiras, les enseñaron que el silencio era valentía.»
- 28.** «Me metieron en una habitación y pensé en ti en otoño / y estoy triste porque no volveré a verte.»

29. «Y entonces lo comprendí. Habíamos sido unas magníficas compañeras de viaje, pero, en definitiva, no éramos más que dos solitarios pedazos de metal trazando su propia órbita cada una. Desde lejos parecían bellos como estrellas fugaces. En realidad, solo éramos prisioneras sin destino encerradas cada una en su propia cápsula. Cuando las órbitas de los dos satélites se cruzaban casualmente, nos encontrábamos. Quizá simpatizábamos. Pero solo duraba un instante. Momentos después volvíamos a estar inmersas en la soledad más absoluta. Y algún día arderíamos y quedaríamos reducidas a nada.»

- 30.** «Creo que cuando conviertes a alguien en dios o diosa es bastante descorazonador y difícil perdonar los errores humanos que comete.»
- 31.** «Ahora sé que tengo corazón, porque se está rompiendo.»

Tu opinión es importante.

Por favor, haznos llegar tus
comentarios a través de
nuestra web y nuestras
redes sociales:

www.plataformaneo.com

www.facebook.com/plataformaneo

[@plataformaneo](https://www.instagram.com/plataformaneo)

Plataforma Editorial planta
un árbol
por cada título publicado.



neo 

Al
final
de la
calle
118

Clara Cortés



Al final de la calle 118

Cortés, Clara

9788416429196

354 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Vivir al final de la calle 118 no

es fácil.

La madre de Valeria y Raven las abandonó hace años sin dar explicaciones y ambas han tenido que aprender a ganarse la vida. Mientras Valeria tiene un insignificante trabajo como modelo, su hermana patea la ciudad en busca de hombres a los que seducir para pagar el alquiler a cambio de sus

servicios. Valeria pensaba que todo seguiría así para siempre... hasta que escucha la música de aquel chico al final de la calle, junto a su casa, y sus miradas se cruzan. Desde ese momento, una serie de curiosas coincidencias llevará a los personajes de esta novela a cambiar sus vidas como nunca se hubieran

imaginado.

«La escritura de Clara Cortés
posee la humanidad
desbordante de Salinger.»

Luis Alberto de Cuenca

«Clara Cortés es una de las
voces más potentes y
evocadoras que he descubierto
jamás en un escritor de su

edad. Su primera novela me hace intuir en ella la fuerza de una nueva Joyce Carol Oates.»

Francesc Miralles

«La autora no describe el mundo: lo crea con sus propias manos. Te arrastra sin remedio y cuando quieres darte cuenta no tienes escapatoria. Si esta es la voz

de una nueva generación,
merece la pena absolutamente
oírla.»

Victoria Álvarez

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Y si el amor viajara a la velocidad de la luz?

JENNIFER L. ARMENTROUT

OPAL

SAGA LUX

neo 

Opal (Saga LUX 3)

L. Armentrout, Jennifer

9788416096060

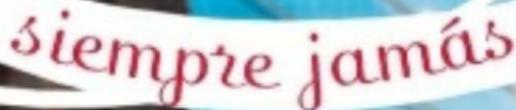
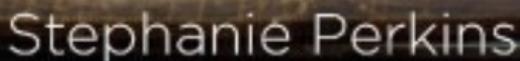
424 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

No hay nadie como Daemon
Black. Cuando se propuso

demostrarme sus sentimientos,
no bromeaba. Nunca volveré a
dudar de él. Y ahora que
hemos superado tantas
dificultades, saltan chispas
cada vez que estamos cerca.
Pero ni siquiera él puede
proteger a su familia del
peligro que supone intentar
liberar a los inocentes.

Cómpralo y empieza a leer

The logo for the publisher 'neo' is located in the top right corner. It consists of the word 'neo' in a lowercase, sans-serif font, followed by a stylized sun icon with rays.The word 'Felices' is written in a red, cursive script font on a white, ribbon-like banner that curves across the top of the cover.The word 'por' is written in a blue, sans-serif font on a small white rectangular banner positioned between the two main title banners.The words 'siempre jamás' are written in a red, cursive script font on a white, ribbon-like banner that curves across the middle of the cover.The author's name, 'Stephanie Perkins', is printed in a white, sans-serif font at the bottom of the cover, centered over the image of the couple.The text 'Autora de *Un beso en París*' is written in a smaller, white, sans-serif font directly below the author's name.

Felices por siempre jamás

Perkins, Stephanie

9788416256099

400 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Enamorarse en la ciudad más

romántica del mundo es fácil para la soñadora Isla Martin y el enigmático artista Josh Wasserstein. Pero a medida que avanza el último curso en la School of America de París, Isla y Josh se ven obligados a afrontar la desgarradora realidad, porque, quizá, su historia no acabe con un «felices por siempre jamás».

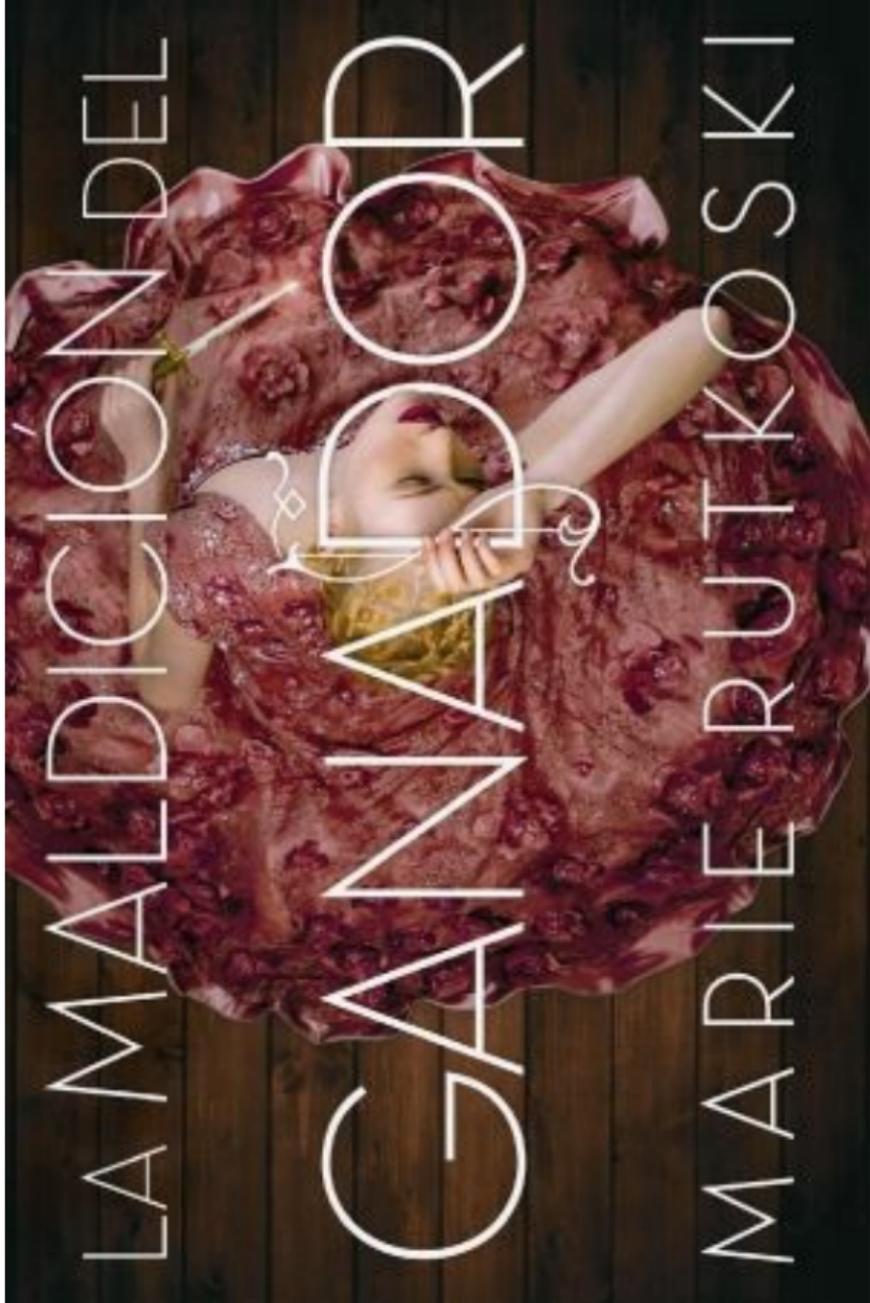
¿Seguirán juntos cuando los días en el instituto se acaben?
¿Será su amor más fuerte que la distancia? Su romance se convertirá en un apasionante viaje por Nueva York, París y Barcelona, acompañados de sus amigos Anna, Étienne, Lola y Cricket.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

LA MALDICION DEL

GAMADOR

MARIE RUTKOSKI



La maldición del ganador

Rutkoski, Marie

9788416429714

386 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Como hija del general de un

gran imperio que se deleita en la guerra y en la esclavitud, Kestrel solo tiene dos opciones: unirse al ejército o casarse.

Sin embargo, todo su mundo da un giro radical cuando la chica encuentra un esclavo cuyos ojos parecen desear al mundo entero y, siguiendo su instinto, termina comprándolo

por una cantidad ridícula de dinero. Pero el joven guarda un secreto, y Kestrel aprende rápidamente que el precio que ha pagado por otro ser humano es mucho más alto de lo que podría haber imaginado. Que ganar aquello que quieres puede costar todo lo que amas.

Ambientada en un mundo

imaginario, La maldición del ganador es una historia de conspiraciones, rumores, secretos y rebeliones en la que todo está en juego y en la que la verdadera apuesta consiste en conservar la cabeza o seguir al corazón.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Bittersweet

Melanie Rostock



neo

Bittersweet

Rostock, Melanie

9788416620357

398 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Quando has probado lo
amargo, lo dulce sabe mejor.

Bambi sabe qué es ser diferente, incluso su nombre lo es. Sabe qué es sentirse despreciada todos los días por sus compañeros de instituto y no poder hacer nada para cambiarlo. Pero la escritura le da la fuerza que necesita para seguir adelante, porque tiene la certeza de que es buena en algo.

Liam nunca ha tenido una familia normal, y no solo por los problemas económicos. Su padre es agresivo y bebe más de la cuenta, y su madre no quiere ver la realidad. El futuro no parece esconder muchas opciones para alguien como él, aunque en secreto sueña con convertirse en escritor.

Cuando Bambi y Liam se conocen en un taller de escritura, pronto se dan cuenta de que la literatura los une más allá de los libros. Ambos comparten aquello que los salva de caer al vacío, pese a que ella procede de una familia acomodada y él es un chico de barrio. Pero, cuando se trata de amor, pertenecer a

mundos opuestos a veces es
un obstáculo insuperable...

[Cómpralo y empieza a leer](#)